

**JORDI SIERRA I FABRA**

**LAS GUERRAS DE DIEGO**

Una novela sobre seis siglos  
de historia en España



**Siruela**

JORDI  
SIERRA I FABRA

Las guerras de Diego



Ediciones Siruela

## Índice

Cubierta

Portadilla

- 1 «El día en que papá se marchó a la guerra...»
- 2 «Misión humanitaria, como decía el abuelo, era un eufemismo»
- 3 «Las guerras de nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros bisabuelos...»
- 4 «Hay muchas formas de pelear...»
- 5 «Aquella España de los Reyes Católicos...»
- 6 «El día en que Colón se encontró con América...»
- 7 «Carta desde un lugar llamado guerra»
- 8 «Noticias de la televisión»
- 9 «La casa de los Austrias era una multinacional extranjera...»
- 10 «Las guerras de Carlos I»
- 11 «Los ladrones de la historia»
- 12 «En máxima alerta...»
- 13 «¡Felipe II sí que era una industria contaminante y un arma de destrucción masiva...!»
- 14 «Rematando a la Armada Invencible...»
- 15 «Felipe III y la manera en que entramos en el siglo XVII...»
- 16 «Felipe IV y el conde-duque de Olivares...»
- 17 «Fotos del pasado»
- 18 «En los campos de refugiados...»
- 19 «La suma de todas las barbaridades y atrocidades consanguíneas de su familia dio como resultado C
- 20 «La primera guerra mundial fue la Guerra de Sucesión española...»
- 21 «Una palabra llamada cáncer...»
- 22 «La misión humanitaria repele un ataque de los rebeldes...»
- 23 «Los libros huelen tan bien...»
- 24 «La feliz España de Carlos III...»
- 25 «Las Pragmáticas Sanciones que cambiaron la historia...»
- 26 «Todo es posible (si tú lo quieres)»
- 27 «Carlos IV, Godoy y la Revolución francesa... ¡Ay!»
- 28 «Trafalgar y el futuro de España...»
- 29 «Los soldados también lloran...»
- 30 «La famosa Guerra de la Independencia...»
- 31 «Así se las ponían a Fernando VII...»
- 32 «Y entonces... las crueles Guerras Carlistas»
- 33 «Los muertos de la misión humanitaria...»

- 34 «Medallas para los caídos...»
  - 35 «Isabel II, puta, pero piadosa...»
  - 36 «Del sueño o pesadilla de la Primera República a Alfonso XII»
  - 37 «Y más, y más, y más se perdió en Cuba...»
  - 38 «La calma tensa...»
  - 39 «Amaneciendo el siglo XX...»
  - 40 «Fin de la monarquía, dictaduras, Segunda República... La España del caos»
  - 41 «Una llamada del Ministerio de Defensa...»
  - 42 «El fin de la misión humanitaria... al menos para papá»
  - 43 «El camino del regreso»
  - 44 «Y entonces... la Guerra Civil española, la locura, el espanto...»
  - 45 «Mi vida, mis días, quizás un futuro sin guerras...»
- Agradecimientos
- Créditos

# LAS GUERRAS DE DIEGO

Una novela sobre seis siglos  
de historia en España

**Jordi Sierra i Fabra**

Las Tres Edades Ediciones Siruela



# LAS GUERRAS DE DIEGO



*A mi padre, que murió  
sin contarme nada de su guerra.  
Y a mis nietas, que lo sabrán todo.*

## «El día en que papá se marchó a la guerra...»

El día en que papá se marchó a la guerra fuimos todos a despedirle.

Él no lo llamaba guerra. Lo llamaba «misión humanitaria». Pero el abuelo dijo que eso era un eufemismo. No tenía ni idea de lo que significaba la palabra y, como no era el momento de hacer preguntas, la memoricé y la busqué en el diccionario cuando llegué a casa. Decía: «Expresión suave con la que se sustituye otra que se considera violenta, grosera o malsonante». Y como ejemplo citaba: «*Rellenito* es un eufemismo que se utiliza en lugar de *gordo*».

No me gustó nada saber lo que significaba la palabra.

Que papá no se iba de «misión humanitaria» lo sabíamos todos, hasta yo. Si no, ¿a qué tanta cara larga y tanta lágrima? Se supone que una «misión humanitaria» es algo feliz y hecho con el corazón para ayudar en algo malo y terrible que ha sucedido previamente. Más o menos aguantábamos el tipo, para darle ánimos y que no se marchara preocupado. Yo colaboré portándome bien por más que lo miraba todo con expresión de pasmo, porque el despliegue que nos envolvía era impresionante. Intenté no dar la nota. Y lo conseguí.

Salvo cuando papá me abrazó y me dio aquel beso.

Fue el beso más beso de todos los besos, y papá nunca los daba así.

Tembló, y esa emoción me alcanzó de lleno.

Ya me había dicho en casa lo más necesario, que me portara bien, que cuidara de mamá, que ahora yo era el cabeza de familia... Lo típico en estos casos, porque lo había visto en una película y las películas son cosas reales que luego alguien recuerda y cuenta. Así que en el aeropuerto militar lo único fue el beso. El superbeso.

Y el abrazo que me quitó el aliento.

La abuela era la que más lloraba. No paraba de decir cosas como «¡Ay, hijo, que no te hagan daño!» y «¡Cuídate mucho, no te metas en líos!». Esto último me sonaba a familiar, porque era exactamente lo que mamá me decía cada vez que me iba de excursión o de colonias con el colegio. Por un momento pensé que una «misión humanitaria», eufemismo de «guerra», era como una excursión a lo bestia. El abuelo, en cambio, era el más serio. Apenas si abrió la boca. Bastaban sus ojos. Lo miraba todo con aquel aspecto grave, sereno y contenido, casi distante. El único punto de emoción, lo vimos perfectamente, fue cuando papá y él se abrazaron. Entonces sí. Entonces su abrazo fue tan fuerte como el que papá me dio a mí. Fuerte y largo, como si les costara dejarlo o estuvieran pegados el uno al otro. Al separarse, las mandíbulas del abuelo

estaban muy apretadas. Formaban dos ángulos rectos, marcados a ambos lados de su cara. Por su parte, mamá mostraba toda su entereza. Con dignidad y orgullo. Decían que era lo que se esperaba de la esposa de un militar. Y más de un oficial.

Me pregunto quién dicta esa clase de cosas y normas.

¿Hay algún código secreto?

¿Quién le dice a la novia de un soldado que puede llorar, a la de un suboficial que como mucho ilumine los ojos y a la esposa de un oficial que a ella le toca mantenerse firme?

Yo seguí pendiente del abuelo.

Mi abuelo es único.

A veces los mayores, los ancianos, tienen una mirada distinta, una mirada como de mirar sin ver, perdida, dirigida más hacia dentro que hacia fuera. La del abuelo, esa mañana, era infinita, como si tuviera más espacio en el interior de su cuerpo que en el otro lado. A él, que se le iluminaban los ojos casi siempre, sobre todo al llegar yo, jamás le había visto así, como si nada de lo que sucedía fuera con su persona. Y, sin embargo, iba.

Muchísimo.

El abuelo había sido hippy, rebelde, correcaminos en un mundo sin fronteras, aunque eso fuese en el siglo pasado, o sea, en otro tiempo. Entonces llevaba el cabello muy largo y vestía raro, con ropa que parecían viejas. Siempre que veía esas fotos en su casa me quedaba mirándolas alucinado. Pero las ideas del abuelo eran estupendas. Con él nunca me aburría. Que su único hijo fuese militar parecía un chiste. Militar, militar, porque papá era capitán, y decían que iba para general. Por lo visto, el día en que le dijeron al abuelo que ésa sería su carrera, casi le dio un infarto.

Bueno, de eso hablaré más tarde.

Despedíamos a papá.

Tampoco es que hubiera mucho más.

Himnos, desfiles, discursos, saludos, más y más lágrimas, besos, abrazos y de pronto... todo acabó.

Nos quedamos solos.

Solos mientras el avión despegaba rumbo a una tierra extraña de la que nunca había oído hablar, pero que desde ese día se convirtió en mi obsesión.

Allí fue él.

A cumplir con su deber, decía.

Aunque eso significara dejarnos solos.

—Otros niños que no tienen nada ni a nadie también nos necesitan —me había contado.

Supongo que el mundo es demasiado grande y complicado y aún no puedo entenderlo.

Por cierto, me llamo Diego y tengo once años.



## «Misión humanitaria, como decía el abuelo, era un eufemismo»

Los primeros días sin papá fueron tensos.

Faltaba algo en casa, y no supe exactamente qué era hasta la tercera noche, cuando, mientras veías en la tele un programa de humor, contaron un chiste muy bueno y mamá fue incapaz de reír.

Entonces supe que con papá se había ido la alegría.

La cara de mamá era como de cera, a punto de fundirse sólo con que se le acercara una llamita, tan ingravida que parecía sujetada a sus huesos con alfileres invisibles y poco profundos. Sin embargo tenía fama de fuerte, de mujer-de-una-pieza. Las amigas se lo decían:

—Es que tú eres muy fuerte, Leo.

Y ella sonreía, o suspiraba, o las dos cosas a la vez, y ya no contestaba porque no valía la pena hacerlo.

Creo que criar fama y echarse a dormir es un dicho muy famoso.

Véiamos los informativos de todas las cadenas, zapeando sin abrir la boca, cómplices. Las noticias, sin embargo, eran escasas.

—No dicen nada —le hice notar yo.

—La mejor noticia es que no hay noticias —objetó ella.

A mí me costaba mucho mantenerme en un segundo plano, no meterme en líos, pasar desapercibido, seguir una rutina que no era tal o no romper nada —yo nunca rompía nada de manera consciente, pero las cosas a mi alrededor solían caerse siempre como si las atrajera mi cuerpo con una poderosa fuerza magnética—. En casa, papá nunca llevaba uniforme, o sea, que era como cualquier otro padre. Siempre tenía un rato para ayudarme en los deberes o contarme cosas. Más bien la que parecía militar a veces era mamá. Así que la ausencia nos desconcertó y nos descolocó un poco. Teníamos que empezar a vivir los dos solos.

Mientras, la alargada sombra de papá se proyectaba por los rincones de nuestro hogar.

En la escuela todos sabían que mi padre se había ido con las tropas en «misión humanitaria» a la otra punta del mundo. La señorita Hortensia, nuestra profesora, nos puso un día un mapa enorme colgado de la pizarra y nos señaló aquellas tierras perdidas. También nos explicó un poco la historia. A papá, que tanto le gustaba el mar y pasear por el bosque y trepar montañas, no me lo imaginaba yo en un lugar tan desértico, sin nada

más que tierra y más tierra en cientos de kilómetros a la redonda, sin árboles. ¿Quién podía vivir allí?

Y lo peor: ¿para qué demonios querría alguien entrar en guerra por semejante sitio?

Había gente para todo, y aquello lo probaba.

—Perteneces al lugar en el que naces, Diego —me dijo la profesora cuando se lo hice notar.

—Y los que emigran, ¿qué? —preguntó María.

—A veces no hay más remedio, por hambre o violencia, pero nadie deja de amar la tierra que lo ha visto nacer. Allí también hay personas, como en cualquier parte. Viven de forma diferente, eso es todo. Tienen otras prioridades, otra forma de entender su existencia, carecen de muchas de las cosas que nosotros entendemos como parte de nuestro progreso y que en ocasiones no es tal. Lo que hace el ejército es tratar de ayudar a esos millones de inocentes que se ven atrapados en ese país por la violencia de las partes en litigio.

De mayor seré escritor, porque me gustan las palabras.

Litigio es la mar de fina para definir una pelea.

Lo único bueno de todo aquello era que, sin quererlo, me convertí en una especie de héroe. Me salieron amigos hasta de debajo de las piedras, y las chicas, que antes ni me miraban, empezaron a sonreírme como si de pronto fuera guapísimo. Una me dijo que, si papá me traía algún recuerdo de allí, se lo enseñara. Pensé que como no trajera arena del desierto...

Pero le dije que sí porque era la chica más guapa de la clase.

Aunque eso me confirmó que la mayoría de las personas son tontas, porque sólo se fijan en lo que tienen delante de las narices y en lo que pasa en la tele.

A partir del quinto día, el panorama cambió.

La televisión habló de un recrudecimiento de la situación después de aquellos días de tregua y del interés de la comunidad internacional en el conflicto. La comunidad internacional era el conjunto de países que había mandado tropas, claro. No creo que al resto le importase mucho. Dudo que incluso le importase a la mayoría de españoles, porque por la calle nadie parecía mucho más preocupado que antes. Yo quería gritarles que mi padre estaba allí, haciendo algo, pero decidí no meterme en líos. Además, tampoco los políticos se ponían de acuerdo. En el Congreso iban a la greña, para variar, sobre la necesidad o no de mantener las tropas mucho tiempo, mandar más o esperar a ver qué pasaba.

Las dos partes en litigio, o sea, los que hacían la guerra, pronto empezaron con los coches bomba, los atentados, los actos suicidas, las venganzas y las matanzas.

Un día vi los cadáveres de unos niños, como yo, incluso más pequeños, tumbados en mitad de una calle sin que nadie los recogiera. Otro día vi los efectos de un coche bomba que había matado a decenas de mujeres que hacían cola en un mercado. Las personas gritaban, corrían, se daban golpes en la cabeza. Otro día vi que quemaban banderas, y

eso aún lo entendí menos, porque se suponía que la coalición internacional enviada por la ONU estaba allí para ayudarles.

Mamá trató de explicármelo, pero reconozco que seguí sin verlo claro.

Todas aquellas poderosas imágenes me hicieron abrir los ojos y temblar, así que, después de una noche en la que no pude dormir y acabé muy aterrorizado, mamá me prohibió ver la tele.

Por eso no me enteré del ataque de la «insurgencia» a las tropas españolas.

Según el diccionario, los «insurgentes» eran los sublevados, los que se rebelaban por algo.

No hubo víctimas, ni siquiera heridos, pero fue la primera señal de que las cosas no iban bien y de que lo de «misión humanitaria», como decía el abuelo, era un «eufemismo». Aquel día no se habló de otra cosa en los informativos de televisión, y también en la radio. Por eso me enteré de todo. Dijeron que las tropas españolas iban a aumentar su seguridad.

¿Cómo se aumenta la seguridad en una guerra?

Una semana después de la marcha de papá, yo quería saberlo todo de las guerras, y la única persona capaz de contármelo, de manera que yo lo entendiera y fuera amena, era el abuelo.

De eso estaba seguro.

## «Las guerras de nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros bisabuelos...»

—¿Cuántas guerras ha habido en la historia?

El abuelo alzó las dos cejas. Las tiene pobladas, muy peludas y enmarañadas, así que su expresión fue la de un demonio amable tomándose muy en serio la pregunta. Como la respuesta no era simple, es decir, como no se trataba de decir «Nueve, doscientas treinta y cuatro o cinco mil setecientas cincuenta y dos», caviló lo que iba a contestarme con la misma parsimonia con que subía las escaleras después de su operación de rodilla.

—Hijo —suspiró—, siempre ha habido guerras, y siempre las habrá, eso es lo malo, porque el ser humano no aprende, es la bestia menos lógica de este planeta. La historia de la humanidad es la historia de todas sus guerras, y todas las guerras son iguales, se hagan para conquistar o defender, por absurdas razones religiosas o por la locura de dictadores que parecen reencarnarse unos en otros. Ha habido guerras que han durado cien años, y guerras que han durado seis días, guerras mundiales y guerras tribales apenas conocidas por unos pocos mientras se desarrollaban. ¿Y qué más da? Cada vez que la violencia supera a la razón estalla una guerra, a veces incluso entre dos simples personas. Nosotros, en España, sabemos bastante de eso.

—¿Ah, sí?

—Desde que Colón se tropezó con América hemos tenido guerras de todos los colores, Diego.

—¿Por qué dices que «se tropezó»?

—Porque la simple palabra «descubrimiento», en este caso, es un insulto.

—Un eufemismo —repuse.

—Exacto —asintió con la cabeza—. Nuestro amado Cristóbal iba hacia las Indias. Nadie imaginaba que hubiera un continente entero ahí en medio, a mitad de camino. El primer mapa que se hizo de la Tierra lo elaboró un tal Toscanelli y tenía diez mil kilómetros menos en su circunferencia. No sabían calcular el diámetro del planeta y no mucho antes todavía se quemaba a las personas por decir que el mundo era redondo, cuando los antiguos mayas ya lo sabían siglos atrás. Por lo tanto, Colón no descubrió nada. A América ya habían llegado otros pueblos antes. Pero eran pueblos sin voz, sin forma de divulgar la realidad. Si tienes medios de información a tu servicio, tienes poder. Eso y que la historia la escriben los vencedores o los que poseen la capacidad de hacerla llegar a los demás.

—¿Tú sabes la historia de todas las guerras?

—Claro, por algo he sido maestro.

—¿Has luchado en alguna?

—Yo no, pero mi padre, tu bisabuelo, sí.

—¿En cuál? —abrió los ojos expectante por la noticia.

—En la Guerra Civil española, la que cambió la vida de este país a lo largo de cuarenta años en el siglo pasado.

—¿La ganó?

—No —fue extraño: lo proclamó con orgullo—. Estaba en el lado republicano, el leal a la Constitución.

—¿Y qué pasó? —me acomodé lo mejor que pude para demostrarle que no se trataba de una conversación trivial.

El abuelo frunció el ceño.

—No hay mucho que contar, Diego —suspiró—. Una guerra civil es la que emprenden hermanos contra hermanos, porque unos quieren hacer las cosas de una forma y otros de otra. Es la peor de las contiendas imaginables. En España, el ejército se alzó en armas contra la legalidad, hubo muertos y matanzas por ambos lados, pero los vencedores desencadenaron una represión aún más brutal que la guerra en sí sobre los vencidos. Tu bisabuelo murió construyendo ese horror llamado Valle de los Caídos, en el que está enterrado el único dictador de nuestro tiempo para vergüenza de todos nosotros. Tu bisabuelo era un buen hombre, un simple maestro de geografía que se perdió, como tantos otros miles de aquel tiempo.

—Tú apenas lo conociste.

—Hasta eso me robaron, sí.

—Cuéntame más.

—¿De verdad quieras saber esas cosas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Para entender por qué papá se ha ido tan lejos a luchar por una gente que no conoce en una tierra que no es la suya.

Hundió sus ojos eléctricos en mí. Cada vez que lo hacía, yo podía sentirlos en mi cabeza, en mi pecho, escudriñándome por dentro, como la vez que arrugué la portada de uno de sus viejos discos y al decirle que no había sido yo me atravesó con la mirada y me puse rojo como un tomate, delatándome a mí mismo.

—¿Qué te dijo tu padre acerca de eso?

—Que era su deber.

—¿Y qué más?

—Que si no hubiera misiones de paz aún sería peor, moriría más gente inocente, más niños.

—Es una buena razón, ¿no te parece? —me puso a prueba.

—¿Tú estás de acuerdo?

—Una moneda tiene dos caras, y las dos forman parte de ella, inseparables, como el bien y el mal, el *yin* y el *yang*...

—¿Y cómo se sabe que una cara es mejor?

—No se sabe.

—Así que es tan correcto despreciar la guerra como estar de acuerdo con ella.

—Yo no he dicho tal cosa.

Me carga cuando las personas mayores hacen eso.

No definirse, responder con preguntas, cubrir de misterio su incapacidad para decir sí o no...

—Abuelo...

—¿En serio te interesa el tema?

—Ahora sí.

Apartó sus ojos de los míos. Los depositó en una fotografía muy vieja, en la que se le veía a él, con barba y el cabello largo y revuelto, llevando sobre los hombros a su hijo, mi padre, más o menos con mi edad. Los dos reían felices, con la boca abierta. El abuelo en aquella imagen era más o menos como un dinosaurio rescatado del tiempo. Símbolos hippies, collares, pegatinas, una cinta de color rojo en el pelo, una camiseta que decía que era de un héroe legendario llamado Che Guevara y que yo, durante un tiempo, pensé que era valenciano... Papá también llevaba el pelo largo, ropa vaquera, el símbolo de la paz en la suya.

La única fotografía de la habitación en la que él se refugiaba para leer, estudiar, escribir...

—Nunca es tarde para aprender —suspiró.

—Abuelo, ¿papá y tú estáis enfadados?

—No. Es mi hijo. Respeto sus ideas aunque me duelan.

—Pero tú no estás de acuerdo con esas cosas.

—¿Cuáles?

—Ya sabes —me encogí de hombros.

—Aborrezco los uniformes que disfrazan a los hombres y les dan causas y motivos para emplear su violencia sobre los demás, las banderas que no son más que trapos de colores con los que los fanáticos y los intolerantes se arropan, las palabras pomposas que buscan justificar a unos seres humanos que se creen mejores o con más razones que otros sólo por utilizarlas. Aborrezco que se cite a dioses para matar, y que se apele a la historia, a la raza, o que alguien se llene la boca con abstracciones como Dios, patria y honor para justificar su fascismo. Y aborrezco expresiones como «castrense», «obediencia ciega», «orgullo» y otras cuando tratan de eliminar el único privilegio de que dispone el ser humano en esta vida: su libertad.

Me quedé impresionado con el discurso de mi abuelo. Porque había sido un discurso en toda regla. No es que papá fuera todo el día un militar estricto, pero a veces le oía

hablar y algo de todo aquello me resultaba ya muy familiar. Nunca le había dicho que a mí las marchas militares tampoco me gustaban.

—No quería herirle.

—Me gustaría saber lo que sabes —le dije de nuevo al abuelo.

—Es muy fácil: estudia.

—Eso requiere años. A mí me gustaría saberlo ahora. Cosas sobre las guerras.

—Sería un poco largo.

—No todas, sólo las últimas, y de aquí, de España. Desde el descu... el tropiezo con América, por ejemplo.

—Es igualmente largo.

—¿Ha habido tantas? —abré los ojos.

—Sí —fue rotundo.

—Por favor... —protesté—. ¡Luego decís que no tengo interés por nada!

—Yo nunca he dicho eso —quiso dejarlo claro.

—¿Y si cada vez que nos veamos me cuentas un poco?

—¿No te cansarás?

—¡No!

—Mira que si empiezo... ya me conoces.

—Que sí, abuelo, que sí.

Se animó. Cuando el abuelo se animaba asentía con la cabeza, él solito, como si se diera caña a sí mismo. Siempre me había contado o leído cuentos. Le encantaba. Decía que un minuto conmigo era un bálsamo, y una hora algo así como una descarga de adrenalina, un descenso a la realidad y una vuelta a la inocencia. No siempre le entendía, pero me gustaba escucharle. La voz del abuelo es igual que un día de verano, cálido y de vacaciones.

—Entonces el martes, ¿de acuerdo?

—Vale —le abracé feliz.

—Vale —repitió él imitando mi tono con aquella punta de ironía que a mí tanto me gustaba, aunque poco a poco iba desprendiéndose de su carácter tanto como el cabello de su cabeza.

## «Hay muchas formas de pelear...»

Mamá leía un libro en la sala, bajo un silencio impresionante. La única luz era la que le caía encima, directamente sobre el libro, y que provenía de una lamparita de pie ubicada a su lado y con el cono superior vuelto hacia las páginas que devoraba con placidez. Para ser escritor hay que tener sensibilidad, y a mí, en ese momento, la imagen de mamá se me antojó de lo más sensible. Era hermosa. Tenía las dos piernas recogidas sobre el asiento y los pies atrapados por el peso de su cuerpo. Papá siempre decía que era la mujer más guapa que había visto jamás. Y es que papá, aunque fuera militar y llevase armas y todo eso, en el fondo no dejaba de ser hijo del abuelo. Tenía un punto romántico.

—¿Qué quieres, Diego? —me preguntó de pronto sin levantar la vista del libro.

Las madres tienen tres ojos.

—Nada.

—¿Y por eso estás ahí, quieto?

—No quería molestarte.

Cerró el libro y lo dejó a un lado, sobre la mesita en que reposaba un vaso de agua al que sólo le quedaba un dedo de líquido. Me miró con aquellos ojos limpios y grandes con que solía expresarlo todo.

—Ven.

Fui.

Bajó los pies al suelo y dejó un hueco a su lado en el que me senté, reclinando la espalda en su brazo. No me gusta mucho el silencio, prefiero que haya cosas que escuchar, pero reconozco que en ese instante nos vino bien. Las emociones son como las nubes, aparecen, desaparecen, crecen, pasan de ser algodonosas a ser negras, se rompen, descargan agua, van, vienen.

Incontrolables.

—Cuéntame —me pidió mamá—. ¿Cómo está tu abuelo?

—Bien —me encogí de hombros.

—¿Te ha dicho algo de papá?

—No.

—¿No?

—Ha hablado de él, de lo que piensa.

—Tu abuelo es todo un personaje.

—¿Y eso qué significa?

—Que debes quererle mucho, pero también escucharle lo justo.

—¿Por qué?

—Tiene sus ideas, y no diré si son acertadas o no. Es un hombre de carácter. Pero vivió en una época muy romántica de la historia, en un tiempo irrepetible, y de eso han pasado muchos años.

—A mí me gusta como cuenta las cosas.

—Por supuesto —asintió ella—. Los abuelos son padres que han olvidado serlo y recuperan esa sensación con los nietos. Y me refiero a padres jóvenes en ejercicio, porque uno es padre o madre de una forma u otra desde el primer día y hasta siempre.

—¿Cómo era ser hippy?

—Bueno, ser hippy a la española no era gran cosa. Era más bien una cuestión mental. El movimiento hippy nació en Estados Unidos a mitad de los años sesenta como respuesta a la Guerra de Vietnam, y tiene que ver con muchas otras cosas, un tiempo de libertad, la música, la psicodelia, las drogas alucinógenas... En España, los cabellos largos estaban muy mal vistos, y la dictadura aún mantenía su mano de hierro sobre la gente.

—Tú aún no habías nacido.

—Mis padres me lo contaron.

—¿Qué hizo el abuelo?

—Luchó por la democracia.

—¿Cómo se lucha si no hay guerra?

—Hay muchas formas de pelear, hijo. A finales de los años sesenta del siglo pasado los jóvenes españoles estaban hartos de dictadura y falta de libertad. Había revueltas estudiantiles, movimientos de izquierda... Tu abuelo era un ácrata convencido, libre pensador y revolucionario. Escribía en una revista clandestina, un panfleto de poca monta, pero fue suficiente para que los detuvieran a todos y les fichara el TOP.

—¿Eso no es una lista de éxitos?

—No —se echó a reír—. Una cosa es el top 100 o el top 50 de los más vendidos o escuchados, y otra el TOP en la España franquista. Son las siglas de Tribunal de Orden Público.

—¿El abuelo fue a la cárcel? —me asombré mucho.

—No se llegó a tanto, pero le ficharon y le prohibieron meterse en más líos, porque entonces sí habría acabado en una celda. Eso le costó no poder salir de España, ya que aún no había hecho el servicio militar, que entonces era obligatorio.

—¿El abuelo estuvo en el ejército?

—No. Y entonces no existía la objeción de conciencia, como años después, antes de que la famosa *mili* dejara de ser obligatoria. De alguna forma se libró, supongo que arriesgando el pellejo, no estoy segura. Para él, ponerse un uniforme habría sido como matar su alma, rendirse y sufrir la peor de las humillaciones.

—¿Por qué papá y el abuelo son tan diferentes?

—Los padres y los hijos suelen serlo, por oposición, rebeldía, búsqueda de una

identidad propia... Cosas así. Aunque en el fondo, posturas aparte, la mayoría de padres e hijos son tal para cual.

—Las dos caras de una misma moneda —recordé las palabras del abuelo.

Mamá se quedó impresionada.

—Exacto —asintió.

—Cuando papá le dijo que se iba a hacer militar...

—Casi le da un infarto, aunque el ejército de ahora no tenga ya nada que ver con el de antes. Pero a tu padre siempre le han gustado otras cosas, ya ves. Uniformes, viajes...

—¿Y a ti, te gusta?

—Yo le quiero a él, haga lo que haga.

Los mayores tienen muchas formas de eludir la responsabilidad de decir sí o no.

—El abuelo me dijo que su padre luchó en la Guerra Civil española, y que la perdió, pero que fue leal al Gobierno de entonces —busqué la forma de retomar el tema.

—Veo que has tenido una charla muy curiosa con él —mamá plegó los labios haciendo una mueca de sorpresa.

—Es que todo esto de las guerras me interesa —afirmé rotundo.

—No deberías.

—Yo creo que sí. Papá está en una.

Ya no me habló de «misión humanitaria».

—No seas tonto y vete a jugar —pareció decidida a concluir la conversación.

—¡Vamos, mamá! —le dije lo mismo que le había dicho al abuelo—: ¡Si no pregunto, decís que no tengo interés, y, si pregunto, que tengo demasiado o que son cosas que no puedo comprender!

Sabía por dónde pillarla.

—De acuerdo, ¿quéquieres saber?

El abuelo ya iba a contarme la historia de las guerras. Él sabía más que mamá de eso.

Pero la tenía a ella para mí solo, dispuesta a hablar de lo que quisiera.

—Cuéntame todo lo que sepas de él.

—¿Del abuelo? —alzó las dos cejas.

—Sí —asentí—. De él, de su padre, de la Guerra Civil, de lo que hizo en esos años en que fue hippy...

Era una buena forma de iniciar mi aprendizaje: saber lo máximo de la persona que iba a enseñarme la historia de las guerras de los últimos quinientos años.

Saber lo máximo de la persona a la que más quería junto con papá y mamá.

Mi abuelo Nicolás.

## «Aquella España de los Reyes Católicos...»

La abuela era algo así como la noche del día que representaba el abuelo, o viceversa. Callada, siempre en un segundo plano, reservada, hablaba más con las manos y los ojos que con la boca. A ella bastaba con verle la cara. Si decía mi nombre, sólo eso, en plan latigazo verbal, lo mejor era quedarse quieto y no tentar al destino. Si me acariciaba, en cambio, uno podía esperar cualquier cosa buena, desde la aparición de una propina en forma de cinco euros para que me comprara algo o una merienda suculenta como la que disponía en aquel momento sobre la mesa.

—Nora, te superas —ponderó el abuelo.

—Si vais a hablar toda la tarde, es mejor que recuperéis fuerzas de antemano.

—¿Has puesto un anuncio en el periódico o qué? —le pregunté a él.

—Tu abuela y yo no tenemos secretos.

—No sabes dónde te metes —ella me miró así como con resignación—. Soltarle la lengua a ése es tentar al diablo —señaló a su marido.

—Vamos a hablar de historia —se defendió el aludido.

—Y a ti que te encanta.

—Todos los nietos se arrepienten de no haber hecho preguntas a sus abuelos cuando podían. De mayores ya es tarde. Cuando muere un anciano...

—Muere una enciclopedia con patas, sí, ya lo sé —terminó la frase ella cortándole.

—Nora...

—¡Que os aproveche! —salió del despachito dejándonos solos.

Yo alargué una mano para atrapar una tostada y un taquito de queso. Los piñones, para después. También había jamón y aceitunas. Un banquete. Y una limonada de litro y medio.

El abuelo me vio comer. Puso cara de chiste.

—Empiezo a tener mis dudas acerca de la sinceridad de tu propuesta —me dijo.

—Caray, si se ha tomado todo el trabajo... —abarqué la merienda con las dos manos.

—De acuerdo, ¿por dónde quieres que empiece?

—Por el principio, cuando Colón desc... digo... se tropezó con América.

—Primero hay que saber cómo estaba el mundo en 1492.

—Pues vale —ataqué la segunda tostada y esta vez la acompañé con jamón.

—Mejor me espero a que termines, porque haces tanto ruido masticando que no vas a oírmeme.

No quería perder tiempo, así que mastiqueé con menos ferocidad.

El abuelo soltó un resoplido de sarcasmo.

—Te quiero, Diego —me dijo sin más.

—Yo también a ti —me quedé un poco inquieto por la muestra de afecto inesperada, porque en una película había visto que la gente decía esa clase de cosas antes de irse a alguna parte o morirse.

Y el abuelo no se marchaba a ningún lado ni tenía aspecto de ir a morirse, desde luego.

—La vida en este país, España —lo pronunció con acento folclórico—, empezó a cambiar cuando en el año 1469 se casaron Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, más conocidos como los Reyes Católicos. ¿Te suenan?

—Claro, hombre.

—Bien por tu cultura. Sigo. Como bien decían sus nombres, Isabel era la heredera de la Corona de Castilla, y Fernando el heredero de la Corona de Aragón, los dos reinos más importantes del norte de España, aunque Aragón era una mezcla de identidades muy variopintas: aragoneses, valencianos, catalanes... , cada cual con su propia idiosincrasia. Los catalanes, por ejemplo, tenían una marina muy potente con un código de derecho marítimo modélico y aceptado por las restantes marinas europeas. Lo llamaban Libro del Consulado del Mar. El nuevo reino estaba inmerso todavía en aquellos días en lo que se dio por llamar la Reconquista.

—Porque España estaba invadida por los árabes, ¿no?

—Más o menos. Digamos que estaban aquí desde el año 711, y que la idea era convertir a la península Ibérica en una sola nación, con una única corona y una única religión: la católica. Isabel, hija del rey Juan II de Castilla y nacida en 1451, era una señora de armas tomar. Fernando era un año más joven que ella, del 1452. Así que cuando contrajeron nupcias ella contaba dieciocho años y él, apenas diecisiete. Unos críos. Pero es que ella se casó pasando por encima de su hermano Enrique IV, el rey de Castilla, escogiendo a su marido e ignorando su otra opción, que era el rey Alfonso de Portugal. Eran primos segundos y tuvieron que presentar una dispensa papal más falsa que lo de las armas de destrucción masiva del Bush.

—¿Por eso dices que era una señora de armas tomar?

—No sólo por eso. En diciembre de 1474 Enrique IV murió e Isabel no perdió ni un día en proclamarse reina de Castilla en Segovia. Su marido ni se enteró. Cuando lo supo, emprendió viaje desde Aragón un poco bastante molesto, porque el gesto de su muy dilecta esposa le convertía a él más o menos en un marido consorte. Fernando invocó la ley llamada sálica, vigente en Aragón pero no en Castilla. Esa ley decía que los varones eran preferidos por delante de las mujeres para reinar. A Isabel se le ocurrió entonces diseñar un pacto de Estado mediante el cual los dos iban a ser exactamente iguales al frente de la Corona. De ahí la famosa frase de «tanto monta, monta tanto, Isabel como Fernando».

—¿Se querían?

—Hijo, no lo sé —fue categórico el abuelo—. Pero me da en la nariz que no, que en

aquella época las cuestiones de Estado y la política gobernaban la razón y no los asuntos del corazón.

—Pero ése fue el origen de España tal y como la conocemos hoy.

—En 1479, al morir el padre de Fernando, empezó a fraguarse, porque entonces él heredó las posesiones aragonesas e italianas de la Corona de Aragón y se equilibró con lo que tenía su mujer. Fernando era un tipo hábil. Y avisado aun en su juventud. Había estado en la guerra civil catalana de 1462 a 1472, cuando era un adolescente. Sin embargo, las cosas no eran todavía tan plácidas. Persistían algunas pugnas por el poder. La princesa Juana, hija de Enrique IV y apodada la Beltraneja porque se rumoreaba que su padre no era el rey sino un tal Beltrán de la Cueva, fue la que se casó con el rey Alfonso de Portugal, y reclamó los derechos de la Corona de Castilla, contando con el apoyo del rey Luis XI de Francia, que estaba enfrentado a Juan II de Aragón por los condados de Cerdeña y Rosellón.

—Ya empieza el lío.

—¿Cuándo no es un lío la política, el tema de las alianzas y los intereses estratégicos?

—Pactaron o algo así?

—Qué va. Los que abogaban por Juana como reina tenían menos fuerza que los que apoyaban a Isabel, así que le pidieron a Alfonso V de Portugal que los ayudara, ya que él era tío de Juana. Más aún, le propusieron que se casara con ella, para así ser rey también de Castilla cuando ganaran la guerra.

—Pero ¿no eran tío y sobrina?

—¿Y qué? En aquella época no había programas de telebasura, pero el mangoneo con la Iglesia era el mismo. Hoy se anula un matrimonio de veinte años con diez hijos y en aquel tiempo se le pidió al Papa que hiciera la vista gorda y eximiera el tema de la consanguinidad. Eso se llama una «dispensa». Así que dicho y hecho. El portugués atravesó la frontera con mil seiscientos peones y cinco mil caballos. Cruzó Extremadura, llegó a Plasencia, se casó con Juana y allí unió sus fuerzas con las de los nobles que apoyaban a su esposa, el duque de Arévalo y el marqués de Villena. Eso sucedió el 12 de mayo de 1475.

—¿Cuántas guerras civiles ha habido en España?

—La tira, hijo. La tira —la voz del abuelo se envolvió de tristeza—. Fernando e Isabel presentaron batalla y lograron reunir cuatro mil hombres de armas y ocho mil jinetes, además de treinta mil peones. Una gran fuerza para ese tiempo. Alfonso de Portugal cometió el error de pasarse más tiempo del necesario en Plasencia, y los Reyes Católicos atacaron un montón de lugares diferentes, incluso en Portugal. Había un detalle más: los españoles que servían bajo la bandera portuguesa no se sentían muy felices. Hubo cruentas batallas, en Toro, Zamora, Segovia, Ávila... hasta que Alfonso comprendió que la causa estaba perdida y entonces pidió, para firmar la paz y reconocer a Isabel, nada menos que Galicia y las ciudades de Toro y Zamora junto a una gran suma de dinero. Los Reyes Católicos le dijeron que sí a lo del dinero, pero de lo de darle un trozo del

país, ni hablar. Era muy normal en aquellos tiempos dar tierras aquí y allá para sellar la paz, por eso había lugares que a lo largo de cien años cambiaban media docena de veces de bandera. Un lío.

—Se acabó la guerra.

—Todavía no. Juana vivía en Toro como la reina que quería ser. No es fácil renunciar a algo, y más si crees tener tus derechos. Y no pregantes cuál tenía razón, porque argumentos hay a favor de ambas. Cosas de la realeza de aquellos tiempos. La batalla de Toro inclinó la balanza a favor de Isabel y Fernando en marzo de 1476, y otras plazas como Madrid o Zamora también se rindieron. Juana regresó a Portugal, pero mientras un Papa había autorizado la dispensa para legalizar la boda con su tío, el siguiente, Sixto IV, la anuló. En 1478, Alfonso de Portugal trató de volver a las hostilidades y la nueva guerra duró hasta 1479. Otra sangría. Pero ya inútil. No voy a marearte con detalles, sólo te diré, para que veas lo complicadas que eran las cosas, que Isabel pactó con Beatriz de Portugal, la hermana política de Alfonso V, una serie de medidas para acabar con la guerra. Entre ellas, que Juana se casara con el infante Juan, el hijo de Isabel y Fernando, cuando éste llegase a una edad adecuada, o en caso contrario que internase en un convento y tomara el velo. Encima, el infante podía rechazarla si, en su mayoría de edad, no le satisfacía tal enlace, con lo que ella recibiría entonces una compensación de cien mil ducados. Juana la Beltraneja no quiso rendirse ni humillarse hasta el punto de casarse con un niño o ser despreciada por él, y se retiró al convento de Santa Clara, en Coimbra. Al año ya era monja.

—No me digas que, encima, la hicieron santa.

—No, de santa nada. Era monja de puertas adentro, porque se pasó más tiempo fuera del convento que en él. Incluso le pidieron la mano en 1482. Lo hizo un sobrino del rey de Francia para incordiar a los Reyes Católicos. Y en 1504, al morir Isabel, el propio Fernando la pidió en matrimonio para acabar con los problemas, pero ella, muy digna, no quiso aceptar como marido al que tiempo atrás la trató como hija ilegítima.

—O sea, que antes de que Colón llegase a América hubo que asentar la Corona mediante una guerra.

—Ahí voy: las guerras. Siempre ellas. De hecho, la que te acabo de explicar no fue sólo civil, sino internacional, con Francia y Portugal. El Tratado de Alcaçovas de 1479 asentó no sólo a los monarcas en el trono sino que estableció un pacto sobre el espacio marítimo entre España y Portugal, definitivamente sellado en el Tratado de Tordesillas de 1494.

—Eso fue dos años después de que Colón llegara a América.

—Sí, pero no corras tanto. La situación no estaba ni mucho menos controlada en el nuevo reino de Castilla y Aragón. Esta guerra civil trajo mucho descontrol, y en esas situaciones siempre hay alguien que trata de aprovecharse en su propio beneficio. Andalucía, Galicia y Valencia, o sea, las zonas más alejadas de Castilla y Aragón, trataron de buscarse la vida por su cuenta. En Andalucía, el marqués de Cádiz y el duque de Medina Sidonia intentaron controlar las ciudades más importantes. El marqués de Villena,

que tenía posesiones en Valencia, La Mancha y la propia Andalucía, hizo lo mismo. Cuando Isabel, de nuevo haciendo gala de su temperamento, entró en Sevilla, se acabó la rebelión de los señores feudales, y de paso rescató Cádiz y Gibraltar para la Corona, ampliando su dominio sobre el territorio peninsular. En Galicia, la cosa fue mucho más peliaguda, y la dama se pasó por el forro tanto los símbolos de ese poder feudal como las ciudades y los castillos que arrasó, hasta instituir la Audiencia de La Coruña, con poderes absolutos, y dejar así controlado el territorio. El marqués de Villena perdió sus tierras, que también pasaron a la Corona, aunque no se quedó con todo para no granjearse más enemigos de los necesarios. Las Cortes de Madrigal en 1476 y las de Toledo de 1480 dictaminaron el triunfo de Isabel y Fernando, y la nobleza más rebelde tuvo que bajar la cabeza ante su poder. Bueno... la nobleza y la Iglesia. El arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo, que había apoyado a la Beltraneja, fue perdonado a cambio de perder su poder militar.

—¿Un sacerdote tenía poder militar?

—Lo que no sabes tú de la Iglesia, hijo.

—¿Como qué?

—Recuerdo que de joven vi una película titulada *El tormento y el éxtasis*, sobre el trabajo de Miguel Ángel pintando la Capilla Sixtina en el Vaticano. En las primeras escenas se veía a un caballero de reluciente armadura matando moros a diestro y siniestro. ¡Hay que ver qué forma de cortar cabezas! Luego, el caballero llegaba a su campamento, se bajaba del caballo... y resultaba ser un Papa, Julio II, creo. Yo me quedé estupefacto. En aquella España gris, con Franco en El Pardo y la Iglesia intocable, aquello fue un golpe para mí. Se me cayó una venda de los ojos. ¿O cómo te crees que la Iglesia ha construido su poder a través de los siglos?

—Qué fuerte.

—No nos desviemos. Vamos rectos al año 1492. ¿Qué sabes del viaje de Colón?

—Lo que nos contaron en el cole, que él era un visionario y que convenció a Isabel la Católica para que le financiara el viaje. La reina le entregó sus propias joyas.

—¿Y tú te lo crees?

No supe qué decir. Se supone que uno va a la escuela para que le enseñen. Si ha de cuestionárselo todo...

—Los musulmanes estaban ahí, seguían ahí —continuó el abuelo—. El sur de la península pertenecía al reino nazarí, que era vasallo de la Corona de Castilla pero... foco de tensiones constantes. Durante dos siglos y medio España no estuvo «completa», pero los reyes hicieron la vista gorda con Granada. Mientras los moros pagasen, y pagaban, todos contentos. Lo malo fue que un buen día Portugal ahogó el flujo de oro granadino, que procedía de Sudán, y cuando el reino nazarí dejó de aportar su dinero... Para postre, un buen día a los árabes no se les ocurrió nada mejor que hacer que tomar Zahara, y ésa fue la gota que colmó el vaso de la paciencia de Isabel y Fernando, llamados ya los Reyes Católicos. Dado que lo eran, emprendieron una especie de cruzada, palabra tan de moda

siglos atrás cada vez que se trataba de darles caña a los musulmanes. Esa guerra se prolongó por espacio de diez años, diez, y dejó las arcas del reino absolutamente exangües. Por suerte, los árabes también andaban a la greña con disputas internas. ¿Paso?

—No, cuenta, cuenta —quise dejarle bien claro que estaba metido de lleno en lo que me decía.

—Primero se produjo una rebelión, llamada de los abencerrajes, porque ellos fueron sus protagonistas. El reino se dividió en dos. Por un lado, el emir Abu I-Hasam; por el otro, su hermano Muhammad ibn Sa'd, alias el Zagal. Era lo que más convenía a los Reyes Católicos. Tras sublevarse, enfrentarse a su padre en 1483 y llegar al trono Muhammad XII —el famoso Boabdil, del que hablan las crónicas diciendo que lloró como mujer lo que no había sabido defender como hombre—, la lucha con su tío el Zagal continuó, y eso desgastó fatalmente a los musulmanes. Málaga cayó en 1487 y con ella la mitad occidental del reino nazarí. Luego la siguió Baza en 1489 y Granada acabó capitulando el 2 de enero de 1492, tras un largo asedio. Los árabes se iban de España. La realidad nacional era un hecho.

—Entonces llegó lo de América.

—Qué prisa tienes —chasqueó la lengua el abuelo—. ¿No ves que para situar la historia primero hay que hacer también historia de ella?

## «El día en que Colón se encontró con América...»

No me había dado cuenta y me había zampado las tostadas y casi todo el queso y el jamón. Quedaban los piñones. El abuelo no había probado bocado.

Tampoco le hacía falta.

Se le notaba que disfrutaba contándome la película.

Me las cargaría igualmente por no cenar, así que ataqué los piñones pasando de todo.

—Las arcas reales estaban vacías, eso es cierto, pero la aventura de Colón no fue algo romántico impulsado por una reina ensoñadora que pretendía conquistar el cielo. España era ya una potencia, y quería serlo aún más. En realidad, el viaje de Colón no era tan caro, sino muy barato dentro de la realidad del momento. Tres navíos y un puñado de hombres. Como ir a la Luna en un ultraligero. Si fracasaban, mala suerte. Pero si daban con la soñada ruta marítima en dirección a las Indias... Aquello representaba la supremacía española en los siete mares y establecer en primer lugar acuerdos comerciales con las lejanas tierras de las que había hablado Marco Polo. Lo que estaba en juego era el poder, el control, el dominio del «Mundo Conocido», por el que peleaban Francia, Inglaterra, Portugal, los reinos itálicos... Un poder que tenía también otro nombre: las especias.

—¿Qué son las especias?

—¿Tú crees que siempre hemos tenido patatas, café o limones?

—¡Ah!, ¿no?

—Pues no —el abuelo se puso chulo por pillar me en la ignorancia—. Muchas cosas llegaron de América, como las patatas o el tabaco, pero las especias venían de las Indias, y servían para darle sabor a la comida o conservarla. En aquellos años todo era la mar de soso, sin azúcar ni limón, incluso las carnes se pudrían, un asco. Lo que diferenciaba a las clases pudientes era tener especias. Por lo tanto, la nación que controlara la ruta de las especias sería muy rica. No se fue a las Indias a por oro, sino a por las benditas especias. El «tropiezo» fue económico, no romántico o aventurero. Pero en aquellos momentos todos los caminos que conducían a los países productores estaban cortados, porque los turcos habían conquistado Constantinopla y los tártaros se habían convertido al islam, así que ni hablar de dejar paso libre a los cristianos. Mientras los portugueses insistían en una ruta alternativa por África, Colón se empeñó en defender su idea de que Cipango, el actual Japón, estaba sólo un poco más allá de las Azores. Eso se lo dijo, al parecer, un naufrago que encontró en un viaje, el cual le habló de una costa maravillosa que luego resultó ser la Cuba de hoy. La medición que se calculaba entonces de la

circunferencia de la Tierra era, por supuesto, inexacta en algunos miles de kilómetros, ¡todo el continente americano, de norte a sur!

—Colón se dio de morros con América cuando creía...

—Ni más ni menos, aunque eso de «darse de morros»... Dale un toque de elegancia y di que «se dio de bruces».

—Vale.

—Mira si fue importante ese año en la historia, que antes de que Colón llegara a la primera isla en la que puso pie, en España sucedieron dos hechos fundamentales sin los cuales no se entiende lo que ocurrió después. ¿Sabes cuáles fueron?

—Ni idea.

—¿Has oído hablar de la Inquisición?

—En una peli —dije sin estar muy seguro.

—¡En una peli, en una peli! —el abuelo se enfadó de verdad—. ¿Qué os hacen estudiar en el colegio, por Dios? ¡La Inquisición, bueno... La Santa Inquisición —lo recalcó con malévolas precisiones— fue una de las vergüenzas más espantosas de nuestra historia, y una página negra por la cual se nos conoció durante siglos! Las religiones siempre han matado en nombre de la fe y el Dios único propuesto por cada una. ¡De paz, amor y perdón, poco!

—¿Por eso tú eres *ácrata*?

Me miró de una forma...

—En primer lugar, se dice ácrata —me rectificó—. Y en segundo lugar, eso significa que defiendo la supresión de toda autoridad, no que no crea en Dios.

—¿Tú crees en Dios?

—No. Soy ateo y, como mucho, agnóstico.

Memoricé la palabra para buscarla en el diccionario y no perder más tiempo.

—¿Por qué se creó la Inquisición? —recuperé el hilo de la conversación.

—¿Por qué se llamaban Católicos los reyes Isabel y Fernando? Pues porque lo eran. Hasta la médula. Así nos ha ido siempre con tanto catolicismo en este país. Apenas dos meses después de caer Granada, se decretó en España la expulsión de los judíos, algo de lo que todavía se habla hoy, porque hay descendientes de aquellos expulsados en muchos lugares, como Israel, que mantienen vivos los rasgos de su cultura. ¡Y muy distintas habrían sido las cosas con ellos aquí, porque, diga lo que diga la historia, y holocausto aparte, no tienen un pelo de tontos! ¡Con los judíos en España el oro traído de América no se habría dilapidado de la manera que se dilapidó! Los judíos eran instruidos, he ahí la explicación de todo. Leían, tenían conocimientos, escribían... Su expulsión fue la primera parte de lo que completó el Tribunal de la Inquisición, nacido inicialmente para controlar a los moros que aún quedaban en todas partes, integrados en la sociedad. Bueno, de hecho, lo que hizo Fernando fue exportarla de Aragón, donde ya funcionaba desde 1249, a Castilla. Se trataba de «limpiar» España de todo lo que no fuera afín a la Santa Madre Iglesia. Por desgracia, la Inquisición acabó siendo una lamentable Gestapo que hizo

auténticas barrabasadas a lo largo de los años siguientes, quemando mujeres acusadas de brujas por el simple hecho de ser diferentes o negando cualquier razón que no se amoldara a lo que para ellos era el cristianismo absoluto. De ahí que en la conquista de América se hicieran también tantas barbaridades, por ejemplo, aniquilar culturas enteras, como la de los mayas, y todo por el afán voraz de cristianizar por las buenas o por las malas. Y no es que no hubiera Inquisición en los restantes reinos de Europa, que la hubo, sino que aquí se hizo eterna y por eso hoy se habla de ella como si sólo hubiera sido una lacra española. En el siglo XIX aún existía la dichosa Santa Inquisición, más de cien años después de su fin en Europa.

—¿Cuántos judíos había en España?

—Se calcula que unos ciento cincuenta mil.

—¿Y se marcharon a una?

—¿Te imaginas? Una verdadera debacle. Tuvieron que abandonar cuanto tenían o vender sus cosas a precio de saldo. Se quedaron los conversos, pero ya escarmentados.

—¿Quiénes eran los conversos?

—Los que se pasaron al cristianismo, aunque muchos lo hacían de puertas afuera, mientras que en sus casas mantenían la predicación de su fe. No tardarían en despertar los mismos recelos que sus hermanos rebeldes.

—Bueno, ya hemos llegado a 1492. Ahora toca hablar de las guerras que hemos tenido desde entonces, ¿no?

—Muy belicoso estás tú —me reprochó el abuelo—. ¿Quién te dice que ya he terminado de sentar las bases de cómo estaba el país en ese momento?

—¿Hay más?

—Pues ¡claro que hay más! ¿Crees que Isabel y Fernando fueron felices y comieron perdices? Ellos fueron los precursores de las monarquías absolutas. ¡Hasta Maquiavelo lo dijo en su obra *El Príncipe*! —me dirigió una mirada de duda—. ¿Sabes quién era Maquiavelo?

—No.

—¿Te suena la palabra «maquiavélico» para describir algo planeado astutamente?

—Sí.

—Pues «maquiavélico» viene de este señor italiano, retorcido como él solo, que se inspiró en nuestro Fernando para su obra *El Príncipe* —suspiró con fuerza y agitó la cabeza de lado a lado—. España nunca se ha distinguido por hacer las cosas fáciles, tener gobernantes con sentido común y abrazar la paz como estandarte. Será que somos latinos, no sé. O cabezotas. El caso es fastidiarla, y no lo digo en el aspecto meramente crítico, sino realista. Por eso es bueno conocer la historia. Lo peor que hicimos fue la guerra civil del siglo pasado, pero eso es quizás porque ha sido la última y más terrible. De las otras guerras no hay películas, ni periódicos con fotos o correspondales como ahora.

—¿Qué pudo suceder para que a Isabel y Fernando se les torcieran las cosas?

—Cinco años después de que Colón llegara a América, se les murió su único hijo varón, Juan. Luego, también falleció su nieto Miguel, nacido de la unión de su hija Isabel con Alfonso de Portugal. Y la guinda final fue el fallecimiento de la propia Isabel la Católica en 1504. En poco más de doce años, España se había quedado sin herederos y sin su figura capital. Una de las cuatro hijas de los Reyes Católicos, Juana, heredó la Corona de Castilla, y eso puso en un frágil equilibrio una vez más la entente con Aragón, porque Juana estaba mal de la cabeza —se llevó el dedo índice de la mano derecha a la sien—. España estaba unida, pero no apaciguada. Los nobles seguían añorando sus prebendas anteriores. Isabel la Católica, que ya en vida comprendió que Juana no estaría capacitada para gobernar, propuso que su esposo Fernando administrara la Corona de Castilla en tal caso. Pero los nobles no se lo pusieron fácil. Sus intereses personales primaban por encima de los nacionales. El rey Fernando no pudo imponer su autoridad y se marchó a Nápoles, donde se casó con Germana de Foix, sobrina de Luis XII de Francia.

—¿Se volvió a casar?

—Claro. Mucho hablar de los Reyes Católicos pero ya ves. Te repito que en aquellos tiempos las bodas por razones de Estado y política, alianzas y demás, eran lo usual. De amor, nada. Eso les quedaba a los plebeyos. Fernando se casó con Germana para asegurar los dominios italianos de la Corona de Aragón, ni más ni menos, y soñando con tener un nuevo heredero. Mientras, la muerte seguía haciendo estragos y marcando el camino. Juana estaba ida, Fernando en Nápoles con su nueva esposa viendo cómo su primer hijo fallecía al poco de nacer, y, en 1505, en España le tocaba el turno a Felipe el Hermoso, el marido de Juana la Loca, que era rey consorte. Un desastre. Los nobles estaban cada día más alborotados. Así que Fernando no tuvo más remedio que volver de tierras itálicas. El único heredero posible era Carlos, el hijo de Felipe el Hermoso y Juana, pero todavía era un niño, porque había nacido en el año 1500.

—Menudo lío.

—No lo sabes tú bien. Cuando hay reyes niños, hay regentes que hacen de las suyas e intrigas palaciegas dispuestas a torcer el destino.

—¿Fue rey?

—Fernando el Católico todavía tenía que librarse algunas batallas. En 1512 ocupó Pamplona y anexionó el reino de Navarra a Castilla. Todo para plantar cara al vecino francés. Gracias a eso, las Baleares y las Canarias quedaron bajo bandera española. Las islas Canarias cayeron después de una cruenta guerra con los indígenas guanches poco antes de que Colón iniciara su viaje. Por eso pudo hacer escala allí.

—¿Hubo también una guerra en las Canarias? —proclamé sorprendido.

—¿Qué te crees, que un puñado de islas tan lejanas en aquel tiempo se despertaron un día y proclamaron su amor por España? ¡Anda ya! Las Canarias fueron un objetivo primordial de la Corona por razones estratégicas. Los viajes por mar tenían un claro contratiempo: dónde repostar. África era un misterio, pero con una base frente a sus costas podía ser una conquista. Y no olvidemos lo que podría haber más allá del

Atlántico, porque ya Colón insistía en que aquél era el camino marítimo a las Indias. A finales del siglo XIV comenzó el asedio, y con los Reyes Católicos se completó. Entre 1492 y 1493 capituló la isla de La Palma y con ella el resto del archipiélago. Ten en cuenta que Portugal poseía ya las Azores, Madeira y Cabo Verde. Un hermoso pueblo, el guanche, fue sometido y devorado, como ha sucedido con todas las naciones indígenas en los últimos quinientos años.

—Por lo que veo, Europa era un puzzle, todos buscando alianzas, posiciones de poder, y de tanto en tanto liándola con una guerra.

—Y más, Diego. Y más. Yo sólo te hablo de España, pero las guerras las hemos tenido con todos nuestros vecinos. El hallazgo de América sacudió a todos, sobre todo a Portugal, cuyo rey, Juan II, había negado el apoyo a Colón en 1484, ocho años antes del «tropiezo». El papa Alejandro VI, que se llamaba Rodrigo Borgia y era valenciano, una buena pieza, otorgó todas las tierras descubiertas por Colón a la Corona de Castilla. Lo hizo mediante la bula *Inter caetera*. A Portugal eso le sentó como un tiro y protestó de mala manera, así que Isabel y Fernando firmaron el Tratado de Tordesillas en 1494. Gracias a él, Portugal trasladó la línea divisoria de sus zonas de influencia doscientas setenta leguas más allá. El mundo quedó dividido en dos mitades mediante una línea recta a lo largo del meridiano 46, y por eso hoy Brasil tiene como lengua el portugués.

—¡Qué cara más dura! ¡Pero si ellos no hicieron nada!

—¡Ah! Así estaban las cosas. Tampoco hicieron nada Francia o Inglaterra y se enfadaron de lo lindo por ese reparto. Equilibrio o guerras. El primer viaje de Colón tuvo lugar en 1492, el segundo en 1493. Y desde ese momento todo el mundo puso proa a las nuevas tierras. Américo Vespucio, el hombre que le robó a Colón el derecho a bautizar el Nuevo Mundo, viajó a sueldo de Portugal hasta lo que hoy es Río de Janeiro; Juan y Sebastián Caboto, a sueldo de Inglaterra, alcanzaron las costas septentrionales de América. En 1500, Juan de la Cosa hizo el primer mapa conocido. Lo curioso es que Colón murió en 1506 creyendo todavía que había llegado a las Indias, tras hacer cuatro viajes y haber sido proclamado virrey aunque con desastrosas consecuencias. Era un buen marino, un visionario, pero no un político ni un buen gestor.

—Me parece que hemos vuelto atrás, ¿no? Estábamos hablando de ese tal Carlos, el nieto de los Reyes Católicos, el heredero.

—Es que la historia nunca es lineal. Suele avanzar por varios frentes a la vez. Europa era una especie de inmensa escudella catalana. Había de todo. Sólo para que te hagas una idea: antes del encuentro de América, y también después de él, los Reyes Católicos buscaron desesperadamente asentar la nueva monarquía española entre las grandes casas europeas. Casaron a su hija Isabel con Alfonso de Portugal. Cuando éste murió, la casaron con Manuel de Portugal, siempre pensando en sellar la alianza con nuestros vecinos de la izquierda. La muerte de Miguel, el hijo de Isabel y Alfonso, fue un duro golpe que imposibilitó el agrupamiento de las dos coronas. Isabel, además, murió de sobreparto. Asimismo, la otra hija, Catalina, fue ofrecida al heredero del trono inglés,

Arturo, no el de *Excalibur*, la Mesa redonda y demás leyendas, ¿vale? Pero Arturo murió y entonces se casó con el célebre Enrique VIII, porque lo que interesaba era la alianza contra Francia. La tercera en la línea sucesoria, Juana, se casó con Felipe el Hermoso, hijo del emperador alemán Maximiliano. El único hijo de Isabel y Fernando, Juan, también se casó con una hija de este emperador, Margarita, antes de morir según parece por sus excesos amatorios. ¿Quieres más?

Yo me estaba haciendo ya un lío con tantos nombres, porque en el pasado estaba claro que todos se llamaban igual, Alfonso, Juanas, Isabeles... Y no quería preguntar lo de los «excesos amatorios». No habíamos avanzado nada. Estábamos solamente al comienzo del siglo XVI.

No quedaban piñones.

—Hay algo que no entiendo —intenté centrarme.

—¿Qué es?

—¿Qué pintaba Nápoles en todo esto? Antes has dicho que el rey Fernando el Católico se fue a Nápoles. ¿Por qué?

—Carlos VIII de Francia devolvió a la Corona de Aragón los condados de Cerdeña y Rosellón, pero se proclamó rey de Nápoles en 1495. Los reinos italianos eran importantes para dominar el Mediterráneo entre otras cosas. Lo mismo que ahora van los estadounidenses y consiguen una coalición internacional para atacar Iraq cuando Saddam Hussein invade Kuwait al comenzar la década de los noventa, en aquellos días Fernando consiguió también una coalición para enfrentarse al rey francés. Milán, Venecia, Alemania y el propio Papa de Roma se unieron para darle batalla. Carlos VIII tuvo que retirarse. En 1500, el reino de Nápoles se dividió entre España y Francia, pero hubo nuevas hostilidades que acabaron con las batallas de Ceriñola y Garellano, tras las cuales el nuevo rey galo, Luis XII, se rindió. La Corona de Aragón tenía Nápoles, Sicilia, Cerdeña... Sólo faltaba el norte de África, sobre todo para frenar la piratería de los bereberes, y de eso se encargó el cardenal Cisneros en 1509 conquistando Orán y creando los protectorados de Argel, Trípoli y Túnez.

—¿Un cardenal?

—Predicaban con la espada tanto o más que con la religión. El cardenal Cisneros fue gobernador de Castilla tras la muerte de Isabel la Católica, y después regente de Castilla, mientras que el arzobispo de Zaragoza, Alonso, hijo natural de Fernando el Católico, lo fue de Aragón. Eso nos lleva a 1516, año en que murió Fernando el Católico y del regreso a España de Carlos, el heredero.

—Espera, espera, ¿cómo que hijo natural?

—Los reyes se casaban por razones de Estado, cumplían teniendo la descendencia que se esperaba de ellos, pero luego...

—¿Tuvo una amante? —no podía creerlo.

—Más de una. La primera fue un desliz de juventud. A los dieciséis años se enamoró

de una damita llamada Luisa de Estrada y... Pero no fue la única. Fernando tuvo cinco hijos con Isabel y otros cuatro con esas damas de compañía, un chico y tres chicas.

—Entonces, ¡el primero era el heredero!

—Los bastardos tenían otros problemas. La Iglesia era una buena solución, y siendo hijo del rey... ¿qué menos que un arzobispado?

—Alucinante.

—Me alegro de que te lo parezca.

—Bien, ¿qué pasó entonces con Carlos? ¿Fue rey al llegar a la mayoría de edad?

El abuelo miró la hora. Yo ni me había dado cuenta de lo tarde que era. Al otro lado de la puerta sonó el timbre del teléfono y comprendí que era mamá, reclamándome. Puro instinto.

—Me temo que por hoy ya está bien. Seguiremos en la próxima.

—¡Jo! —inicié un conato de protesta.

—No se pueden explicar quinientos años de historia y tropecientas guerras en un par de horas, Diego.

—Ya —suspiré abatido.

La puerta del despachito se abrió en ese momento y la cabeza de la abuela apareció por el quicio.

—Sí, ya voy —le dije antes de que ella abriera la boca.

—Por lo menos veo que no te has aburrido —me dijo el abuelo dándome un cariñoso golpe.

—Eso no —proclamé con énfasis—. Es muy chulo, y tú lo explicas muy bien.

Los ojos le brillaron.

La abuela me dio un beso en la cabeza.

Eso fue todo en la primera sesión de mi puesta a punto histórica.

## «Carta desde un lugar llamado guerra»

La primera carta de papá llegó al día siguiente.

Recuerdo la emoción con que nos enfrentamos al sobre, los nervios ocultos, la calma fingida, la manera en que mamá y yo nos apoyamos mutuamente para convertir la fiesta en una normalidad que estábamos lejos de sentir. No era un sobre normal, con sellos de correo de aquel país. Venía con el membrete del Ministerio de Defensa. La caligrafía de papá era pulcra, meticulosa, como casi todo lo que hacía. Siempre decía que había que tomarse el tiempo necesario para hacer las cosas bien.

—Ábrelo —me invitó mamá.

—¿Yo?

—Sí, adelante.

—Bueno —tragué saliva.

Era la primera vez que abría una carta.

Lo hice con cuidado, para no romper el sobre demasiado y, por supuesto, para no dañar la carta. Logré separar la solapa sin deteriorarlo mucho, aunque me costó más de lo normal. El único gesto de mamá consistió en unir las manos y apretárselas mucho la una contra la otra, hasta que se le blanquearon los nudillos. Por eso supe que estaba impaciente y nerviosa. La sonrisa, en cambio, se mantuvo en su cara como si tal cosa. Y la sonrisa de mamá siempre tenía luz.

—Ya está, toma —extraje la hoja de papel de su interior.

—¿No quieres leerla tú?

—No, hazlo tú.

—De acuerdo —tomó el papel de mis manos, lo desplegó y llevó sus ojos hasta el comienzo de la carta.

Yo estaba como hipnotizado.

Las cartas me parecen pedazos de pasado que uno recupera en un presente desconocido. Uno las escribe sin saber cuándo las leerá la otra persona. Y el que las lee lo único que hace es asomarse a lo que sucedió hace varios días. En medio, la distancia y el tiempo. Es como mirarse al espejo. Vemos el reflejo de lo que fuimos hace una millonésima de segundo.

Dicen que cuando me da por pensar y ponerme filosófico...

¿Será que soy raro?

«Queridos Diego y Leo», leyó mamá despacio. «Ya estoy instalado en la base y por fin dispongo de unos minutos de tranquilidad para escribirlos, porque esto es una locura.

No me refiero a que haya problemas, aunque como comprenderéis somos muchos, sino a que estamos en un mundo nuevo y desconocido, y hemos de habituarnos a la realidad que nos rodea, si bien como militares estamos acostumbrados a campamentos, maniobras, ejercicios y otras historias. Así pues, la actividad es plena aunque llevadera. Tenemos una base situada en mitad de una llanura inmensa, con los sistemas más avanzados de detección y prevención de ataques, y lo primero que asombra es que este país se encuentre sumido en una guerra, con tantas facciones enfrentadas, porque no parece que haya un alma en kilómetros y kilómetros a la redonda. Los pueblos más cercanos están a una distancia de una hora más o menos, por una carretera asfaltada y buena. La ciudad, en cambio, se encuentra a casi dos horas. Todavía no la hemos visitado. Estamos acuartelados estudiando la zona y haciendo patrullas de reconocimiento e inspección. A cinco horas, en la frontera, se encuentra el campo de refugiados más importante del sector. En él hay cincuenta mil personas que tratan de escapar de la barbarie, el hambre, la violencia. Hace mucho calor de día, pero las noches son frías. Así pues, ya veis que estoy muy bien. ¿Y vosotros? ¿Qué tal? Diego, ¿ya estudias?»

—Sí —dijo yo como si lo tuviera allí delante.

Mamá continuó leyendo.

«Es extraño que vayamos a pasar tantas semanas separados, haciendo vidas tan diferentes. No sé cómo me imaginaréis aquí, porque no tenéis referencias, pero yo pienso mucho en esos detalles que antes carecían de importancia. Poner la mesa, charlar, comentar las noticias, salir a dar un paseo, ver el fútbol en la tele, ducharme, darte un último vistazo por la noche a ti, Diego, meterme en la cama y apagar la luz mirándote, Leo. Es como tener dos familias. Aquí mi familia son esos muchachos que dependen de mí, porque para algo soy su oficial. Algunos son muy jóvenes, pero en sus ojos veo esa clase de entrega que les hace hombres. Hemos venido a ayudar a unas gentes que nos necesitan, pero que en el fondo nos rechazan. Para algunos somos invasores. Para otros, guardianes de su seguridad. Los riesgos de que suceda algo son mínimos y, sin embargo, estamos alerta porque la situación política puede cambiar de un día para otro. Ayer salí de patrulla por primera vez y por el camino vimos a unos niños jugando en mitad de ninguna parte. Ni siquiera sabíamos de dónde podían haber salido. Se nos acercaron y nos pidieron algo, con las manos extendidas. Nuestro intérprete nos dijo que querían chocolate. ¿Os dais cuenta? ¡Chocolate! Uno de ellos había construido un coche con una botella de plástico atravesada por dos palitos. Las ruedas eran unos frutos secos. Pienso que las personas aprendemos más por defecto que por exceso. Esos niños tendrían más o menos entre siete y doce años. Puede que no lleguen a viejos porque la violencia les someta. Puede que sí lo hagan y un día recuerden, vagamente o no, nuestra presencia aquí y el primer día que vieron a un extranjero hollando su tierra. Somos pacíficos, pero vamos armados hasta los dientes, con uniformes de combate. Puros marcianos para su inocencia. Esos mismos niños quizás mañana empuñen un arma contra nosotros o contra sus hermanos, y eso es sin duda lo más amargo. Al abuelo le cuesta entender que un

uniforme y un arma no son símbolos de violencia, sino la prevención para evitarla. ¿Por el miedo? No lo sé. Me gustaría creer que somos diferentes. Estar aquí te hace reflexionar, sobre todo en los escasos momentos de soledad, en los que no hay nada salvo tus pensamientos.»

Nunca había leído o escuchado una carta de mi padre. Era como escuchar su voz, pero de manera diferente.

Un conocido desconocido.

—Mamá, ¿tú crees que está triste?

—Sí y no —apartó sus ojos de la carta para depositarlos en mí.

—¿Por qué?

—Está triste porque está lejos. La distancia te hace ver las cosas de otra forma, te hace apreciar los detalles, como bien ha dicho, y hace que te enfrentes contigo mismo, te obliga a pensar y reflexionar. Pero también es feliz, porque hace algo en lo que cree, y se siente... importante, ¿entiendes? Yo creo que es una carta muy bonita. Tu padre nos abre su corazón y nos dice qué siente, y eso es lo más importante en momentos así. Nos habla de lo esencial, no de lo que come ni de cómo es su cama. Cuando éramos novios también me escribió alguna que otra carta así, limpia.

—¿Limpia?

—Los sentimientos suelen serlo, y por carta se desnudan.

—¿Qué más dice?

«Sé que veré cosas amargas, duras. Esto no va a ser un paseo. La situación no se estabilizará por mucho que estemos aquí. No somos más que una gota de esperanza en esta marea de odio que sacude al país. Pero sería peor si no estuviéramos. Lo que más deseo es ser fuerte llegado el momento, recordar que cada vida que salvemos o cada gesto humanitario que realicemos nos acercará a nuestro objetivo y nos hará sentir orgullosos. Y no hagáis mucho caso de lo que puedan decir por televisión o lo que podáis leer en los periódicos, porque ya sabéis que los medios de comunicación tienden al sensacionalismo. Hay un enjambre de periodistas al acecho, dispuestos a sacar punta a todo. Pero ellos viven en hoteles y salen a la caza de noticias mientras nosotros tratamos de que no haya noticias, de que todo transcurra con normalidad. Cada detalle lo magnifican hasta lo indecible porque han de vender lo que sea. Separad el grano de la paja», mamá perdió un poco la concentración y continuó leyendo por el otro lado. La carta ya se estaba terminando. Se aclaró la voz antes de concluir: «Diego, escríbeme. Leo, tú también. ¿Hace falta que os diga que os quiero? Pues sí. Nunca es suficiente. Os quiero mucho porque sois toda mi vida y mi propia esperanza. Perdonad si creéis que la separación es una muestra de egoísmo por mi parte, que podría estar en casa con vosotros en lugar de jugar a los héroes a miles de kilómetros de distancia. No siempre elegimos el camino, pero una vez en él, sea cual sea, hay que actuar con el convencimiento de que cuanto mejor lo hagamos, antes podremos buscar la mejor senda, la de nuestros sueños. Cuidaos mucho».

Mamá me pasó la carta para que viera el final.

Había un dibujo.

Un círculo con dos ojos y una boca sonriente, como en los correos electrónicos.

Papá no había hablado de disturbios, ni muertos, ni ataques, como en la tele. Más bien todo lo contrario, nos había dicho que la realidad también tenía dos caras.

—¿Qué tal? —quiso saber mamá.

—Bien.

—¿Le escribirás?

—Sí, ahora mismo.

—Cuéntale tus charlas con el abuelo.

—No creo que le guste saber que me habla de las guerras del pasado.

—Le gustará.

—El abuelo es pacifista.

—Tú cuéntaselo —insistió ella.

A veces los mayores saben cosas que nosotros ignoramos, y que no saben explicar por mucho que se las den de listos.

Pasé la siguiente hora escribiendo a papá, aunque le hablé muy poco de la primera de mis charlas con el abuelo. Lo justo para decirle que me estaba enseñando historia.

Las guerras son la historia, ¿no?

## «Noticias de la televisión»

Mamá empezó a preocuparse a los dos días de llegar la carta.

Yo ya no jugaba, sólo veía la tele y miraba los periódicos.

—Diego, ¿qué haces?

—Nada.

—Ya sabes lo que dijo papá.

—Bueno, es por si sale la base, o el lugar en que está. Para verlo.

Pero lo cierto es que ella también hacía lo mismo. La pillé la segunda noche a las tantas viendo la CNN y zapeando por los canales temáticos de noticias. No le dije nada, porque seguro que se habría molestado. Hice pis y regresé a la cama preocupado, sin que se diera cuenta de mi presencia furtiva.

Y eso que las madres tienen un ojo en la nuca y un oído...

Al tercer día el telediario contó lo del ataque.

Por fin pude ver la base, aunque de lejos, con un corresponsal por delante hablando de que había sido atacada por la noche con fuego de morteros. Se habían disparado desde unas camionetas a las que llamaban *pick-up*, que se dieron a la fuga después de lanzar los proyectiles.

«... el primero cayó a casi cien metros de la base y el segundo, más preciso, en mitad del patio, sin causar heridos ni destrozos dada su escasa potencia, posiblemente artesanal. Sin embargo, es la primera advertencia que reciben nuestras tropas en esta fase del conflicto desde su llegada...»

Mamá no me dijo que apagara la televisión.

Se sentó a mi lado y yo me acerqué a ella en busca de calor.

Protección.

Como si las bombas pudieran salir de la pantalla y alcanzarnos.

«... y, si se confirma que los insurgentes disponen de este tipo de armamento, la base debería reforzarse con el envío de radares contra morteros, como los cuatro Arthur de fabricación sueca que fueron adquiridos hace unos meses por sesenta y nueve millones de euros, a pesar de que este tipo de sistemas están pensados para localizar emplazamientos fijos y no para atacar con medios móviles...»

—Sólo han sido dos petardos —le quitó importancia mamá.

—Ya.

—No van a estar de vacaciones.

—Claro.

«... lo cual hará necesario reforzar la capacidad de inteligencia en el contingente para evitar que ataques de esta naturaleza se produzcan sin previo aviso y sorprendan a los soldados fuera de los refugios, como sucedió hace unos meses con las primeras tropas llegadas a la zona, cuando un ataque parecido le costó la vida al soldado...»

Mamá se levantó.

—Ahora han de llenar el espacio con palabrería —dijo retirándose de las proximidades del televisor.

Al día siguiente me compré el periódico y busqué la noticia con avidez. La destacaban en portada, en el editorial y a doble página, con mapas, gráficos, dibujos y un cuadro estadístico en el que aparecían todos los «incidentes» relacionados con las sucesivas tropas españolas destacadas allá desde el inicio del conflicto. La cosa venía de muy lejos: dos años. Una patrulla tiroteada cuando se disponía a dormir al raso, sin heridos; un muerto de la Brigada Paracaidista cuando estalló un artefacto al paso del convoy militar por la carretera; el ametrallamiento de un vehículo camuflado del CNI, o sea, el Centro Nacional de Inteligencia, sin problemas gracias al blindaje; la explosión de otro artefacto al paso de un convoy, esta vez sin daños; un intercambio de disparos en un control de carreteras, con el resultado de dos atacantes muertos y uno herido por parte enemiga; desactivación de una bomba simulada en el aeropuerto; un coche suicida cargado de explosivos lanzado contra una columna, aunque el único muerto fue el conductor; disparos contra un helicóptero...

Parecían hormigas contra tanques.

Pero cualquiera sabe lo mucho que cuesta matar a las hormigas, y más a cañonazos.

No llevé el periódico a casa. Recorté las páginas que hablaban de lo que me interesaba, las doble y las guardé. Luego tiré el resto. Lástima de euro. Pero era la única forma de estar al corriente de todo. Lo malo es que yo no podía gastarme un euro cada día. Como no pillara el que daban gratis a primera hora junto a las bocas de los metros...

Lo peor fue leer el editorial.

«Las tropas españolas están en una posición incómoda, precaria. Las órdenes son no hacer uso de la fuerza, para reforzar más la idea de que están allí para ejercer su misión humanitaria, de vigilancia y control. Sin embargo, este ataque, en un momento en el que la tensión crece y amenaza con desbordarse una vez más, es un aviso de que las hostilidades aumentarán, y que cualquier presencia extranjera en el país será recibida con la misma animadversión. No es ése el único problema con el que se enfrentan nuestras tropas. Ahora mismo la gestión de los contingentes españoles en el exterior tiene cada vez más de aritmética creativa y menos de planeamiento militar. España se ha comprometido con la OTAN a facilitar dos OMLT, es decir, dos equipos de enlace e instrucción operativa. Su misión será la de formar y equipar a dos nuevos batallones del ejército local. Cada equipo estará formado por unos veinticinco militares españoles que ejercerán una labor de tutoría sobre dichas unidades, en las que estarán incluidas hasta que puedan actuar por sí mismas. El período de aprendizaje se prolongará por espacio de uno a dos

años, y durante este tiempo los militares españoles acompañarán en todas sus misiones, eventualmente también en las de combate, a los soldados que adiestren. Pero el número de militares en la zona está sujeto a lo que decidió el Parlamento en su día, por lo que esos cincuenta hombres ahora mismo no están asignados. Si se sacan de la base, se debilita su potencial y serían más vulnerables. Si se envían desde España es necesaria la aprobación del propio Parlamento y...»

Dejé de leer.

No me enteraba de mucho, era demasiado confuso para mí, aunque sí comprendía que las cosas estaban complicadas.

Como en cualquier guerra.

Y no podía preguntarle a mamá. Sólo al abuelo.

—Señor Venancio, ¿usted lee el periódico cada día?

El panadero me miró desde detrás del mostrador con sus ojillos en forma de magdalenas, porque por arriba tenía unas cejas peludas y por abajo unas enormes bolsas que los rodeaban formando capas rojizas.

—Sí, ¿por qué?

—Me guardaría las noticias sobre la guerra?

Todos sabían que papá estaba allí.

—Por supuesto, hijo —asintió con gravedad.

—No se lo diga a mamá, ¿vale?

El panadero me guiñó un ojo.

—Será nuestro secreto. Pero si te lo pillan, tú no se lo digas a ella.

Llegué a casa y me puse a estudiar, aunque tenía la cabeza muy lejos de los libros. Mi segunda cita con el abuelo era la tarde siguiente. Estaba por decirle a mamá que quería ir a verlo dos tardes por semana, o no acabaría nunca de contarme la historia de todas las guerras.

No podía creerme la suerte que tenía con un abuelo como el mío.

## «La casa de los Austrias era una multinacional extranjera...»

—Bien, estábamos ya en el siglo XVI y con un heredero llamado Carlos que no podía gobernar porque era un niño y en su lugar lo hacía un cardenal, ¿no?

—Así es —el abuelo se arrellanó en su butaca y unió las yemas de los dedos de las manos.

—¿Qué pasó? —dijo haciendo lo mismo yo.

—Carlos V heredaba las coronas de Castilla y Aragón por parte de madre y la de los Habsburgo por parte de padre, nada menos. Los Habsburgo, conocidos también como la casa de los Austrias, eran más europeos que prohispános. Lo que les interesaba a ellos era consolidar su posición y prestigio a lo largo y ancho del viejo continente. Así que, por si no nos bastaba con nuestras guerras, ellos nos metieron en un buen avispero con las suyas. Fernando el Católico, intuyendo esto, se casó con Germana de Foix, de la que ya te hablé, buscando un nuevo heredero; es decir, prefirió el enemigo francés antes que dejar el futuro en manos de Felipe el Hermoso y su descendencia. Por desgracia, no pasó de ahí. Viejo y achacoso, buscó «ayudas energéticas» extra para cumplir con su cometido y la palmó por culpa de una indigestión al comer testículos de toro.

—¿Eso se come? —puse cara de asco.

—Igual que hoy los orientales dicen que el cuerno de los pobres rinocerontes es afrodisíaco, y por eso están a punto de extinguirse, o que la aleta de tiburón es energética, y se la arrancan de cuajo los muy bestias, antes también se afirmaba de otras cosas.

—Así que a veces la historia depende de un nacimiento aquí o de que alguien viva un poco más.

—La historia depende de muchas cosas, a veces insignificantes, sí. Un grupo de jubilados de Florida, con su voto, sobre el que encima recaen muchas sospechas, determinó que George W. Bush le ganara las elecciones presidenciales al candidato demócrata Gore, y con Bush en la presidencia llegaron las guerras de Afganistán, Iraq... Pero sí, en aquel tiempo, un nacimiento a tiempo o no, como dices, podía desencadenar una guerra dinástica, como ya hemos visto. Quién sabe lo que habría sucedido si Fernando hubiera llegado a engendrar otro hijo. Igual lo matan, o se desata una guerra diferente entre partidarios suyos o de Felipe el Hermoso. Si Isabel la Católica no hubiera desafiado a todos casándose con Fernando de Aragón y lo hubiera hecho con su pretendiente portugués... ¿hablaríamos de la España que hoy conocemos? O si Colón no

llega a dar con América y lo hubiesen hecho otros, ¿cuál sería el actual mapa del mundo? En lugar de un continente en el que casi todos hablan español tal vez desde México para abajo hoy en día se hablaría... holandés, o inglés.

Hay cosas que marean, y ésa era una de ellas. Demasiada imaginación para mí.

—Te voy a poner un ejemplo práctico para que entiendas lo que pasó con España bajo el reinado de los Austrias —reflexionó el abuelo.

—Vale —me preparé como cuando en el cole la maestra va a hacerme una pregunta de examen, aunque más relajado.

—Una multinacional de zapatillas deportivas va a un país que tiene mano de obra barata e instala una fábrica. A priori, lo que cuenta es que da trabajo a muchas personas y todos contentos. Pero con el tiempo vamos viendo que los sueldos que paga a los empleados son ridículos en comparación con lo que ellos obtienen con la venta de las zapatillas en las tiendas del resto del mundo. ¿Me sigues?

—Sí.

—La casa de los Austrias era una multinacional extranjera que le chupó a España todo lo que pudo, nos metió en mil líos y nos dejó con el culo al aire, herencia que probablemente aún llevemos encima, sumado al tema de los judíos, los conversos, la Inquisición, la falta de ilustración y otra pequeñeces.

—¿Y nos dejamos?

—Puede que algún maestro de historia te diga que los Austrias fueron estupendos, porque bajo su reinado España llegó a las más altas cotas de poder. No lo sé. Pero tu abuelo soy yo, así que te lo cuento como yo lo veo y ciñéndome a la historia, o sea, con pruebas —hizo una pausa cargada de resignación—. Nos dejamos, sí. Caímos en manos de unos arribistas de mucho cuidado, porque los dichosos Austrias venían de la más absoluta nada, pero eran listos. Lo mismo que todos los reyes hacían alianzas mediante matrimonios, ellos llevaron ese concepto hasta el grado más superlativo. Lo perfeccionaron. Y como eran unos iluminados...

—Pero Austria es un país.

—No confundas Austria con la casa de los Austrias, o sea, con los Habsburgo. Tiempo atrás, Europa no la formaban naciones, sino pequeños estados, un castillito, unas tierras, un señor que mandaba y unos vasallos que obedecían. Dicho así, a lo bruto. Pues bien, los Habsburgo surgieron en Suiza y a base de bodas y más bodas, entre sí y con otros vecinos como ellos, llegaron a acuñar el poder suficiente como para lograr una expansión alucinante.

—Pero lo de casarse entre ellos...

—Ya has visto que en España también se hacía, tíos con sobrinas, primos con primas y un largo etcétera que pronto contaminó tanto la sangre de los reyes que quien no estaba loco tenía cara de tonto. Pero en el caso de los Habsburgo-Austrias fue mucho peor, y nos tocó de lleno a nosotros en los dos siglos siguientes. Todas las guerras en las que nos metimos en este tiempo fueron por cuenta suya. Cuando Carlos llegó a rey poseía parte

de Alemania, Austria, España y el norte de Europa, o sea, los Países Bajos, que es donde él pasó su infancia.

—¿No vivió en España?

—No. Llegó a nuestro país cumplidos los diecisiete años.

—Sopla.

—No tenía ni idea de quiénes éramos, ésa es la verdad. Le tocó en suerte ser Carlos I de España y más adelante, como tenía derecho dinástico a ser coronado emperador del Sacro Imperio, le eligieron Carlos V de Alemania. Doble corona para el chico, que estaba tan salido como todos los reyes porque, a ver, ¿qué otra cosa quedaba hacer en aquellos tiempos? La vida era bastante aburrida y entre guerra y guerra... la cama era lo que más les gustaba.

Mi abuelo estaba muy serio. No se reía nada. Me lo tomé en serio.

—¿Todos se casaban por razones de Estado con quien tocaba pero luego tenían amantes y cosas así?

—Todos.

—Pero...

—Todos —repitió el abuelo—. Nuestro Carlos I de España y V de Alemania llegó a encamarse con su abuelastra, la viuda de Fernando el Católico. Claro que ella sólo tenía doce años más que él y estaba muy maciza según dicen. El caso es que la dejó embarazada de una niña.

Me pregunté por qué esas cosas no salían en los libros de historia del colegio.

—Ahora quiero que te imagines aquella España, surgida de la Reconquista, sin judíos, con conversos, todavía con una fuerte herencia morisca después de tantos años de estancia aquí. Una España llena de hombres de piel oscurota y pelo negro a la que de pronto llega un enjambre de rubios teutones que no vienen precisamente de paso, sino para quedarse.

—¿Tragamos sin más?

—Primero sí, pero pronto hubo un conato de guerra.

—¡Ah!

—No digas «¡ah!».

—Bueno, me estás contando la historia de nuestras guerras, así que es normal, ¿no?

—Las guerras son la anormalidad de nuestra normalidad —repuso él con tristeza—. Pero sí, hablamos de las guerras, y le toca el turno a la de los comuneros.

—Contra el Carlos ese.

—En realidad fue una revolución en toda regla. Y la palabra revolución no deja de tener un viso romántico. Siempre se asocia a gobiernos corruptos o dictatoriales a los que se opone el pueblo o un puñado de locos dispuestos a cambiar las cosas, guiados por una inquebrantable buena fe. Otra cosa es que luego las revoluciones conduzcan a algo bueno, porque en muchos casos el tiempo las acaba pudriendo cuando se cae en los mismos errores de los que mandaban antes, pero vistos desde el extremo opuesto.

No siempre le entendía, y no quería apartarme del tema, porque me estaba dando cuenta de que a veces daba tantas vueltas para aclararme las cosas y llegar al punto que le interesaba, que yo me perdía. Así que mejor me callé.

—Nada más llegar a España nuestro Carlos Uno, pronto Uno más Cinco, empezó a esquilmar la bolsa del pueblo. Puso en los principales cargos del Estado a sus hombres y, hala, a recaudar. ¿Te imaginas que el señor Cosme, el de la pastelería, se va de vacaciones y te da la llave de la tienda? Pues eso. España era la pastelería y ni siquiera se trataba de unas vacaciones. La pastelería era suya. Don Carlos empezó a meter la mano y a rebañar el puchero. Primero no sucedió nada. Pero pronto se pasó. Cuando le hicieron mandamás de Alemania en 1519, dos años después de ser rey de España, quiso exprimir la vaca porque los gastos de su fasto imperial eran muchos, y aquí hubo la primera oposición seria. Un grupo de personas que representaban a las principales villas de la Corte, comunidades y gobiernos municipales extraordinarios, de ahí que se llamaran comuneros, se alzaron en armas ante el atropello. La única salida era botar al Carlitos, pero para hacer eso se necesitaba poner a alguien en su lugar.

—¿Pero por qué esa manía de sacar a un rey para poner a otro?

—El concepto de «república» aún no era moneda corriente, hijo.

—Pues no sé cómo no se les ocurrió.

—Es probable que tú aprendas más hoy en día en un año que ellos a lo largo de toda su vida. Además, la historia está para que entendamos el presente, quiénes somos, de dónde venimos. Así, con suerte, interpretamos un poco adónde vamos, porque por lo general solemos repetir los mismos errores una y otra vez.

—¿A quién quisieron poner de rey los comuneros?

—A la madre de Carlos.

—¿Pero no estaba loca?

—Sí, estaba loca, pero no era tonta. Juana vivía en Tordesillas, apartada del mundanal ruido. Cuando fueron a verla les dijo que no. A fin de cuentas, y aunque de hecho no lo conocía como tal, Carlos era su hijo. Eso evitó una confrontación más sangrienta.

—Así que esos comuneros perdieron por falta de respaldo.

—Y porque los nobles españoles fueron unos calzonazos —repuso él agitando el dedo índice de su mano derecha delante de mis ojos—. Era el momento de quitarse de encima al pelirrojillo teutón, pero, al temer que los comuneros no se contentaran con eso y luego fueran a por ellos, escogieron lo que consideraron el menor de los males: respaldar al rey. Así fue como aquellos desgraciados sucumbieron en una batalla final que tuvo lugar en Villalar, aunque también hubo revueltas en Valencia, la de las germanías, y en Mallorca. Los líderes fueron ajusticiados y se acabó la historia. ¿Sabes cómo se llamaban?

—No.

—Bravo, Maldonado y Padilla, por orden alfabético.

La abuela metió la cabeza por el hueco de la puerta en ese preciso momento.

—¿No meriendas? —me preguntó.

—El otro día me puse ciego y no cené —tuve que reconocer.

—¿Ni siquiera unos piñones?

—Bueno —me rendí.

—Luego hablo con tu madre —se ofreció.

—Vale.

El que inventó a los abuelos sabía lo que se hacía.

Volvimos a quedarnos solos el abuelo y yo, pero sólo unos segundos, porque antes de que pudiéramos entrar de nuevo en materia ya estaba allí la abuela con un plato de piñones.

—Son vírgenes —me dijo—. Los mejores.

Faltaría más.

## «Las guerras de Carlos I»

—Aplacada la revuelta esa de los comuneros, España debía de estar ya como una seda, ¿no?

—Y bien que lo aprovechó don Carlos.

Los piñones vírgenes estaban buenísimos. Crujían y todo.

—¿Qué hizo?

—Para que te hagas una idea, en los siguientes años se peleó con todo el mundo —puso los dedos de una mano abiertos por delante y fue tocándoselos uno a uno con el índice de la otra—. Guerra con Francia por el ducado de Borgoña con varios actos, guerra con los luteranos en defensa de la cristiandad, guerra contra los turcos en el Mediterráneo por Túnez y Argel, guerra en los Países Bajos y, no menos importante aunque no fuese una guerra, la mantenida «colonización» de América, en pleno apogeo, no nos olvidemos de ella.

—Pero se ganaría alguna, ¿no?

—No se trata de ganar o perder guerras. En aquellos días se ganaba un territorio y se perdía otro, luego se recuperaba a cambio de algo, y mediante una boda se ampliaba el botín que volvía a perderse y a recuperarse según cómo y por dónde soplará el viento. Lo esencial es que las guerras las hacían los hombres, que morían a miles, aunque a las mujeres no les iba mucho mejor por quedarse en casa, que ellas siempre han sido objeto de la barbarie masculina desatada por la guerra. También hemos de tener presente que a la conquista de las Américas también se iban ellos, los varones. Eso sin olvidar que era muy normal tener un cura o una monja en toda familia pudiente, para merecer el cielo o asegurar el porvenir amén de alguna que otra vocación. Casi resulta asombroso que España aumentara demográficamente como lo hizo, porque no olvidemos tampoco que en esos años azotaron constantemente las pestes, y la mortalidad infantil era enorme. ¿Te crees que las sequías o los desastres naturales con lo del cambio climático son cosa de hoy? Una mala cosecha podía matar las esperanzas de todo un pueblo y una plaga sembrar de muerte una comarca o una ciudad entera. Hubo plagas en España que se llevaron por delante a medio millón de personas en aquel tiempo. Para la soldadesca en una contienda también hacían falta suministros, porque si no estaban al menos bien comidos, los zurraba el enemigo. Y las plagas no sólo mataban a los humanos. La esperanza de vida era muy baja. En América miles de indios murieron por las enfermedades que les llevamos, ya que no estaban preparados para ellas. Yo cada vez que veo una película de época con el personal perfectamente lavado... No era fácil vivir

en ese tiempo, sobre todo en lo que respecta al pueblo, que nunca ha dejado de pasarlas canutas.

—¿Existían los impuestos?

—Lo pagaban los de siempre: los de a pie. Nobles, curas y demás estaban exentos.

—¡Qué cara más dura!

—Pues no te hagas inspector de Hacienda hoy. Podrías llegar a presidente —el abuelo se estremeció.

Yo no lo pillé, pero no quería apartarme mucho del tema central, porque al paso que íbamos tampoco en esta ocasión avanzaríamos mucho en el relato de las guerras de España.

—¿Por cuál de esas guerras de Carlos I empezamos?

—¿Cuál te gusta más?

—La de los turcos. Suena bien.

—Carlos tenía una vena mesiánica de aquí te espero —el abuelo puso cara de fatalismo—. Lo de que éramos la «reserva espiritual de occidente» ya circulaba por entonces.

—¿Y eso qué significa?

—Que nos creímos el último bastión de la fe, bandera de la cristiandad. O sea, como en tiempos de Franco después de la Guerra Civil española el siglo pasado. La diferencia es que en la mitad del siglo XX eso era más bien simbólico pese a todo, mientras que en aquellos días, y tal y como estaba el mundo o tal y como quedaba el mapa de Europa, nuestro Carlos lo creía a pies juntillas. La guerra contra los turcos partía del hecho de que su expansión amenazaba el catolicismo, pero, religión aparte, lo que hacían los susodichos era tocar las narices y mucho en el Mediterráneo, ya que actuaban como auténticos piratas, asaltando pueblos y ciudades desde el mar, saqueando y paralizando el comercio con el abordaje de barcos cargados de mercancías. El pirata más famoso de aquellos días era un tal Barbarroja, que incluso tuvo la osadía de apoderarse de Argel. Carlos intentó recuperar el bastión, pero fracasó en su empeño, aunque sí consiguió conquistar Túnez y contener el avance turco por Europa.

—Fue una guerra que no acabó.

—De hecho ninguna guerra acaba del todo, siempre quedan resquicios, paces impuestas, derrotas acatadas con odio... Los moros continuaron pirateando y el rey, ocupado en tantos frentes, no podía con todo.

—Has dicho que Carlos I hizo otra guerra a cuenta de la cristiandad.

—La peor, sí, porque no hay nada más difícil que pelear por una creencia y tratar de borrar la del otro imponiendo la propia. Todas las guerras son asquerosas, pero las religiosas tienen un plus añadido, porque se les suma el fanatismo. Pelear por una tierra todavía tiene un sentido, o por la justicia, la libertad, contra la tiranía..., pero hacerlo porque crees que tu Dios es más guapo que el del otro es de locos. Todas las religiones predicen amor, tolerancia, comprensión, siempre y cuando lo hagan en solitario. La paz,

la tolerancia y la comprensión de las demás no sirve. Y ya no digamos cuando hay que imponerla matando porque así te vas a ganar el paraíso. Entonces apaga y vámonos. Lo que pasó en ese tiempo es que se produjo una auténtica guerra civil religiosa.

—¿Había dos cristiandades en Europa?

—Un monje llamado Martín Lutero, que nació en 1483 y murió en 1546, desató un cisma. Era fraile católico agustino, teólogo, y quiso reformar la Iglesia harto de ver cómo se había convertido en un monopolio. Todo podía comprarse con dinero, ¿sabes? El más imbécil conseguía llegar a obispo o el más promiscuo a cardenal. Se ganaba el cielo con la bolsa, no con el alma. El tipo se escandalizó y desató la Reforma protestante, exhortando a que se regresara a lo que decía la Biblia, que por cierto tradujo al alemán para ponerla al alcance del pueblo. La aparición de la imprenta fue su principal aliado, porque se benefició de ella para expandir sus ideas. De esta forma, Lutero fue el padre de la literatura germánica. Su Reforma, por ejemplo, incluía el matrimonio. Dando ejemplo, se casó con una dama llamada Catalina von Bora, con la que tuvo tres hijos y tres hijas, o sea, que además de revolucionar Europa se dedicó a plasmar sus ideas explícitamente. El papa León X se hartó del rifirrafe y, tras muchas idas y venidas, propuestas e intentos de recuperarlo, lo declaró hereje. A la Reforma siguió la Contrarreforma, impulsada por la Iglesia. Así que, en los años siguientes, católicos y evangélicos tuvieron formidables guerras religiosas. La Guerra de los Treinta Años, acaecida un siglo después, fue, por ejemplo, una herencia directa de todo ello. Y en ella murió un tercio de la población afectada.

—¡Sopla!

—En fin, que la historia es muy larga y no vamos a relatarla, porque nos alejaríamos del espíritu de lo que te estoy contando. Baste con decirte que lo que desencadenó Lutero fue imparable y que se disparó por toda Europa abriendo un cisma en el catolicismo. Dado que Carlos era rey de España y emperador de Alemania, se lo tomó muy a pecho: era cosa suya. Iba a defender a la cristiandad de aquella plaga. Pero la plaga no tenía un ejército fijo ni la guerra consecuente fue tan simple como ir a conquistar un ducado. El luteranismo se extendió como una mancha de aceite y nuestro hombre se erigió en paladín de los designios papales. Les dijo a los de Roma: «Tranquilos, aquí estoy yo». Y estaba. Claro que los hombres que peleaban y el dinero provenían de España.

—¿Fue una guerra perdida?

—Del todo. Duró muchos años, acabó con muchos hombres y agotó las arcas reales, nutridas como ya te he dicho con los impuestos de los sufridos vasallos del rey. El final de la contienda demostró que iniciarla había sido absurdo. ¿Cómo se combate una idea? Los luteranos aumentaron en proporción geométrica y al final fue un movimiento imparable. Carlos comprendió que era una batalla absurda, que la libertad religiosa es inherente a todo ser humano, y tuvo que arriar velas y regresar con el rabo entre las piernas a casa. Pero si esto no nos iba ni nos venía, y acabamos hundidos hasta las

orejas, menos nos iba o venía, de hecho, la guerra por el ducado de Borgoña, muy anterior. Es como si un tipo que tiene varias casas involucra a los vecinos de una para que le ayuden porque tiene un problema con otra.

—¿Con quién se peleó por la Borgoña esa?

—Con los franceses, faltaría más. Si no había una disputa con ellos regularmente, era como si hoy en día no tuviéramos más que un par de canales de televisión, pongo por ejemplo —le pareció que era un ejemplo frívolo, porque hizo un gesto con la mano como diciendo «¡Bah, olvídalos!». Se le notaba caldeado—. El rey de Francia quería Navarra y Milán, y el de España, la susodicha Borgoña francesa. Lo de la Borgoña también fue largo y complicado, típico de la época. Para empezar, nos fuimos a pelear a Italia. Como ganas no faltaban, vencimos en la famosa batalla de Pavía. Carlos hizo prisionero al mismísimo rey francés, Francisco I. El tipo prometió el oro y el moro a cambio de su libertad, y, de rey a rey, Carlos se portó de manera elegante y se la concedió a cambio del fin de las hostilidades y la entrega del ducado de Borgoña y, de postre, todo el Milanesado, o sea, el norte de Italia. Ni que decir tiene que hizo el primo. En cuanto Francisco I puso tierra de por medio, le sacó la lengua y, de lo dicho, nada. Así que, hala, a pelear de nuevo. Otra guerra, más muertos, y, esta vez, el 6 de mayo de 1527, el ejército llegó a plantarse en la misma Roma, a la que saqueó de mala manera arrasando con todo. Una debacle típica de cualquier locura bélica.

—¿Pero Carlos no era un paladín de la cristiandad?

—De vez en cuando a todo ser humano se le va la olla. Francisco I y Carlos eran católicos, y el Papa decidió apostar por el francés, temeroso de la hegemonía del español. Carlos era cristianísimo, pero no estúpido. Además, él estaba en España preparando una contienda con los turcos en ayuda de su hermano. Cuando supo lo sucedido en Roma, celebró la victoria pero se vistió de luto. La derrota romana significó el fin del papado renacentista en Italia. El saqueo se produjo porque las tropas, al final, se quedaron sin jefes y ello derivó en una orgía de sangre y fuego, monjas violadas, curas colgados por sus partes nobles. En su día, se dijo que esto fue «el ocaso del mundo civilizado».

—¿Y los que hicieron esto fueron españoles?

—No, había españoles, italianos, suizos, alemanes, mercenarios de otras partes... ¡incluso protestantes! Muchas guerras, cuando terminan, ya ni se sabe por qué empezaron, porque han pasado tantos años que los que acaban peleando no tienen ni idea de quiénes eran los soldados que les precedieron. Los reyes y los generales lo único que quieren al final es ganar, y la soldadesca volver a casa, a ser posible con el bolsillo lleno. Los tesoros pontificios eran demasiado apetitosos como para ser respetados, aunque los ladinos los ocultaron bastante bien. Encima, los que poblaban Roma eran un puñado de grandes señores que vivían al amparo de la religión. No había orden ni concierto. Lo que sí puedo decirte es que los primeros que entraron a saco en la ciudad fueron los españoles al grito de «¡España! ¡Imperio!». Ya nos iba el rollo de la unidad. Y se les tenía muchas ganas al Papa y a la corruptela eclesiástica.

—Así que Carlos ganó esa guerra.

—No terminó aquí. Francia e Italia, impresionadas por la suerte del Clemente VII, se pusieron bravas y pidieron la liberación del Papa. El ejército, apenas quince mil hombres, estaba agotado y diezmado por la peste, y les cayó encima un ejército francés formado por sesenta y cinco mil ya en la primavera de 1528. Eso fue una alianza europea, porque intervinieron Inglaterra, Venecia y Génova. De esta guerra se aprovecharon los turcos, porque, como nadie se preocupaba de ellos, conquistaron Viena, aunque luego les echaron de nuevo. Pero Carlos tenía buena estrella. Un tal Andrea Doria cambió de bando, les arrebató Génova a los franceses y la batalla acabó inclinándose de su lado. Sin embargo, las muertes de esa guerra fueron más numerosas por la peste que por las armas. En el verano de 1529, Carlos I se reconcilió con el Papa mediante el Tratado de Barcelona y éste le coronó emperador. Aun así, la trifulca no menguó. Francisco I renunció a Borgoña, pero no a sus pretensiones sobre ella, aunque sí renunció a Milán, Génova y Nápoles. ¿Ahí acabó todo? Pues no: el rey francés buscó un aliado inesperado al sentirse solo en Europa: los turcos.

—¿Es que nadie tenía amor propio o qué?

—¿Acaso no se alían hoy partidos extremos en la política española sólo para fastidiar a un tercero? ¿Acaso Estados Unidos no vendió armas a Iraq para que luchara contra Irán, y luego esas mismas armas las emplearon los iraquíes contra ellos años después? Se dice que la cama forma extrañas parejas.

Se estaba haciendo tarde, y todavía quedaban algunas de las guerras en las que se había metido Carlos I de España y V de Alemania. No quería dejar colgada aquella parte de la historia en su momento más interesante. Así que me callé las mil preguntas que me asaltaban. A fin de cuentas, siempre podía ampliar alguna respuesta en internet.

—Cómo pasa el tiempo —suspiró el abuelo leyéndome los pensamientos.

—¿No irás a cortar ahora?

—Bueno, las cuatro guerras contra Francia más las campañas de Italia, Alemania y los Países Bajos, son más o menos lo mismo. Una vale para ilustrar las demás. Lo que de verdad importa es lo que trato de razonarte: que nos metimos en guerras propias o ajenas porque éramos el pito del sereno. Las financiábamos y las luchábamos con hombres que morían, como si nada, lejos de sus casas.

—Pero España era rica con todo el oro que nos traíamos de América.

—Rica con matices. Nos llevábamos el oro, sí, vale, pero había que colonizar-invadir-conquistar-evangelizar un mundo entero. Los alemanes perdieron la Segunda Guerra Mundial porque lucharon en dos frentes, contra Rusia en el este y contra los yanquis en el oeste. Demasiada dispersión. En el este les ganó el «General Invierno» y en el oeste la mayor energía, el dinero y la oleada de soldados que se plantó en Francia el famoso día D. A España le fue bien durante un tiempo, era «el Imperio en el que no se ponía el Sol», pero el pan para hoy suele ser hambre para mañana. Siempre acabábamos agotados, confiando en que una nueva generación superaría las estrecheces, y la nueva

generación acababa tan empantanada como la vieja, empobrecida por impuestos injustos, guerras absurdas, restricciones, inquisiciones, el abominable peso de la Iglesia dictando normas en aras de su supervivencia y dominio, es decir, dedicada a sí misma, no a cuidar del alma humana... ¿Y la cultura? No había mucho tiempo para nada que no fuera procurarse el sustento diario. El poder era el poder.

—¿Se metió en muchos más líos Carlos I?

—Estamos en la primera mitad del siglo XVI. Lo peor estaba por llegar, y sin duda fue lo de la Armada Invencible en 1588. Claro que eso le pasó a Felipe II. Primero hemos de ver qué fue de Carlos.

—Se moriría, como todo el mundo.

—No me seas frívolo. Estamos hablando del dueño del mundo, poco más o menos. Carlos I de España y V de Alemania era amo y señor de Castilla y Aragón, o sea España, Italia, el Mediterráneo, Flandes, el Franco Condado, Luxemburgo, Charolais y Francia, amén de América. ¿Sabes lo que es eso? Francia era una pulga, Portugal un grano en el cogote e Inglaterra un niño balbuciente comparados con nosotros. Y lo mismo que hoy muchos no tragan a los yanquis por su poder omnívoro, ellos no nos tragaban a nosotros por lo mismo. Asustábamos. Francisco I murió en 1547 y acabó en parte el pique hispano-francés. Carlos pudo liderar el mayor imperio jamás conocido sin más problemas que su derrota previa en Argel en 1541, de la que ya te he hablado, y la guerra interminable contra los luteranos. Ten en cuenta que el mapa de Europa no era como el de ahora. La Alemania de entonces no era más que una parte de la actual Alemania. Centroeuropa la integraban un sinfín de pequeños estados, y lo mismo Italia. Hablar de Venecia no es hablar de la actual ciudad, sino de una buena parte de Italia que iba de mar a mar, y lo mismo del reino de Nápoles o el Milanesado. La leyenda de que no se ponía el Sol reflejaba todo ese poder.

—Aún no me has dicho qué le pasó a Carlos —no quería irme a casa dejando colgada la historia a medias.

—Nuestro rey se había casado en 1526, ya maduro, con Isabel de Portugal, prima hermana suya, para variar, de la cual enviudó muy pronto, puesto que ella murió a los treinta y seis años de sobreparto... y no se volvió a casar.

—¿En serio? —le interrumpí.

—Pues claro.

—Debió de ser el único, porque todos se casaban las veces que les daba la gana.

—Ya no necesitaba alianzas y tampoco le faltaron amantes, que, como te he dicho, en eso se parecen todos —me guiñó el ojo—. Y fue un monarca viajero a más no poder. Entre cuidar tanto patrimonio y las guerras... —se encogió de hombros—. Como no engendró una docena de hijos, a la hora de dejar el trono tampoco lo tuvo muy complicado.

—Todo pasó al que has dicho antes, Felipe II.

—No todo —agitó su dedo índice sabiendo que me sorprendía—. Los Habsburgo temían que, ciertamente, al morir Carlos, el peso de España les apartara de la primera línea

internacional y se quedaran en un segundo plano, subordinando los intereses austríacos a las posesiones hispanas, así que escogieron a su hermano Fernando como rey de los Romanos, condición previa para ser designado emperador, con el fin de equilibrar la balanza. Carlos intentó que su hijo Felipe les cayera bien a los austríacos, se lo llevó a Alemania, pero no hubo forma, y lo excluyó de la sucesión alemana, así que los Habsburgo se dividieron en dos ramas, la española y la austríaca. División sin sangre ni problemas, de colaboración plena, que en esto demostraron no ser tontos. Fernando I, el nieto preferido de Fernando el Católico, fue un gran emperador y mantuvo el Sacro Imperio Romano Germánico en orden. Llegó a gobernar los estados de Alta y Baja Austria, Carintia, Estiria, Carniola, el Tirol, la Alta Alsacia, el ducado de Württemberg y por matrimonio fue rey de Bohemia y Hungría. Casi nada, aunque ya imagino que la mayoría de estos nombres no te dicen nada porque hoy sólo son historia, prueba de lo fragmentada que estaba Europa, como te he dicho antes. Su hijo fue Maximiliano II. Volviendo a Carlos I y a Felipe II, una de las últimas jugadas del rey fue casar a su heredero en segundas nupcias con su tía María.

—¿Felipe ya se había cargado a una esposa y se casó con su tía?

—Tuvo cuatro, y no se «la cargó» —remarcó la palabra para que quedara claro—. Felipe contrajo nupcias con una infanta portuguesa, para variar, y al morir ella también murió Eduardo VI de Inglaterra, dejando viuda a María, que era hija de Catalina de Aragón y Enrique VIII. Para estrechar lazos con Inglaterra, facilitó esa segunda boda de su hijo, aunque María a la postre fuese su tía, o sea, que ¡venga a pudrir la sangre, que así les iba a todos y a sus descendientes! Lo malo, como ya verás, es que a Felipe todas le vinieron mal dadas. Agotado y rendido, Carlos Uno más Cinco abdicó en él en 1556 y se retiró al monasterio de Yuste, prefiriendo el solecito hispano a las brumas europeas. Las posesiones austríacas quedaron en manos de su hermano Fernando, y España, o sea, Castilla y Aragón, más Flandes, en las de Felipe —el abuelo miró la hora y suspiró—. Y aquí acaba la sesión de hoy, que ya tengo la garganta seca y el culo cuadrado.

—Quería que me hablaras del oro y la plata que nos llevamos de América.

—¿Para qué?

—Para saber si fue mucho.

—Muy curioso te estás volviendo tú. Primero que si las guerras y ahora que si el oro y la plata. ¿Vas a ser banquero o economista?

—Debió de ser mucho, ¿no? —pasé de su malintencionado comentario—. Lo digo porque ahora es como si toda Latinoamérica estuviese arruinada.

El abuelo se levantó. Caminó tres pasos y se detuvo en una estantería. Rebuscó en ella por espacio de unos veinte o treinta segundos y finalmente dio con lo que esperaba encontrar. No eran más que dos o tres folios grapados en el extremo superior izquierdo.

—Léete esto en casa —fue lo único que me dijo mientras me los entregaba—. Y no me lo pierdas.

Los guardé sin añadir nada.

La abuela apareció en ese momento dispuesta a cortar la charla.

—¡A saber lo que le estarás contando! —rezongó no sin cierto toque de orgullo.

—¿Yo? La verdad —fue categórico el abuelo.

—Ya, ya —la abuela me dio un beso en la cabeza—. ¿Quién dijo que las verdades son como los traseros y que cada cual tiene la suya?

—La frase exacta es «Las opiniones son como los culos: todo el mundo tiene el suyo», y la dice Clint Eastwood en una película de la serie *Harry el sucio*.

Me encantaba oírles discutir. Parecían de chiste.

—¡Ay, Señor! —suspiró ella.

El abuelo me guiñó una vez más el ojo.

Fin de la sesión histórica.

## «Los ladrones de la historia»

No pude leer lo que me había dado el abuelo hasta la mañana siguiente, porque llegué a casa un poco tarde y tenía cosas que hacer. Además, mamá volvió a hacerme preguntas sobre lo que habíamos hablado y sobre qué me contaba de la historia de las guerras. Comprendiendo que estaba «blandita» y me necesitaba, hablé con ella un buen rato hasta que la hice reír con una ocurrencia. Bueno, para mí no lo era, pero ella dijo que sí.

—¡Tienes cada cosa!

Pues vale.

De vez en cuando suspiraba.

Cenamos temprano sin poner la tele, y cuando me acosté la cabeza me daba vueltas. Que si Carlos I de aquí y V de allá, que si los turcos, que si la Borgoña, que si el Felipe... Por la mañana, por poco no llego tarde a la escuela. Llevaba los folios conmigo y los leí en el patio, a la hora del recreo, porque me picaba la curiosidad. Lo que me había dado el abuelo era un texto de ordenador impreso que llevaba por título:

*EXPOSICIÓN DEL CACIQUE GUAICAIPURO CUATEMOC ANTE LA REUNIÓN DE JEFES DE ESTADO DE LA COMUNIDAD EUROPEA EL 8 DE FEBRERO DE 2002.*

Por lo visto el señor Cuatémoc era un líder indígena que les había soltado unas cuantas verdades a los mandamases de Europa a cuenta de lo que se le había hecho a su pueblo y a todos los pueblos de América tras «el tropiezo», «la conversión» y el expolio de su mundo.

El texto decía así:

«Aquí pues yo, Guaicaipuro Cuatémoc, he venido a encontrar a los que celebran el encuentro. Aquí pues yo, descendiente de los que poblaron la América hace cuarenta mil años, he venido a encontrar a los que la encontraron hace sólo quinientos años. Aquí pues, nos encontramos todos. Sabemos lo que somos, y es bastante. Nunca tendremos otra cosa.

»El hermano aduanero europeo me pide papel escrito con visa para poder descubrir a los que me descubrieron.

»El hermano usurero europeo me pide pago de una deuda contraída por Judas, a quien nunca autoricé a venderme.

»El hermano leguleyo europeo me explica que toda deuda se paga con intereses aunque sea vendiendo seres humanos y países enteros sin pedirles consentimiento.

»Yo los voy descubriendo. También yo puedo reclamar pagos y también puedo reclamar intereses.

»Consta en el Archivo de Indias, papel sobre papel, recibo sobre recibo y firma sobre firma, que solamente entre el año 1503 y 1660 llegaron a Sanlúcar de Barrameda ciento ochenta y cinco mil kilos de oro y dieciséis millones de kilos de plata provenientes de América.

»¿Saqueo? No lo creyera yo, porque eso sería pensar que los hermanos cristianos faltaron a su Séptimo Mandamiento.

»¿Expoliación? Guárdeme Tanatzin de figurarme que los europeos, como Caín, matan y niegan la sangre de su hermano.

»¿Genocidio? Eso sería dar crédito a los calumniadores, como Bartolomé de las Casas, que califican el encuentro como de destrucción de las Indias, o a ultrosos como Arturo Uslar Pietri, que afirma que el arranque del capitalismo y la actual civilización europea se debe a la inundación de metales preciosos.

»¡No! Esos ciento ochenta y cinco mil kilos de oro y dieciséis millones de kilos de plata deben ser considerados como el primero de otros muchos préstamos amigables de América, destinados al desarrollo de Europa. Lo contrario sería presumir la existencia de crímenes de guerra, lo que daría derecho no sólo a exigir la devolución inmediata, sino la indemnización por daños y perjuicios.

»Yo, Guaicaipuro Cuatemoc, prefiero pensar en la menos ofensiva de estas hipótesis.

»Tan fabulosa exportación de capitales no fueron más que el inicio de un Plan Marshall-Tesuma para garantizar la reconstrucción de la bárbara Europa, arruinada por sus deplorables guerras contra los cultos musulmanes, creadores del álgebra, la poligamia, el baño cotidiano y otros logros superiores de la civilización. Por eso, al celebrar el Quinto Centenario del Empréstito, podremos preguntarnos: ¿han hecho los hermanos europeos un uso racional, responsable o por lo menos productivo de los fondos tan generosamente adelantados por el Fondo Indoamericano Internacional?

»Deploramos decir que no.

»En lo estratégico, lo dilapidaron en las batallas de Lepanto, en armadas invencibles, en Terceros Reichs y otras formas de exterminio mutuo, sin otro destino que terminar ocupados por las tropas gringas de la OTAN, como en Panamá, pero sin canal.

»En lo financiero han sido incapaces, después de una moratoria de quinientos años, tanto de cancelar el capital y sus intereses cuanto de independizarse de las rentas líquidas, las materias primas y la energía barata que les exporta y provee todo el Tercer Mundo.

»Este deplorable cuadro corrobora la afirmación de Milton Friedman según la cual “una economía subsidiada jamás puede funcionar” y nos obliga a reclamarles, para su propio bien, el pago del capital que les prestamos y los intereses que tan generosamente hemos demorado todos estos siglos en cobrar.

»Al decir esto, aclaramos que no nos rebajaremos a cobrarle a nuestros hermanos

europeos la viles y sanguinarias tasas del veinte y hasta el treinta por ciento de interés que los hermanos europeos le cobran a los pueblos del Tercer Mundo. Nos limitaremos a exigir la devolución de los metales preciosos adelantados más el módico interés del diez por ciento, acumulado sólo durante los últimos trescientos años, con doscientos años de gracia. Sobre esta base, y aplicando la fórmula europea del interés compuesto, informamos a los descubridores que nos deben, como primer pago de su deuda, una masa de ciento ochenta y cinco mil kilos de oro y dieciséis millones de plata, ambas cifras elevadas a la potencia de trescientos. Es decir, un número para cuya expresión total serían necesarias más de trescientas cifras y que supera ampliamente el peso total del planeta Tierra.

»Muy pesadas son esas moles de oro y plata. ¿Cuánto pesarían, calculadas en sangre? Aducir que Europa, en medio milenio, no ha podido generar riquezas suficientes para cancelar ese módico interés, sería tanto como admitir su absoluto fracaso financiero y/o la demencial irracionalidad de los supuestos del capitalismo. Tales cuestiones metafísicas, desde luego, no nos inquietan a los indoamericanos. Pero sí exigimos la firma de una Carta de Intenciones que discipline a los pueblos deudores del Viejo Continente y que los obligue a cumplir su compromiso mediante una pronta privatización o reconversión de Europa, que les permita entregárnosla entera como primer pago de su deuda histórica.

»Muchas gracias.»

No estaba muy seguro de la intención de algunas cosas, ni del sentido de algunas palabras, pero estaba claro que el señor indígena era un cachondo y que les estaba restregando a los europeos el expolio provocado en sus tierras, así que el texto del papel entregado por el abuelo era más explícito que todo un curso de historia.

Cuando llegué a casa le telefoneé.

—¿Abuela? Soy yo. ¿Está el abuelo?

—Ha ido a comprar el periódico, que ya sabes que sin enterarse de lo que pasa no está tranquilo. ¿Le digo que te llame?

—Sí, gracias.

Ellos, de móvil, nada.

A los diez minutos sonó el timbre de nuestro teléfono y yo mismo lo cogí. La voz del padre de mi padre sonó mitad curiosa mitad alegre.

—¿Diego?

—¡Hola, ya he leído lo que me diste! —le solté.

—¿Responde eso a tus inquietudes acerca de lo que les hicimos a los indígenas de por allí, además de cristianizarlos, culturizarlos, salvarlos y no sé cuántas cosas más junto con exterminarlos? —dijo con su peculiar ironía.

—¿Qué es el Plan Marshall-Tesuma?

—Bueno, los yanquis ayudaron a Europa después de la Segunda Guerra Mundial con un plan llamado así, Plan Marshall, para financiar su reconstrucción. Nuestro Guaicaipuro le da la vuelta con dos... narices, y esgrime con su peculiar sutileza que ese

oro americano fue su ayuda para ponernos a tono después de habernos pasado tantos siglos a la greña, más los que seguirían.

—¿Qué le dijeron?

—¿Qué querías que le dijieran? ¡No hay dinero suficiente en el mundo para pagar eso, ni él lo pretendía! Lo que quería que quedara claro es que hemos construido nuestro presente con su sangre y que les hemos dejado con el culo al aire, y lo mismo en África. Ya viste al hablar de Carlos I cómo el oro de América junto con los soldados españoles sirvió para armar ejércitos y enzarzarse en continuas batallas. El tal Guaicaipuro nos estaba recordando lo estúpidos que fuimos y lo necios que seguimos siendo ahora, haciendo préstamos con intereses a todas esas economías a las que llamamos del Tercer Mundo y que si están mal, en un gran porcentaje, es por culpa nuestra, porque les exploramos en su momento y les dejamos sin recursos. Cuando hay una guerra, los países poderosos les venden armas a los dos lados a la vez, se enriquecen con ello, y los compradores piden dinero a los bancos y se endeudan de por vida, o cometan mil fechorías para disponer de ese dinero. Así que todo gira en torno a lo mismo. El binomio guerra-dinero es indivisible, Diego.

—Pero ¿ese discurso no humilló al mundo entero?

—¿Y qué? *Passando* de todo, como decís vosotros los jóvenes. ¿Crees que salió publicado al día siguiente en los periódicos de Europa o Estados Unidos? Lo consideraron un anacronismo. Un montón de políticos bien comidos, cada cual con sus propios problemas en sus países, escuchando a un tipo emplumado que les llamaba ladrones, usureros, genocidas... El bueno de Guaicaipuro no sé si se daba cuenta o no de que estaba exponiendo una tesis de derecho internacional para determinar la verdadera deuda externa. Si algún Gobierno latinoamericano hubiera tenido o tuviese el valor necesario para hacer el reclamo oficialmente ante los tribunales internacionales...

Yo no tenía ni idea de lo que era la deuda externa ni si un tribunal internacional podía obligar a medio mundo a darle cuanto poseía al otro medio mundo por culpa de cosas sucedidas hacía la tira de años. Pero el fondo me encantaba. Lo que contaba el abuelo cada vez era más apasionante.

Y me sentía peleón.

Cuando sea escritor, que se preparen.

—Abuelo, ¿por qué no nos vemos el sábado por la mañana?

—¿En el parque?

—O, mejor, ¿por qué no venís a comer?

—¿Vas a darle trabajo a tu madre?

Yo volví la cabeza y grité:

—¡Mamá, los abuelos vienen a comer el sábado!

—Vale —la oí decir.

Todo arreglado.

—¡El sábado nos vemos en el parque a mediodía! ¡Hablamos un rato y luego a comer!

—me entusiasmé.

—¿Cuando termine de contarte la historia de las guerras querrás que te cuente la conquista del espacio? —se echó a reír él.

—Si es chula...

—No hay guerras galácticas.

—¡Hasta el sábado!

## «En máxima alerta...»

A mediodía, la televisión habló de nuevos ataques en la zona en la que estaba destinado papá, aunque no se habían producido directamente en la base. La calma parecía rota y la actividad bélica recrudecida. Las noticias no eran nada halagüeñas. Incluso se hablaba ya de enviar nuevas tropas, porque, por lo visto, con las que mantenía allí el ejército no existían suficientes garantías para controlar el territorio asignado al cuidado español ni el potencial era disuasorio para los atacantes. Los recortes de periódico del señor Venancio tampoco eran nada del otro mundo. Salvo que el ataque fuese tremendo o hubiese víctimas, la misión de paz ni salía. Bueno, como decía mamá, «la mejor noticia era que no hubiese noticias».

Carla no era la chica más guapa de la clase, sino una más del barrio, pero a mí me gustaba. De pequeños habíamos jugado juntos en el parque. Luego, por esas cosas de la vida, nuestros caminos se separaron. Ella iba a un colegio y yo a otro. Pero a veces nos veíamos por la calle. No parecía una chica. Quiero decir que no era como las demás, no lloraba por tonterías ni se andaba por las ramas a la hora de plantarle cara a quien fuese. Lo digo como es, que conste, no quiero polémicas con las chicas. Supongo que a mi edad aún no las entiendo, eso es todo. Sus padres regentaban una tienda en la esquina, una frutería, pero una frutería de alta categoría, hasta servían las verduras con guantes de goma transparentes. Y los clientes nada de tocar la mercancía con las manos, medir los melones y las sandías para ver si eran buenos o seleccionar los tomates o las patatas. A mí no me gustaba ir a comprar a la carnicería, la pescadería y la frutería, por los olores, pero con la obligación de ayudar a mamá...

—Hola —se me plantó delante aquella tarde.

—Hola —dije inseguro porque todavía no soy lo que se dice un experto en tratar con chicas.

—No te preocupes, volverá.

—No estoy preocupado.

—Pues lo pareces.

—Pues no. Y ya sé que volverá.

—Tu madre es muy guapa.

No sé a qué venía aquello, ni por qué saltaba de mi padre a mi madre. Una prueba más de que los circunloquios mentales de las chicas son distintos a los de los chicos, al menos hasta que los chicos crecemos un poco.

La miré con una mezcla de respeto y miedo.

—Tengo un CD con una película titulada *Senderos de gloria*. Mi padre dice que es la mejor película de guerra que jamás se ha hecho. Si quieras te la dejo.

—No creo que a mi madre le guste ver películas de guerra ahora mismo.

—Claro.

Le brillaban los ojos. Parecía sincera.

Como lo había sido en los años de juegos en el parque.

—¿Lo echas de menos?

—Sí.

Ella miró a su padre. Atendía a una clienta con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ya —suspiró.

—Tú lo tienes todo el día trabajando en casa.

—Por eso.

—He de irme —inicié la retirada.

—El sábado es mi cumpleaños —lo soltó mirándome a los ojos con fijeza—. ¿Quieres venir? Haremos una merienda.

—Viene mi abuelo a comer.

—Será por la tarde, a las seis o seis y media.

Los abuelos nunca se quedaban hasta la noche. A ella le preocupaba que les robaran y a él caerse, y todo porque en su barrio se habían producido algunos delitos y la mitad de las calles estaban patas arriba por las obras.

—De acuerdo —me rendí.

—Bien —su sonrisa llegó de oreja a oreja—. No hace falta que traigas nada.

Dio media vuelta y se metió en las profundidades de la tienda.

Llegué a casa y fui directamente a mi habitación para entrar en internet. Tenía cosas que consultar, algunas palabras y nombres del discurso de Guaicaipuro Cuatemoc, tomar notas de lo que iba a contarme el abuelo en nuestra tercera sesión, porque a veces me perdía y otras se me llenaba la cabeza de preguntas y me hacía un lío. Pensé que era mejor investigar primero y, de paso, sorprenderle. Mamá tuvo que llamarle tres veces para que fuera a cenar.

—¿Qué estabas haciendo?

—Repasar.

—No estarás metido en esa tontería de los chats, ¿verdad?

—No —me sentí ofendido por la duda.

—¿Tiene que ver con lo que estáis tramando el abuelo y tú?

—Sí, y no tramamos nada.

—¿Tan interesantes son sus charlas?

—Sí —fui vehemente.

—Alucinante.

—¿Por qué? ¿Porque soy un bicho raro?

—Yo no he dicho que seas raro.

—Pero lo piensas. En el cole los que leen libros o tienen interés por algo son los bichos raros.

—Y así les va, seguro.

—Si todos mis profes fueran como el abuelo, sacaba matrículas —mamá esbozó una sonrisa de orgullo y yo cambié rápido de tema—: ¿Conoces a Carla, la hija de los de la tienda de frutas?

—Sí, jugabas con ella en el parque de...

—Me ha invitado el sábado. Da una merienda de cumpleaños.

—No sabía que aún fuerais amigos.

—No lo somos. Sólo me ha invitado.

—Uno no invita a los enemigos, digo yo. Siempre os habíais llevado muy bien.

—No supe qué decir a su aseveración.

—Tendrás que llevarle un regalo.

—Me ha dicho que no lleve nada.

—Un libro, por lo menos.

—Si le llevo un libro pensará que...

—¿Qué?

—¿Y si nadie le lleva nada? Haré el primo.

—Un primo educado.

Iba a comprar un libro. Ella era así.

—¿Puedo ir?

—Claro.

Después de cenar regresé a mi habitación para continuar navegando por la red. Mamá se quedó en la sala. Al poco me aburrí, porque la forma que tenían las páginas de internet de contar las cosas no se parecía en nada a la manera en que lo hacía el abuelo. Salí para ir al cuarto de baño y escuché las voces que provenían del final del pasillo. Voces débiles, pero audibles para mí. Cuando asomé la nariz por el quicio de la puerta la vi a ella con un libro caído sobre el regazo mirando absorta la televisión. El que hablaba era el corresponsal que ya habíamos visto otras veces.

Esta vez no se encontraba en el desierto, con la base de papá a su espalda, sino en la ciudad, o lo que quedaba de ella, rodeado por un sórdido ambiente de destrucción y muerte, casas derribadas mostrando sus entrañas vacías, carcassas de coches ennegrecidas emergiendo por entre los cascotes, algunos niños dando saltos, felices, pugnando por salir en la tele, hombres quietos en la distancia.

«La explosión de los tres coches bomba, sincronizada para causar el mayor daño posible, ha roto el frágil equilibrio de los últimos días y hace temer de nuevo una escalada del conflicto en lo que quizás sea una ofensiva terrorista en toda regla dada la proximidad de las negociaciones...»

Inicié la retirada, para que mamá no me sorprendiera escuchando aquello, pero a los dos pasos oí que hablaban de ellos, de las tropas españolas.

«... por lo que la base española está en máxima alerta y a la espera de...»  
La voz dejó de escucharse.

-¿Diego?

¿Tenía ojos en la nuca o qué? Yo sólo respiraba.

-¿Sí, mamá?

-¿Qué haces?

-Iba al baño.

-Ve. No pasa nada.

-Ya.

Vacilé un par de segundos. Luego reemprendí el camino.

Cuando salí ya no escuché ninguna voz proveniente de la sala.

## «¡Felipe II sí que era una industria contaminante y un arma de destrucción masiva... !»

Vi al abuelo y a la abuela caminando despacio, sin prisas, por un extremo del parque. Me tranquilicé. Llevaba veinte minutos de espera. De todas formas no les dije nada. El día invitaba a pasear, sin prisas. El único impaciente, lo reconozco, era yo.

—Hola pareja —les di un beso cuando nos reunimos.

La abuela me retuvo un segundo más de lo normal entre sus brazos.

—¿No hay carta? —quiso saber.

—No, mamá dice que el lunes.

—¿Os quedáis aquí?

—Sí, ¿no? —miré al abuelo.

—Claro.

—Yo voy a ayudar a tu madre —se apartó de nosotros y reemprendió el camino.

—Te acompañamos —propuso el abuelo.

—Sé ir sola. Quedaos.

Con pocas palabras se lo decían todo. Un misterio. Llevaban juntos la tira de años. A veces me preguntaba cómo era posible que aún tuvieran algo que decirse.

La abuela se alejó despacio.

—¿Sol o sombra?

—A mí me da igual —me encogí de hombros.

—De momento vamos al sol. Luego si nos pega duro nos cambiamos.

Nos dirigimos a uno de los bancos. Ninguno estaba libre al cien por cien, así que escogimos el menos poblado. Un solitario tipo joven ocupaba un extremo, repantigado, con los ojos cerrados cara al sol. Quizás ensayase para cuando fuese mayor, quizás lo suyo fuese vaguear. Lo cierto es que parecía muy feliz. Nos sentamos en el otro extremo, yo en la punta y el abuelo a mi lado.

Suspiró.

—Menuda mañana para hablar de historia.

—Creí que te gustaba.

—Y me gusta. Pero viendo y sintiendo este solecito... se hace amargo pensar que el mundo ha estado siempre loco y que ahora, en alguna parte, hay gente matándose entre sí.

Inevitablemente pensé en papá.

Y no sé por qué recordé al hombre del tiempo de la tele, que solía decir que en

ocasiones llovía torrencialmente en una comarca y en la de al lado no caía ni una gota.

No supe si tener esas ideas tan dispersas era bueno o malo, y tampoco se lo dije al abuelo.

—¿Dónde nos habíamos quedado? —preguntó fingiendo despiste.

Lo sabía de sobra, pero se lo recordé.

—Carlos Uno más Cinco le cede el trono a su hijo Felipe II.

—¡Ah, sí, el Felipe! —hizo un gesto de resignación con la cabeza.

—Ya veo que no es tu predilecto.

—Ninguno lo es, Diego. Recuerda que yo soy republicano. Además, toda esa caterva de reyes gordos, recolectores de damas, medio tontos por descender de matrimonios entre parientes... Unos impresentables, ¿vale? Meapilas, belicosos, egoístas, avariciosos, conquistadores, exterminadores...

Estaba combativo. Eso me gustaba.

—¿Qué hizo Felipe II?

—¿Qué hizo? ¿Me preguntas qué hizo? ¡Arrasar España, despoblarla, cortar todos los árboles que se encontró a su paso para construir la Armada más poderosa de todos los tiempos! Y total, ¿para qué? ¡Para acabar en el fondo del mar!

—¿Ya existía la ecología entonces?

—¿La ecología? Ésos no tenían ni idea de cosas así. Despoblaron España de árboles y la dejaron convertida en un erial, antesala de lo que es hoy de Madrid para abajo. ¡El tal Felipe sí que era una industria contaminante y un arma de destrucción masiva!

Ya se había caldeado.

—Empieza.

—Para introducir la cosa, te diré que Felipe II era un cretino, aún peor político que su padre, que ya es decir.

—Hombre, al rey Carlos no le fue tan mal.

—Porque tenía oro y plata de América, y un pueblo sumiso y entregado que no decía ni mu. ¡La perfecta combinación! Pero como gobernante..., con todas las guerras en las que nos metió... Su hijo encima era la cosa más triste que puedas imaginarte. Vale, sí —se corrigió a sí mismo—, ya sé que para reinar no hay que ir con el cascabel en la mano y echándose unas risas, pero es que él...

—¿Cómo era?

—Les dio por llamarle «el rey prudente». ¡El rey prudente, válgame Dios! Tuvo una paranoia ejemplar y, claro, al morir dejó al personal dividido. Para unos, los amigos, fue un virtuoso. Para otros, los enemigos, fue un fanático y un despótico. Para borrar todo rastro de lo que hizo y darle un tono enigmático a su historia, negó cualquier publicación sobre su vida y ordenó destruir la correspondencia personal con el tipo que mejor le conocía: su confesor. Era aficionado a colecionar cosas y al ocultismo, esto último en oposición a su fe católica. Ah, y también nos salió hipocondríaco, más serio que una piedra, en parte tímido, en parte frío de narices. Lo dicho, una joyita.

—¿Y se casó cuatro veces?

—A los dieciséis años lo emparentaron con María de Portugal, que era doble prima suya, pues ambos eran nietos de Juana la Loca. La boda se la impuso su padre Carlos, por supuesto, y, temeroso de que siendo tan jóvenes se desmadraran en la cama, les puso vigilancia y les racionó el sexo.

—¿En serio?

—Lo que oyes —asintió con la cabeza—, y no me hagas entrar en detalles que estamos en un parque público y hay niños.

No había ningún niño cerca, salvo yo, así que comprendí la indirecta. El único testigo de nuestra charla era el tipo tumbado cara al sol, que o bien dormía, o bien se hallaba inmerso en sus pensamientos, o bien ya nos estaba escuchando, porque el abuelo, cuando hablaba y se animaba, no se expresaba lo que se dice en voz baja.

—Como era normal en la época, la moza murió joven, de sobreparto en el alumbramiento de su hijo Carlos. Las mujeres cogían cada infección en aquellos años... Por un lado, sus maridos disfrutaban de otras amantes, y repartían enfermedades a diestro y siniestro, y, por el otro, a veces las hacían parir sobre sábanas ilustres en las que habían parido sus antepasadas, y allí pillaban unas infecciones de aquí te espero. Así que, muerta la primera, lo casaron con la segunda, que resultó ser un engendro y, por supuesto, de la familia: su tía María Tudor, nada menos que reina de Inglaterra, para sellar así una alianza fundamental. Doña María tenía once años más que nuestro joven príncipe y parecía una monja de clausura, y que me perdonen las monjas de clausura. Por lo visto, era tan repelente como apasionada en la cama. Sin embargo, algo cambió lo que pudo ser una interesante historia: no tuvieron hijos y la dama falleció también al poco, en cuatro años, no sin antes dejar bien patente su catolicismo a base de matar a cuantos protestantes se cruzaron en su camino, de ahí que la rebautizaran con el nombre de María la Sangrienta, en inglés, Bloody Mary. De haber tenido un hijo, habría heredado España e Inglaterra. Una superpotencia. No fue así y la historia siguió su curso tal y como la conocemos. Eso para que veas cómo se forjan destinos nacionales. A Inglaterra muerta, Francia puesta. La tercera señora de Felipe II resultó ser Isabel de Valois, hija del rey de Francia. El chiste era que la chica estaba previamente prometida con el hijo de Felipe, Carlos, pero al enviudar el padre... nada, ningún problema. El caso era casarla con uno de ellos, y mejor el rey que el futuro rey. La Isabelita se portó y, al menos, le dio dos hijas antes de dejarle viudo por tercera vez, que tenía un mal fario el chico... Y el mismo año en que murió ella lo hizo también el heredero, Carlos.

—¿Se quedó España otra vez sin rey?

—Casi. Por un lado, Felipe II tenía ya cuarenta y un años y, como te he dicho, no era la alegría de la huerta. Estamos hablando de su vida pero no de los conflictos en que andaba metido, que eso te lo cuento luego. La muerte de su único heredero fue un golpe, pero es que el tal Carlos estaba loco, de atar y más. Mira, Diego —abrió las manos para dar más énfasis a sus palabras—. Una persona normal tiene en la vida cuatro abuelos,

ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos... ¿me sigues? Pues bien, Carlos tenía sólo cuatro bisabuelos y seis tatarabuelos. ¿Qué quiere decir eso? Que su sangre estaba tan contaminada por bodas entre parientes que él salió más tarde de lo que ya estaban sus mayores. Fue débil, enfermizo, se metió en un sinfín de escándalos, intentó acuchillar en público al duque de Alba y acabó detenido por su padre y encerrado en sus habitaciones. Murió de inanición en el castillo de Arévalo.

—¿Inaqué?

—Inanición, que se negaba a comer.

—¡Ah!

—Eso fue en 1568, año en que murieron los dos, el heredero Carlos y la reina Isabel. Dos años después, Felipe II se une a su cuarta esposa, Ana de Austria, hija de su primo, el emperador Maximiliano II, o sea... sobrina suya. Con ella se arregló la sucesión dinástica, porque le dio cinco hijos en nueve años, cuatro chicos y una chica. El cuarto de esos hijos, Felipe, fue su sucesor, Felipe III. La reina, eso sí, siguió el camino de sus tres predecesoras y, tras alumbrar a María, la última, también murió.

—¡Menudo enterrador el Felipe II!

—Y que lo digas.

—¿Por qué fue el heredero el cuarto de sus hijos y no el primogénito?

—Porque Fernando, el primero, murió a los siete años; Carlos Lorenzo, el segundo, a los dos; y Diego Felipe, el tercero, también a los siete. ¡Ah!, y María, a los tres, para redondear.

Yo no podía creerlo.

—Le quedó uno y eso salvó la sucesión —asintió el abuelo.

—Menudo culebrón.

—Ni te lo imaginas. En medio de tanta viudedad y problemas, España seguía su camino.

—¿En cuántas guerras se metió?

—No se trata de números, sino de años, pérdidas... —quiso matizarlo—. Fue tan dramático como traumático, hijo. Por ejemplo, la guerra con Francia era el pan nuestro de cada día, algo crónico. Lo de Isabel de Valois fue un paréntesis. Y, siguiendo la estela de su padre, Felipe II también se erigió en estandarte de la cristiandad y peleó por toda Europa con el protestantismo. Para financiar la guerra, el pueblo pagaba más y más impuestos. En el Imperio español no se ponía el sol, pero en el reinado de Felipe II hubo tres descalabros económicos que nos dejaron sin nada. Puras bancarrotas, en 1557, 1575 y 1596. Por más oro y plata que llegaba de América, no era suficiente.

—El indio ese de lo que me diste tenía razón.

—Y tanta. Miles de kilos de oro y plata que pudieron haber hecho de España un reino fundamental en la historia por rico y próspero, culto y poderoso, no sirvieron para nada. Ni siquiera fueron suficientes. Felipe II tuvo que pedir préstamos a los banqueros de la época, todos italianos y alemanes.

—¿Ya había bancos?

—Y tanto. Los bancos, ya entonces, dejaban dinero a devolver con generosos intereses. Un país en guerra es el perfecto cliente, y España estaba metida en todas y contra todos. Así nos iba. Si las guerras de Carlos I fueron abundantes, las de Felipe II más, y más desastrosas. Se le sublevaron los moriscos conversos en las Alpujarras en 1568 por causa de la «Pragmática», un edicto que limitaba las libertades religiosas, lingüísticas y culturales de los moriscos. Eso costó tres años de guerra interior tras la cual los echaron y se perdió otro gran capital humano, artesanos, agricultores, como en 1492 al expulsar a los judíos. Tuvo una revuelta en Aragón a cuenta de un pleito con su secretario, Antonio Pérez, que se le enfrentó, huyó a Francia e hizo saltar muchas chispas con intereses cruzados. La boda con María Tudor hizo que los franceses se echaran a temblar. ¡Una alianza hispanobritánica, horror! Así que los gabachos se aliaron de nuevo con el Papa... y con los turcos. Menudo trío. Pero importaba más frenar a España que cohabitar con ellos. Naturalmente, nuestro Felipe, religioso hasta la médula, mandó al ejército a invadir los Estados Pontificios y un pedazo de Francia. El Papa no quiso repetir la experiencia de los días de Carlos I y se rajó, pero los franceses no. España los derrotó en San Quintín y Gravelinas. Lo de San Quintín se consideró tan glorioso que, en su honor, por haber acaecido el día de San Lorenzo, 10 de agosto, en este caso de 1557, se inició la construcción del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, que, por cierto, duró veintiún años, de 1563 a 1584. Al morir María Tudor sin darle hijos a Felipe, los galos se calmaron, y la boda con Isabel de Valois, para refrendar la breve paz, zanjó el tema. Francia tuvo una guerra civil entre católicos y calvinistas que cerró nada menos que un Borbón, Enrique, con astucia: se hizo católico y ahí acabó todo. Fue el de la célebre frase «París bien vale una misa». España, perdida la posibilidad de influir en Francia, siguió a lo suyo: las guerras contra los piratas berberiscos o los turcos no fueron nada comparadas con las de los Países Bajos o Inglaterra. Ése fue el comienzo del fin de aquel Imperio, porque el sol acabó poniéndose en Flandes.

—Pero ¿cómo podía andar en tantos fregados?

—Él nunca viajó. Estaba muy tranquilito el hombre en Madrid, ya capital del reino por decisión suya en 1561. Era como un jugador de ajedrez moviendo sus piezas. Quizás pensara que era un elegido. Jugó todos los partidos y de hecho no ganó ninguno, a pesar de San Quintín, Lepanto y otras historias. Ganar una batalla no significa ganar la guerra. La batalla de Lepanto contra los turcos el 7 de octubre de 1571 es un ejemplo, porque ellos continuaron con su incordio, aunque tenían otros problemas más urgentes, como, por ejemplo, con los persas, de la misma forma que España tenía los suyos, empezando por Flandes —se llenó los pulmones de aire, como si se cansara de hablar o se dispusiera a soltar otra larga parrafada—. Flandes fue nuestra primera tumba. Los ingleses y los franceses supieron agitar a los habitantes de los Países Bajos, que tan poco tenían que ver con los españoles, pero la clave fue la autonomía y la religión. Se rebelaron contra la Corona. Margarita de Parma, hija natural de Carlos V y gobernadora de los Países Bajos,

intentó la mediación, pero un cardenal llamado Antonio Granvela se mostró intransigente en el tema, y debía de tener cierto peso, porque se salió con la suya y la cosa fue a peor. En 1566, hubo disturbios graves, iglesias profanadas... , y comenzó un litigio que habría de durar ochenta años, ¡Ochenta años!, con páginas tristes como el saqueo de Amberes en 1576.

—¿Por qué era importante mantener el Flandes ese?

—Primero, para tener una fuerza al norte de Francia; segundo, porque el puerto de Amberes era estratégico en la Europa del norte, y desde él se comerciaba mucho, además de ser la base de la flota española; tercero, porque la mano de obra era barata, igual que ahora lo es la africana o la de los países asiáticos emergentes. Los nórdicos se sentían invadidos, esclavos de una potencia extranjera. Y por si faltara poco... estaba el tema de la religión, siempre ella. Los nobles pedían mayor autonomía; los protestantes, que se reconociera su religión... Felipe II dijo que no a todo y estalló la revolución. El rey pronunció una de sus más famosas frases para justificarse: «Podéis asegurar a Su Santidad que antes de sufrir la menor cosa en perjuicio de la religión o del servicio de Dios, perdería todos mis Estados y cien vidas que tuviese, pues no pienso, ni quiero, ser señor de herejes». O sea, que los protestantes al carajo. Flandes cavó la primera paletada de la tumba de España. Luego llegó el descalabro de la Armada Invencible.

—Hicieron una película sobre eso —escuchamos una voz a espaldas del abuelo.

Los dos miramos hacia el tipo que tomaba el sol. Estaba completamente volcado hacia nuestro lado, para no perderse detalle de las palabras del abuelo.

—*Elizabeth*, sí, en el 2007, pero era el punto de vista inglés, y Felipe II salía aún peor retratado de lo que ya estaba en su tiempo o en la historia a cuenta de la leyenda negra de sus últimos años de vida —asintió el abuelo para demostrar que estaba en todas.

El hombre no supo qué decir.

—De entrada, la Armada Invencible no se llamó así, sino la Grande y Felicísima Armada. Lo de que era invencible se lo pusieron los propios ingleses para carcajearse de ella una vez que fue hundida en el fondo del mar. Y de salida, hay que respetar la historia, no hacer caso de una película *made in Hollywood* —el abuelo me miró a mí de nuevo, aunque ahora sabíamos que teníamos dos orejas de más—. El apoyo inglés a Flandes, incluso con incursiones de tropas, el hecho de que toda Inglaterra fuera ya protestante y, finalmente, la ejecución de la reina católica de Escocia, María Estuardo, que dejó a la reina Elizabeth firme, segura y sola en su trono, hizo que Felipe II ondeara con más fuerza su estandarte de cristiandad. Había que darles una lección a los malditos y pérvidos británicos y, a poder ser, devolver la fe católica al país. Se construyeron barcos a base de arrasar todos los bosques posibles y se armaron a toda prisa, pero mal. Muy mal. Ése fue el problema. Se dice que la Armada fue hundida en el mar a causa de una tormenta y no es así. La batalla fue mucho más larga. El plan consistía en llevar a las tropas apostadas en Flandes hasta la costa inglesa del condado de Kent, unos treinta mil hombres, pero la coordinación no fue precisamente ejemplar. La Armada, de entrada, se

quedó sin su arquitecto, el marqués de Santa Cruz. Felipe II le pasó el «encargo» a Alonso Pérez de Guzmán el Bueno y Zúñiga, nombre tan largo que mejor lo acortamos con su muy noble cargo: duque de Medina Sidonia, en modo alguno hombre de guerra y menos de mar, aunque la culpa de lo que pasó no la tuvo él. Cuando vio lo que era la famosa Armada se quedó a cuadros. Faltaban pertrechos, hombres, personal cualificado... pero el rey tenía prisa en zurrarles a los ingleses y el plan siguió adelante. Ni siquiera los cañones estaban bien hechos. Nada más salir de puerto, una galerna los dispersó de mala manera y costó varias semanas reunirlos a todos de nuevo. El duque de Medina Sidonia previno al rey de que aquello era un desastre, y hasta dimitió, pero Felipe II siguió erre que erre y le mantuvo en su puesto. Dios estaba de su parte, ¿no? Pues eso. Tuvimos suerte de los temporales, porque los ingleses también mandaron a su flota para hundirnos en La Coruña y no consiguieron llegar. En el nuevo intento, volvieron a perderse la tira de barcos, y eso permitió a un barco inglés avistarnos y dar la alarma. A la llegada de nuestros barcos a Fowley, los faros de la costa estaban sobre aviso. En la primera escaramuza, los barcos ingleses no pudieron salir de puerto por tener el viento en contra, pero ahí tuvimos mala suerte. Las órdenes eran ir a Flandes a por las tropas, y no se les atacó. Hubo una refriega naval y en sendos accidentes se perdieron dos galeones con pertrechos y municiones. Las municiones saltaron por los aires al volar la santabarba del barco, pero los pertrechos del otro fueron a parar a manos inglesas. Dos barcos no eran nada, pero la flota seguía sin poder fondear en Flandes por la climatología y por los conflictos. El 2 de agosto de 1588, se produjo una batalla naval con Francis Drake, el mismo que años después destruyó la flota española en el puerto de Cádiz, nada menos.

—¿Ese no era un pirata?

—Pirata, corsario... para los españoles. En Inglaterra era *sir* —continuó su relato con los ojos encendidos—. De esa refriega apenas hubo daños, un barco hundido y otro averiado, trescientos muertos hispanos por doscientos ingleses. Y no pasó de ahí. Los británicos se atrincheraron en sus puertos y los españoles continuaron sin poder fondear en los de Flandes a causa de las tormentas y el levantamiento contra España en esas latitudes. Todo era cuestión de tiempo y la invasión inevitable, pero la flota acabó dispersa en el mar del Norte y en el mar de Irlanda por culpa de los temporales y ahí acabó todo. Se fueron a pique. Fue un fracaso español, no una victoria inglesa como insisten en vender y como se ha tergiversado siempre.

—Es que los ingleses son muy suyos. Ya ve usted lo de Gibraltar —dijo el invitado del banco.

Temí que el abuelo fuera a contestarle, pero, por lo visto, lo de Gibraltar no tocaba. Se limitó a mirarle fríamente. Yo también me sentía incómodo con el inesperado oyente.

—Se hace tarde. Deberíamos irnos ya —se me ocurrió decir.

—¡Huy, sí, nos van a matar! —me siguió la corriente mi abuelo.

Nos pusimos en pie.

—Oiga, ¿usted cómo es que sabe tanto de esas cosas? —preguntó el tipo.

—Suelo ir a concursos de la tele y así me saco un sobresueldo. ¿No me ha visto nunca?

—Pues ahora que lo dice... —frunció el ceño mirándole con fijeza—. Sí, sí, ya decía yo.

—¿Usted lee mucho?

—¿Yo? No, ¿para qué? Viendo la tele ya vale, ¿no?

—Lástima —el abuelo me pasó una mano por encima de los hombros—. Con su pinta y

un poco de cultura seguro que le cogerían siempre. Pero como ya me dice que no lee...

Buenos días.

—Buenos días.

Lo dejamos mitad perplejo mitad preocupado.

## «Rematando a la Armada Invencible...»

No hablamos hasta una docena de metros después.

—Menudo plasta.

—Es que lo explicas muy bien —aseguré yo—. Ojalá mis profes fueran como tú.

—Bah, tengo el mejor público —me presionó el hombro con su mano orgullosa.

—Venga, sigue con la historia de la Armada Invencible.

—Ya no hay mucho que contar, salvo dejar las cosas claras. Ni los barcos españoles eran tan pesados como para no poder con los rápidos navíos ingleses ni sus cañones tenían más alcance que los nuestros. Prisas y chapuzas, sí. Pero la Armada era formidable. Tampoco es cierto que ellos fueran cuatro gatos: tenían más buques que nosotros, exactamente doscientos veintiséis por ciento treinta y siete nuestros. Se perdieron treinta y cinco barcos y dos terceras partes de los hombres, un descalabro, en efecto; sin embargo, en combate sólo murieron mil cuatrocientos soldados o marineros, los dieciocho mil restantes perecieron en el naufragio, a causa de enfermedades y al tocar las costas irlandesas, masacrados por los ingleses. Se dice también que ahí perdimos el control de los mares y de nuevo hay que dejar claro que eso es falso. España siguió siendo una potencia. Se mandaron otras tres armadas contra Inglaterra en los años siguientes, todas fracasadas, aunque hay una anécdota curiosa: en 1595, sí desembarcó una flota en las costas inglesas, al suroeste, quemaron tres ciudades y los pueblos de los alrededores, les dieron para el pelo pese a que sólo eran cuatrocientos hombres, y escaparon hábilmente burlando el cerco del mismísimo Francis Drake. En fin, en 1604, los británicos se rindieron, aunque no por ello dejaron de ser protestantes ni les invadimos. Todos estaban hartos de guerras. La prueba de que la flota española seguía siendo la reina es que llegamos a las islas Filipinas, bautizadas así por Felipe II, y, como éste llegó a ser rey de Portugal por herencia, su poder se mantuvo bastante intacto.

—¿Cómo que Portugal fue español?

—Su primo, el rey Sebastián de Portugal, murió sin herederos en 1578, y él se presentó allí en plan salvador y con los bolsillos llenos una vez más, amén del ejército. Repartió oro generosamente y los nobles le apoyaron en 1581, así que España administró un tiempo las colonias portuguesas, concretamente sesenta años. Lo malo es que aquí teníamos tantos agujeros que no había forma de que la economía mejorara. Con tantas bancarrotas y gastos estábamos endeudados hasta las cejas. ¡Ah! —se detuvo un momento justo a la salida del parque—. ¿Quieres saber una cosa que sí puede decirse que «inventó» el Felipe?

—¿Qué?

—El servicio de espionaje.

—¿Espías?

—Lo que oyes. Tenía montado un sistema mediante el cual en tres días se enteraba de todo, y diseminó hombres por todas las cortes con orejas bien dispuestas y mucha mala leche a la hora de incordiar o sembrar minas. Ríete tú de la CIA yanqui o el MI5 inglés de hoy. Su sistema de gobierno tampoco era malo, centralizó el país llevando la Corte a Madrid, luego a El Escorial, y con su siniestra visión política, desconfiando de todo Dios, controlándolo todo en persona, casi duplicó los ministerios hasta que llegaron a ser catorce y colocó por sus posesiones a virreyes y gobernadores que le rendían cuentas, porque, de autonomía, ninguna. Como no se fiaba de nadie, ni siquiera enseñó a su descendiente a ser rey: lo dejó en pelotas y así le fue al pobre Felipe III.

—¿Ya llegamos a él?

—Casi. Primero hemos de rematar a su padre, porque queda lo peor.

—¿Qué es lo peor?

—Por más que esquilmara al pueblo con impuestos, por más guerras en que nos metiera, por más estandarte de la cristiandad que se sintiera, cometió un crimen a mi juicio peor que ningún otro: atentar contra la cultura.

—Pero ¡si yo leí algo de que ése fue el Siglo de Oro de la cultura en España! —no lo entendí.

—Imagino que, si alguien me oyera hablando así y no estuviese de acuerdo con mi visión, me flagelaría, porque ya te dije que para muchos el Felipe fue fantástico y aquel tiempo el mejor de la poderosa España. La realidad, a poco que la desmenuces, es, sin embargo, muy distinta, Diego —apretamos un poco el paso porque cambió el semáforo justo a media calle. Al llegar al otro lado, el abuelo jadeó un par de veces—. En aquel tiempo, es cierto, la pintura y la literatura alcanzaron cotas altísimas. Siempre hemos sido así. En los últimos cincuenta años hemos tenido ejemplos de sobra. Salieron unos pocos tenistas, como Gimeno, Santana y Orantes, y floreció el tenis en España. Salieron algunos pilotos de motos, como Nieto, Aspar, Pons..., y lo mismo con eso. Que si Ballesteros con el golf, que si Alonso con la Fórmula 1, que si... Campeones primigenios de un país sin excesiva tradición deportiva, fútbol aparte. Somos expertos en sacar petróleo de la nada. Y en aquellos años sucedió lo mismo. Había pensadores excepcionales; la escuela de Salamanca marcó las pautas económicas, fundamentalmente las teorías mercantilistas y la cuantitativista de la moneda; las ciencias avanzaron gracias a los descubrimientos del Nuevo Mundo; había matemáticos, geógrafos, médicos, arquitectos, bibliotecas... y, por supuesto, autores de teatro y escritores: Lope de Vega, Garcilaso, fray Luis de León, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Cervantes y algunos más, que escribían novelas de aventuras, pastoriles o lo que mejor nos iba, la picaresca, nuestro género predilecto, pues era un retrato de lo que sucedía en la calle; y había pintores, como El Greco, claro. Sí, ¡el Siglo de Oro! ¡Un jardín que no fue regado!

España se atrincheró en sus fronteras, recelosa de los cambios y los vientos de libertad que corrían por Europa, al abrigo de la religión, y ni el Renacimiento ni otras corrientes culturales nos alcanzaron. Todo lo que llegaba del exterior era malo, perverso, estaba contaminado y olía a azufre. La Contrarreforma, para detener al luteranismo, y luego el Concilio de Trento, impulsado por la Iglesia, se convirtieron aquí en Lo Único, Lo Verdadero. Adiós al humanismo. Y si a alguien le daba por pensar por su cuenta... ya se encargaba la Inquisición de ponerle freno achicharrándolo. A los burros de hoy en día, los que como ese del banco no leen libros, les habría encantado aquel tiempo, porque se asoció leer con el protestantismo y todo el que lo hacía era sospechoso, o sea, candidato a recibir el duro peso de la ley —el abuelo se puso triste de golpe y su natural énfasis narrador se hizo lúgubre, casi deprimente. Luego exhaló un suspiro aún más amargo—. Hicimos algo que se repitió luego, cuando la dictadura de Franco: aislarnos.

—¿Cómo podía aislarse España si dominaba medio mundo?

—No dejando que nada alterara la convicción de que Dios estaba de nuestro lado y tratando de exportarlo a lugares como el Nuevo Mundo o las más recientes conquistas, como las Filipinas. Un mesianismo a ultranza lo dominó todo. España era el pueblo elegido por Dios, y se lo creyeron a pies juntillas. ¿Para qué pensar? El fanatismo religioso y el desprecio por la cultura nos impidieron progresar cuando en el resto de Europa los tiempos de cambio eran ya imparables. ¡Y estuvimos igual en la época de Franco!, ¡y ahora!

—¿Ahora?

—Somos el primer país del mundo en consumo de cocaína, el primero de Europa en consumo de videojuegos, uno de los primeros del continente en embarazos adolescentes, de los últimos en comprensión lectora o en matemáticas... Caray, Diego, ¿te parece poco? ¡Eso es cultura, hijo! —definitivamente el tono del abuelo se hizo fúnebre—. ¿Tanto tiempo libre tenéis los jóvenes para dedicaros a los videojuegos? Y no digo que estén mal, son divertidos, uno aprende con ellos, pero ¡no es lo único! ¿Y tanto dinero tenemos o tanta necesidad de pasarlo bien que hay que tomar drogas y ponerse ciegos para ello? ¡Es la cultura, el conocimiento, lo que le dirá a una chica que, si se abre de piernas, puede quedar embarazada, y a un chico que puede fastidiarla! España, cíclicamente, ha atravesado períodos de aislamiento que la han retrasado. Pasamos de puntillas por el Renacimiento, nos saltamos la Ilustración, todo el genio latino de que gozamos se nos va en disputas internas, los fanáticos religiosos nos han machacado porque siempre ha habido alguien que ha creído que éramos la reserva espiritual de Occidente. ¡Incluso la televisión apareció en un mal momento, a mitad de los cincuenta, sin darnos tiempo a que una generación volviera a la cultura de los libros tras la posguerra!

—No sabía que fueras pesimista.

—¡Soy un optimista bien informado! ¡Te cuento la historia tal y como es, sin triunfalismos, en plan crítico! Además, en el fondo, los pesimistas son los que se ponen a arreglar las cosas, porque los optimistas creen que ya se arreglarán solas. ¡Tú no querías

saber por qué las guerras son malas? Pues ésa es la raíz. En el tiempo del que te hablo, España estaba llena de pobres miserables, pero ¡ah, así lo quería Dios! Nadie trabajaba los campos, una pereza absoluta lo invadía todo, cualquier excusa era buena para proclamar festivo un día y no dar golpe. De los trescientos sesenta y cinco días de un año, más de la mitad se dedicaban a la holganza. Y cuanto más predicaba la Iglesia contra el sexo, más corrompida era la sociedad con respecto a él, especialmente la nobleza, que se golpeaba el pecho piadosamente con una mano mientras le tendía la otra al diablo. Si una persona lista descendía de judíos o moros, no tenía ninguna oportunidad. ¡Viva lo mediocre! La pureza de la sangre era más valiosa que el dinero. ¿Siglo de Oro en el tiempo de los Austrias? —el abuelo soltó un bufido—. ¡La punta del iceberg! Si hay algo a lo que teman los mandamases es a la libertad, a la cultura, porque es mucho más fácil gobernar un país de burros, una masa que siga al líder de turno sin cuestionarse nada porque no sabe pensar.

Habíamos llegado a casa. Imaginaba que el abuelo ya no podría seguir exaltándose de aquella manera, porque tanto la abuela como mamá no le dejarían. Ellas opinaban que él era un radical.

A mí, lo que decía, me parecía lleno de sentido.

Y sencillo de comprender, aunque a veces me perdiera.

—Vaya, no ha estado mal, ¿eh? —se detuvo frente al portal calmándose un poco después de la crecida de sus últimas parrafadas.

—Muy chulo —asentí yo.

—Hombre, interesante, supongo, pero chulo...

—Es una forma de decirlo.

—De puta madre.

El abuelo soltaba tacos. Eso me parecía fascinante. Y no se escondía ni iba con paños calientes. A veces trataba de imaginármelo de joven, más rebelde, el pelo largo, *rockero*, feliz.

Tan distinto de otros abuelos.

O de papá.

Pensar en él, de pronto, me entrusteció. Quizás estuviese durmiendo, o dando órdenes a la tropa en la base española, o en una expedición por el desierto... o combatiendo. Y nosotros allí, tan tranquilos, hablando de historia y de guerras, en un despejado sábado a punto de comer.

Entramos en el vestíbulo.

—¿Qué dice tu madre de todo esto?

—Alucina bastante.

—¿Por qué?

—Por mi interés —le oculté las prevenciones que tenía acerca de lo que podría contarme y, sobre todo, de cómo me lo contara.

—Tu madre ha sido lo mejor que le ha pasado a tu padre —dijo con orgullo—. Lo

segundo eres tú.

Me soltó un soberano beso en la cabeza inclinándose sobre mí.

Luego subimos a casa.

—Vaya, ya tenemos aquí al maestro y al alumno —nos saludó la abuela, que fue la que abrió la puerta.

—Menos coñas, Nora —le espetó su marido.

—No, si lo digo con orgullo —ella también me besó, como si hiciera días que no me veía—. Algún día recordarás esto con mucho cariño.

—¿Ya me estás enterrando? —protestó él.

—Algún día es algún día, dentro de veinte o treinta años —le aclaró ella.

—¿Vamos a mi cuarto y seguimos hablando? —propuse yo.

—Comemos en veinte minutos, y con el rollo que tiene tu abuelo no creo que os dé para mucho —nos previno la abuela.

—Vale, pues después de comer —me resigné.

Mamá apareció en ese momento saliendo por la puerta de la cocina.

—¿Cómo estás? —le preguntó a su suegro.

—Bien, muy bien.

Me pareció una pregunta absurda. Ya le estaba viendo, ¿no?

Las miradas fueron rápidas.

La de mamá, seria; la del abuelo, firme; la de la abuela, tan dulce como resignada.

De mayor perteneceré a ese mundo, el de los silencios y los secretos, pero ahora soy un niño.

No soy tonto, intuyo, pero no puedo hacer mucho más.

Y preguntar no sirve de nada.

Te la dan con queso.

## «Felipe III y la manera en que entramos en el siglo XVII...»

Después de comer, el abuelo a veces seseaba, pero esta vez pasó de ello y nos fuimos a mi habitación. Yo tenía la fiesta de cumpleaños de Carla. Mamá, siempre al quite, ya le había comprado un libro. Casi me dio rabia tener que regalárselo, porque me habría gustado leerlo. Luego pensé que podía pedírselo prestado, aunque eso a lo mejor sonase a excusa para verla.

Me quedé perplejo por lo que discurría mi cabeza.

Yo me tumbé en la cama. El abuelo se sentó en la silla de mi mesa de estudio. Siempre que entraba en mi cuarto lo miraba todo con ojos de lince, descubría libros y juegos nuevos, detalles diferentes, un póster que no estaba la última vez, cosas así. Su memoria era un portento.

—Un mapa de la zona —dijo señalándolo en la pared donde se hallaba claveteado con chinchorros.

La «zona» era el lugar en el que estaba papá.

—Sí, para no tener que buscar cada nombre.

—¿Y los nombres de dónde los sacas?

—La tele, los periódicos...

Suspiró. Sus ojos, en parte dulces en parte serios, con un atisbo de amargura recién aparecido en ellos, me cubrieron con una de sus miradas cargadas de afecto y simbolismos.

—No le pasará nada.

—Eso no puedes saberlo.

—Yo sí lo sé —su voz fue tan firme como misteriosa.

No quería hablar de papá, para no ponerme triste ni, peor aún, que se pusiera triste él. Retomé las lecciones sobre las guerras allí donde nos habíamos quedado al llegar a casa para comer.

—¿Quedaba algo que decir de Felipe II y su tiempo?

—Claro. Mientras un rey vive, su heredero crece, o puede que el padre aún viva. ¿Me explico?

—Sí.

—Por ejemplo, la Guerra de Flandes, ya te dije que duró ochenta años.

—Pero eso es una barbaridad...

—La Guerra de los Treinta Años, la de los Cien Años... Una cosa era ganar batallas,

pero poner punto final a los conflictos era otra muy diferente. Siempre quedaban resquemores, rescoldos que avivaban de nuevo el odio o la intransigencia. Y no era fácil decir: «Voy a invadir tal sitio, me quedo y se acabó». Cuando un país invade a otro, con el tiempo acaba largándose con el rabo entre las piernas. En aquellos años, además, se luchaba de otra forma, desplazar un ejército requería una logística nada sencilla, y no olvidemos la parte económica.

—¿Se pagaba a los soldados?

—¿Crees que todos eran patriotas que peleaban por Dios, la Patria y el Honor?

—Entonces por eso nos arruinamos tantas veces.

—Las guerras son una sangría, las mires por donde las mires —se puso hastiado—. Miles de brazos empleados en matar, no en trabajar los campos o producir riqueza, engendrar hijos o estudiar, sentar las bases de un futuro próspero y en paz. Flandes fue un pozo sin fondo. No mucho antes de caer y dejar de ser de España, le costaba a las arcas reales un monto de trescientos mil ducados al mes. ¿Sabes cuánto ingresaba el país por impuestos? Diez millones de ducados anuales. ¿Sabes cuánto debíamos? Setenta millones. Aún no sé cómo no vinieron los banqueros y se quedaron con todo. Pero mientras siguiese llegando oro y plata de América... Además, la burocracia, con tantas tierras diseminadas a ambos lados del Atlántico, era ingente. Virreyes, gobernadores, secretarios, funcionarios, una masa que tenía que cobrar puntualmente cada mes. ¡Y la Iglesia, siempre la Iglesia! Entre el clero y los nobles íbamos servidos. A lo largo del siglo, los precios aumentaron un quinientos por ciento. Encima, cuando no se mataba la gente por una guerra, se moría por una epidemia. La que duró de 1598 a 1602 costó la vida a medio millón de personas, y, en una nación con unos siete o siete millones y medio de habitantes, eso es una pasada. Como si ahora se murieran de pronto tres millones de españoles. Al Nuevo Mundo se fueron otras cien mil. Y la guinda fue la expulsión de los moriscos, que siguieron los pasos de los judíos, aunque aún falta un poco para eso. Primero he de contarte cómo pasó la monarquía de Felipe II a Felipe III y de qué manera entramos en el siglo XVII.

—Da igual, tampoco hace falta ir por orden —propuse yo—. Total, ¿qué más da que una cosa pasase en 1600 o en 1610? Visto desde hoy...

—Visto desde hoy, visto desde hoy —chasqueó la lengua con enfado—. ¡Las cosas tienen un orden o no lo tienen! Bastante confuso es a veces todo para que encima nosotros lo confundamos aún más —su disgusto llegó a inquietarme—. Creo que te lo estoy contando de manera tan generalizada que no sé si vale la pena. Voy de aquí para allá sin ton ni son. Te hablo de guerras que han pasado en cincuenta años y te lasuento a lo bruto. No vas a aclararte mucho, desde luego.

—Que sí, que sí —me apresuré a tranquilizarlo—. Pero lo que no puedo hacer es empezar a memorizar años y fechas.

—Eso es verdad —suspiró.

—Venga, sigue por donde quieras, lo de los moriscos o lo de Felipe III.

—Felipe II casó a su hijo, para variar, con una prima europea, Margarita, la hija de Carlos II de Estiria, archiduque de Austria. La pobrecilla murió a los veintisiete años después de parir ocho veces, porque el Felipe III era un desmadrado de aquí te espero. Con cuatro varones y cuatro hembras para negociar, la descendencia estaba más que asegurada, y las posibles alianzas también. Pero, pese a ser un juerguista de mucho cuidado, Felipe III no se volvió a casar y murió joven, a los cuarenta y tres años, en 1621. Eso implicó dos cosas, una previa y otra posterior: la primera, que él heredó el trono demasiado joven y necesitó de un valido real para gobernar; la segunda, que su hijo Felipe IV también heredó la corona siendo un adolescente y precisó de otro valido para hacerlo. El valido de Felipe III fue el duque de Lerma, un corrupto integral. Ríete tú de los pelotazos del ladrillo de tantos ayuntamientos de España en los primeros años de este siglo XXI. Ese tipo cambió la Corte de Madrid a Valladolid entre 1600 y 1606 por la pasta, y luego la devolvió a Madrid por un rescate de un cuarto de millón de ducados, porque allí donde estuviese la Corte florecía el resto, desde los comercios hasta la proliferación de la nobleza, siempre ansiosa de dejarse ver y de figurar o aparentar. Tal fue la corrupción del personaje que el rey no tuvo más remedio que despedirlo cuando el tufo ya era demasiado ostensible, aunque eso no fue hasta poco antes de la muerte del monarca. Y menos mal que fueron tiempos plácidos.

—¿Ah, sí?

—Por un azar del destino sobrevinieron dos décadas de paz, ¡sin guerras! Era como si Europa se estuviese reorganizando un poco, hartos todos de tanta trifulca. La Guerra de Flandes finalizó con la independencia de Holanda, como tenía que ser, porque nada nos unía con aquellas gentes, pero todavía faltaba una nueva vuelta de tuerca. Se firmó una tregua de doce años en 1609 y a respirar y dejar pasar el tiempo, aunque luego todo volvió a estropearse y a liarse. Antes, en 1603, murió la reina Elizabeth de Inglaterra y eso permitió firmar un tratado de paz al año siguiente con ellos. Enrique IV fue asesinado en Francia y ahorró piques con los galos. Todo perfecto de no ser tan burros y repetir la historia con la expulsión de los moriscos.

—¿Se sublevaron o algo así?

—¡No! ¿Se habían sublevado antes los judíos? ¡Incluso había llovido bastante desde lo de las Alpujarras, que a fin de cuentas fue una rebelión digna porque les pusimos un pie en el cuello! ¡Si es que éramos más tontos que hechos de encargo! Ya te he dicho que la cultura estaba mal vista, que leer libros convertía a la gente en sospechosa, que a Dios rogando y con el mazo dando. Los artesanos eran despreciados, infundían recelos y desconfianza. Casi los únicos que trabajaban la tierra y atendían las viejas artes y oficios eran precisamente ellos, los moriscos, que estaban concentrados en Valencia y Aragón. Pero aparecieron las lacras eternas: que si la religión, que si la impureza de la sangre... Como ya te he contado, era mejor ser de sangre pura y pobre que rico pero impuro. El duque de Lerma enarbóló la bandera del Todos Católicos, más o menos como Hitler en su afán de potenciar la raza aria, y a tomar por saco los moriscos. De Valencia salieron

cien mil y de Aragón sesenta mil entre 1609 y 1610. En 1614 se expulsó al resto. En total un cuarto de millón de personas, que, unido al medio millón muerto en la epidemia de una década antes, nos dejó sin recursos, sin mano de obra para el campo, sin orfebres, sin nada. ¡Pobres moriscos! Sus amos los mimaban porque eran los que curraban, Diego. Eran pacíficos y se dedicaban a lo suyo, que encima era el bien general.

—Así que el reinado de Felipe III se caracterizó porque no hubo guerras, por la corrupción y por lo de los moriscos.

—A grandes rasgos, sí. Pero también dejó un enorme agujero económico, porque mantener el Imperio costó un riñón, la moneda se devaluó y en etapas de mucha corrupción acaban perdiéndose todos los valores y el norte que ha de guiar e impulsar una vida. Estábamos a un paso del abismo, de perderlo casi todo, lenta pero inexorablemente. Demasiada religión y poco trabajo, demasiadas tonterías expulsando gentes y escaso compromiso con la realidad del país, demasiada incultura y nula visión de futuro. Si dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, España debe de ser el único país que ha tropezado una o dos docenas de veces con las mismas trampas.

—¿Tú enseñaste historia así, abuelo?

—Pues claro.

—¿No te echaron del colegio?

—A ver, que venga alguien y me demuestre que ando errado —fue explícito—. Puedo ser radical, quizás maximalista, pero la historia está ahí. Se interpretará de muchas formas, pero no puede cambiarse. Y lo que es justo es justo.

—No, si tal y como me lo cuentas tiene sentido, pero...

—Pero qué.

—Se me hace difícil imaginar que hayamos podido llegar hasta aquí tal cual.

—¿Tal cual? Diego, sólo te he contado lo que pasó en poco más de cien años. ¡Nos quedan cuatrocientos! Si esto te parece fuerte espera a que siga con el resto. ¿O es que ya te has cansado?

—¿Yo? No.

—La autocomplacencia es lo peor en lo que puede refugiarse la gente, sea una persona o un país. De la crítica sale la reflexión. Si estudiáramos y analizáramos más el pasado, y tomáramos nota, no nos pasaría lo que nos ha pasado siempre. Al mirar hacia atrás pensamos siempre: «qué burros éramos entonces», o «eran», para quitarnos el peso. Pero dentro de cien años también mirarán hacia atrás los que estén entonces y seguro que pensarán tres cuartos de lo mismo. ¿Dónde estábamos?

—Felipe IV. Creo.

—Oh, sí, Felipe IV, otro menda.

—¿Salió como el padre y el abuelo?

—Peor. Éste ya acabó de rematar la faena. En su reinado hubo un momento con tantos frentes que parecíamos un colador.

La cosa prometía. Me acomodé mejor en la cama dispuesto a escucharle. El abuelo también se echó hacia atrás, arrellanándose en la silla.

—Felipe IV se vio convertido en rey, inesperadamente, cuando tenía dieciséis años.

—Un crío.

—Sí, pero un crío casado y todo, porque a los quince su padre le unió a una Borbón francesa, Isabel, de la que enviudó para casarse con una Austria, Mariana. Con la primera tuvo seis hijos, con la segunda cinco... y con sus diversas amantes se le calculan treinta y siete más.

Me quedé pálido.

—¿Treinta y siete?

—Lo que oyes.

—Llegó a centenario.

—No, murió sesentón —sonrió de oreja a oreja sin ganas—. Era un salido, un absoluto empalmado, y eso que de guapo nada, porque ya la consanguinidad empezaba a hacer estragos en la familia. Mira retratos suyos, que por más que los pintores dulcificasen su imagen, no podían ocultar su mandíbula desencajada y su cara de idiota. Pero de cintura para abajo... era un Austria. Llegó a pretender que un hijo ilegítimo suyo llamado Juan José de Austria fuese príncipe y lo educó como tal. Su madre era una artista de la época apodada la Calderona porque se llamaba María Inés Calderón. El chico creció con ciertos humos y acabó esquilmando. Pero bueno, eso es para que te hagas una idea del personaje. Treinta y siete hijos ilegítimos y once legítimos suman cuarenta y ocho vástagos, o sea, que tenía que dispensar sus gracias a esposas y varias amantes al mismo tiempo. Y encima reinar.

—¿Reinó?

—Ya te he dicho que tuvo que utilizar un valido, que al menos le salió mejor que el de su padre, porque aprendió la lección y no resultó corrupto. Fue el conde-duque de Olivares. Un adelantado de su tiempo, ya que pretendió europeizar España.

—¿Lo consiguió?

—¿No ves cómo estamos? Aquí, cuando se trata de hacer algo, casi nunca se está por la labor.

—Caray, no somos tan malos.

—No se arreglan nada con falsos patrioterismos ni chulerías típicas. Ciento, no somos tan malos, de hecho somos cojonudos en muchos aspectos, pero no se quitan costumbres arraigadas ni se cambian las cosas en un plis-plas, que es lo que pretendió hacer él. Para eso, primero, hay que culturizar a la gente, después concienciarla, y finalmente ponerla a pensar y extraer conclusiones. Y todo a su tiempo. Es decir, que sea la gente la que exija los cambios o las soluciones. Cuando en España alguien trata de imponer algo..., como no sea por la fuerza, tipo el Generalísimo...

—¿Ése quién era?

—Franco, hijo. Franco. Ya llegaremos. Sigo con Felipe IV y el conde-duque. Los

pelotas de turno llamaron al soberano nada menos que el Rey Planeta y el Grande. El Barroco estaba en pleno apogeo, así que nada más barroco que denominar así al Felipito. Lo malo es que de grande sólo tenía la mandíbula. Ahora veamos cómo te explico esta parte porque es complicada.

Tenía que ir a la merienda de Carla, faltaba una hora. Y me hacía pis.

—Espera, ahora vuelvo.

—Vale, no tardes.

Lo dejé en mi habitación y salí a escape.

## «Felipe IV y el conde-duque de Olivares...»

Mamá y la abuela hablaban en la sala. O lo estaban haciendo de nosotros desde el principio o las pillé justo en esa parte. La voz de la abuela llegó nítida hasta mí porque dejé la puerta del cuarto de baño entreabierta.

—Se lo está pasando pipa. Con lo que le gusta hablar, y que le escuchen.

—A mí me encanta verlos juntos —aseguró mamá—. Esa complicidad...

—Ya, pero Nicolás a veces es tan... radical.

—Es un hombre de carácter. Siempre lo ha sido.

—Lo parece, pero en el fondo es de la mejor de las pastas. Contarle lo que le está contando a Diego para él es un sueño. Como pasarle un legado. Y más ahora. No hay muchos nietos que valoren lo que saben sus abuelos.

—En ausencia de Alfredo, pienso que ha necesitado más que nunca la presencia de una figura masculina.

—Nicolás es más crío que él —se echó a reír la abuela antes de que su tono se agravara al agregar—, por eso me parece tan injusto...

No acabó la frase.

Mamá tampoco.

—No pasará nada, ya verás. Si fuera mayor...

—No sé —la voz de la abuela se revistió de cenizas—. Él parece estar como si nada, pero yo soy más negativa.

—¿No dicen que hay que esperar lo mejor pero prepararse para lo peor?

Algo le sucedía al abuelo.

Y si preguntaba me darían esquinazo.

Porque estaba claro que era un secreto de esos de los que siempre nos excluyen.

Acabé de hacer pipí. Si me quedaba, me descubrirían. Si tardaba, tendría menos tiempo para que él me contara todo lo de Felipe IV. Si me iba persistiría el interrogante.

De la sala me llegó un denso silencio.

Salí del cuarto de baño sin hacer ruido y regresé a mi habitación.

—¿Te apetece un poleo menta? —le decía de pronto mamá a la abuela.

Entré en mi habitación.

—Ya estoy aquí.

—Sí, ya te veo. ¿Seguimos?

Estudié el rostro feliz que tenía delante. El mismo rostro de siempre. Quizás me

equivocara. Las claves del lenguaje adulto son como los jeroglíficos egipcios. Hay que interpretarlos.

—Felipe IV el salido —le recordé.

—El pobre, y digo «pobre» en términos históricos y políticos, no humanos, se encontró con una Europa más que agitada. En 1618 se inició la llamada Guerra de los Treinta Años. ¿Por qué? Porque duró treinta años. Felipe seguía emparentado con los Habsburgo de Austria, claro, y España era Una, Grande y Muy Católica, evidente. Cuando el centro de Europa ardió en llamas, tuvimos que ponernos de parte de los Austrias. Pese a que una hija de Felipe III se casó con el futuro Luis XIII de Francia, y pese a que el propio Felipe IV se casó con Isabel de Borbón, francesa, las hostilidades con los galos retornaron. Estaba en juego la supremacía europea, una vez más. A la muerte del rey de Suecia, Gustavo Adolfo, y la victoria de los Habsburgo en Nördlingen en 1634, parecía que los Austrias serían los dominantes del cotarro. No fue así. Luis XIII y el famosillo cardenal Richelieu, el de los Tres Mosqueteros, se aliaron con los protestantes alemanes y los rebeldes holandeses. España continuó inmersa en una guerra que pronto tuvo abiertos muchos frentes. Cuando los Habsburgo vieron que venían mal dadas, firmaron la paz por su cuenta y dejaron a España sola frente al peligro. El conde-duque de Olivares ya había prendido otra vez la mecha de Flandes para tratar de frenar a los piratas holandeses. Craso error. La victoria de Breda, famosa por el cuadro de Velázquez, fue una isla, porque suecos y franceses derrotaron a los españoles en Rocroi y ése fue el principio del fin. Felipe IV selló la paz con los holandeses porque Flandes había quedado aislado a causa de la cesión de Alsacia y Lorena a Francia por parte de los Austrias. En 1648 se firmó la paz de Westfalia y los países del norte de Europa fueron una realidad plena. Pero la guerra no sólo se produjo allende nuestras fronteras. También tuvimos nuestra parte aquí.

—¿Qué pasó?

—Una guerra se financia con dinero, y el dinero se saca de los impuestos. El país estaba en bancarrota, exhausto, porque ¿quién aguanta treinta años de contiendas? Olivares, con sus intentos de modernización, acabó de fastidiarla. ¿Modernizar y financiar guerras, todo a la vez, con qué recursos? Quiso imponer un impuesto extraordinario, y mientras que los valencianos y los aragoneses claudicaron, los catalanes dijeron que no, que ya estaba bien del percal. Entonces el conde-duque se puso chulo y Cataluña se alzó en armas. La guerra se trasladó al principado y tuvo de todo. Las tropas españolas quisieron pelear con Francia desde Cataluña, para así, de paso, controlar lo que hacían los catalanes. El pueblo se vio saqueado de manera constante por los soldados y, con el canto de *Els Segadors*, unos cuatrocientos o quinientos segadores entraron en Barcelona y degollaron al virrey en 1640. A este hecho se le llama el *Corpus de Sangre*. Cataluña en guerra era una sangría interna, y, para acabar de arreglarlo todo, se produjo una alianza con los propios franceses contra la España dominante chupadora de impuestos. A los franceses, de perlas. Doce años duró esa contienda hasta que los

gabachos se rajaron a última hora. El precio del desaguisado fue la pérdida del Rosellón y la Cerdanya, las dos provincias que desde entonces son parte del sur de Francia cuando antes formaban parte del norte de Cataluña, tras la paz de los Pirineos de 1659. Y menos mal que no les dio por pasar a cuchillo al personal o suprimir los fueros catalanes, porque si no...

—¿Así que por eso el himno catalán es *Els Segadors*?

—Sí —el abuelo hizo un gesto de irónica rabia—. A los catalanes, históricamente, abran la boca o no, se la dan, hijo. No había gobierno que no intentara fastidiarles. Y no creas que fue el único conflicto interior. Hasta Andalucía desató un intento independentista.

—¿Cómo?

—Como una parte del ejército estaba en Cataluña peleando, y otra en los líos europeos, los portugueses lo aprovecharon para rebelarse. Formar parte de España era un negocio ruinoso para ellos, y buscaron mejores alianzas. La guerra con Portugal era ya impensable, porque no había por dónde exprimir la vaca, así que se perdió el país. Eso fue lo que aprovecharon los andaluces, pero de manera más que tímida. Allende los mares, de paso, los ingleses nos arrebataron Jamaica, por eso ahora la música *reggae* es cosa suya. Con la paz de los Pirineos llegó otra boda de más, la de una hija de Felipe IV, María Teresa, con Luis XIV. Y todos contentos por un tiempo.

—¿Mucho?

—Felipe IV pasó a mejor vida en 1665. Fue testigo del declive del Imperio que había asombrado al mundo. Ya no llegaba oro ni plata de América, Francia dominaba Europa, Inglaterra los mares, sin olvidar a holandeses y portugueses. Aquí seguíamos con Dios de nuestro lado pero muy pocas pruebas de que realmente fuese así, la Inquisición, la ruina moral y económica, la falta de cultura y un sinfín de pequeñeces más. En sus últimos años, Felipe IV se hizo más beato de lo que cualquiera pueda imaginar. Caray, cuarenta y ocho hijos deben de pesar mucho, y sus muchas madres más. Pero arrepentirse al final es de lo más humano.

—Estamos a mitad del siglo XVII.

—Y al final de la jornada de hoy, que ya tengo la garganta seca, diablos.

—Aún tengo un ratito.

—El señor tiene un ratito antes de ir a su fiesta. ¿Y yo qué?

—Tú eres de hierro.

Me miró de una forma...

Unos largos, muy largos segundos.

—¿Qué te parece lo que te he contado hasta aquí?

—Interesante.

—¿Sólo interesante?

—Bueno, no tenía ni idea de nada de todo eso.

—La historia es apasionante, Diego. Para flipar del todo, como suele decirse.

Me eché a reír.

—¿Qué gracia he acometido que merece vuesa hilaridad, príncipe?

—Lo de flipar.

—¿Qué pasa, que sólo podéis hablar «moderno» o como os dé la gana vosotros?

—Ya sé que no, y que tú sigues siendo tú.

—A que te suelto un capón.

—Pero ¡si no digo nada! ¡A mí me gusta que seas diferente!

—Ven aquí.

—¡No!

—Te lo debo.

—¡Abuela!

—Cobardica.

—La última vez que jugamos acabaste con un tirón en la espalda o lumbago o qué sé yo.

—Ahora he aprendido kárate.

—Sí, ya.

La abuela metió la cabeza por el hueco de la puerta. Mamá estaba detrás.

—¿Qué pasa?

—El abuelo quiere darme un capón.

—Algo habrás hecho —me dijo a mí. Luego le miró a él y agregó—: Ni se te ocurra.

—Tiene la cabeza demasiado dura como para que arriesgue mi mano —se puso en pie—. Pero ya se me ocurrirá algo.

Era el fin de una larga charla de sábado dividida en dos partes, mañana y tarde. Mamá querría que me cambiase de ropa y me peinase y todo ese rollo para ir a la merienda de Carla. El abuelo salió de mi habitación. Yo esperé y lo hice el último, no fuese a atraparme.

Lo intentó.

Pero fui más rápido que él y eché a correr por el pasillo, burlándome de su lentitud.

Papá no estaba y todos intentábamos comportarnos con naturalidad.

Claro que yo no sabía qué era eso.

## «Fotos del pasado»

No llegué a la merienda de Carla el primero, habría sido incomodísimo, pero tampoco el último. Cuando aparecí ya conté a seis invitados, tres chicas y tres chicos, vamos, que la cosa estaba equilibrada. Pero al final éramos trece, incluidos ella y yo, con la alarmante desproporción de nueve chicas y cuatro chicos. Yo conocía a algunos, del barrio, de vista, y poco más. El problema era que si hablaba con cualquiera de ellas no sabría qué decir. Por si eso fuera poco, de vez en cuando sorprendía a dos o tres murmurando algo en voz baja y mirando a cualquiera de nosotros. Me puse rojo en el momento en que Carla y dos de sus amigas cuchichearon sobre mí y ahogaron las risas.

Por lo menos el libro le había gustado.

—No lo he leído —me dijo al dárselo nada más llegar y abrir el paquetito hecho en la librería—. Tiene muy buena pinta. Gracias.

Me dio un beso en la mejilla.

Supongo que es algo natural cuando vas a ver a alguien, o te despides, o le haces un regalo. Pero aun así un beso siempre resulta comprometedor. Lo más bonito fue descubrir lo bien que olía. Sobre todo tratándose de quien se trataba, todo el día rodeada de frutas. Fue uno de los aromas más hermosos de mi vida, algo así como vainilla, leche y miel.

Al final, lo reconozco, lo pasamos bien.

Tanto que, de pronto, me di cuenta de lo que estaba haciendo.

Papá en una guerra y yo...

Divirtiéndome.

Me fui al cuarto de baño y cuando salí ya no era el mismo. Algo muy grande me pesaba dentro. Agarré un refresco y me fui al balcón, a ver la calle, el barrio, desde otra perspectiva. Por detrás oía las risas, los juegos, pero mi humor acababa de estropearse completamente. Quería irme, aunque eso, en plena fiesta, no tuviera mucho sentido.

De camino al colegio por la ruta B, porque tengo dos maneras distintas de llegar a la escuela empleando el mismo tiempo y los mismos pasos —un día los conté—, veo la mole del hospital a mi derecha y me sobrecogen sus diez pisos y sus muchas ventanas. Detrás de cada una hay gente a la que le duele algo o acaban de operar. Yo no sé lo que es eso, así que el hospital me infunde mucho respeto. También sé que mientras yo lo contemplo desde la calle, es probable que desde una ventana alguien me observe a mí y piense, con envidia, que tengo la suerte de que no me pase nada.

La imagen del hospital también pasó por mi mente en ese momento.

—Hola.

Se llamaba Ricardo. Era todo lo que sabía.

—Hola.

—Me han dicho que tu padre es un héroe.

—Aún no ha hecho nada para serlo. Sólo está allí —dijo yo.

—El simple hecho de haber ido ya es mucho, ¿no?

—Supongo —me encogí de hombros.

—El mío es bombero. También es un héroe —me reveló.

—¿Bombero?

—Apaga fuegos, y saca a la gente de sus casas antes de que se quemen. Ya le han dado dos medallas.

No parecía fanfarronear. Hablaba desde el orgullo.

Carla se unió a nosotros dos de pronto.

—¿Qué hacéis?

—Hablamos de nuestros padres —se lo confió Ricardo.

—¿Por eso estás aquí, tan triste? —Carla me miró a mí.

Yo creía que nadie lo había notado.

—No estoy triste —quise defenderme.

—Ven, quiero enseñarte una cosa —me cogió de la mano y tiró de mí antes de dirigirse a Ricardo para decirle—: Ahora volvemos.

No me soltó de la mano mientras caminábamos. Primero salimos de la sala de su casa, epicentro de la merienda. Despues cruzamos un pasillo bastante largo y acabamos en su habitación.

Supe que lo era porque se parecía a la mía, pero en chica, pósteres por las paredes, libros en los estantes, una mesa de estudio, el ordenador, el reproductor de música... Estaba la mar de limpia y ordenada.

Entonces sí me soltó la mano.

Y me mostró un panel de corcho lleno de fotografías sujetas con agujas de colores.

—¿La ves?

No sabía de qué me hablaba.

—¿Si veo qué?

—Tú y yo.

—¿Qué?

Miré con más atención.

Y, en efecto, allí estábamos, los dos, con tres o cuatro años, en el parque. Ni siquiera recordaba el momento, el día, quién había hecho la foto, aunque supuse que debía de haber sido su madre, porque Carla estaba en el centro, sonriente, de cara a la cámara, y yo a su lado, con cara de tonto, mirándola embobado.

Muy explícita.

No supe qué decir.

—Fuerte, ¿verdad? —la hizo mi amiga.

—Supongo.

—No sé por qué la puse ahí cuando me cambiaron la habitación el año pasado y la arreglé. Pero me gusta esa foto. Fue mamá la que me recordó que ése eras tú.

Yo seguía mudo. Estaba en la habitación de una chica, los dos solos, viéndome a mí mismo en el pasado en una imagen muy poco airosa. No tenía ni idea de qué hacer o decir en semejante vicisitud. Y no es que fuese tímido. Inseguro, quizás. Con ellas, más. Pero tímido no.

Recordé algo.

—Cuando hayas leído el libro que te he regalado, ¿me lo dejarás?

—Muy astuto, tú —me endilgó un codazo.

—Yo también puedo prestarte los míos.

—Vale.

Continuábamos allí, parados, y yo sin saber qué hacer.

—¿Te escribe cartas?

—¿Quién?

—Tu padre. ¿Quién va a ser?

—Sí.

—¿Y te cuenta cuando mata a alguien?

—No ha matado a nadie. Están allí en misión humanitaria.

—Pero si les atacan han de defenderse, ¿no?

—Vigilan, llevan medicinas y todo eso.

—Me gustaría volver a jugar contigo en el parque.

Cambiaba de tema tan rápido que me desconcertaba.

—¿Por qué?

No era la mejor de las preguntas.

—Lo pasábamos bien.

—Sí —admití.

—Los dos somos bastante solitarios, ¿verdad?

Empecé a verla de otra forma.

Más que amiga... compañera.

Se estaba bien en su habitación.

—Vamos con los demás —suspiró alcanzando la puerta.

La seguí como un corderillo. Cerró la puerta, atravesamos el pasillo y nos reintegramos a la fiesta, que ya empezaba a desmadrarse, como si las limonadas y los refrescos de cola fueran alucinógenos infantiles. En el último minuto, en su habitación, me había sentido a salvo. Ahora no quería estar allí, fingiendo divertirme cuando no lo hacía. No podía quitarme de la cabeza que mi padre estaba muy lejos, en otro mundo. El de Carla vendía frutas, el de Ricardo apagaba fuegos, los de los demás serían oficinistas, médicos o lampistas, qué más daba, pero estaban allí. Y el mío era diferente.

Yo también me sentía diferente.

Carla me lanzó una última sonrisa.

Volví al balcón, con Ricardo, que no se había movido, y el resto de aquella hora lo pasé hablando con él, luego con dos chicas que también sabían lo de papá y hasta jugando a una tontería, pero en la que participamos todos. De vez en cuando la mirada de Carla y la mía se cruzaban, cómplices, y no hacía falta más.

No sé qué nos pasaba, pero desde luego era algo.

Cuando me marché, no el primero pero tampoco el último, volvimos a darnos un beso. En las dos mejillas. Llegué a la calle con el cuerpo muy raro y subí a casa envuelto en mis pensamientos. Un día de lo más intenso: abuelo y Carla. Mamá me asaltó a preguntas, algunas tan peregrinas como, por ejemplo, qué me había parecido el piso. Creo que se pensaba que allí habría cajas de verduras y frutas por todas partes.

Al día siguiente era domingo.

Mamá quería que fuéramos a ver una exposición.

Yo tenía muchas ganas de que llegara el lunes.

## «En los campos de refugiados...»

La carta de papá llegó el lunes.

Por fin.

Regresé del colegio y mamá ya me la tenía preparada. Por supuesto que ella ya la había leído, impaciente, así que nada más verla sobre la mesa, apoyada en vertical para que me la encontrara, le pregunté con ansiedad:

—¿Todo bien?

Y ella me tranquilizó.

—Todo bien.

Me relajé y suspiré aliviado. Ciento que la carta había hecho un largo viaje hasta llegar a nuestras manos, y que papá debía de haberla escrito mucho antes. Pero lo que importaba era que estaba allí, que era nuestra. Los periódicos no decían nada del conflicto este lunes ni lo habían hecho el fin de semana.

Me fui a mi habitación, para leerla con calma. No lo conseguí de inmediato, porque empecé a devorar palabras, y cuando quise darme cuenta llevaba leído un folio sin enterarme de nada. Volví al principio y, ahora sí, la degusté despacio, calmado los latidos de mi corazón.

«¿Cómo estáis? Espero que bien. No sabéis lo importante que es recibir noticias vuestras. Entiendo que eso es algo recíproco, pero vosotros dos estáis en casa, amparados por lo cotidiano, mientras que yo, tan lejos, en algo tan impersonal como es un campamento militar... En fin, que leeros me produce un agradable cosquilleo en el estómago y me siento como si estuviera en la sala cenando con los dos.

»Aquí la actividad no decrece y, por momentos, es una locura. Hay trabajo para treinta horas todos los días y sólo disponemos de veinticuatro para cumplimentarlo. La disciplina es buena y la moral está alta. Eso es fundamental. Los chicos se portan muy bien, los que están bajo mi mando y los que no. Seguimos estableciendo leves contactos con el exterior, dejándonos ver, sin llegar a ser ostensibles, tratando de demostrar que queremos ayudar, que somos su esperanza, no una fuerza de ocupación, pero nunca sabes dónde puede aparecer el enemigo, ni si está cerca o lejos, y aún menos si las personas que tienes delante o rebosas en un cruce son buenas o malas. Ya hemos visitado la ciudad. Me tocó hacer un recorrido, para ambientarnos, y también tener una primera entrevista con las autoridades. Nos tienden la mano y son buenos anfitriones, pero se les nota el temor. Temor para con nosotros y temor para con los que quieren arrastrar a su país a una espiral de locura. A las mujeres ni las hemos visto, no pueden salir de sus

casas solas, y, si caminan junto a sus maridos o algún familiar, miran al suelo. Sus ojos parecen hermosos. Es lo único que anida en sus rostros. Para nuestra cultura, su sumisión es increíble. Y si pensamos que todas querrían ser libres, quitarse los pañuelos, trabajar y vestir de otra forma, nos equivocamos. Las madres son las que más férreamente imponen esas costumbres a sus hijas.

»En fin, no sé por qué os hablo de esto.

»Ayer fuimos también al campo de refugiados, y eso sí es duro. Ver a tantos miles de personas hacinadas en tiendas de campaña, peleándose por la comida o el agua, esperando con infinita paciencia cada mañana unas noticias que nunca llegan... Dios sabe cuánto habrán de pasar ahí. Quizás semanas, tal vez meses, puede que años si el conflicto no se arregla. Y los conflictos, todos lo sabemos, se desatan con una facilidad pasmosa, pero casi nunca acaban de cerrarse. El campo estaba lleno de niños pequeños, correteando de un lado a otro la mayoría, pero muchos permanecen en brazos de sus madres, enfermos, inmóviles, con las miradas extraviadas. Son ojos llenos de preguntas que nadie sabe contestar. Y no hay nada peor que la mirada de un niño al que le duele la vida. Es como el perro atropellado que se desangra con las tripas saliéndosele en la cuneta de una carretera, que no sabe por qué se muere. El campo de refugiados está en la frontera, y ése es otro contrasentido. No hay ninguna línea que te diga que unos metros más allá existe otro país. Es el mismo cielo y la misma tierra.

»Diego, lo que me cuentas del abuelo me parece formidable. Tanto da de qué te hable, para mí lo importante es que estéis juntos. Si lo hace de las guerras que han asolado España, seguro que aprenderás mucho, porque sabe de qué habla, aunque a veces la pasión le desborde y su punto de vista sea muy, muy radical. Pienso que mi padre es un ser excepcional, y eso no oculta nuestras diferencias de criterio. Pero entiendo que nació bajo una dictadura, con el peso del pasado, la muerte de su propio abuelo, tu tatarabuelo, en esa abominación que fue el Valle de los Caídos, y entiendo que fuese joven en los años más jóvenes del siglo XX, los que cambiaron las cosas, los que sentaron las bases de la vida actual, aunque a veces sigamos tirándonos las cosas a la cabeza por culpa de políticos impresentables. Escucha al abuelo, Diego. Escúchale. Pero luego aprende por ti mismo, no te quedes nunca con una sola verdad, lee, estudia, sé capaz de discernir por ti mismo. Puede que el mismo tono visceral con el que habla hoy de guerras y soldados, banderas y honores, lo emplease conmigo de niño, y ya ves: en mí el efecto fue opuesto. Me despertó la curiosidad y, por lo general, los hijos tratan de oponerse a los padres, que fue mi caso. Así que insisto en ello. Escucha, aprende, pero entiende que casi nunca hay una sola verdad.»

Aquella parte destinada a mí me la leí dos veces. Cuando el abuelo hablaba de papá, o cuando papá hablaba del abuelo, ponían mucha atención en sus palabras. Ninguno de los dos trataba de ganarme para su causa. Eso me llenaba de orgullo.

Pero lo que me contaba el abuelo acerca de las guerras y cómo lo hacía tenían mucho sentido.

Continué con la parte final del largo texto.

«Por lo demás, aquí más o menos estamos bastante bien informados de todo, vemos los partidos de fútbol de la liga española por la tele y aprendemos a conocernos muy bien, pese a ser de lugares tan distintos, no sólo de España, sino también de Latinoamérica. Y acerca de las noticias os repito lo que os dije en la primera carta: no sé qué informaciones darán de nosotros en España, pero ya sabéis que siempre existen tres puntos de vista radicalmente opuestos en estos casos. Por un lado, los medios de comunicación, si son afines al Gobierno o no, si están de acuerdo con lo que hacemos o no, y si son sensacionalistas o no. Por otro lado, un simple petardo puede convertirse en una bomba, y un pobre tipo atropellado, en una víctima de la insurgencia, o sea, que no os traguéis todo lo que digan así, sin más, y aún menos lo que os muestren por televisión. El último punto de vista es el más real y exacto: el nuestro. Lo que yo os diga va a misa. Así que, al loro.

»Espero que todo acabe pronto y podamos volver a estar los tres. Un beso lleno de arena del desierto. Os quiero mucho.»

Fin de la carta.

Volví a leérmela una segunda vez y luego me quedé quieto un rato. La olí. No es que así me llegase el olor de papá, pero aquel papel había estado entre sus manos, en su habitación del cuartel, cerca de ese desierto que constituía su horizonte. Algo de todo ello sí estaba adherido a su forma, su tacto y su aroma. Cuando hube reflexionado acerca de ello, regresé a por mamá.

Me daba cuenta de que, desde la ausencia de papá, yo me había vuelto mucho más reflexivo.

Quizás fuese por las circunstancias, quizás por un repentino acelerón de la madurez.

—¿Mamá?

—Estoy aquí!

Le escribía a papá.

—Yo lo haré por la noche, ¿vale?

—Vale. Le mandaremos las dos cartas juntas como siempre.

Como siempre.

—Está bien, ¿no?

—Triste, pero sí, está bien.

—¿Cómo sabes que está triste?

—Cuando uno hace un viaje suele pasarle: al comienzo la novedad es lo que cuenta, la emoción, la aventura, la curiosidad que se impone a lo demás. Es lo mejor porque lo absorbes todo con verdadera fruición. Tras ese primer disparo de adrenalina, sin saber muy bien cómo ni por qué, llega un bajón. De pronto piensas que no es para tanto, y que como en casa no se está en ninguna parte, y te preguntas qué diablos haces tan lejos del hogar y de la gente que te importa. Valoras más la vida, el tiempo. Superada esta fase, que se supera, aprendes a nivelar tus emociones. Quedas en un término medio, y lo que

más te ayuda en ese momento es saber que volverás, al acabar las vacaciones, el trabajo o la misión que se te haya encomendado.

La contemplé con aprensión.

Los mayores saben tanto que asustan.

Por eso nos pillan siempre.

Juegan con ventaja.

—Te dejo la carta aquí.

—Cuéntale que el sábado vinieron los abuelos, y que fuiste a la fiesta de cumpleaños de Carla.

—Me da un poco de corte decirle que estuve en una fiesta.

—¿Por qué? Se alegrará de saberlo.

—Pensará que no me importa que esté fuera.

—Él sabe que te importa, Diego. No has de disimular ni camuflar la verdad.

—De acuerdo.

No me quitaba a Carla de la cabeza, y eso me asustaba. Era la primera chica que me atravesaba. Nada que ver con los días en que jugábamos juntos en el parque. Y creo que era por haberla oido al darnos aquellos besos en las mejillas.

Si le preguntaba a mamá, seguro que sería embarazoso.

No lo hice.

Escribí la carta para papá por la noche, porque al día siguiente volvía a tener charla con el abuelo y pensaba ir a su casa directamente desde la escuela.

## «La suma de todas las barbaridades y atrocidades consanguíneas de su familia dio como resultado Carlos II...»

El plato de piñones tenía el mejor de los aspectos, pero el bocadillo era mucho mejor. De jamón-jamón. Y, además, un batido de chocolate. La abuela tenía un toque especial que la hacía única. Los dos me veían comer con tanta hambre que se echaron a reír.

—¿Qué pasa? —pregunté yo.

—Nada, nada —aseguró él.

—Es que parece que no hayas comido en una semana, hijo —se encogió de hombros ella.

—Está bueno.

—Cómo no va a estarlo —suspiró el abuelo—. Este jamón es de...

—Nicolás...

—Si vas a quedarte a escuchar la lección de historia, te sientas. Si no, adiós —la despachó con su habitual sequedad no exenta de cariño.

—Ya te he oído bastante toda la vida —se retiró—. Os dejo solos. Si quieres más pan, más jamón, más batido o más piñones, me llamas.

—Vale.

Cerró la puerta y nos quedamos el abuelo y yo solos, preparados y dispuestos, uno a contar y otro a escuchar.

—Nos habíamos quedado pasada la mitad del XVII, más o menos, con la muerte de Felipe IV.

—Sí —proclamé con la boca llena.

—Llegamos al pobre Carlos II.

—¿Por qué pobre? —pregunté tras tragar casi de golpe lo que tenía en la boca.

—Fue la suma de todas las barbaridades y atrocidades consanguíneas de su familia. Cinco de sus bisabuelos descendían de Juana la Loca, y sus padres eran, por si faltara poco, tío y sobrina por partida doble. Los pobres leucocitos de su sangre debían de andar locos buscando algo nuevo por allí dentro. Debía de ser como verse en un millón de espejos, todos iguales. El infeliz nació ya medio tarado, enfermo, y no la palmó de milagro. De tan abyecto, ni fue presentado a la Corte. Lo escondieron dando algunas excusas. Feo, desnutrido... se dice que no echó dientes hasta los cuatro años, edad en que murió su padre, y que no caminó hasta los cinco, porque un enjambre de nodrizas y

ayas lo llevaba en volandas y no le perdían de vista ni un minuto. Su retraso, físico y mental, se hizo evidente al llegar la adolescencia. Por más que lo intentaron no se podía sacar petróleo de una piedra como él. Los pintores de la Corte, aunque intentaron adecentarlo y mejorarlo, no podían ocultar su monstruosidad, a no ser que hubieran hecho retratos en nada parecidos a él. En lo referente a la salud... heredó todos los males de sus antepasados: hipocondría, gota, nefritis y epilepsia, lo cual, unido a su esquizofrenia paranoide, nos da un retrato ciertamente estremecedor del personaje. Y si encima piensas que fue rey de España... , como para echarse a temblar. Por si todo esto no fuera poco, hemos de contar con las «ayudas» de la Iglesia, ¡faltaría más! Los sacerdotes de la época le cuidaron igual que si, en lugar de estar enfermo, le hubiera poseído el diablo. Se pasó la vida rodeado de curas y reliquias de santos con la sana intención de protegerle del mal. Pero el mal, por nacimiento, no por perversidad propia, lo llevaba encima. Así que sólo nos faltó semejante monarca para complicar aún más las cosas del país, porque el futuro, sin herederos...

—¿No tuvo hijos?

—¿Con qué? —bebí un largo sorbo del batido y esperé a que el abuelo retomara la explicación—. A los catorce años ya estaba casado y dispuesto para procrear. ¡El sueño de todo adolescente salido! Pero si bien ella era, la pobre, muy guapa, de milagros nada. Lo intentaron sin éxito y encima ella murió, como muchas otras reinas, a los veintisiete años. No faltaron los rumores acerca de que pudo haber sido envenenada para facilitar al rey otra oportunidad.

—¿Quién fue ella?

—Ah, sí: María Luisa de Orleans, sobrina del rey de Francia... y por supuesto pariente de Carlos II, porque era biznieta de Felipe II. Para allanar el camino, se tuvo que recurrir, una vez más, al Papa. Éste les dio la dispensa sin ningún problema, que la Iglesia es flexible en lo que quiere e inflexible en lo que no le interesa, igual que hace hoy cuando anula matrimonios de veinte años con media docena de hijos alegando «la inocencia de la esposa» o cosas más inverosímiles.

—No te caen bien, ¿eh? —puso cara de malo.

—Jesucristo no dijo que hubiera que montar un Imperio a su costa. Pero da lo mismo, unos interpretan el Corán como les da la gana y putean a las mujeres, otros, la torrá como les sale de los mismísimos y van a lo suyo contra viento y marea, y nosotros, la Biblia a nuestro aire. No vamos a entrar en materia religiosa.

—¿Y la nueva mujer de Carlos II?

—Mariana de Neoburgo, hermana de la emperatriz de Austria, una teutona inmensa que nada tenía que ver con la bella María Luisa. Entre hermanos y hermanas, tenía veintitrés, imagínate. Todos pensaban que con sólo mirarla el rey la embarazaría. Y no. Nada. Aunque al parecer tuvo un montón de abortos, se da por descontado que eran inventados, que fingía los embarazos para tener contento al Carlito, no fueran a liquidarla como a la primera, según las malas lenguas. Este proceso y la ansiedad general

por la falta de un heredero acabaron de empujar a Carlos II a la paranoia total. Los curas le dieron tantos potingues «afrodisíacos» que casi le envenenaron. No faltaron exorcismos, rituales, cantos... En un estado de absoluta depresión, se fue a El Escorial, hizo abrir la tumba de su padre y se abrazó a sus despojos pidiendo perdón. Patético.

—¿Qué abrazó...?

—Debió de gustarle la experiencia, porque después hizo lo mismo con los cuerpos de su madre, María Luisa de Orleans y uno de sus hermanos. Éste era el rey de España, el hombre que gobernó el país.

—Pero has dicho que tenía cuatro años cuando murió su padre.

—La reina hizo de regente y pronto le pasó las responsabilidades del gobierno a un valido, su confesor, un jesuita llamado Everardo Nithard, austriaco. En la Corte nadie lo quería, claro. En 1668 reconoció la independencia de Portugal y Luis XIV de Francia se aprovechó de aquella debilidad atacando nuevas plazas de lo poco que ya quedaba de Flandes. Se firmó la Paz de Aquisgrán que, de hecho, sellaba el declive de España y el ascenso imparable de Francia. Se les dio Lille a los franceses y, para detener la sangría, se cambió de valido. El nuevo fue Fernando de Valenzuela. Pero, entre 1677 y 1679, quien se hizo cargo del reino fue Juan José de Austria, el hijo ilegítimo que Felipe IV había tenido con la Calderona. Muchos hijos había dejado el hombre, pero al final fue un bastardo el que intentó o pretendió sacar las castañas del fuego. El hermanastro de Carlos II no llegó a tiempo y se murió. Francia emprendió tres guerras contra España. Ahora ya tocaba defenderse aquí, nada de atacar en otras partes. Con la Paz de Nimega de 1678, España perdió el Franco Condado y luego los franceses ocuparon Luxemburgo y Cataluña, que ya empezaba a ser el motor de España, con una pujante fuerza y capacidad, de ahí que fuera tan deseada por unos y otros. Pero seguían siendo años de constantes cambios de fronteras e intereses. De pronto, que España no tuviera heredero se convirtió en una cuestión de primer orden. Estaba en juego la correlación de fuerzas del viejo continente. Inglaterra estaba preocupada por el ascenso francés y se integró en una liga formada también por Holanda, Austria y España. Otra paz, la de Ryswick en 1697, para nada. Luis XIV movió pieza en ese ajedrez, atento al trono español, confiando en quedarse todo el pastel si renunciaba de buena fe a un par de bocados: devolvió Luxemburgo y se retiró de Cataluña. España, hundida económicamente y azotada por continuas epidemias y por la falta de casi todo, lo tenía crudo. Pagábamos la expulsión de los moriscos, las guerras y más guerras, la marcha de hombres a América... No había mano de obra, ¡tuvieron que contratar a emigrantes para los trabajos más sucios, como ahora!, y encima, para recaudar dinero, el rey vendía títulos nobiliarios a destajo y ¡hala!, más imponentes a chupar del bote sin pagar impuestos. Eso sin olvidar a los que seguían haciéndose curas, por amor a Dios o por no tener que trabajar ya el resto de su vida y comer cada día.

—¿Has dicho que hubo más epidemias?

—En 1647, 1652, 1676 y 1685. Entre unas cosas y otras, el país pasó de nueve

millones de habitantes a siete. Estaban exhaustos.

—Sopla.

—Lo último que hizo Carlos II antes de palmarla en noviembre de 1700 fue zanjar el tema de la dichosa herencia. El que se quedara con España, por mal que estuviera el país en esos momentos, se quedaba con América y ampliaba sus recursos. Por lo tanto, se convertiría en una potencia de primer orden. Los candidatos eran... —el abuelo se puso en plan anuncio de la tele—: ¡Por un lado, Austria, por el otro, Francia! Los dos tenían vínculos con la Corona por bodas previas. Los dos ostentaban derechos. ¿Cómo decidir entre uno y otro?

—¿Qué pasó?

Tardó tres segundos en desvelarme el interrogante.

—Carlos II nombró en su testamento a Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia.

—¿Y eso fue bueno o malo?

—Es como una película de suspense, ¿eh?

—Caray, abuelo.

—Es que como ni siquiera comes piñones...

Me puse un puñado en la boca.

—Sigue.

—La cosa estaba así, Diego —vehemente como si me contara el gol del siglo, el abuelo se inclinó hacia mí con las manos abiertas—. El nieto de Luis XIV tenía más derechos que el candidato de los Habsburgo, pero era un Borbón y no acababa de gustar. Los Austrias, por su parte, más que proponer, exigían a uno de los suyos, ya que, a fin de cuentas, Carlos I de España y V de Alemania había sido el primero de una larga serie de reyes hispanos.

—¿Y a quiénes preferíamos nosotros, los españoles?

—Buena pregunta —hizo entrechocar las manos—. En primer lugar, el pueblo. Ni fu ni fa. Qué más les daba. Mandara quien mandara, ellos, a pringar. En segundo lugar, los nobles. Y ahí sí que había división de opiniones. Pero las opiniones de los nobles eran veleidosas. ¿Con cuál de los dos sacaban más tajada y prebendas? Porque se trataba de eso, hijo. Así de simple. Hoy se pagan comisiones por pelotazos inmobiliarios y antes por aplaudir a un rey o a otro y bendecir su llegada al trono. Fue una puja millonaria y ganaron los franceses. Inglaterra y Holanda fueron las más perjudicadas, porque Francia pasaba a ser la hegemónica en Europa.

—Así que ése fue el fin de la casa de Austria en España.

—Piensa que quienes reinan hoy siguen siendo los Borbones, así que mira tú si fue importante aquella decisión. ¡Desde 1700! De nuevo, hay que decir que si hubiese elegido al candidato de los Austrias, todo habría sido distinto, no sé si mejor o peor, pero distinto, seguro. ¡La historia es una veleta! Carlos II era un canijo estropeado, paranoico y enfermo, pero decidió nuestro futuro.

—¿Y el nuevo rey fue... ?

—No se rompió mucho los cuernos a la hora de buscarse un nombre: Felipe V.

—¿Ése qué tal?

—Depende.

—¿Depende de qué?

—Pregúntaselo a los catalanes a ver qué te dicen.

—Va, cuenta.

—Primero hemos de hacer resumen.

—Pero ¡si ya me aclaro! ¡Lo tengo pillado!

—¿Así? —chasqueó los dedos—. ¿Te resumo la tira de años en un ratito y ya lo tienes pillado? ¡Debes de ser un lince en la escuela! ¡No sé cómo no sacas matrícula en todo!

—Vale —alargué la «a» arrastrándola por el aire.

—Fuiste tú el que hablaste del Siglo de Oro, ¿recuerdas?

—Ya, quieres decir que esos años ni de oro ni nada, ¿no?

Me miró de hito en hito, muy serio. Temí una arenga.

Y me la dio.

—¿Sabes por qué te hablo tanto de cultura, Diego? —abrió y cerró las manos como un poseso—. Porque es la clave de todo. Y la cultura, en tu caso y a tu edad, no es sólo ir a la escuela todos los días, estudiar, que te pongan un cinco pelado y pasar el curso. La cultura es vivir la vida, en la calle y en el colegio, en casa y en todas partes, absorberlo todo sin descanso, aprender siempre, no contentarte nunca, estar vivo, activo, ser curioso. ¡Ay del que pierde la curiosidad, porque está muerto en vida! No hay nada más triste que llegar a mi edad y creerte que ya lo has hecho todo, perdida la curiosidad que es tanto como perder las fuerzas, jubilarte y mentirte diciendo eso de «ahora a descansar». ¿Descansar? ¿Llamas descansar a pasarte los días en un parque, al sol, sin saber de qué hablar porque nunca has leído un libro, hablando de achaques con otros fósiles como tú? ¡Eso no es descansar, es arrojar la toalla y rendirse! La vida es un privilegio, hijo, y cada día que disfrutamos, un regalo. No los desperdices —cambió de tono para comentar—: Hombre, si vives en un país en guerra igual es distinto, pero ahora estamos aquí, en España, un país normal. Raro —quiso dejarlo muy claro—, pero normal. La cultura es lo que nos salva siempre de la barbarie, del paso atrás, de caer en los viejos errores, de que un dictador nos la dé con queso y de muchas más cosas. Ya te dije que la falta cultural de España viene de muy atrás, es algo endémico. El Siglo de Oro, que se proyectó hasta bien entrado el XVII, fue una isla en medio de la nada. Pero fue excepcional. Nunca tan pocos dieron tanto a tantos. Lo que siguió después fue la oscuridad.

—Algo habría.

—Cervantes había muerto en 1616, Góngora, en 1627, Lope de Vega, en 1635, Quevedo, en 1645... Fíjate tú qué nombres. ¿Crees que hubo relevo para eso? El Barroco dominó el siglo entero y lo mejor en este caso fue la pintura, con Diego Velázquez, Ribera, Zurbarán... ¡Pero hablamos de la potencia que había dominado el

mundo durante años! ¡Sólo la cerrazón, la Inquisición, la imposición religiosa, en una palabra, la falta de cultura, impidió que fuéramos un país mejor y más capacitado para legar ese dominio durante otros cien o doscientos años!

—Hombre, si había guerras... ya me dirás qué tiene que ver la cultura con las guerras.

—¿No te preguntas a veces cuántos libros han leído en su vida esos que golpean a sus mujeres o incluso las matan, o los que tiran colillas por la ventanilla del coche junto a un bosque, o un paquete de lo que sea a la autopista, o los que malgastan el agua... ? Siempre habrá guerras, cierto. Siempre habrá odios y violencias, porque somos humanos y por lo tanto imbéciles. Pero, créeme, no es una monomanía mía: la cultura es la clave. Podrían evitarse muchas cosas, más de las que imaginas. Las guerras, la mayoría de veces, las hacen los estúpidos, los iluminados, los que hablan con Dios, los que se creen en posesión de la verdad, los que se creen más fuertes... , pero sin hombres ni mujeres ciegos que los siguieran, ellos no serían nada.

Hablaban de una forma tan segura y convincente que me impresionaba.

Comí un puñado más de piñones.

El abuelo estaba serio.

—Bueno, ¿por dónde íbamos? —parpadeó un par de veces como saliendo de un trance.

## «La primera guerra mundial fue la Guerra de Sucesión española...»

Tenía la boca llena de piñones, así que no dije nada.

—Para empezar, faltaría más, se desató una guerra.

—¿Otra?

—¿Qué te creías, que los perdedores iban a conformarse? Ya te he dicho que siendo España, de pronto, satélite de Francia, el equilibrio europeo se rompía en mil pedazos. Una Francia hegemónica asustaba, como asustó antes una España imperialista o asustan ahora unos Estados Unidos que manejan el cotarro, por mucho que vayan de guardianes y defensores de la libertad.

—¿Entre quiénes fue la guerra?

—Paso a paso, fiera. ¿Quieres más piñones?

—No.

—En febrero de 1701, Felipe V hizo su triunfal entrada en Madrid, con la gente vitoreándole. Los infelices creían que un nuevo rey de una nueva dinastía representaría un cambio. No tenían ni idea. De entrada, porque la dinastía sería nueva, sí, pero los problemas eran los mismos. El quinto de los felipillos, primero de los Borbones, tenía la sangre tan sucia y contaminada como los Austrias. Era hijo de una esquizofrénica, nieto de una loca y biznieto de Felipe IV. Toma ya. ¿Qué pasó cuando llegó a España Carlos I? Pues que se trajo a un montón de los suyos para ponerlos en los puestos clave del reino. ¿Qué pasó con la llegada de Felipe V? Pues que hizo lo mismo. Bueno, él no, Luis XIV de Francia, que era quien movía los hilos de la trama. La diferencia era que Carlos I llegó a un país rico, y Felipe V aterrizó en un país depauperado. No había nada que esquilmar. Aun así, en Europa se produjo una gran alianza para obstaculizar el cambio en España. En septiembre de 1701, en La Haya, Inglaterra, Holanda y Austria se unieron para jorobar en lo posible. Portugal y Saboya completaron poco después el contubernio. Estos países apoyaron a la rama austriaca, la que había gobernado España desde Carlos I, proponiendo al que habría sido Carlos III como rey. Leopoldo de Austria inició la beligerancia atacando intereses españoles en Italia. Las escaramuzas, y no tan escaramuzas, eran constantes. En 1702, una escuadra angloholandesa saqueó Andalucía, capturó infinidad de barcos y cortó el suministro por mar procedente de América. La flota se fue a Galicia, a Vigo, y en lugar de desembarcar la plata de los barcos rápidamente se la dejaron limpiar por los holandeses. Un despropósito. Un año después, el 25 de abril, el ejército franco-español ganó la famosa batalla de Almansa y con ella

obtuvo la llave para recuperar Valencia y Aragón, con lo que se empezaba a dar la vuelta a la tortilla. Pero en el fondo todo era un ir y venir. La Guerra de Sucesión fue lo que son todas las guerras dinásticas que acaban en locura colectiva: un conflicto puro y duro, y todo para que mandara uno o mandara otro, como si hubiera alguno bueno. Y España, ¡ah, España! ¿Todo el mundo estaba aquí tan feliz con Felipe V? Pues no. Cataluña, Valencia, Aragón y las Baleares estaban hasta el moño de Castilla, que había recortado sus privilegios forales y había subido sus impuestos, y se pusieron del lado austriaco, rebelándose en 1705. Especialmente harta estaba Cataluña, mangoneada por unos y por otros, que la querían pero no la respetaban como lo que era, una potencia emergente. Así que, de una Guerra de Sucesión se pasó también a una guerra civil. Como diría algún iluminado de hoy, ¡España se rompía!

—Jopé con las guerras —suspiré.

—¿Por qué te crees que hablo de las causas antes de hacerlo de las guerras? Hay que entender la historia para entender el porqué de la locura que impulsa a los seres humanos a matarse entre sí. Europa ha estado pocas veces en calma. Después de la Segunda Guerra Mundial, creímos que ya nada podía volver a suceder aquí y ya ves lo de los Balcanes.

—¿Los Balcanes?

—A veces olvido que tienes once años —suspiró el abuelo.

—Voy a cumplir doce.

—Aunque tengas más. La Guerra de los Balcanes fue una vergüenza europea en los años noventa del siglo pasado. Se desmembró la antigua Yugoslavia y hubo de todo, matanzas, genocidio... Claro que eso no toca ni aquí ni ahora. Todavía estamos empezando el siglo XVIII en España. El Siglo de las Luces. Y no preguntes por qué se llamó así, que te lo explico luego.

—No iba a decir nada.

—La Guerra de Sucesión española fue la primera guerra mundial de la historia, porque Europa era centro y cuna de todo en aquellos días. Se vieron involucradas España, Francia, Inglaterra, Portugal, Austria, Prusia, Italia... Las «tropas aliadas», como en el día D durante la Segunda Guerra Mundial, cuando se desembarcó para iniciar la batalla final contra los alemanes, desembarcaron en Lisboa, y alcanzaron Madrid en 1706. ¿Cuál fue su desgracia? Pues que las tropas causaron desmanes y, además, la formaban protestantes. En una España católica hasta la médula, eso era intolerable, y su presencia no fue nada bien recibida. A finales de 1707, Cataluña era la única resistencia nacional. Esto en lo referente a la guerra civil, porque fuera de nuestras fronteras las cosas no les fueron tan bien a los franceses y a los españoles, ahora aliados por razones de Estado. En Italia y los Países Bajos nos zurraron de lo lindo, y tanto fue así que Luis XIV estuvo a punto de rendirse, renunciar a España y que se la quedara el Carlos de Austria. No contó con que Felipe V se pondría chulo y diría que nones, que era el rey, y que aquí se quedaba. En 1710, obtuvo dos importantes victorias para refrendar sus intereses, en

Villaviciosa y Brihuega. Entonces sobrevino un toque de gracia, de suerte, y el destino enderezó las cosas por sí solo: murió el emperador José I de Austria y su heredero fue el propio Carlos que aspiraba a reinar en España como Carlos III. De una poderosa alianza franco-española se pasa a otra, e ingleses y holandeses prefirieron no *menealla* más. Se firmaron las paces rápidamente, y Francia las aceptó porque quien más, quien menos, estaba cada vez más harto de guerras, aunque no por ello dejaron de hacerlas. En 1713, se firmó la célebre Paz de Utrecht, que delimitó un nuevo mapa europeo, uno más. Carlos no estuvo de acuerdo, y luchó en solitario durante un tiempo más, pero acabó renunciando a la Corona española a cambio, faltaría más, de concesiones. Felipe V se quedó con España, pero tuvo que renunciar a la Corona francesa y a lo que nos quedaba de los Países Bajos e Italia, el ducado de Milán, el reino de Nápoles y la isla de Cerdeña. Un «gran» negocio. Los ingleses consiguieron retener su última conquista, Gibraltar, obtenida en 1704, y es suyo desde entonces.

—¿Así que Gibraltar es inglés por esa Paz de Utrecht?

—Sí. Y por más que se lo hemos reclamado, han dicho que no.

—¿Por qué lo mantienen?

—En su momento era un punto estratégico, como en la Segunda Guerra Mundial, porque desde el Peñón se controla la entrada y la salida del Mediterráneo. Hoy en día ya es por cabezonería, aunque lo mismo cabría decir de Ceuta y Melilla, que Marruecos nos reclama desde hace la tira. Son patatas calientes que pueden seguir así cien años o arder y quemar cualquier día.

—La guerra terminó.

—No. Quedaban Cataluña y las Baleares, que resistían en solitario.

—Jo.

—El famoso 11 de septiembre de 1714, las tropas borbónicas entraron en Barcelona después de trece meses de bombardeos a la ciudad. Ya no hizo falta ninguna carnicería. Pero arrasaron con todo y algo más: dejaron una huella indeleble de odio y desprecio contra el pueblo y su cultura, su lengua y su idiosincrasia en los años posteriores. Casi un genocidio. Felipe V abolió fueros, franquicias, la lengua... Del temor siempre surge la represión, una consecuencia de la cobardía y la insidiosa. Cada cultura tiene su propia naturaleza, y eso es algo que muchas naciones no entienden de otras naciones. Desde entonces, Cataluña perdió su libertad e independencia, aunque no su identidad como pueblo, resistiendo hasta hoy. Por eso, en lugar de celebrar su fiesta local con una victoria, la celebran el día de su derrota. Eso es orgullo. Un año después, y con la conquista de Mallorca, sí acabó la guerra civil.

—Así que Felipe V pudo reinar con tranquilidad.

—Depende de cómo lo mires. Te he contado el lío bélico, pero nada de él, y ya sabes que los reyes de estos años tenían sus cosas.

—¿Cuáles eran las de Felipe V?

—Cuando llegó a España tenía diecisiete años y, una vez más, lo esencial era asegurar

la sucesión cuanto antes. Lo encamaron-casaron con... su prima segunda, María Luisa de Saboya, que era una cría de trece abriles con mucha marcha. Tan buena era en la cama que el joven monarca fue de los pocos que en su matrimonio no tuvo amantes con las que solazarse para superar los aburrimientos de las esposas concertadas. A la Iglesia le pareció tan bien esa rectitud moral, como escandalosa la promiscuidad marital de los jóvenes, que tal parecía que reinaban desde la cama. Y es que, claro, cuando se es joven, no hay guerra que valga, aunque Felipe era de los de rosario perpetuo, o sea, católico, apostólico y romano. Lástima que la moza, como venía siendo habitual, durara tan poco. Pero el país que gobernaba el rey, conflictos bélicos aparte, era un desastre. Una completa ruina. Nadie daba golpe, había un millón de curas y monjas, otro millón de mendigos pululando por ciudades, pueblos y caminos, una nobleza que chupaba del bote. El resto... ¿Trabajar, para qué? Cuando no te quitaban unos, te quitaban otros. Una vez más, he de insistir, la falta de cultura se hacía notar. La ignorancia más absoluta prevalecía y las supersticiones más abyertas predominaban. El porqué de la característica pereza española es algo digno de estudio.

—Has dicho que la reina duró poco.

—Murió a los veinticinco años de tuberculosis, pero no sin antes parir cuatro rubicundos herederos, aunque dos de ellos murieran infantes: Luis, Felipe, que murió a los seis días, otro Felipe, que murió a los siete años, y Fernando.

—Se quedaría hecho polvo al morir ella.

—Por completo. Se había enamorado de todas todas. Pero el sexo es el sexo, Diego. Lo comprenderás cuando te enamores y tengas edad de sentir esa llamada. Por cierto... —el abuelo me miró sospechosamente—. ¿Tus padres te han hablado de eso?

—Sí, tranquilo —sonréí.

—¿Seguro?

—¡Que sí!

—¿Lo de la miel y las abejitas o... ?

—¡Abuelo!

—Vale, vale, es que hablarle de algo inteligible a un lelo es de lo más incómodo. Muchos padres dan la callada por respuesta, y así les va a muchos adolescentes.

—Sigue.

—Los niños no vienen de París, ni hay cigüeñas...

—¡Sigue, plasta!

El abuelo soltó una carcajada.

—Bien, hombre, bien —me palmeó el brazo—. La nueva reina de España la hallaron en Parma. Se llamaba Isabel de Farnesio y era, faltaría más, princesa. Tenía veintidós años por entonces. Llegó a Madrid y le demostró a Felipe que en la cama era igual de buena o mejor que su predecesora. Con semejantes credenciales bastó. Si María Luisa de Saboya había sido una suerte, Isabel de Farnesio fue un hallazgo. El rey no paraba. Encima, la chica no era tonta y pronto se hizo notar. Nada de permanecer en un segundo plano.

Hablabía varios idiomas, era culta y puso a toda la Corte firme. Al rey, ni fu ni fa, mientras sus coyundas maritales resultaran gloriosas. Y resultaban, tanto que al poco la que mandaba era ella. También le dio siete hijos: Carlos, Francisco, que murió al mes de nacer, Mariana Victoria, Felipe, María Teresa Rafaela, Luis Antonio y María Antonieta. Un carrusel y más sucesión, por si acaso; pero la dama tenía sus ojos puestos fuera de España. A fin de cuentas, ella era la duquesa de Parma.

—No entiendo.

—El rey Felipe V acabó loco, tarado perdido. Su degeneración fue rápida e imparable. Su heredero era su hijo Luis, que iba a reinar brevemente como Luis I. Hubo una guerra de sucesión en Polonia, y España, cómo no, intervino en ella al lado de Francia contra Austria. ¿Ganamos? No. Pero de rebote Isabel de Farnesio consiguió sus propósitos: su hijo mayor, Carlos, heredó Parma y su segundo hijo varón, Felipe, Toscana y Plasencia. El tercero fue arzobispo de Toledo, primado de España y cardenal. Una rápida carrera. A las chicas las casó bien y santas pascuas. Ya los tenía colocados. Una madre feliz es una mujer satisfecha y orgullosa. El tal Carlos acabaría siendo también rey de Nápoles y... por azares del destino, rey de España, éste sí con el nombre de Carlos III, algo que ni en sueños Isabel de Farnesio habría podido creer. La jugada le salió redonda a la parmesana, aunque las malas lenguas aseguraban que el tal Carlos no era hijo de Felipe V, sino del cardenal Alberoni, el hombre de confianza de Isabel. ¿Verdad? ¿Mentira? Misterio. Pero no corramos tanto. Volvamos a nuestro loco rey.

—¿Se murió?

—Primero abdicó en Luis I en 1724. Pobrecillo. Era más tonto que el padre y encima lo casaron con una que estaba más loca que él: Luisa Isabel de Orleans. Aquí ya no hubo vida marital. El rey prefería a las señoritas de pago, que le hacían las virguerías que la suya no podía regalarle porque no se gustaban nada. Pero esto, a fin de cuentas, no es relevante. Luis I duró ocho meses en el trono. Murió a los diecisiete años a causa de la viruela.

—¿Diecisiete años?

—Sí.

—Jo, a veces hablas de gente casada y tal y siempre pienso que lo hacen a los veintimuchos, o a los treinta, como ahora.

—En aquella época, en el momento en que dejaban de ser niños, al tálamo. Cuanto antes hubiera descendientes, mejor. Todos fueron adolescentes salidos y faltos de cerebro.

—¿Quién heredó el trono?

—Su hermano Fernando. Pero había una pega.

—¿Cuál?

—Tenía once años.

—¿Quién mandó entonces?

—Isabel de Farnesio, una vez que había abdicado su esposo y pasado su momento, se

retiró. Pero la muerte de Luis I hizo que volviera con más bríos que nunca. Primero convenció a su muy ido marido de que retomara el gobierno, cosa que hizo. Ni que decir tiene que en su segundo mandato la que llevaba los pantalones, o las calzas de la época, era ella. Fue en ese momento cuando se produjeron las guerras de las que te he hablado antes, y como de paso la señora quería colocar al precio que fuera a sus retoños, los colocó. A la muerte de Felipe V, en 1746, ya le tocó el turno a Fernando VI, que había crecido lo suficiente. Lo primero que hizo el mozo fue desembarazarse de su madrastra y su séquito italiano. La dama, tras haber conseguido lo que anhelaba, desapareció del mapa. Lamentablemente, el nuevo rey duraría lo que un estornudo: trece años.

—Qué mala suerte.

—Ya, pero lógica. Su padre acabó loco, y él lo mismo. Encima, era estéril.

—¿No dejó descendencia con su segunda esposa?

—No. Pero en su defensa cabe decir que fue un buen rey. Más aún: fue listo. ¿Por qué? Porque se rodeó de gente inteligente, como el marqués de la Ensenada o José de Carvajal y Lancaster, aunque uno era francófilo y el otro anglófilo. Fernando VI tuvo un reinado breve pero sin guerras. ¿Qué más puede pedirse? Eso nos permitió rehacer la economía y ordenar el país. Nos vino de perlas. Predicó y puso en práctica la neutralidad, que tanta falta nos hacía, aunque también es cierto que no estábamos para muchas batallitas, arruinados del todo como país. Cuando llegó al trono, aún coleaba la guerra de Sucesión austriaca, que terminó al poco con la Paz de Aquisgrán, en la que España, como ya era natural, no ganó nada. Sea como sea, esos años de calma fueron una bendición. Ensenada y Carvajal se pusieron a trabajar y, aunque no todos los proyectos cuajaron, por falta de tiempo o por la muerte del rey, el espíritu estaba ahí. Por ejemplo, se intentó modernizar la Hacienda. Se creó el Giro Real, que era un banco para tratar los temas extranjeros, se buscó relanzar el comercio con América, se modernizó la marina y se dio un nuevo impulso cultural. ¡Por fin alguien lo veía claro! La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando se gestó en este tiempo y se puso en marcha en 1752. Por supuesto que, casi como consecuencia, diría yo, las relaciones con la Iglesia pasaron por su peor época. Bueno, a ver, ya lo estaban desde que el Papa había reconocido al archiduque Carlos como rey de España en contra de Felipe V. En aquellos días se metían en todo, más que ahora. La política española buscaba un objetivo fiscal y de control del poder del clero. Con el Concordato de 1753 se consiguió del papa Benedicto XIV el derecho de Patronato Universal, lo cual representó no pocos beneficios para la Corona y ese control tan ansiado. Por su parte, Carvajal, que se ocupaba de la política exterior, también tuvo sus más y sus menos con la Iglesia. España se reforzó militarmente y nos enfrentamos a Portugal por una colonia llamada Sacramento, desde la que los británicos hacían contrabando por el Río de la Plata. ¿Sabes por qué se llamaba así?

—Por la plata.

—Vale, listillo. ¿Y sabes dónde está?

—No.

—Aquí —alargó la mano, cogió un mapa y me señaló el punto, en América del Sur— Portugal renunció a la colonia a cambio de que España le cediera dos territorios en la frontera con Brasil, uno en la Amazonia y otro en el sur del país. Lo malo es que ahí se encontraban siete de las treinta reducciones de los jesuitas, y los españoles tuvieron que expulsar a los misioneros. Eso derivó en un enfrentamiento con los guaraníes a lo largo de once años, y en España, en un agrio debate que les costó el puesto al marques de la Ensenada, pro jesuita, y al confesor del rey, el padre Rávago, miembro de la Compañía de Jesús. No todo cuadraba siempre y más en política.

Yo me perdía bastante con según qué explicaciones, y trataba de memorizar palabras para buscarlas luego en un diccionario o en internet, porque si no nos íbamos por los cerros de Úbeda... Pero a veces me moría de ganas de interrumpir y preguntar. Todo aquello de «las reducciones», por ejemplo, me sonaba a chino. Y no digamos los temas geográficos, porque los territorios cambiaban de nombre y de fronteras a cada momento. No valía la pena mirar mapas, sólo escuchar la historia.

Una larga novela por entregas.

—Todo esto en trece años de calma, porque esos detalles quasi bélicos no eran más que pecata minuta. A saber, pues, qué habría pasado de volverse tarumba el bueno de don Fernando.

—¿Se murió de loco o de otra cosa?

—Primero pasó a mejor vida la reina, en 1758...

—No me has dicho quién era ella.

—Ah, no?

—No.

—Se llamaba Bárbara de Braganza y era lusitana. Matrimonio impuesto, por supuesto, y perdón por el pareado fácil —curvó los labios hacia arriba en una mueca que fingía ser una sonrisa—. Por lo visto, a Fernando VI le caía mal, no le gustaba, pero ¡ah, misterios de la cama! Con el tiempo acabó enamorado de ella, aunque no hubo hijos, y no fue porque no lo intentaran. Cuando la dama falleció por culpa de un cáncer, a los cuarenta y siete años, la locura de Fernando se disparó y sólo la sobrevivió un año.

—Eso volvió a poner en liza el dichoso tema dinástico.

—Coño, Diego, qué fino te has vuelto. Unos días conmigo y ya hablas de un refinado...

Me puse rojo.

—Vale —alargué la «a» un buen rato.

—Venga, hombre, que está bien, pero déjame que me ría un rato. Estas charlas históricas contigo me dejan la garganta seca y agotado.

—Ya será menos.

—Pues sí, que no soy de plástico y los años pesan. Ya sé que no te lo puedes ni imaginar pero... ya verás, ya. Un día recordarás mis palabras.

—Bueno, dijiste que el hijo de Isabel de Farnesio y Felipe V ascendió al trono como

Carlos III.

—Más que «ascender», se sentó en él, sí.

La abuela abrió la puerta en ese momento.

—Siento interrumpiros —dijo. Y, mirando al abuelo, agregó—: Te llama Pascual.

—Pues menudo es ése —rezongó él—. Es de los que se cuelga del teléfono... —se levantó con cara de resignación y suspiró—: Ahora vuelvo.

Me quedé solo en la habitación.

## «Una palabra llamada cáncer...»

El tal Pascual debía de enrollarse mucho, pero el abuelo no era de los que se quedaba atrás. Lo que le gustaba hablar... Aunque lo hacía bien. Lo que en el colegio habría sido un tostonazo histórico, él lo convertía en una novela apasionante, lúcida, llena de detalles, anécdotas, buen humor, sentido crítico...

Sobre todo, sentido crítico.

Los dos primeros minutos de espera los pasé sentado, con la cabeza inundada de cosas.

Luego me levanté.

En la habitación había una mesa llena de papeles, un ordenador portátil, carpetas con documentos, algunos periódicos, fotos, y, de las cuatro paredes, salvo la puerta y una ventana que daba a un patio interior, en el resto dominaban los estantes con libros y algunos recuerdos intercalados. Nunca había estado solo allí dentro. De niño no me dejaban y luego... la costumbre.

Miré de nuevo las fotos.

Pasé la mano por encima de la mesa.

Toqué el ordenador.

Subí la tapa y la bajé.

La carpeta estaba allí, en un ángulo de la mesa. Ni siquiera sé por qué la cogí. Quizás por el logotipo del hospital, quizás porque era lo que quedaba más a mano, quizás por estar encima de todo. No lo sé. Según el abuelo, nada es casual, existe una relación causa-efecto, todo obedece a una mano que mueve los hilos del destino, el azar puro no existe. Yo nunca me he parado a considerar esas cosas. Si uno chuta a puerta en un partido en el colegio y la pelota rebota en otro, va al palo y entra, ¿es suerte para los que hacen gol, mala suerte para los que lo reciben? ¿Por qué un milímetro de más o de menos hace que el balón vaya del palo hacia dentro o hacia fuera?

En fin, que cogí la carpeta, la abrí.

Y allí, en primer lugar, estaba la carta.

Ni la habría mirado de no tropezarme con aquellas palabras.

Tumor. Próstata. Biopsia. Positivo. Cáncer.

Estaba a nombre del abuelo.

Debajo de la primera, había otras cartas, análisis médicos, informes, citas pasadas, pero la primera de todas era la más reveladora, y reciente, de apenas unos días antes.

Sentí vergüenza, me puse rojo.

Dejé la carpeta en su sitio.

Entonces no supe qué hacer, porque el corazón me iba muy acelerado y pensaba que nada más entrar en la habitación el abuelo sabría lo que acababa de suceder y se enfadaría conmigo, o pasaría algo peor, qué sé yo.

Volví a la silla e intenté calmarme.

No quedaban piñones. No había agua.

En el fondo, quería echar a correr.

Salí de la habitación y me dirigí a la cocina. La voz del abuelo llegó hasta mí procedente de la sala. Le decía al tal Pascual que me estaba contando la historia de las guerras. O sea, que ya se estaba despidiendo. Quería un vaso de agua para tragar algo. La palabra «cáncer» crecía en mí de una forma acelerada, porque sabía que de eso se moría la gente.

El abuelo iba a morirse.

Y estaba tan contento, como si nada.

La abuela se encontraba en la cocina, preparando la cena. Iba tan ensimismado en lo mío que no atiné a cambiar de rumbo e irme al cuarto de baño. Me tropecé con ella nada más entrar.

—Hola —me lanzó una distraída mirada mientras pelaba unas patatas.

—Quiero agua.

—Tú mismo. Tengo las manos sucias.

Cogí un vaso del armario de los vasos y lo acerqué al grifo.

—Tómala mejor de la botella.

—No sé qué diferencia hay. A mí me sabe igual.

—Tú tómala de la botella.

Me serví el vaso y lo apuré de dos largos tragos. Miré de reojo a la abuela. Tan tranquila. Yo seguía anonadado, con la cabeza llena de espejismos. Papá lejos y el abuelo enfermo. No conseguía digerirlo. Era...

—¿Qué te pasa?

—Nada —reaccioné.

—Estás ahí parado, con la cabeza en las nubes.

—Es... por lo que me ha contado el abuelo.

—Anda que no disfruta ni nada. Tú no sé, pero él...

La conversación de la sala tocaba a su fin. El abuelo se despedía de Pascual, a gritos, entre risas. Se deseaban lo mejor.

Lo mejor.

—Hasta luego.

Dejé el vaso en la repisa de mármol y regresé a la habitación. El abuelo llegó detrás de mí, tan panchito, con su habitual sonrisa de oreja a oreja. Yo pensaba que cuando la gente iba a morirse estaba triste, lo pasaba mal y además le dolía el cuerpo. Pero o el abuelo disimulaba muy bien, o pasaba del tema olímpicamente.

—Este Pascual... —suspiró—. Se aburre, no tiene nada que hacer, carece de alicientes... En fin —se arrellanó en la butaca y se dispuso a seguir con su historia.

Yo ya no tenía muchas ganas de continuar.

—Hoy tengo que llegar antes —mentí.

—Entonces mejor guardar a Carlos III para la próxima y preparar el terreno.

—¿Con qué?

—El Siglo de las Luces.

—¡Ah!

—Vaya entusiasmo. ¿Qué pasa, que si no hay guerras no te interesa el tema?

—Sí, hombre, sí.

—Es que el siglo XVIII es un siglo de capital importancia, Diego. Un punto de inflexión general. A este período se lo conoce también como la Ilustración. En él se dieron los primeros pasos hacia la modernidad y se cimentaron las bases del mundo contemporáneo. ¿Y sabes dónde dio de lleno la Ilustración? Pues en Inglaterra seguida de Francia. Intelectualmente, ellos avanzaron mucho más, con mayor libertad, teniendo menos ataduras, sobre todo religiosas.

—¿En qué consiste eso de la Ilustración?

—En defender algo tan simple como el derecho a la felicidad, en desarrollar una moral en el ser humano tendente a la bondad, en tener el valor de no aceptar los dogmas de fe porque sí, sino analizar las cosas, discutirlas, buscarles nuevos enfoques. Se dieron cuenta de que todo podía polemizarse y que valía la pena hacerlo. Hubo debates, nuevas ideas, se compartieron criterios... Una corriente intelectual de pensamiento barrió Europa, con ramas tan fundamentales como el empirismo y el racionalismo, de las que no te hablo porque eso es mucha filosofía para ti. La Ilustración allanó el camino a la Revolución industrial del siglo XVIII y el liberalismo. Fue el comienzo del fin de la oscuridad, aunque hablamos de un siglo, no de unos años, es decir, que no nos despertamos en Europa, de pronto, queriendo cambiar las cosas. El punto de inflexión básico estaría en torno a la década de los años setenta de ese siglo.

—¿España no se subió al carro?

—Inglaterra y Francia fueron los motores. Aquí aún arrastrábamos cargas ancestrales, el poder de los nobles y la Iglesia, pero se aplicaron a nuestra realidad los principales principios y, si bien no estuvimos a la cabeza, como impulsores, tampoco nos descolgamos. Hubo reformismo, que es lo que cuenta, pese a la oposición de los conservadores, que temían por sus privilegios, como siempre. Fernando VI estuvo en la movida y, sobre todo, le pilló de lleno a Carlos III, que encontró en Campomanes a la figura esencial del reformismo en España. Fue un espejismo, todo hay que decirlo, porque con Carlos IV se dio un paso atrás. O, mejor dicho, un salto. Pero es que veníamos de un pasado atroz, con tantas guerras absurdas y tantos reyes pirados y tanta estupidez.

—¿Qué pasaba con América?

—Nada. Ya no llegaban barcos cargados de oro y plata y encima todas aquellas tierras tenían sus propios problemas, de crecimiento, de identidad... Por supuesto que seguía existiendo un comercio, importante, pero nada más. Pronto habría una guerra en el norte por la independencia, lo cual daría pie al nacimiento de los primeros Estados Unidos, y desde México hasta Tierra del Fuego iban formándose las naciones que poco a poco configurarían los mapas del presente.

—¿Y ese Campomanes quién era?

—Hablaremos de él al hablar de Carlos III. De momento, has de entender lo que pasó, no en el terreno bélico, sino en el intelectual. No por ello los europeos dejaron de ser bárbaros y de pelearse entre sí, pero por lo menos, además de matarnos unos a otros, pensábamos, lo cual ya es algo. Date cuenta de que no mucho antes Galileo Galilei había tratado de decir que la Tierra giraba alrededor del sol y no al revés, y casi lo matan por loco. De esto a todo un Isaac Newton, que revolucionó la física y tuvo mucho que ver en otros terrenos, como las matemáticas, media un abismo. Newton fue un genio, uno de los grandes de la Ilustración, pero la base de sus trabajos en el fondo fue la sencillez. El tipo ve caer una manzana y descubre la ley de la gravedad, ¿te parece poco? Fíjate en un detalle, hijo: el setenta por ciento de la población europea era analfabeta en ese tiempo. ¡El setenta por ciento! En esta Era de la Razón se mejoró la media, aparecieron leyes naturales sencillas y comprobables, se abrieron los ojos a la realidad de la vida y con ella al entorno, a la naturaleza, al espacio. Descartes basó su obra en dudar de todo por sistema para, de esta forma, acercarse a la verdad más clara y evidente. Sé que no sabes de qué te hablo, pero ya lo estudiarás y lo entenderás mejor. Te cuento esto para que veas que no todo eran guerras, que había gente inteligente, intelectuales natos, pensadores, y que la suma de todos ellos en ese siglo impulsó la libertad por encima de las viejas ataduras, especialmente religiosas.

No me había olvidado de lo del cáncer. Le oía hablar y seguía interesándome lo que me contaba. Sin embargo, a cada momento que pasaba, crecía en mí un miedo más y más intenso. Tenía ganas de preguntarle, de llorar, de abrazarle. Jamás había sentido un miedo igual. Papá estaba en un país lejano y podían matarlo, pero el abuelo llevaba ya la enfermedad encima. Eso equivalía a una sentencia. La madre de un chico del colegio había muerto de cáncer, y el padre de uno de la escalera, lo mismo. La angustia hizo que respirara de una forma agitada.

—Te veo cansado —dijo el abuelo.

—No, es que hoy no he dormido bien.

—Pues a tu edad eso es lo más importante. Espero que no sea por ver la dichosa tele de noche.

—Ya sabes que mamá no es de éas. Siempre está leyendo.

—Y bien que hace. ¿Quieres que lo dejemos por hoy?

Me supo mal levantarme de un salto.

—¿Queda algo de este período?

—De todo podría hablarse durante horas. Yo sólo te lo resumo. A grandes rasgos. A mí este tema, el de la Ilustración, me apasiona, lo reconozco. Y no me las doy de intelectual, que ya sabes que no lo soy. Pero es el momento en que aparecen y brillan nuevas corrientes y tendencias, en el que términos como idealismo, pragmatismo, universalidad, empirismo o racionalismo destacan como puertas abiertas al conocimiento humano. La economía política, por ejemplo, sobresale como ciencia moderna. Incluso la religión se rindió a la evidencia, porque se llevan a cabo las primeras formulaciones acerca del deísmo, del ateísmo, del satanismo y se consigue estudiar la naturaleza desde el punto de vista de la ciencia. Ilustración es igual a tolerancia y pluralidad, fin de los conceptos absolutistas. Desde ahora, el que es religioso lo es por compromiso personal con Dios. Eso no quiere decir que todo el mundo ya pensara abiertamente y con libertad, porque los países sometidos al dictado católico papal siguieron anclados en sus retrasos, como España, a caballo de ambos universos.

Era la primera vez que cuanto me contaba parecía no interesarme, y no sabía si era porque me hablaba de conceptos, no de hechos concretos, como nuestras guerras, o si era por mi incomodidad y aquel deseo de echar a correr. Intenté dominarme, superarlo, pero el miedo dio paso al pánico. Me estaba mareando, tenía ganas de vomitar.

—Bueno —inició mi liberación—. Si has de irte, eso es todo por hoy.

—Mañana tengo un examen y he de repasar un poco —le mentí.

—Para la próxima sesión tenemos una etapa muy interesante de la historia de España, incluidas guerras y batallas famosas, aunque hay tanto que contar que no sé si podremos llegar a la más célebre de nuestras derrotas: Trafalgar.

—Me suena.

—Más te sonará al explicártela. ¿Cuándo vienes?

—Te llamaré.

—Vale.

Salimos de la habitación. En cuanto nos oyó, la abuela también hizo acto de presencia.

—¿Ya te vas? ¿Habéis terminado por hoy?

A veces hacían preguntas obvias.

—Sí.

—Dame un beso.

Sentí su abrazo cálido, su beso intenso. ¿Había en él una punta de desesperación o me lo parecía a mí? De los brazos de ella pasé a los del abuelo. Fui yo el que le apretó a él con ansiedad.

—Gracias.

—No hay de qué.

Miré sus ojos, limpios, luminosos, felices, poblados del orgullo con el que los abuelos miran a sus nietos.

Bajé la escalera despacio, sin dar saltos, pero al llegar a la calle eché a correr.

Muy, muy rápido.



## «La misión humanitaria repele un ataque de los rebeldes...»

No hablé del tema con mamá hasta el día siguiente, así que me fui a la cama con el estomago revuelto, con sensaciones horribles y tuve pesadillas de todo tipo. Fue espantoso. El abuelo estaba en la guerra, con papá, diciéndole que era un tonto por andar pegando tiros en un lugar del que no sabía nada. Papá le respondía que alguien tenía que hacer el trabajo sucio para que el resto del mundo viviese en paz y tranquilo. La discusión subía de tono hasta que se producía un ataque y el que mataba más enemigos era el abuelo, disparando una ametralladora enorme. Los malos caían como moscas. Papá se reía. Cuando acababa la batalla aparecían mamá y la abuela regañándolos porque estaban muy sucios. Entonces, de pronto, estábamos todos juntos en casa, disponiéndonos a cenar, con caras muy largas, y el abuelo decía que se iba a morir.

Hubo más, pero no lo recuerdo. Cuando las pesadillas se encadenan no sé si sobrevive en el recuerdo la peor o la última. Para mí fue una noche extraña. Por la mañana me fui al colegio y anduve muy despistado, mucho. Total, bronca en matemáticas y mala cara de la directora cuando tropecé con ella por ir despistado. Le dejé la huella de mi zapatilla deportiva en su muy impoluto zapato derecho. ¿A quién se le ocurre ponerse elegante para ir al cole?

A mediodía ya no pude más. No tenía hambre, seguía con el estómago revuelto y necesitaba hablar con alguien. Mamá siempre me lo decía, que confiara en ella para todo, lo bueno y lo malo, que para algo era mi madre.

Le hice caso.

—Mamá, ¿se va a morir el abuelo?

La dejé pensativa.

Abrió los ojos.

Mantuvo la calma.

—Algún día, como cualquier hijo de vecino.

—Me refiero ahora.

—No, ¿por qué?

Bajé la cabeza. El corazón me latía rápido.

Luego apreté los puños y lo solté:

—Por lo del cáncer.

Una máscara tenía más expresividad que el rostro de mi madre durante los cinco segundos que duró su impávido silencio.

—¿Qué sabes tú de eso, Diego? —me preguntó seria.

—Lo tiene, ¿no?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie —volví a bajar la cabeza y la miré así, con los ojos rozándose la frente.

—Diego...

—Ayer me quedé solo en su estudio y había una carpeta sobre la mesa. No estaba curioseando ni nada de eso, te lo juro. La abrí por inercia. Pero vi esa palabra...

—Cáncer.

—Sí.

—Y ya está.

—Caray, mamá —se me llenaron los ojos de lágrimas que pude contener.

—El abuelo no se va a morir —me tranquilizó.

—Ya.

—Escucha, hijo —se acercó a mí y me cogió de la mano. Su rostro volvió a recuperar la dulzura perdida—. En primer lugar, hoy en día la gente ya no se muere de cáncer como sucedía antes, hace años. Hay tratamientos, remedios, y la prevención es clave para la supervivencia. Un cáncer diagnosticado a tiempo se puede curar en la mayoría de casos, aunque los hay sin remedio, lo reconozco. Los de pulmón, piel... Bueno, tampoco soy una experta. El del abuelo es de los más normales en los hombres de edad y también de los menos agresivos. Muchos hombres mayores se mueren con un cáncer de próstata pero no a causa de él, ¿comprendes? En su caso se ha detectado a tiempo. Ahora están estudiando qué hacer, si le operan, si esperan unos meses, un año... No hay prisa porque no es ni grave ni fulminante.

—¿Por qué no me lo dijisteis?

—Porque hay cosas que un niño, aunque sea inteligente como tú, o no entiende o es mejor que no sepa. Y menos mal que has hablado conmigo y no te lo has guardado dentro. Me alegro de que lo hayas compartido, cariño.

—Estaba muy asustado.

—Es lógico, normal y comprensible. Ahora, de verdad, ni sufras ni te comas el tarro. Tranquilo. Tienes abuelo para años aunque, por supuesto, deberá estar controlado. Si deciden operarle, le quitarán la próstata y ya está. No pasa nada.

—¿Papá lo sabe?

—Sí.

—¿Cuando se fue... ?

—Los resultados de las pruebas llegaron después.

—Pobre papá.

—¿Quieres saber cuál es la mejor medicina que tiene ahora mismo tu abuelo?

—Sí.

—Tú.

—¿Yo?

—Estos días que compartís, lo que te cuenta, la atención que le prestas, el vínculo que habéis tejido con esa historia de las guerras... A veces los cánceres son estados mentales más que físicos, y también es la mente la que mejor los cura.

—Me dijiste cuando empezamos que el abuelo era peculiar, que había de quererle mucho pero escucharle también lo justo.

—Sigo pensándolo, y te digo lo que te dije entonces, que tiene sus ideas, acertadas o no, que es un hombre de carácter y que ha vivido una época muy romántica, y, si no lo fue, la generación a la que le cayó encima siendo joven la tomó como tal. Había ideales, fue tiempo de luchas, un canto a la libertad. Tu abuelo Nicolás estuvo ahí, en primera fila. Se ha ganado el derecho a recordar, a ser feliz con ello, y a expresarlo con palabras. Encima ha sido maestro, no es tonto. Supongo que su visión de la historia no será exactamente la que aparece en los libros, pero no creo tampoco que se aparte mucho de la realidad.

—Interpreta cada momento con mucha precisión —dijo yo.

—Lo importante es que tú puedes pensar por ti mismo después.

—Mamá.

—¿Qué?

—¿Cómo debo comportarme desde ahora con él?

—Con normalidad y naturalidad. Ni más ni menos. Si descubre que tú sabes eso, se sentirá mal por partida doble, por creer que sufres y piensas que se va a morir y por haber dejado esa carpeta al alcance de tu mano. Y no digamos la abuela. Así que mejor te callas. Será nuestro secreto, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Y pregúntame lo que quieras sobre el cáncer, y sobre lo que le hagan al abuelo. Prometo contártelo todo y ser sincera.

Me sentí mayor, con problemas de adulto.

Ni bien ni mal, diferente.

Aunque a veces es mejor seguir siendo un niño.

Por la tarde pude seguir constatándolo.

Había tanta calma en lo referente a las tropas españolas enviadas en «misión humanitaria» que, en parte, me estaba acostumbrando a lo mejor, es decir, a que no hubiera noticias, ni buenas ni malas. Ya tenía bastante con el susto del abuelo. Me sentía optimista y creía que papá acabaría volviendo antes de lo previsto.

Pasé a recoger el periódico del señor Venancio. Como a mediodía había estado inmerso en lo del abuelo...

El panadero me miró de reojo, con sus ojos cabalgando sobre las bolsas y por debajo de sus espesas cejas, mientras atendía a una mujer que insistía en tocar el pan, para ver qué barra estaba más crujiente y a su gusto.

—Que no puedo dejárselo tocar, señora, por higiene.

—Llevo las manos limpias, oiga.

—Ya, pero entienda...

—Usted no lleva precisamente guantes.

—Pero lo cojo con estas pinzas, ¿ve?

Yo aguardé mi turno. Tenía delante a un hombre y a otra mujer. Cuando el señor Venancio hubo despachado a la señora incordiante pensé que me pasaría el periódico y santas pascuas. Pero no. Atendió a los clientes. Eso me extrañó.

Quizás lo tuviese dentro.

Al final me dio mala espina la nueva mirada de reojo.

El hombre pidió una barra de pan. La mujer dos, y cuatro pastas, y un bollo, y no sé qué más, porque a estas alturas ya me sentía tan impaciente como inquieto. Finalmente nos quedamos a solas el señor Venancio y yo.

—¿Me da el periódico?

—No sé dónde lo he puesto, Diego. Me parece que...

—Hay malas noticias, ¿no?

Se quedó blanco, como la harina que utiliza para hacer el pan.

—No, no —se encogió de hombros—. Unas escaramuzas...

—¿Me lo da o he de comprármelo?

—Tu madre...

Era la tercera vez seguida que no acababa la frase.

—Vamos, señor Venancio, que ya sé lo que hace mi padre. Nos lo cuenta por carta. Si el periódico dice algo, lo sé antes, nada más.

Eso le convenció. Buen tipo. Puso cara de resignación y abandonó el mostrador justo en el momento en que entraban dos de las chicas que habían estado en la merienda de Carla: Elena y Helena.

Curiosidades de la vida.

—Hola, Diego —me saludó la primera.

—¿Cómo estás? —preguntó la segunda.

Se miraron y se echaron a reír como si lo hicieran en secreto y yo no estuviese delante. La más pequeña, Elena, incluso se llevó una mano a la boca. Sería para no lucir sus hierros.

Me dio una rabia...

—¿Y a vosotras qué os pasa? —no me callé.

—Nada.

—Huy, qué suspicaz.

—Entonces, ¿de qué os reís?

—Carla habla mucho de ti.

Nuevas risas.

No supe si eso era una señal de alarma o un motivo de que me sintiera halagado y feliz.

El señor Venancio reapareció con el periódico entero en la mano.

—Toma, Diego.

—Gracias.

Las dos chicas nos contemplaron sin entender muy bien de qué iba la cosa. Yo lo aproveché para despedirme de los tres. Dije un rápido «hasta luego» y me retiré. Nada más salir a la calle doblé el periódico y me fui a un lugar seguro para leer lo que fuera antes de subir a casa.

Cuando lo hice, entendí las prevenciones del panadero.

La noticia estaba en la página quince, y no era más que una columna, ni siquiera entera. La diferencia entre que se produzca una muerte o sólo se trate de un «simple combate» o una «escaramuza» reside en que con un muerto la noticia aparece en la primera página de los periódicos y las televisiones abren sus informativos con ello, mientras que con lo segundo basta con media columna en la página quince. El titular decía:

«El contingente español repele a tiros un ataque de los rebeldes.»

Y el texto:

«Una sección de la Compañía de Reacción Rápida (QRC) española repelió el domingo a tiros un ataque de los rebeldes contra una comisaría de la policía local en la vecina ciudad de Am, en el distrito de Serah, provincia de Neguel, al oeste del país, sin que se produjeran bajas.

»Según informó ayer el Ministerio de Defensa en Madrid, la sección española, con veinticinco efectivos, dotada de Blindados Medios de Ruedas (BMR), acudió en auxilio de la policía local, que estaba siendo atacada por un numeroso grupo de rebeldes con armas ligeras, ametralladoras y morteros.

»La sección española llegó a la zona de combate y abrió fuego contra los rebeldes, al tiempo que solicitaban apoyo aéreo. Los aviones de la OTAN hicieron acto de presencia, pero no llegaron a intervenir, pues los agresores emprendieron la huida, según el Ministerio de Defensa. El enfrentamiento se saldó sin muertos ni heridos entre los españoles y los policías locales, aunque no hay datos sobre los atacantes.

»Este incidente supone el bautismo de fuego en tierra abierta de la nueva agrupación española en el país, formada por setecientos cuarenta y dos efectivos, y que relevó en su día a la Brigada de Paracaidistas...»

Papá podía estar en «la sección española» enviada a la zona del combate. O no. Quizás lo aclarase en la próxima carta. Lo importante era que todos estaban bien.

Aunque se hacía evidente que lo de la «misión humanitaria» estaba cada vez más lejos de la realidad.

Arrojé el periódico a la papelera tras recortar la columna y me fui a casa.

Los dos últimos días acababan de ser bastante agitados.

## «Los libros huelen tan bien...»

La televisión no dijo nada del «incidente», así que yo tampoco le dije a mamá que había habido tiros en la zona. Ni siquiera sabía si papá pudo haber estado involucrado en ello. Seguro que no estarían todos los de la base en el fregado.

Quería volver a ver al abuelo, para que no creyera que me aburría ya de sus explicaciones después de lo del último día. Verlo, estar con él, abrazarle y demostrarle que le quería, aunque no supiese que yo sabía... bueno, qué lío.

Le llamé por la mañana.

—¿A qué debo el honor? —se puso payaso por teléfono.

—¿Puedo pasar esta tarde al salir del cole?

—¿No tienes exámenes?

—No.

—¿Qué tal el de ayer?

Casi meto la pata y le pregunto «¿cuál?».

—Bien, estaba chupado.

—Oh, sí, chupado. Míralo él.

—¿Voy o no?

—¡Claro que puedes venir, hombre! ¡Qué pregunta! ¿Le digo a tu abuela que meriendas?

—Un poco. Que no se pase.

—¿Piñones?

—Bueno.

—Te espero.

Eso fue todo.

El día en la escuela transcurrió sin novedades. El efecto «hijo-de-soldado-héroe-en-misión-humanitaria» empezaba a pasar, a no dar más de sí. Tampoco me hacían ya tantas preguntas, cosa que yo agradecía. La señorita Hortensia, en cambio, mantenía aquel tono dulce cada vez que me hablaba, y más fuera de clase. Tono maternal. Creo que era porque ella no tenía hijos y estaba soltera. Solía leer poesía.

Me gustaba.

A mediodía llegué a casa temprano y, justo cuando iba a meterme en el portal, apareció Carla.

Me gustó verla, aunque me asusté un poco.

De casualidad, nada.

—Hola —sonrió con abierta felicidad.

—Hola.

—Te he traído esto. Ya lo he leído.

Me tendió el libro que yo le había regalado por su cumpleaños. Se veía usado, leído, manoseado. No entiendo a las personas que leen los libros como si pasaran las páginas de una obra incunable, con guantes y todo. Un libro leído es un libro gastado, al que se le han succionado todas las palabras, y que, una vez terminado, se regenera a sí mismo para que el siguiente lector vuelva a disfrutarlo, pero recogiendo la huella y los sentimientos del primero.

—¿Qué tal?

—Es muy bueno. Te gustará.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo sé. Tú y yo nos parecemos.

—¡Ah!, ¿sí?

—¿Vas al cine?

—A veces. Mi madre controla un poco lo que voy a ver.

—El sábado iré a ver una a los multicines de ahí al lado. Podríamos vernos. A las cuatro. ¿Te dejará tu madre?

—Pues claro —lo solté con una naturalidad pasmosa.

—¿Quieres?

Pensé en Elena y Helena, en sus risas, en lo que me habían dicho la tarde anterior en la panadería del señor Venancio.

Al diablo con ellas.

—Sí —rebosé sinceridad.

—Entonces, por si no nos vemos, quedamos el sábado a menos cuarto en la cola, ¿vale?

—Vale.

No le pregunté qué película veríamos. Era lo de menos.

—Chao.

—Adiós.

La vi cruzar la calle para dirigirse a la tienda de su padre. No sé si me lo parecía a mí pero estaba más guapa. La idea me produjo un ligero vacío estomacal. Que me sintiera a gusto con una chica era algo de lo más extraño.

Bueno, era cuestión de estar a la expectativa.

Subí a casa y, como estaba claro que no había carta de papá ni noticias, porque mamá aparentaba mucha tranquilidad, me enfrenté a la situación con valor, por si acaso. No era cuestión de esperar a última hora, o que ella tuviera ya planes.

—Mamá, ¿puedo ir a los multicines el sábado, a primera hora, a las cuatro?

—¿Qué vas a ver?

Ahí me pilló.

—No lo sé —intenté dominar la situación.

—¿Vas a ver lo que sea?

—No.

—Ya sabes que no puedes ver tú solo películas no aptas para tu edad.

—Me lo ha pedido Carla y no le he preguntado...

—¿Carla?

—Sí.

—¿Tienes una cita?

La vi sonreír por la comisura de los labios y por el brillo irónico de los ojos.

—No tengo una cita —quiso dejarlo claro—. Voy al cine con una amiga como podría ir con un amigo.

—Vale, vale, no te pongas así.

—Es que si vas a empezar con lo del retintín...

—¿No puede hacerme gracia?

—No.

—De acuerdo. No me hace gracia. Entonces, no vas.

—¡Mamá!

—¡No seas tonto, que te estoy tomando el pelo! ¡Claro que puedes ir, si vas con ella, aunque nada de violencia gratuita y mucho menos películas de esas de terror en las que mueren todos de forma terrible y la sangre sale a cubos, que luego tienes pesadillas!

—¿Pesadillas yo?

—Pesadillas el señor, sí. ¿Te hago memoria?

—¡Jo, eso fue hace la tira, el año pasado o más!

—Huy, sí, ¡la tira!

Era uno de esos diálogos absurdos y peligrosos, tontos a más no poder, y traté de salir de él. A fin de cuentas, ya tenía lo que quería: su permiso.

Me fui a mi cuarto con el corazón latiéndome muy rápido.

Entonces cogí el libro de Carla y lo olí.

Había estado en sus manos y se lo noté.

—¡Vaya por Dios! —suspiré anonadado.

## «La feliz España de Carlos III...»

El abuelo era el mismo.

Yo no.

Quizás no fuera a morirse, quizás todo fuese como mamá decía, quizás se tratase de la normalidad de la vida, pero yo sabía ahora que él tenía «algo». No estaba enfermo de cama, de termómetro y aspirinas, de médico y reposo, pero una parte de su cuerpo no funcionaba bien.

Los secretos pesan.

—Si no fuera porque tu madre está sola, podrías quedarte a dormir alguna noche, como hacías de pequeño cuando se iban fuera un par de días.

—Mamá no dirá nada.

—Pero te necesita.

—Por una noche...

—Se lo consultaremos, pero en su momento. Echar de menos a alguien es muy duro.

—Dímelo a mí.

—Claro —suspiró y me revolvió el pelo.

Volvíamos a estar donde siempre en los últimos días, en su pequeño estudio de lectura y trabajo, sentados, él dispuesto a soltarme todo su rollo y yo dispuesto a devorarlo lleno de curiosidad. Y para acompañar la fiesta, el bocadillo preparado por la abuela con todo su mimo.

Eso y los piñones.

Cuando acabáramos con la historia de las guerras en España, igual me daba por pedirle que me contara todas las demás.

—¿Dispuesto?

—Ajá.

Miré así como de pasada su mesa. La carpeta con lo del cáncer no estaba a la vista, encima de las demás. Mi cara no transmitió emoción alguna. Me concentré en él mientras masticaba con toda ferocidad.

O al menos eso decían de mi forma de comer.

—Nos quedamos en Fernando VI, la Ilustración...

—Tocaba Carlos III.

—Muy bien —asintió con la cabeza—. A ver por dónde empezamos... Sí, voy a hablarte de los Pactos de Familia.

—¿Eso qué es?

—Tras la Guerra de Sucesión en España, se firmó un acuerdo con Francia mediante el cual los dos países iban a mantener una alianza internacional. A eso se le llamó Pactos de Familia. El primero fue en 1733 y el segundo se firmó en 1743. Si por uno conseguimos el reino de Nápoles y Sicilia, por el segundo obtuvimos los ducados de Parma, Piacenza y Guastalla. El tercer Pacto de Familia, en 1761, ya gobernando Carlos III, se hizo durante la Guerra de los Siete Años. Con él nos comprometíamos a ayudar a los franceses contra Inglaterra. Lo malo es que Francia no estaba en su mejor momento. Inglaterra y Prusia se enfrentaban a ella desde 1756. Los ingleses nos conquistaron dos posiciones fundamentales, Manila y La Habana, capitales de Filipinas y Cuba, ambas básicas para el comercio oceánico. Por el Tratado de París de 1773 recobramos las dos plazas, cedimos Florida a Inglaterra y Francia nos dio Luisiana: actualmente, ambos estados pertenecen a Estados Unidos. También perdimos Sacramento, que ahora es la capital de California.

—¿Capital? Creía que era Los Ángeles.

—Pues no. Ni Los Ángeles ni San Francisco. Y no me seas peliculero. Hay quien piensa que es Hollywood.

—Por lo que veo, había territorios que se levantaban siendo españoles, se acostaban siendo ingleses y al día siguiente eran franceses.

—Más o menos. Y luego volvían a ser españoles. Un potaje. Todo dependía del valor estratégico de cada zona en cada momento, igual que ahora todo depende de si hay petróleo en Iraq o diamantes en Sierra Leona. Si los suizos encontraran petróleo en sus cantones, ya podrían olvidarse de su neutralidad. Los estadounidenses los invadirían argumentando que forman parte del Eje del Mal o fabrican armas de destrucción masiva a base de bolas de nieve, chocolates y queso. Siguiendo con lo nuestro, y concesiones al esperpento aparte, la Paz de Versalles de 1783 representó para España la recuperación de Florida... y de la isla de Menorca.

—¿Era inglesa?

—Y tanto. De lo que no hubo forma es de que nos devolvieran Gibraltar.

—Así que no nos fue bien con esos pactos.

—Todo lo que sea meterse en líos bélicos es malo, porque, por un lado o por el otro, acabas pringando. Eso aparte de los muertos inevitables de cada batalla, el dolor, las penurias, el coste de andarse matando unos a otros. Por culpa del tercero de los Pactos y del Tratado de San Ildefonso, Francia nos metió en una guerra con los ingleses en 1796, y eso representó que perdiéramos la isla de Trinidad y que la flota española se llevara un varapalo en la batalla del cabo de San Vicente. Cuando las Trece Colonias iniciales, que son el embrión de Estados Unidos, se separaron de Inglaterra proclamando su independencia, apoyamos a Francia y nos pusimos del lado de los futuros yanquis. Una última consecuencia fue un acuerdo posterior con don Napoleón, que nos condujo a declarar la guerra a Portugal y que acabó con los gabachos aquí. Por eso pasó lo del 2 de

mayo de 1808. Pero no corramos tanto, hay que ampliar un poco todo lo que acabo de contarte.

—Mucho valorar la Ilustración pero ya has vuelto a hablarme de varias guerras.

—Ya te dije que la Ilustración abrió las puertas del conocimiento humano y condujo a la modernidad a las principales naciones de Europa, pero también que, como animales racionales, seguíamos siendo bastante bestias. Retrocedamos y volvamos a Carlos III.

—Fue rey de rebote, está claro.

—Bueno, estaba muy bien instalado el hombre en Nápoles, pero claro, no era lo mismo gobernar un pedazo de Italia que España, aunque fuese con los restos del Imperio. Allí era Carlo VII, sin la ese. Aquí fue Carlos III. Los napolitanos lo echaron de menos. Si ves un cuadro suyo, parece el tonto del bote, el pobre. Cara de bonachón es poco. Pero no era tonto, al contrario. En Nápoles modernizó el reino y tuvo tiempo de potenciar las artes, dando oportunidades a los pensadores y a los científicos. Al llegar a España, ya estaba casado con una princesa de Sajonia, María Amalia, hija de Federico Augusto II, duque de Sajonia y de Lituania y rey de Polonia.

—¿Lituania, Polonia... ?

—Diseminados, sí, pero así estaban las cosas. Por razones de bodas y de guerras, uno tenía un pie aquí y un pie allá. Como si hoy en día alguien fuese presidente de Catalunya y alcalde de Vigo, Valladolid y Cádiz. Ahora, pregunta de examen: ¿qué te crees que sucedió casi de inmediato con él en España?

—El tema del heredero.

—¡Muy bien! —me aplaudió el abuelo—. ¡La dichosa manía de asegurar el trono mediante el nacimiento de un varón!

—¿Y?

—María Amalia era paridora, pero, jah, la pobre!, mayormente de infantas. Y encima le nacían tan escuálidas que ninguna llegaba a convertirse siquiera en niña. De sus trece hijos, trece, sobrevivieron siete, María Josefa, María Luisa, Felipe Antonio, Carlos, Fernando, Gabriel y Antonio Pascual. Con tanto parto, no es de extrañar que se muriera joven, a los treinta y seis años. De estos siete vástagos, el tercero, que en otras circunstancias habría sido el futuro rey, fue apartado de la línea sucesoria porque era retrasado mental. El siguiente, Carlos, fue rey con el título de Carlos IV. Al siguiente, Fernando, le pasó la corona de las Dos Sicilias, y los otros dos, nada, se quedaron en infantes, como las dos primeras chicas. Carlos IV nació en 1748. Su padre lo había hecho en 1716. Así que el heredero llegó cuando el rey ya contaba treinta y dos años, lo cual era mucho para la época.

—¿Con quién volvió a casarse?

—Con nadie. ¿Crees que todos iban detrás del sexo como locos?

—Sus antecesores...

—Carlos III estaba enamorado. Después de veinte años de matrimonio... y teniendo él cuarenta y cinco, pasó del tema. Bastante trabajo tenía. Voy a hacerte otra pregunta.

—Vaya.

—¿Qué cosa tenemos hoy en España gracias a Carlos III?

Lo pensé unos segundos. No quería rendirme tan pronto. El abuelo sonreía de oreja a oreja, con esa cara que ponen los mayores cuando saben que te tienen pillado y se hacen los listos.

—Algo podía durar tantos años, desde Carlos III hasta hoy?

—Ni idea.

—La bandera.

—¿En serio?

—Lo que oyes. ¿Crees que los ejércitos nacionales combatían entonces con la bicolor roja y amarilla? Pues no. La enseña en aquellos días era blanca, símbolo de los Borbones. Toda blanca. Como si nos rindieramos de antemano. Cuando Carlos III reinaba en Nápoles, optó por el rojo y el amarillo como distintivo visible en los campos de batalla y, especialmente, para que destacase en los mástiles de los navíos, porque en el mar lo tenían más crudo. Al venirse a España, exportó la enseña, aunque hay que reconocer que no se oficializó hasta 1843 y que hubo cambios a lo largo de los siguientes años.

—¿Tuvo muchas batallas navales?

—Se empleó a fondo contra los piratas berberiscos, que seguían fastidiando en el Mediterráneo, e intervino en el norte de África, para asegurarse puertos, comercio y concesiones económicas.

—¿Cuándo fue esa Guerra de los Siete Años de la que has hablado antes?

—De 1756 a 1763. Carlos III no tuvo más remedio que meterse en ella porque los ingleses ocuparon Honduras y los franceses Québec, en Canadá. Después del Tercer Pacto de Familia sobrevino todo lo que te he avanzado hace un momento, lo de La Habana, Manila, Luisiana, Florida, Sacramento, Menorca... Pero lo más curioso que hizo, bélicamente, fue meterse en la independencia de las Trece Colonias, o sea, los trece estados germinales de Estados Unidos.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, ayudamos a Francia contra Inglaterra, pero más aún: colaboramos a que naciera Estados Unidos, Diego. En parte somos un poquito responsables de ello.

—Ahí va.

—Y eso nos costó un ojo de la cara después, y un riñón, porque en el siglo XIX, cuando las colonias españolas se independizaron de España, bien que nos lo restregaron. Sentamos el peor de los precedentes.

—Pero es normal que las viejas colonias un día se independicen, ¿no?

—Ciento. Normal y lógico. Pero hablamos de la segunda mitad del siglo XVIII. Los ingleses, en cambio, supieron manejar mejor los destinos de su Imperio hasta el siglo XX, y, de hecho, con el truco de formar la Commonwealth, continuaron manteniendo

contactos, cuando no las riendas, de las naciones que iban soltando de sus garras. Y digo garras por lo del león de San Jorge.

—Espera, espera, no corras tanto. ¿Qué es la Com... Comon... ?

—Commonwealth —lo pronunció en inglés, así que sonó algo así como «ca-mon-uelz»—. Me voy de madre, lo siento —hizo un gesto ambiguo cargado de pesar—. Se trata de la Mancomunidad Británica de Naciones: cada país al que daban la independencia seguía bajo el paraguas británico. Más o menos, para que lo entiendas.

Estaba animado. Y a medida que hablaba se animaba más.

Entregado al cien por cien.

—Hablemos de lo bueno y de lo malo del reinado de Carlos III. ¿Por dónde empiezo?

—Por lo bueno.

—Hizo un montón de carreteras, unió zonas de España separadas por horas de distancia a causa del hecho de tener que cruzar puertos de montaña o dar largos rodeos. Por orden real, incluso, se obligó a que fueran sendas rectas. Eso benefició, y mucho, a las regiones, hoy autonomías, más apartadas del centro, como Cataluña, Galicia, Andalucía y Valencia. ¡Y sin peajes! En unos años se construyeron más de mil setecientos kilómetros de carreteras. Bueno, yo lo llamo carreteras, pero habría que decir caminos. Una de las principales vías fue la que unía Madrid con Cádiz, para facilitar la ida y venida del comercio con América. No sabes lo que representó pavimentar las rutas de aquella España. Y al construir carreteras hubo que construir...

—¿Pueblos?

—Posadas. No es como el Ave. Pero sí es cierto que, allá donde había una buena carretera, florecía el resto. Las comunicaciones ya empezaban a ser clave en la evolución y el desarrollo de un país. También aumentó el número de casas de correos, y con ello empezó a dispararse algo esencial en el mundo moderno: la información.

—¿Qué más hizo de bueno?

—Puso a personas capacitadas al frente del país, y así, de paso, él podía dedicarse a lo suyo, que era cazar, aunque se le conoce también por las muchas cosas que mandó construir, sobre todo en Madrid. La capital era un pueblo antes de ser convertida en centro de la Corte, y a lo largo del siglo XVIII se disparó su dimensión como gran urbe. El Carlitos la embelleció lo suyo. El Museo del Prado o la Puerta de Alcalá se construyeron entonces. Otra cosa que puso en marcha mediante una ley dictada en 1783 fue la de que aquí tenía que ponerse a trabajar todo Dios, sin excusas.

—¿Tuvo que dictarlo por ley?

—¡Y tanto! ¿Crees que este país ha despuntado por el generoso esfuerzo de sus gentes? Pues más bien no. Aquí que trabaje uno y miren tres es bastante frecuente. Ya sé que ponerse a mover el cuerpo en pleno verano después de comer y al sol no le apetece a nadie, pero de lo que te hablo es de la nobleza, el clero... Los hidalgos veían en el trabajo, sobre todo el manual, como algo de lo más servil. Sin embargo, y pese a la ley, la cosa no puede decirse que fuera un rotundo éxito. Muchos años, siglos de inoperante

vagancia, no podían cambiarse en un abrir y cerrar de ojos. El orden económico favoreció algunos cambios, pero no todos. Una reforma necesita del entusiasmo de aquellos a quienes va dirigida, no sólo de los que la promueven. Por desgracia, encima, todo lo que se impulsó bajo el reinado de Carlos III, aunque fuese poco aceptado por las clases pudientes, se vino abajo en el de Carlos IV. Fueron demasiados intentos de cambio en unos pocos años. Un pueblo inculto que no entendía nada, y nobles y curas torpedeando cualquier iniciativa en la que se olieran que podían perder peso... El llamado «reformismo ilustrado» predicaba, por ejemplo, la libre empresa y que, mediante el trabajo, cualquier persona, noble o no, pudiera llegar a ser rico. Se entendía que cuanta más gente hubiera con posibilidades, mejor le iría a la Hacienda, al Estado y al país. Todo esto, unido a la cultura, tenía que ser la base de la nueva España del futuro. Por supuesto que era demasiado. ¿Todo de golpe? Imposible. El atraso español con relación a otros países europeos ya era una realidad más que evidente. Carlos III fue un rey bastante bueno, aunque entre la aceleración que quiso darle a todo y algunas meteduras de pata dignas de lo peor...

—¿Como cuáles?

—La Pragmática Sanción.

—¿Y eso qué era?

—Espera. Deja que antes te hable de algunas de las claves de aquel fracaso de modernización del país. Por ejemplo, el motín de Esquilache.

—¿Quién era ése?

—El ministro de Hacienda y Guerra. Se lo había traído Carlos III de Italia, y eso de que un extranjero manejara los dineros reales no gustaba nada a la gente. Era marqués y progresista. Muy progresista. Reorganizó las Fuerzas Armadas, liberalizó el comercio de cereales, lo cual disparó los precios. ¿Sabes que instauró la Lotería Nacional? Al buen hombre no se le ocurrió nada mejor que tratar de adecuar la forma de vestir de los españoles a la moda, usos y costumbres de toda Europa.

—¿Había ya moda?

—Verás, Diego. No se trata sólo de moda. En aquel tiempo, la gente echaba la basura a la calle. Al menos los que la generaban. Toma ya higiene. ¿Te imaginas en pleno agosto lo que pueden llegar a oler unos desperdicios? Los españoles llevaban capas y chambergos para cubrirse, y las damas mantillas y tocados en la cabeza. Por un lado, estaba el olor y, por el otro, en invierno, el frío. Pero también era fácil que la susodicha capa escondiera un arma. Robos, pillaje..., mucho embozado circulaba por las ciudades. Así que Esquilache dijo que teníamos que vestir a la francesa: peluca empolvada, calzón corto y sombrero de tres picos.

—¿Eso motivó un motín?

—No veas la que se armó. Lo mismo que se impuso en España la ley antitabaco en 2006 y la mayoría de los bares y restaurantes se la pasaron por el forro, algo impensable en el resto de Europa, los españoles de entonces pasaron olímpicamente del tal

Esquilache. El tipo quiso echarle un pulso al pueblo y sacó a las calles a cuadrillas enteras de alguaciles ¡acompañados de sastres! Al que pillaban con capa, le sacaban las tijeras y se la cortaban hasta la medida legal, y al chambergo, que es un sombrero redondo, lo mismo. Tijeretazo y tres picos.

—Pero esto es atentar contra la libertad de la gente.

—Muy cierto. Es como si hoy o, más aún, en mi época de juventud, a todo el que llevara el pelo largo se lo hubieran cortado por la calle. Sin embargo, la norma tenía una razón de ser, como acabo de contarte. Sólo es una prueba de lo peleones que somos aquí por algunas cosas, pero únicamente por algunas. En un abrir y cerrar de ojos, se echaron a la calle cientos de personas que acabaron siendo miles. Y ahí se mezcló todo. Por ejemplo, el pan había duplicado el precio entre 1760 y 1766, la gente pasaba hambre... Se juntaron un montón de cosas, partiendo de lo de la vestimenta, y, cuando el pueblo llegó a las puertas del Palacio Real, al rey se le pusieron los cataplines de corbata. Eso sucedió el 23 de marzo de 1766, un domingo de Ramos. La gente gritaba: «¡Viva el sombrero redondo! ¡Viva España!» —el abuelo cambió de tono para decir—: Sí, ya sé que no tiene mucho que ver lo del sombrero con el «¡Viva España!», pero es que aquí a la que nos sale la vena... El primer choque se produjo en la plaza de San Antón, por supuesto que en Madrid. Luego, los revoltosos se fueron a saquear la casa de Esquilache, llamada Casa de las Siete Chimeneas. Como no estaba en ella, se salvó. Otros apedrearon las farolas y así la revuelta derivó en un clamor popular. El duque de Arcos consiguió convencer a la multitud para que se calmara, prometiendo que el rey haría algo, y al día siguiente los incidentes se reprodujeron para hacer más presión. Un cura, el padre Cuenca, hizo de intermediario y el pueblo pidió la expulsión del tal Esquilache, la rebaja de los alimentos básicos, la disolución de la guardia valona, la supresión de la Junta de Abastos y del decreto que afectaba a capas y sombreros, el acuartelamiento del ejército, el cambio de ministros extranjeros por españoles y lo que se les ocurrió. Ah, y que el rey diera la cara. Cosa que, como ya te he dicho, hizo Carlos III desde el balcón de palacio, asegurando que cumpliría con todas las peticiones.

—¿Lo hizo?

—Y tanto. Para revolución, la francesa. Aquí tantas modernidades nos abrumaban. El rey echó a Esquilache y los españoles volvieron a hacer lo que les daba la gana, que para algo somos muy nuestros. En fin —suspiró profundamente—, es un ejemplo de idiosincrasia.

—¿Cuándo fue la Revolución francesa?

—En 1789. Aún faltaba un poco.

—Pero ¿por qué España siempre ha sido diferente?

—¿No te basta con lo que te he contado hasta aquí, desde la expulsión de los judíos primero, los moriscos después, la Santa Inquisición...? Éramos incultos y teníamos dos muros que lo bloqueaban todo: la Iglesia y los nobles. ¿Crees que les interesaban los cambios? Los franceses contaban con librepensadores que aquí hacían temblar y que,

desde luego, habrían tenido poco porvenir como no fuera en la hoguera: Rousseau y Voltaire. Gran parte de España estaba repartida entre la nobleza y la Iglesia, enormes latifundios, improductivos unos y mal trabajados otros. Unos, los aristócratas, señores que se limitaban a vivir sin importarles nada las personas que pudieran trabajar sus tierras. Otros, la clase eclesiástica, amasando fortunas porque era de lo más normal que, si alguien se moría, para ganar el cielo, dejara parte de sus bienes a la Iglesia, cuando no todo, si no tenía descendientes. ¿Quién era el guapo que impulsaba una reforma agraria? –el abuelo ya estaba encendido–. ¿Quieres datos? En aquellos días, la nobleza representaba un cuatro por ciento del total de la población, pero su poder económico era absoluto, con bodas entre ellos para aumentar patrimonios. El decreto real de 1783, que aprobaba el trabajo manual, ¡porque lo tenían prohibido!, fue toda una revolución. Los curas, por su parte, representaban el dos por ciento de la población, pero poseían la séptima parte de las tierras de labor de Castilla y la décima parte del ganado lanar. Además de sus bienes, contaban con cobro de diezmos y otros ingresos, desde alquileres hasta rentas hipotecarias. Toledo era la diócesis más rica: tres millones y medio de reales al año de renta. Por último, estaban los campesinos, los jornaleros, los artesanos, con un quince por ciento del total, y los burgueses, la clase media-alta. Por lo tanto, ateniéndonos a nobleza y clero, te repito la pregunta: ¿quién le ponía el cascabel al gato? Si por lo de la vestimenta Esquilache salió escaldado, imagínate un rey o un ministro que elevara más el tono. Así perdimos el comercio con América, por falta de energía. Y todo eso sin olvidar que Madrid estaba en el centro y que otra España, la más productiva entonces, en «las afueras», como era el caso de Cataluña, el actual País Vasco, Galicia..., o sea, las naciones sin Estado.

–Entonces, lo de que Carlos III fue un buen rey...

–Lo fue, y estaba cargado de buenas intenciones, pero se topó con el toro ibérico. Y sus meteduras de pata, las guerras innecesarias por los Pactos de Familia, el reconocimiento de Estados Unidos al lado de Francia, que luego serviría de ejemplo para la independencia de nuestras colonias, la enorme, enormísima cagada de la Pragmática Sanción de 1776, motivo de tantas guerras futuras...

–Otra vez eso de la Pragmática Sanción.

–Puede que sea hora de que te hable de ella.

–Es que veo que en ese reinado pasaron muchas cosas.

–La tira.

Me acomodé mejor. Ya no pensaba en el cáncer. La tarde estaba siendo muy interesante y provechosa.

Y todo lo que contaba el abuelo me parecía de película.

## «Las Pragmáticas Sanciones que cambiaron la historia...»

Señaló el plato de piñones vacío.

—¿Quieres más?

—No —mentí.

—Entonces, para empezar, te diré que en España hubo bastantes Pragmáticas Sanciones. ¿Y qué es eso? Pues es toda norma o disposición legal promulgada por un rey y que tiene que ver con aspectos fundamentales del Estado. La que está vinculada a la sucesión del trono es la más espinosa y la que causó tantas guerras futuras en España. Algunas de las más famosas son las de los años 554, 1438, 1713, 1767, 1776, 1789 y 1830. Si te das cuenta, las cinco últimas tienen lugar en poco más de cien años y a las tres centrales, del 1767 al 1789, las separan sólo veintidós. Dos de ellas las promulgó nuestro Carlos III.

—Así que hubo lío.

—Total. Las de Carlos III tuvieron lugar en 1767 y 1776, la primera para expulsar a los jesuitas de España y la segunda sobre el tema de los matrimonios desiguales, las sucesiones...

—¿España expulsó a los jesuitas?

—Sí.

—Pero no decías que la Iglesia tenía todo el poder del mundo!

—El motín de Esquilache tuvo un trasfondo. A veces las revoluciones estallan porque el pueblo está harto y hay un sentimiento común que aglutina el descontento. Pero otras veces hay quien dirige ese descontento en alguna dirección por razones interesadas. Tal parece que el motín tuvo también la presencia del clero, en concreto de los jesuitas, en lo más oscuro de su preámbulo, porque es fácil instigar a las masas desde los púlpitos. A los jesuitas, la Compañía de Jesús, ya los habían expulsado de Portugal en 1759 y de Francia en 1763, así que no era una novedad. Carlos III dictó la Pragmática Sanción de 1767 contra ellos y se dictó su expulsión de España y de todos los dominios de la Corona, incluyendo los de ultramar. Ello implicaba poner lejos a unos seis mil sacerdotes e incautarse de todos sus bienes, que no eran pocos. El propio Papa, en 1773, presionado por monarquías europeas, eliminó a la Compañía de Jesús, que tuvo que refugiarse ¡en Rusia!, antes de que Pío VIII los autorizara de nuevo en 1813, después de la Revolución francesa, las guerras independentistas americanas o las napoleónicas. Con la marcha de los jesuitas, una vez más, se perdieron mentes preclaras, profesores en

escuelas y universidades, humanistas y científicos, porque, no en vano, se trataba de gentes cultas y con estudios.

—O sea que Carlos III sí se enfrentó al poder de la Iglesia y los nobles.

—Así, así —el abuelo hizo un gesto con la mano derecha—. Los aristócratas siguieron con sus prebendas conservadoras y la Iglesia poniendo palos a las ruedas del progreso. Si expulsar a los jesuitas hubiera tenido como única razón lo de Esquilache..., pero no sólo fue por eso. La Compañía de Jesús estaba acumulando un poder de aquí te espero, y apoyaba al Papa en sus enfrentamientos con los gobiernos de Europa. Se les temía. Y eran listos y poderosos. En Estados Unidos pusieron en pie universidades muy importantes, por citarte un detalle relevante. Allá por 1640, contaban con quinientas escuelas superiores entre Europa y América, y en el momento de su expulsión tenían unas ochocientas. Cervantes, Quevedo, Ortega y Gasset, Miguel Hernández, Calderón, Descartes o Voltaire estudiaron en escuelas jesuitas. Todos son nombres ilustres, aunque la mayoría aún no te suenen —cambió de posición y continuó—. Volvamos a la Pragmática Sanción, porque iba a decirte que la de 1776 no se quedó tal cual, sino que tuvo modificaciones, siempre a la carta, en 1783 por dos veces, otras dos en 1787, en 1788, 1790, 1792, 1793, 1798 y 1803. Eso te dará una medida del lío que representaba.

—Pero ¿qué decía?

—El título era «Pragmática Sanción para evitar el abuso de contraer matrimonios desiguales». Y tú me dirás, «vale, muy bien». Y yo te responderé que todo era política, y que esa ley no estuvo precisamente encaminada a cuidar de las clases más desfavorecidas en sus relaciones. De entrada, era una disposición de derecho civil y no sucesoria. Si un hijo se casaba por las bravas, es decir, sin la bendición paterna, podía quedarse sin lo que por derecho le tocaba, lo que se llamaba «la legítima». La verdadera raíz, no obstante, era el cabreo que se llevaba Carlos III a cuenta de su hermano Luis, que había osado casarse con una chica de dieciocho años teniendo él ya más de cincuenta. Luis estaba en la línea sucesoria, así que podía llegar a ser reina una desconocida sin una gota de sangre real, porque la moza era del vulgo. Y eso no.

—¿Y por qué hubo tantas modificaciones después?

—Matices, pero lo más importante es que Carlos IV quiso revocarla para devolver a su tío Luis y a sus descendientes sus derechos. Sin embargo, eso lo veremos al llegar a él, que aún nos queda mucha tela que cortar en el reinado de Carlos III. ¿Sabes que cuando el príncipe Felipe quiso casarse con doña Letizia Ortiz se habló de la Pragmática? Fue necesario porque hubo discusiones acerca de si seguía vigente o no después de la Constitución de 1978, por la cual se reconoce la igualdad ante la ley, aunque mantiene el derecho histórico de la monarquía. Por cierto, a esos matrimonios desiguales se les llama morganáticos o de la mano izquierda.

Más palabras raras.

—¡Ah!

—No digas «ah» porque este lío de las sucesiones tiene su miga, Diego. Se habrían

podido evitar no pocas guerras y muertes si Carlos III no hubiera removido el tema, aunque no fuera el único. La primera ley sucesoria española era la llamada Ley de Partida, y con ella una mujer podía ser reina. Pero Felipe V la cambió por la Ley Sálica, inspirada en la francesa, mediante la cual el honor era cien por cien masculino. Ten en cuenta que Felipe V fue el primer Borbón y que, con ello, el señor lo único que pretendía era asegurarse la continuidad borbónica en el trono de España una vez apartados los Austrias de él. Carlos III hizo su Pragmática Sanción y Carlos IV optó por volver a la Ley de Partida. Lo malo es que el tipo la fastidió soberanamente porque no se promulgó, aunque las Cortes la reconocieron. O sea, que fue un intento que se quedó a medias, muy digno del personaje. Una ley impresa en 1805 mantuvo la firma de Felipe V y la consecuencia de este desaguisado llevó a España a tres guerras en el siglo XIX: las Guerras Carlistas.

—¿Tres guerras por una ley?

—Sí, señor. Una tras otra. Cuando cada bando tiene partidarios dispuestos a todo... ya se sabe.

—Me doy cuenta de que la Guerra Civil no fue la única en la que nos zurrámos unos a otros.

—Y ojalá sea la última, hijo. Ojalá sea la última —suspiró el abuelo con una nota de desaliento.

—Hombre, algo habremos aprendido.

—¿Tú crees? —me miró con desconfianza.

—Yo no quiero pelearme con nadie.

—Díselo a ciertos políticos que viven de remover las aguas de la discordia entre nosotros, agitando fantasmas y siempre preconizando el miedo, que es lo que hace que la gente se vuelva radical y pida palo y mano dura.

—Oye, eso de los matrimonios mor... morga...

—Morganáticos.

—Eso mismo. ¿Hubo algún caso sonado?

—Alfonso de Borbón y Battenberg se casó con una cubana llamada Edelmira Sanpedro, así que perdió sus derechos sucesorios, aunque eso fue en 1933, cuando estaba en el exilio. Y lo mismo María Cristina de Borbón-Dos Sicilias, viuda de Fernando VII, que se casó con un militar, Agustín Fernando Muñoz, aunque luego lo hicieron duque de Riansares. Ella era regente cuando Isabel II era una niña. Hubo también un caso sonado en Inglaterra: nada menos que un rey dejó de serlo por casarse con una americana divorciada. Y eso ya fue en pleno siglo XX.

—Pero esto es una tontería, ¿no? Antes había matrimonios concertados por alianzas, y cuando la gente va y puede enamorarse... no les dejan.

—Es que la realeza y toda su parafernalia, qué quieras que te diga, es un soberano coñazo.

—Ya, porque tú eres republicano —me eché a reír.

—Será por eso —alzó las cejas el abuelo antes de reemprender su relato—. Total que la dichosita ley, después de todas las modificaciones y reiteraciones de las que te he hablado, volvió a sancionarse en 1803 con el nombre de «Real Cédula sobre matrimonios de hijos de familias». Eso implicaba desde las clases más altas hasta las más bajas. Y es importante porque en América, hasta 1803, estaban excluidos los negros, los mulatos, los coyotes y sus mezclas —elevó el dedo índice de su mano derecha para concluir—: Y dejemos de lado por un tiempo la Pragmática Sanción porque nos la reencontraremos en 1830.

—Pero seguimos con Carlos III.

—Seguimos.

—Pasaron cosas en su reinado, ¿eh?

—Y las que nos quedan. El despotismo ilustrado, por ejemplo.

—¿Se puede ser déspota e ilustrado?

—Verás, el despotismo ilustrado, también reconocible como absolutismo ilustrado, fue una mezcla de la dictadura de las monarquías y la Ilustración. ¿Cómo se entiende eso? Pues atendiendo a los sistemas de gobierno de los siglos anteriores, pero incluyendo las ideas filosóficas de la Ilustración, según las cuales las decisiones humanas las guiaba la razón.

—O sea, que la Ilustración les parecía bien, pero sin perder sus prebendas ni su posición.

—Correcto. Un toque de progreso pero-a-mí-no-me-toques-el-sillón, ¿eh? Así que los reyes demostraban querer estar en la onda, si bien desde un enfoque paternalista con relación a los demás, básicamente el pueblo llano.

—Si has dicho que en España la Ilustración no fue igual que en Francia o Inglaterra, nuestros reyes debieron de pertenecer al despotismo ilustrado, ¿no?

—Sí, aunque esto decayó a finales del siglo XVIII. Iban a empezar algunas de las revoluciones que cambiaron el mapa europeo. Demasiada desigualdad social. Los caminos hacia los gobiernos constitucionales iban abriéndose poco a poco.

—¿Cuándo murió Carlos III?

—En 1788. Reinó veintinueve años. Pero es que al año siguiente de su muerte estalló la Revolución francesa y eso puso los pelos de punta a todos los reyes europeos. Encima, Carlos IV era otro pedazo de acémila.

—¿Sí?

—No me hagas correr. Pregúntame quién fue uno de los hombres clave de la política de Carlos III.

—¿Quién fue uno de los hombres clave de la política de Carlos III?

—Pedro Rodríguez Campomanes, más tarde conde de Campomanes. Era hidalgo, estudió historia y dirigió la Academia de la Historia. También fue fiscal en el Consejo de Castilla y un intelectual de los más preclaros de su tiempo. Mejoró la industria, la agricultura, redujo el poder de la Inquisición y controló sus abusos, reorganizó el ejército,

favoreció el establecimiento del libre comercio de granos en 1765, participó en la reforma de la administración municipal y sentó las bases de la futura modernización del campo al aumentar la superficie cultivable, favorecer la pequeña propiedad con el reparto de comunales y baldíos, desvincular los mayorazgos y llegar al establecimiento de arrendamientos a largo plazo. También creó la Escuela de Artes y Oficios, que hoy es la moderna Formación Profesional, la FP, es decir, que lleva en funcionamiento dos siglos y medio. Por último, fue el artífice de la expulsión de los jesuitas tras lo de Esquilache.

Muchas de las cosas de las que me hablaba ni las entendía. Acababa de soltarme un buen número de términos de los que no tenía ni idea. Pero si le preguntaba no acabaríamos nunca. Tampoco eran esenciales.

Claro que al abuelo no había quien le engañara.

—Supongo que todo eso de los comunales, los baldíos, los mayorazgos...

—Da igual.

—Deberías tomar notas y luego consultarlas, para ampliar.

—Tengo buena memoria.

—Ya.

—¡Que sí! —no estaba para que me hiciera un examen al terminar aquellas tardes, así que no insistí—. Me gustaría acabar con Carlos III hoy.

El abuelo miró la hora.

—No sé si podremos.

—¿Tanto queda? —me asombré.

—No demasiado. Detalles. Querría hablarte de determinados aspectos, como lo de los gitanos o el concepto de España, que finalmente germinó bajo su corona —continuó sin esperar que metiera baza—. Una de las máximas preocupaciones del reinado de Carlos III fue incrementar el número de españolitos. Había que procrear porque estábamos bastante mal. Recuerda que ya te hablé de ello: clero, emigración a América, guerras... La idea de «nación» cobró definitiva forma en este tiempo. Además de la bandera, adoptamos un himno, se impulsaron transportes y comunicaciones, correos, se construyeron hospitales, grandes edificios y monumentos, industrias... Eso sí, lo hizo todo centralizadamente, de forma radial. Madrid era el centro. No es de extrañar que además de rey se le reconociera como el «mejor alcalde» de la capital.

—¿Y lo de los gitanos?

—Fue una prueba de su «modernidad» y carácter integrador. La Pragmática Sanción de 1783 decía que los gitanos eran ciudadanos españoles, que no se les podía llamar «gitanos» en tono despectivo, puesto que todos éramos iguales, que los niños gitanos debían ir a la escuela desde los cuatro años, que eran libres de fijar su residencia donde quisieran, que podían emplearse o trabajar en cualquier actividad, que tenían derecho de asilo y atención si estaban enfermos, y que los gremios que impidieran su entrada u opusieran resistencia serían penalizados. Como contrapartida, se exigía a los gitanos

abandonar su manera de vestir, no usar el caló, su lengua habitual, en público, y asentarse y abandonar la vida errante.

—Pues menuda ley.

—No estaba mal para su tiempo, aunque sí, exigía demasiado, porque la lengua, la vestimenta y el tono errante son características del pueblo romaní. Pero es una muestra importante de lo que aconteció durante el reinado de aquel narizotas amante de la caza y de la buena vida. Peor, mucho peor nos iría con su hijo, que sí era tonto, tonto, tonto. Y que conste que no lo digo yo: lo decía su propio padre.

Si quería ordenar todo lo de Carlos III, tendría que buscar en internet, porque me daba cuenta de que el abuelo me lo había contado por bloques, no en sentido cronológico, aunque tampoco me importaba mucho. Conocer la globalidad me servía.

—¿Hubo más tipos importantes además de Esquilache y Campomanes?

—El conde de Aranda, el de Floridablanca... Ellos empalmaron con Carlos IV.

No lo veía cansado, pero captaba cuándo la cosa ya no daba más de sí. Más que por la hora, la sesión llegaba a su término por cierre de una etapa, porque el abuelo era de los que hacía las cosas con orden. «Estructura», lo llamaba a veces.

—Muy interesante esta parte —asentí.

—Todas lo son, pero sí, Carlos III le pegó un buen impulso al país, aunque cabe decir que en toda Europa los vientos de cambio imperaban. Hay buenos gobernantes que, debido a crisis mundiales, poco han podido hacer por sus pueblos, y al contrario, los hay pésimos que, aprovechando la bonanza económica internacional o un período de paz y prosperidad, parecen mejores de lo que son. A veces el azar y la suerte cuentan.

—Pensaba que no creías en la suerte.

—Y no creo. Me educaron partiendo de la base de que el esfuerzo es lo que cuenta, que todo lo que se consigue luchando sabe mejor y que lo que te cae del cielo lo único que hace es estropearte, quitarte el afán de lucha, acomodarte. Hoy en día muchos jóvenes lo quieren todo por la vía rápida, «por la patilla», como dicen, y a eso ha contribuido mucho la tele con sus programas de éxito fácil. Una payasada en la caja tonta te da una fama que otros no logran con una vida, pero siempre es una fama estúpida, tan vacía como huecas están sus mentes si se la creen. Muchos quieren grabar un disco para ser número uno, ganar mucho dinero y ligar con todo lo que se mueva, por ejemplo, y se olvidan de lo esencial: de la música.

—Tú y tus tiempos *rockeros*...

—Seguimos en ellos, no te engañes. El *rock* es la banda sonora de nuestro tiempo. Que yo sea ya un casi anciano sólo demuestra su perdurabilidad. No ha sido una moda pasajera, sino una forma de vivir y entender la vida.

Fue él quien se puso en pie.

Yo lo imité.

Nada más salir del estudio apareció la abuela y, cómo no, hizo la pregunta obvia de otras veces.

—¿Ya estáis por hoy?  
—Sí, abuela.  
—¿Y qué tal?  
—Hemos acabado con Carlos III y el próximo día empezaremos por el tonto de Carlos IV.

La abuela dirigió una mirada muy suspicaz en dirección a su marido.

—¿Eso es lo que le enseñas?  
—Mujer...  
—¿Quién dice si un rey es tonto y otro listo? ¿Tú?  
—La historia.  
—Ya.  
—La historia, los hechos, las pruebas...  
—Mira al monárquico.  
—¡Yo le cuento la verdad, no mi versión! Cuando estudie, lo comprobará por sí mismo.  
—Y ya estaré mediatizado.  
—No es tan tonto.  
—Como ponga algo que no es en un examen y le suspendan, vas a ver tú.  
Yo en medio, mitad divertido, mitad expectante.  
—¡Estoy aquí! —les recordé, alargando la «i».  
—Diego, quédate con la mitad de la mitad, ¿vale? —se dirigió a mí la abuela.  
—Pero ¡bueno! —se enfadó el abuelo, que también me miró para decirme—: ¡Tú ni caso!, ¿eh?  
—¡Eres más peligroso que un virus suelto! —le recriminó la abuela.  
—Siempre ha sido una inocente —me dijo él.  
—Ya, por eso me casé contigo —aseguró ella.  
—¿Cómo sería estar toda una vida juntos?  
Toda.  
—Si llego tarde y mamá me pega la bronca, ¿le digo que es por culpa vuestra, porque os estabais peleando?  
Eso puso punto final a la disputa.  
No hay como ser un buen psicólogo.

## «Todo es posible (si tú loquieres)»

Me terminé el libro de Carla antes de nuestra cita, para tener algo de que hablar y comentarlo. Claro que mientras se ve una película no se puede abrir la boca, porque la gente empieza a sisearte, pero antes, en la cola, y a la salida, algo habríamos de decirnos.

Aquella tarde mamá me dijo que el abuelo había llamado.

—Me ha pedido que te quedes a dormir la noche del sábado, para seguir contándote la historia de las guerras de España. Dice que lo hablasteis.

—Sí, pero...

—Pero ¿qué?

—No quiero dejarte sola.

—Gracias —dibujó una sonrisa de madre complacida—, pero me gustará que lo hagas.

—¿No te importa?

—No, y a ellos les harás muy felices.

—El sábado voy al cine con Carla.

—Sales, charlas o paseas con ella un ratito, vienes a por una muda y te vas a casa de los abuelos.

Lo de charlar o pasear me puso el pelo de punta.

No dije nada.

—Estaría bien, sí —reconocí—. Pero sólo si tú estás de acuerdo.

—¿A qué viene tanta protección? —alzó las cejas—. ¿Quién no te dice a ti que no me vendría mal hacer una escapadita?

—¿Tú?

—Para cenar con Amparo, sí, por ejemplo. Hace la tira que no nos vemos.

—Entonces, vale —me sentí aliviado.

No siempre se entienden las sutilezas o artimañas de los adultos.

Ellos en cambio pillan todas las nuestras.

A medida que se acercaban las cuatro menos cuarto de la tarde del sábado empecé a ponerme nervioso. No vi a Carla en ningún momento. Me dio por pensar un montón de tonterías, que si se iba a olvidar, que si venía me quedaría mudo, que si... Tantos fueron los nervios que me olvidé de papá, de su guerra, del abuelo, de su cáncer, de mamá y de ir a recoger el periódico del señor Venancio el viernes.

El sábado por la mañana, la angustia creció.

¿Por qué las chicas no se ponen nerviosas y nosotros sí?

¿O también lo están y lo disimulan mejor?

Pasé un buen rato en el ordenador y vencí la tentación de adelantarme a los acontecimientos leyendo algo de lo que el abuelo iba a contarme por la noche, para sorprenderle con mi sapiencia. Decidí que era mejor que él me sorprendiera a mí, porque él lo narraba todo como si fuera una película. En cambio, repasé un poco lo de Carlos III, para ordenarlo y entender algunos detalles confusos que, por no interrumpirle, me habían quedado flotando en el limbo de mi cabeza. A la hora de comer, las manecillas del reloj iban a toda mecha rumbo a las cuatro menos cuarto.

Mamá no decía nada.

Lo peor fue decidir qué ponerme. No era un encuentro casual. Era una cita. Si iba de normal, a lo peor ella pensaba que no le daba importancia, pero si me ponía algo «diferente», a lo peor se lo tomaba mucho más en serio y eso la hacía estar tonta. Y no es que Carla pareciera presumida o de esas que juegan y se hacen las interesantes.

Decidí ir de normal.

—¿Vas a ir así al cine con Carla? —me preguntó mamá al verme.

Me puse rojo.

—¿Qué pasa?

—Hombre, ponte los vaqueros nuevos, y al menos una camiseta limpia.

Más rojo.

—¡Mamá, que no voy a una boda!

—No, vas al cine con una amiga, por eso.

No supe si hacerle caso, con mi dignidad a salvo porque obedecía órdenes, o si resistirme, para hacerla prevalecer ante ella.

—Jo, parece como si quisieras que me echara novia y me fuera de casa cuanto antes.

Eso le dolió.

—No digas tonterías, Diego. Pero ponte limpio. Nada más.

Me cambié los vaqueros. Y me puse una camiseta limpia. Lo que no hice fue peinarme.

De eso, nada.

A las cuatro menos veintiuno salí de casa. Mamá me dio el dinero para la entrada y también para palomitas.

—Invítala —me sugirió.

—¡Mamá!

—Haz lo que te dé la gana —suspiró rindiéndose.

Salí al paso. No quería correr, pero tampoco ir marcha atrás. La experiencia de ir al cine con una chica estaba resultando la mar de complicada. ¿Y si me tropezaba con ella en la calle? A fin de cuentas, vivíamos casi frente. Tenía que salir a la misma hora que yo. Asomé la cabeza por la puerta y no vi nada. Territorio despejado. Ni tráfico. Así que eché a andar, con los cinco sentidos en alerta. Los primeros grupos de chicos y chicas, más algunas parejas de adolescentes y personas mayores, no aparecieron hasta que me encontré los aledaños de los multicines. Había cinco colas formadas frente a las taquillas

y me puse en la primera, la más visible desde la entrada, una vez que estuve seguro de que Carla no se encontraba en ninguna de las otras.

Eran las cuatro menos diecisiete.

Carla hizo acto de presencia a menos cuarto en punto.

Al verla, tuve un ataque de pánico.

Cuando se me acercó, sonriente, el pánico desapareció.

Entonces todo me pareció de lo más normal.

Incluso que nos besáramos en las mejillas.

Seguía oliendo muy bien. Fue algo fugaz, pero que retuve al máximo durante aquella fracción de segundo. También vestía distinta, como de normal pero... distinta.

—Me gusta tu camiseta —me dijo tratando de leer lo que ponía en ella.

—Me la trajeron de Nueva York.

—¿Qué pone?

—«Todo es posible, si tú loquieres.»

—Es una buena frase —apartó sus ojos de mí para centrarlos en los carteles de las películas de los multicines—. ¿Quéquieres ver?

—Me da igual.

—A mí también.

Nos miramos y nos echamos a reír.

—¿Vamos eliminando? —propuso.

—Vale.

—Yo elimino los dramas adultos y las de dibujos infantiles —señaló cuatro de los once pósteres.

—Yo, las de terror —indiqué tres, aunque me apresuré a agregar—: Es que todas son iguales.

Quedaban cuatro posibles. Una de fantasía, dos comedias y una de aventuras.

Y estábamos llegando a la taquilla.

—Esta de aventuras ya la he visto —la descartó ella.

—Ésta parece muy tonta —hice lo mismo con una de las comedias.

—¿La de fantasía?

—Vale.

Compramos las entradas, hicimos una nueva cola para las palomitas y nos metimos en la sala siete.

—A mí me gusta sentarme bastante delante, para que la película me llene —dijo mi compañera.

—A mí también.

Era cierto, pero sonó a concesión.

Por suerte, estábamos ya envueltos en aquella penumbra tan llena de discreción. Ocupamos los asientos y nos pusimos a devorar las palomitas mientras hablábamos en voz baja.

—¿Algo de tu padre?

—No.

—Bien.

—Vale.

Pausa.

—Me he leído el libro. No te lo he traído para no cargar con él.

—¿Qué tal?

—Me ha gustado mucho.

—¿A que sí? —abrió los dos ojos como si fueran dos lunas—. La parte en que ella descubre su secreto es increíble, ¿verdad?

—Y cuando él averigua la verdad.

—No sé cómo hay gente que puede escribir cosas así —pareció la persona más feliz del mundo.

Pensé una vez más en papá.

Y me dije que lo que más habría querido él es que yo estuviese allí, en el cine, con una chica.

Eso me tranquilizó.

Empezaron los anuncios y los avances de próximas películas.

Fueron dos horas maravillosas.

La película estuvo muy bien. Nos gustó. Pero tenía la sensación de que era lo de menos. Lo importante fue compartir la vivencia juntos. Una experiencia única que me hizo tocar el cielo con las manos. Nos miramos un par de veces para reír, otro par, asombrados por una escena, y notábamos el roce de nuestros brazos, codo con codo, en ocasiones absortos y en ocasiones pendientes el uno del otro. Cuando se inclinó hacia mí para compartir una confidencia, puso su mano en mi brazo. En otro momento, mis dedos rozaron los suyos, y no los apartamos en un buen rato. Al llegar al final de la película, no entendí cómo demonios habían podido transcurrir dos horas. Nos levantamos, recogimos los envases de las palomitas para dejarlos en la papelera y no hablamos hasta que salimos de la sala, cuando enfilábamos el largo pasillo que conducía a la calle.

—Me ha gustado mucho —asintió Carla.

—Y a mí.

Hablamos de la película mientras caminábamos hacia nuestra calle. Los multicines estaban a tres minutos yendo rápido, cuatro yendo normal y cinco haciéndolo un poco más despacio. Nosotros tardamos diez.

—¿Quieres que te devuelva el libro?

—Vale, así veo tu cuarto.

Yo pensaba subir a por él y bajárselo.

Me entró el vértigo cuando subía a casa con ella. Traté de recordar si tenía la habitación en condiciones y me entró un sudor frío porque me resultaba imposible

recordarlo. Tenía la mente en blanco. Mamá nos abrió la puerta y, al ver a mi compañera, expandió en su rostro una de aquellas hermosas sonrisas con las que tanto me gustaba verla.

—Ha venido para que le devuelva un libro —dije yo tan rápido que sonó a frase sin espacios, algo así como «Havenidoparaqueledevuelvaunlibro».

—Muy bien, ¿cómo estás, Carla?

Se dieron un beso.

Y mi vértigo se disparó.

Menos mal que mamá no se puso plasta, ni se empeñó en darle conversación, ni nos ofreció merienda ni nada de eso. En cambio, me asombré al ver mi cuarto mucho más limpio de lo que yo, de pronto, recordaba haberlo dejado. O era casualidad o ella «sabía» o «intuía» que tal vez podríamos subir.

Más misterios «adultos».

Tenía a Carla en mi habitación.

Pareció no mirar nada, pero lo observó todo. El libro estaba sobre mi mesa de estudio. Flotaba un silencio lleno de expectativas. Yo ya no era el mismo, y menos con ella. Pasaban cosas, y muy rápidas. La vida se me estaba acelerando y no conseguía retenerla. Pese a todo no me vencían los nervios. Mi voz sonó aplomada al decir:

—¿Quieres que te deje alguno de mis libros favoritos?

—Me encantaría —se volvió hacia mí con una expresión luminosa.

—Están ahí —le indiqué—. Son todos los de ese estante.

La dejé curiosear, pero la observé de espaldas. Quizás fuera un niño, pero no soy tonto, ni ahora ni entonces. Me llenaba de emoción. Los días de los juegos en el parque formaban una película borrosa en mi memoria, un recuerdo impreciso y vago. Esta vez intenté que no se me escapara nada, retenerlo todo. Casi lamenté haber quedado con el abuelo, porque por la noche el aroma de Carla tal vez siguiese en aquel espacio, mientras que al día siguiente lo más seguro es que se hubiese evaporado.

—¿Qué tal éste? —me mostró uno de los libros.

—Genial. Y el de al lado también. Llévate los dos.

—Gracias.

Los siguientes diez minutos hablamos de libros, de cosas triviales, pero todo adquiría un significado oculto. A veces, cuanto más intrascendente es una conversación, más hay en su trasfondo. Carla se sentó en mi cama. Yo lo hice en la silla. Quizás no fuese la más guapa, pero sí era la mejor.

Auténtica.

Real.

Cuando se marchó, porque no había dicho nada en su casa y no quería que se impacientaran, la acompañé hasta la puerta aunque ya no bajé a la calle. Ni se me ocurrió. Mamá hizo acto de presencia para despedirla. Hubo más besos. Con mamá, conmigo.

—Gracias por los libros —se despidió de mí.

—Vale.

—Ha sido una tarde estupenda —me dijo desde el rellano.

—Sí.

Se marchó, cerré la puerta y esperé algún comentario de mamá, amable, educado, convencional, irónico... , pero no dijo nada. Al menos nada de ella.

—¿Te vas ya a casa de tus abuelos?

—Sí.

—Te preparo la ropa para mañana, el pijama y el cepillo de dientes.

Si tuviera que definir un día perfecto en mi vida hasta ese momento, creo que escogería ése.

## «Carlos IV, Godoy y la Revolución francesa... ¡Ay!»

Los abuelos me estaban esperando. No diré que con impaciencia pero sí con evidente ilusión.

—Creía que llegarías antes —me espetó él.

—He tenido...

No me dejó terminar.

—Has ido al cine con una amiga, sí, ya lo sé.

Tenía que decirle a mamá que no fuera tan bocazas.

—No sabía que tuvieras novia —continuó el abuelo.

—¡Nicolás! —le riñó la abuela.

—Yo no tengo novia —se lo deletreé casi palabra por palabra.

—Ni caso —me protegió ella guiándose hacia la habitación que, un día, había sido de papá—. Cuando se pone gracioso.

El abuelo fue detrás de nosotros.

—En mi época, si ibas al cine solo con una chica, significaba algo.

—¡No a los once años! —gritó la abuela.

—Hago doce dentro de nada —le recordé yo.

—Míralo, el señor mayor —abrió la puerta de la habitación.

Había dormido allí algunas veces, bastantes, cuando papá y mamá tenían cosas que hacer, viajes, cenas, y también para complacer a los abuelos y permitir que disfrutaran de nieto más allá de las horas convencionales. Sin embargo, en esta ocasión entré en aquel lugar sintiéndome y sintiéndolo diferente. Hacía mucho que no dormía allí. Y habían pasado muchas cosas en aquellas semanas, meses. Entendía mucho mejor algunas de ellas. La habitación estaba tal cual se quedó el día en que papá se marchó de aquella casa. Y no era un monumento al recuerdo, sino parte de una vida. Allí, pegados a las paredes, flotaban los sentimientos de papá y los de sus padres. El tiempo era un chicle. Lo masticabas hasta quitarle todo el sabor, lo alargabas, lo comprimías, hacías una pompa que estallaba y, a lo peor, se te pegaba por toda la cara...

—Te voy a preparar una cena que te vas a chupar los dedos —me dijo la abuela.

—¿El señor quiere descansar o prefiere seguir con nuestras lecciones de historia? —se puso solemne el abuelo.

—No, quiero ver la tele.

—¿Ah, sí?

—¡Es broma! —me reí al ver su cara de desconcierto.

—Ya es tarde para piñones y tonterías —me previno ella—. Prefiero que me cenes bien.

—Te cenaré bien —remarqué la primera palabra.

—¿Vamos?

Ya había dejado la bolsa sobre la cama. La abuela se apresuró a abrirla para sacar la ropa y colocarla bien. El abuelo me precedió rumbo a su estudio. Todo estaba preparado para una nueva sesión de nuestro particular viaje al pasado, o sea, «La Verdadera Historia de las Guerras de España Contada por el Abuelo Nicolás».

Total.

Cuando nos hubimos acomodado, miré su mesa y recordé el tema de su cáncer.

—Bromeaba con lo de esa chica —quiso advertirme.

—Ya lo sé.

—Sólo te diré que es bonito, y que, como tu padre no está y tu madre es tu madre, si algún día quieras tener alguna conversación... especial, de hombre a hombre, aquí me tienes. Puedes preguntarme lo que quieras.

No sabía a qué clase de «conversación especial» se refería pero pensé que era bueno tenerlo de mi parte.

Siempre estaría de mi parte.

Sentí deseos de abrazarlo.

—Gracias.

—¿Empezamos?

—Sí.

—Carlos III va y se muere en 1788. Carlos IV le toma el relevo, y reina hasta el 19 de marzo de 1808. ¿Te dice algo la fecha?

—No.

—Unos días después, el 2 de mayo de 1808, el pueblo español se alza en armas contra los invasores franceses.

—Ah, sí.

—Pues bien, vamos a ver qué pasó antes de esa fecha crucial en nuestra historia, la del 2 de mayo, porque España acabó de nuevo empantanada por la historia y nos dieron por todas partes, mitad debido a la adversidad, mitad a los errores propios, como casi siempre, que parece que nunca aprendamos y de fronteras para afuera seamos unos patanes.

—¿Ya te pones duro?

—Espera a ver.

—¿Lo de Trafalgar?

—Eso fue tremendo, pero no corras tanto. Primero vamos a ver quién era Carlos IV y cómo se lo montó. Para empezar, ¿con quién se casó?

—Ni idea, pero, por el tono, adivino que fue con alguien de la familia.

—¡Muy bien! Vas pillando la onda. Sí, señor, el nuevo Carlitos imperial se desposó con su prima María Luisa de Parma, una mujer que, según algunas crónicas de la época, era

todo un adefesio, pero que lo compensaba siendo una fiera amatoria. Tanto es así que, por un lado, tuvo catorce hijos, que pudieron ser veinticuatro de no haber tenido diez abortos, y, por el otro, según todos los indicios y las malas lenguas, no se contentó con el rey y fue la amante de uno de los más famosos personajes de nuestra historia: Manuel Godoy, aunque al parecer a él también le puso los cuernos con más de un agraciado servidor real, soldado o simple noble.

—¿En serio?

—Yo no estaba allí, pero eso dicen.

—¿Se aburrían mucho o qué?

—Aburrirse, aburrirse... no sé, pero que llenaban sus horas muertas con todo tipo de aventuras de cama, eso sí. La María Luisa fue una auténtica fiera.

—Entonces, ¿cómo se sabe que de todos esos hijos alguno no fue del tal Godoy o de otros?

—Es que no se sabe. Por lo menos uno, el último de los que vivieron, Francisco de Paula, era igualito a Godoy. Del resto, vaya usted a saber. Y el tal Francisco de Paula fue importante porque, tras casarse con una sobrina, para variar, su primogénito, Francisco de Asís de Borbón se casó con la que sería la reina Isabel II de España.

—¿Por qué dices el último de los que vivieron?

—Porque de los catorce que sí nacieron sólo siete llegaron a superar la niñez: Carlota Joaquina, María Amalia, María Luisa, Fernando, Carlos María Isidro, María Isabel y el ya mentado Francisco de Paula. El heredero fue Fernando, que reinaría con un siete detrás.

—Fernando VII.

—A Carlota Joaquina la casaron con Juan VI de Portugal, a María Amalia con su tío Antonio, hijo de Carlos III, a María Luisa con Luis de Borbón-Parma, de Carlos María Isidro hablaremos más adelante porque fue el fundador del carlismo, y a María Isabel la casaron primero con su primo Francisco I de las Dos Sicilias y luego con otro caballero.

—De eso del carlismo vienen las Guerras Carlistas que me dijiste.

—Ni más ni menos. Pero sigamos con Carlos IV y su situación. Fíjate bien que te he dicho que a la hija mayor la casaron con el rey de Portugal.

—¿Y qué?

—Pues que cuando se liaron a tiros...

—¿Hubo una guerra?

—¿Que si la hubo? Espera y verás. A los pocos meses de hacerse cargo del trono Carlos IV, cosa que hizo en diciembre de 1788, estalló la Revolución francesa. ¿Has oído hablar de la toma de la Bastilla? Eso fue el 14 de julio de 1789, día en que nuestros vecinos de arriba celebran, desde entonces, su fiesta nacional. Carlos IV apenas si disfrutó de un poco de paz y tranquilidad en este sentido, porque, a pesar de ser un bobo, en el fondo no dejaba de ser un rey, y eso le situaba por encima de muchas cosas mundanas. La historia tiene algunas voces contradictorias, otras defensoras, que siempre

hay más papistas que el Papa, pero imaginarse que él no sabía lo de su mujer y su valido, Godoy, cuesta un poco. Si no lo sabía es que era tonto de remate, y si lo sabía y callaba es que tenía más cornamenta que el padre de Bambi –se rió de su chiste–. Como decía Franco, lo mejor era no meterse en política.

–Pero ¿vivían todos juntos y tal cual?

–Sí, juntos y tal cual. Manuel Godoy era un guardia real que llegó al máximo poder auspiciado por la reina. Pasó de ser un hidalgo a guardia de corps, cadete, ayudante general, brigadier, mariscal de campo, sargento mayor de la Guardia... A los veinticuatro años era teniente general, a los veinticinco duque de Alcudia y de Sueca, lo cual equivalía a formar parte de la Grandezza de España, y ya en 1792 fue consagrado como Ministro Universal del rey. Un ascenso vertiginoso y sospechoso. Por lo visto, era atractivo, la reina muy luxuriosa y el rey un bendito. Contenta ella, contento él. Finalmente, y tras la Paz de Basilea de 1795, ahora te contaré el porqué, recibió el generoso título de Príncipe de la Paz. Por si no bastara con ser el valido de su majestad, fue también el mandamás del ejército con el rango de generalísimo. Y eso duró todo el reinado de Carlos IV. Hasta cuando les dieron la patada, la reina pidió que se respetara la supervivencia de los tres, juntos, unidos e inseparables. Una verdadera familia.

–¿Cómo que les dieron la patada?

–Paso a paso –me puso las manos por delante–. Ése es el final de la historia y antes he de prepararte el terreno. Estamos en 1789.

Tocaba hablar de la tan mentada Revolución francesa.

–¿Qué pasó?

–El rey Luis XVI de Francia hizo unas remodelaciones en su gobierno en el verano de aquel año y los parisinos lo interpretaron como un autogolpe real. Cansados de cómo estaban las cosas, de pasar hambre y aguantar a los nobles, se echaron a la calle, y no lo hicieron solos: muchos militares les apoyaron. Se disparó la revuelta y apenas tres días después llegó la famosa toma de la Bastilla, que más que ninguna otra cosa era un símbolo del poder real y de su absolutismo, porque sus cañones apuntaban justamente a los barrios más humildes de la ciudad. La toma de la Bastilla se expandió por toda Francia y la revolución se hizo nacional e imparable. No era un simple descontento popular, era un cambio, y radical. Se constituyó la Asamblea Nacional, los campesinos dejaron de pagar impuestos, se arrasaron castillos y señoríos, se abolió el feudalismo, los diezmos, se quemaron títulos nobiliarios... El rey comprendió que la cosa estaba fea y trató de arreglar el tema, pero ya era tarde. Aceptó la bandera tricolor y buscó reconciliarse con su pueblo. Pareció que el tema se controlaba y no fue así. Los nobles tomaron las de Villadiego y el populacho continuó arrasando castillos. A la insurrección agraria la llamaron el Gran Miedo, porque fue brutal. Y a la abolición del feudalismo Noche de la Locura.

–¿Noche de la Locura?

–En unas horas la Asamblea Nacional eliminó las prebendas que recibía el clero y la

nobleza. Fue el 4 de agosto de 1789. Lo perdieron todo. Absolutamente todo. Se quedaron sin privilegios, sin nada. El masivo traspaso del poder de la Iglesia al Estado fue radical y en 1790 se eliminó incluso su autoridad. ¿Te imaginas? La Iglesia en Francia era el mayor terrateniente del país. La represión fue tremenda, encarcelaron y ajusticieron a miles de sacerdotes.

—¿Y nobles no?

—La famosa guillotina cortó las cabezas de todos aquellos que durante siglos habían gobernado más para sí mismos que para el pueblo. La monarquía se acabó definitivamente en 1792. Llegó la república. Tiempos de igualdad, libertad, fraternidad...

—O sea, que la Revolución francesa fue rápida.

—No tanto. Los actos, sí. La implantación de todo llevó cuatro años, y a los diez de la toma de la Bastilla las cosas no estaban lo que se dice bien. Fue cuando apareció Napoleón. Pero ésa es la historia de Francia y no vamos a meternos con ella. Te he contado esto para que entiendas cómo estaba España en los primeros años del mandato de Carlos IV y de qué forma la Revolución nos iba a afectar en el terreno histórico y europeo.

—¿Por qué no hizo lo mismo el pueblo en España? Esas cosas se contagian, ¿no?

—¿Y esto se lo preguntas a un republicano? —suspiró el abuelo—. ¿Cómo estábamos en España a finales del siglo XVIII? ¿Cómo hemos estado siempre? ¡Cultura, cultura! —repitió su famoso lema—. Lejos de aprender la lección impuesta por la historia, Carlos IV se creyó en la obligación de ayudar a su familia francesa. Se declaró la guerra a la nueva Francia. ¡Otra guerra! —elevó la voz más y más a medida que se excitaba—. ¡Y de nuevo sin necesidad, impuesta, estúpida! ¡Pudimos haber dado un giro a la historia y no lo hicimos, al contrario, nos metimos de cabeza en otro fregado que iba a costarnos sangre, sudor, lágrimas, dinero y tierras!

Se abrió la puerta. El rostro de la abuela, muy serio, apareció por el hueco mirándonos con cara de pasmo.

—¿Se puede saber por qué gritas?

—¿Yo?

—Tú, sí.

—Pues, caray, qué fino tienes el oído, querida.

—Pero si se te puede escuchar desde la calle.

—Ya será menos.

—Te va a dar un infarto.

—Me estaba contando la Revolución francesa —intervine yo para defender al abuelo.

—Ya.

—Hay temas que me excitan —reconoció él.

La mirada grave de la abuela se hizo austera.

—¡Ay, Nicolás! —suspiró envolviéndose en resignación.

Y desapareció.

Volvimos a quedarnos solos.

Primero nos miramos. Luego nos echamos a reír en silencio, cómplices. El abuelo se llevó un dedo a los labios pidiéndome contención, pero apenas si nos aguantábamos la risa. Eso duró bastantes segundos, hasta que nos relajamos.

Después llenó los pulmones de aire y retomó la narración.

## «Trafalgar y el futuro de España...»

—La economía española iba mal, para variar, y la administración no estaba lo que se dice en sintonía con la realidad. Carlos IV hizo un tímido intento reformista, puso al conde de Floridablanca al frente del Gobierno y derogó la Ley Sálica para recuperar la Ley de Partida, que fue ratificada por las Cortes, pero que no se llegó a aplicar, como ya te dije. Cuando los ecos de lo que sucedía en Francia llegaron a España, a Carlos le entró tal tembleque que la política nacional cambió de plano. El país se aisló para preservar que las ideas revolucionarias llegaran al pueblo y se cerraron las Cortes. El reformismo pasó a mejor vida y se adoptó lo que siempre hacen los poderosos cuando tienen miedo de perder sus prebendas: el conservadurismo. ¿Y cómo se «conservan» las cosas para que no cambien? Con represión. La Inquisición reapareció con fuerza para detener a unos, desterrar a otros, como Jovellanos, o arrebatar los cargos a los más, como a Campomanes. A Floridablanca le sucedió el conde de Aranda, a quien el rey encomendó salvar a Luis XVI, nada menos.

—¿Lo hizo?

—No. Con la detención de Luis XVI y la proclama de la república en Francia, Aranda fue destituido. Es cuando toma el poder nuestro inefable Godoy.

—Que no pudo hacer nada para superar lo que se le venía encima, ¿verdad?

—No está mal, buena apreciación.

—Es que cuando vienen mal dadas...

—Y vinieron, y vinieron —asintió con pesadez el abuelo—. Godoy se vio condicionado por lo que sucedía allende nuestras fronteras, y más cuando Luis XVI fue guillotinado. Las potencias europeas se horrorizaron de que uno de los suyos fuera tan vilmente asesinado y le declararon la guerra a Francia. Fue la Guerra de la Convención. España se metió en ella sólo para recibir trancazos, uno detrás de otro. Los revolucionarios franceses estaban que se salían, con una moral por las nubes, mientras que nuestras tropas, si es que podían llamarse así, mal adiestradas y peor alimentadas, la tenían por los suelos. Los gabachos entraron en España por los Pirineos y ocuparon todo el norte, Bilbao, San Sebastián, Vitoria e Irún en el País Vasco, Figueres en Catalunya... Una debacle. Godoy se apresuró a firmar la Paz de Basilea, por la que recibió el título de Príncipe de la Paz, y Francia nos devolvió todo lo conquistado... a cambio de la isla de La Española, colonia de Santo Domingo. Un gran negocio. Pero lo peor de esto fue que, al estar de nuevo aliados con Francia, eso nos enfrentaba a Inglaterra. Íbamos de Guatemala a «Guatepeor».

—¿Nos tocó luchar contra Inglaterra?

—Los británicos ya dominaban los mares. Carlos IV descuidó el mantenimiento de la flota que tanto le había costado a su padre volver a poner a un cierto nivel. Con marineros mal entrenados y barcos en pésimas condiciones no se podía ir a ninguna parte. Habituarios a las chapuzas, la flota ya no intimidaba. Los ingleses también nos estaban arrebatando las vías comerciales con América. Aquí, como se dice, las veíamos venir, pero las dejábamos pasar. El descalabro estaba en marcha y se consumó en muy poco tiempo. Los barcos ingleses ya no se contentaron con hacer negocios y soplarnos las posibilidades: directamente nos cortaron todos los caminos. Las colonias de América se quedaron solas. Y no es que les doliera mucho. Cada vez se desentendían más de España. Las independencias estaban al caer, siguiendo el modelo de las Trece Colonias del norte. Con los mares en manos inglesas nos aislamos todavía más.

—Y llegó lo de Trafalgar.

—Aún no. Mientras Santa Cruz de Tenerife y Cádiz resistían los ataques del famoso almirante Nelson, la escuadra española era derrotada en 1797 frente al cabo de San Vicente. Al otro lado del Atlántico también se luchaba. Nos conquistaron la isla de Trinidad pero se les derrotó en Puerto Rico. Un toma y daca constante... y sangrante. Godoy cayó brevemente y dos ilustrados, Francisco de Saavedra y Mariano Luis de Urquijo, le tomaron el relevo entre 1798 y 1800. Reapareció como valido real gracias a... ¿a quién?

—¿La reina?

—No. Gracias a Napoleón Bonaparte.

—¿Ya sale el Napoleón?

—El Napoleón, el Napoleón —se burló de mi familiaridad—. Pues sí, ya sale. Llegó al poder en 1799 en una Francia exhausta por la Revolución y necesitada de un líder. En 1804 se autoproclamó emperador, nada menos. Así que ya aparece en la historia el tipo que se empeñó en conquistar Europa de punta a punta y salió trasquilado en sus extremos, Rusia y España. ¿Qué sabes tú de él?

—Que llevaba una mano en el pecho siempre.

—Lo has visto en una película, claro.

—Pues... sí.

—¿Qué te enseñan en el cole?

—Caray, abuelo.

—Ni caray ni nada. Para bien o para mal, Napoleón es una de las figuras capitales de la historia, loco para unos, héroe para otros... Un tipo de cuidado y una leyenda que ha dado para mucho.

—¿Por qué insistió en devolver a Godoy al mando del Gobierno? —reconduje la situación hábilmente.

—Para luchar contra los ingleses, Napoleón nos necesitaba, así que el camino para disponer de nuestros barcos pasaba por pactarlo con Godoy, y le pidió a Carlos IV que lo

rehabilitara, cosa que el monarca hizo dócilmente. En 1800, Godoy firmó por segunda vez el Tratado de San Ildefonso y puso al servicio de Napoleón la flota hispana. Los ingleses, a lo suyo. Y lo suyo era jorobar. Como utilizaban los puertos portugueses para sus fines, hubo que declararle la guerra a Portugal.

—Cuya reina era española.

—Muy bien —asintió el abuelo—. Guerra con Portugal, conocida como Guerra de las Naranjas.

—Curioso nombre para una guerra.

—Es que, por una vez, las tropas españolas fueron algo así como de excursión, porque se plantaron en tierras portuguesas en un plis-plas: dos días. En los jardines de Yelves se cortaron las famosas naranjas que Godoy mandó como presente a la reina. De ahí el nombre de la guerra, en 1802.

—Entonces, ¿cuándo fue lo de Trafalgar?

—En 1805, Diego —se puso serio—. A España le habían dado fuerte y duro muchas veces, sobre todo en el mar, y en batallas navales teníamos ya el precedente de lo de la Armada Invencible, pero nada, nada, comparado con Trafalgar. Ahí se acabó todo para nosotros en cuanto a ser una potencia marítima. Trafalgar, frente a Cádiz, sepultó nuestro orgullo y disparó el de los ingleses. Nelson, el almirante Horacio Nelson, nos zurró bien, pero fue porque la flota, bajo el mando del almirante francés Pierre Villeneuve, no estaba preparada. Ni la nuestra ni la de los franceses, porque no olvidemos que era una alianza. De los treinta y tres navíos de línea, es decir, de combate, dieciocho eran galos y quince hispanos. Los ingleses tenían veintisiete, una diferencia de seis. Hubo otros barcos más pequeños, de apoyo o lo que sea, ocho por el lado «nuestro» y cuatro fragatas y dos embarcaciones más por el inglés. Pero esto es como el tema de los misiles en tiempos de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética en el siglo pasado. Cada vez que se reunían para hablar de paz, discutían porque unos tenían, pongamos, cien misiles con seis cabezas nucleares cada uno y los otros doscientos misiles con tres cabezas nucleares. Así que unos decían que debían eliminarse los misiles pasando de las cabezas y los otros que lo esencial era eliminar las cabezas sin importar los misiles. Y no se ponían de acuerdo nunca.

—Pero la suma era la misma: seiscientas cabezas en total para cada bando.

—Ya, ¿y qué? En Trafalgar el número de cañones de la flota hispano-gala era de dos mil ochocientos cincuenta y seis, mientras que el de la flota inglesa era de dos mil trescientos catorce. Sin embargo, la potencia no era la misma. Digamos que «las cabezas nucleares» británicas eran más que las nuestras y las de los franceses pese a tener «más misiles». Al parecer, los ingleses podían disparar, limpiar, cargar y volver a disparar un cañón en algo más de un minuto, mientras que los españoles y los franceses tardaban casi tres minutos. Eso hacía que sus dos mil trescientos catorce cañones equivalieran casi al triple. Y ahí estuvo la clave. Los vencedores bien que han alardeado de ello en sus tratados de historia. Pero hubo más claves: el capitán general de la Armada española,

Federico Gravina, recomendó a Villeneuve no salir de Cádiz, y éste se lo pasó por el forro, desobedeciendo incluso las órdenes de Napoleón, que pretendía invadir Inglaterra con ciento ochenta mil hombres. El plan era atraer y alejar a la flota británica del canal de la Mancha, y funcionó. Pero a raíz de la batalla del cabo Finisterre, producida al regresar los barcos a España, y en la que perdimos dos barcos importantes, el San Rafael y el Firme, Villeneuve se guareció en Cádiz. Gravina, Cosme de Churruca, el general Cisneros..., todos le dijeron que esperase viento favorable, que venía un temporal..., y nada, el francés se hizo de nuevo a la mar el 20 de octubre de 1805, y al día siguiente... Se perdieron, hundidos o apresados, veintidós o veintitrés buques por sólo cinco de los británicos. Hubo cuatro mil cuatrocientos ochenta muertos, dos mil doscientos cincuenta heridos y siete mil prisioneros por parte hispano-francesa, mientras que los ingleses contabilizaron sólo cuatrocientos cuarenta y nueve muertos y mil doscientos catorce heridos. Todo eso según las crónicas de la época. Las consecuencias, sin embargo, fueron mucho peores de lo que sólo nos dan los números de la batalla. Estaba en juego el futuro de España.

—¿En qué sentido?

—A largo plazo, con una flota naval mermada o casi inexistente, eso allanaría aún más el camino de la independencia de las colonias en América. A corto plazo, Napoleón, con España de aliada, llevó a cabo un bloqueo continental para aislar a los ingleses. Mientras, Portugal se lo repartían entre franceses y españoles. Godoy incluso aspiraba a que Napoleón le cediera parte de esa conquista, como así fue inicialmente. Se decidió que el país se dividiría en tres zonas, la septentrional para el rey de Etruria, a modo de compensación por la incorporación de la Toscana italiana a Francia, algo que gustó a la Corte de España porque el rey era nieto de Carlos IV; la zona sur, o sea el Algarve y el Alentejo, iba a ser para Godoy; y la posesión del centro, con la capital, iba a depender de cómo terminaran todas las contiendas aún por cerrar. Fuera como fuere, las tres zonas iban a depender del rey de España, así que, con el señuelo de que la península Ibérica volvería a ser española, Napoleón nos mostró la zanahoria mientras preparaba el palo, porque el Tratado de Fontainebleau, donde se decidió eso decía que las tropas napoleónicas, a fin de poder llegar a Portugal, debían de tener derecho de paso por España. A la que nos descuidamos, tuvimos en nuestro suelo a todo un ejército francés que más que de paso parecía lo que en realidad era: que nos estaba ocupando a nosotros.

—Qué jugada más sucia.

—¿Cuándo no es la alta política lo más sucio de este mundo? Alianzas, derechos dinásticos, guerras... Mover un peón significa desencadenar una partida de ajedrez en la que, por el camino, van cayendo más peones, torres, caballos, alfiles..., y al final queda el rey, siempre él. El ajedrez es una muestra paradigmática de la guerra. Al final, en la derrota, queda el rey y, como mucho, un peón, quizás un caballo, con suerte la dama... Los restantes peones, el pueblo, ya han sucumbido, y lo mismo las torres, los alfiles..., que serían los equivalentes de las ciudades, los soldados...

—Y las consecuencias de todo aquello...

—Una de las páginas más sombrías y humillantes de la historia de España.

—¿Porque prácticamente estábamos invadidos y ocupados?

—Fue mucho más que eso. Verás... Las sucesivas guerras en las que nos habíamos metido desde la llegada al trono de Carlos IV consiguieron lo de siempre: desangrarnos, humana y económicamente. Ya no había de dónde sacar dinero. ¿Más presión fiscal? Después de lo de la Revolución francesa nadie tenía bemoles de ponerla en práctica y tensar la cuerda. El país entero pasó a vivir en un punto muerto, un letargo catártico. Godoy era un pelele en manos de Napoleón. El futuro rey, Fernando, llevó a cabo una conspiración para destituir a Godoy y destronar a su padre. Se le llamó la Conjura de El Escorial, porque tuvo lugar allí. El fracaso de la misma hizo que Fernando se rindiera a la evidencia, se rajara, delatara a sus partidarios e implorara el perdón real, que su padre, aquí un santo, le concedió. A comienzos de 1808, incluso Godoy se dio cuenta, demasiado tarde, de que Napoleón se la estaba jugando. No tuvo más remedio que recomendarle al rey que pusiera pies en polvorosa y salvara el pellejo. Se supone que Carlos le habría hecho caso, se dice que iba a marcharse a América, pero mientras visitaba Aranjuez se produjo un motín y la gente, exaltada, oliéndose la escapada, apresó a Godoy. Lo encerraron en el castillo de Villaviciosa de Odón por orden de Fernando. Para salvar la situación, el rey se vio obligado a la abdicación y la corona pasó, ahora sí, a su hijo Fernando VII.

—¿Qué hizo Napoleón?

—Tomárselo a las bravas pero actuar con la astucia de la que carecían Carlos y Fernando. ¿Para qué molestarse en disparar un solo tiro? ¡Nada, hombre! Tocó el pito y les puso firmes. Napoleón era un general revolucionario surgido de la nada, Carlos y su hijo dos mentecatos aferrados al pasado y habituados a vivir en palacios llenos de boato y esplendor ficticios. Les llamó a todos a Bayona, a todos, porque hasta Godoy fue a reunirse con ellos una vez liberado, y la familia real española, mansa cual rebaño de corderitos, se fue hacia allí sin abrir la boca. Una vez en Bayona, Napoleón le dijo a Fernando VII que devolviera la corona a su muy descolocado padre, mucho más manejable. El Fernandito, con el culo apretado, lo hizo, por si las moscas, y Carlos IV, por si los mosquitos, o como si le quemase, se la pasó a Napoleón a cambio de asilo en Francia... y treinta millones de reales anuales de renta. ¿Te imaginas? ¡La corona española de cabeza en cabeza! ¡A ver quién la tenía más gorda!

—¿Quién se la quedó?

—Napoleón, por supuesto, pero no para él. Ya tenía preparado a su hermano Luis, que no la quiso y fue para su otro hermano, José, también conocido como Pepe Botella. Sus planes se vieron alterados con el levantamiento del pueblo español el 2 de mayo de 1808. Tocaba Guerra de la Independencia. Aun así, Carlos IV permaneció prisionero de Napoleón hasta la derrota de los franceses en España, seis años después, y ya no regresó aquí porque su hijo Fernando VII lo prefirió desterrado una vez que consiguió que

nuevamente abdicara... a cambio de ocho millones de reales. Carlos y la reina murieron en la Corte papal, que fue su cómodo refugio de vejez y derrota.

—Qué fuerte.

—Y que lo digas. Carlos IV murió en enero de 1819, fue testigo en la distancia de la guerra de liberación española y, tras su fin en 1814 y la abdicación definitiva, aún sobrevivió casi cinco años más, a cuerpo de rey, pero lejos de casa.

—Me estoy dando cuenta de que, a pesar de lo bien que vivían y de todos sus líos de faldas, ser rey no era una ganga. Entre matrimonios concertados, guerras...

—Era una ganga, pero sí, entiendo lo que piensas —asintió el abuelo—. Y no digamos a partir de Carlos IV. Desde aquel 1808 hasta 1931, aparte de José y Amadeo, que no eran Borbones, seis reyes y una regente perdieron temporalmente la corona en España: Carlos IV abdica dos veces, Fernando VII le seguirá los pasos para volver tras la victoria contra los franceses, la regente María Cristina se fue de Madrid ante el avance de Espartero, su hija María Isabel fue expulsada de España por los generales y ya no volvió aunque lo intentó Antonio Cánovas del Castillo, Alfonso XIII también murió en el exilio tras haber abdicado en su hijo Juan, que prefirió quedarse en Portugal porque por España soplaban vientos nefastos para la Corona. Un rosario de adversidades hasta la estabilidad lograda con Juan Carlos I —movió la cabeza de lado a lado—. De momento, sigamos en 1808 y la que se nos venía encima.

—Una guerra más.

—Y ésta en suelo español. Por una vez, éramos los conquistados.

—¿Cómo pudimos ganar a un ejército tan preparado como el francés, que en aquellos días se supone que se lo comía todo?

—Porque cuando un país, del tipo que sea, es invadido, la historia te demuestra que puede más la rabia y la resistencia del conquistado que el potencial del conquistador, que no deja de ser un invasor extraño. El tiempo, además, juega siempre en favor del débil y en contra del fuerte. El débil resiste, el fuerte se relaja y acaba por cansarse. Napoleón fracasó en Rusia por el general invierno, lo mismo que le pasó a Hitler, más de cien años después. España conquistó el Nuevo Mundo, hasta que cada zona se declaró independiente. Europa pobló África de «civilización», y la expolió, hasta que tuvo que irse país a país aunque no sin antes esquilmarlos a conciencia. Y no hablemos de Rusia con Afganistán o los yanquis en Vietnam, Afganistán, Iraq... ¿El pueblo español fue valiente? Sí, por una vez hubo cierta unidad, porque la rebelión contra los franceses se extendió por todas partes. No quisieron ser franceses, ni un satélite suyo. Pero la victoria en estos casos se fragua con el tiempo, con paciencia. No había ejército para plantar cara, pero cada hombre y cada mujer, simplemente, dijo «no». Y tampoco es que fueran seis años de guerra convencional. España estaba ocupada. Fue un tiempo de zapa, guerrillas, resistencia... La épica nacional ha convertido todo aquello en un orgullo, quizás el último, tal vez el primero de una nueva historia, aunque, como verás, en el siglo XIX hubo algunas de las guerras civiles más sangrientas en la España reciente.

—¿Qué fue de Godoy?

—Fue desterrado a Pésaro, que está en Italia, junto a su esposa, María Teresa de Borbón y Vallabriga.

—Pero... ¿estaba casado?

—Pues claro.

—Y todo eso de su rollo con la reina...

—A bodas por intereses acompañaban siempre relaciones carnales por lujurias o amoríos varios. Lo uno era compatible con lo otro. La mujer de Godoy era prima de Carlos IV. Se casaron en 1797, ya tarde. Godoy también tuvo dos hijos con una amante llamada Pepita Tudó, por eso su esposa le abandonó ya en Italia, se casó con la Tudó y también ella lo dejó. Pero lo que importa es que la fidelidad del valido hacia Carlos IV y la reina se mantuvo por encima de todo. Realmente, si no hubo amoríos con la reina, como dicen algunos historiadores biempensantes, el tipo era de un leal que asusta. Estuvo con la pareja en Compiègne y en Marsella antes de instalarse en Roma, donde los vio morir, fiel hasta el final. Fernando VII lo odiaba y le quitó todos los títulos que pudo. Luego vivió en París con una pensión humilde que le cedió Luis Felipe de Orleans, escribió sus memorias y la reina Isabel II de España le devolvió sus títulos y bienes salvo los de Príncipe de la Paz, Gran Almirante y Generalísimo. Pudo haber vuelto a España, ya mayor, con ochenta años, solitario y viudo de sus dos esposas, pero no lo hizo y falleció en 1851. Aún hoy es uno de los personajes más controvertidos de nuestra historia, por los rumores de su relación con la reina, por su rápida y sospechosa ascensión, por su nefasta política exterior, por su vacilación ideológica... , pero culturalmente se le debe mucho, porque protegió a Francisco de Goya, fundó la Escuela de Veterinaria, la de Medicina, el Cuerpo de Ingenieros Cosmógrafos, el Observatorio Astronómico, el Depósito Hidrográfico, la Escuela de Sordomudos... En fin, como cualquier ser humano, luces y sombras.

—Bueno, así que ya estamos en la Guerra de la Independencia.

—Estaremos mañana, porque me parece que esta noche tu abuela nos hará cenar más que temprano.

—¿Por qué?

—Ella también tiene derecho a estar contigo. Tú y yo nos metemos aquí y empezamos a darle al pico. Querrá disfrutarte.

—Jo, siempre acabamos en lo mejor.

—Por eso la gente se engancha a los culebrones, y antes a los seriales. La historia de España, y la de todos los países que han sido o son, es como un gran culebrón —sonrió de oreja a oreja por su pésimo pareado—. ¿Salimos antes de que venga a buscarnos y le damos una alegría?

—De acuerdo —me pareció justo.

—¡Pues andando!

Lo cierto es que tenía hambre.

Y sabía que la abuela iba a tirar la casa por la ventana haciendo cosas ricas para celebrar la fiesta.

¡Iba a pasar la noche con ellos!

## «Los soldados también lloran...»

Fue una cena insuperable, con mis platos favoritos, chocolate negro de postre, limonada, todo lo imaginable. Para chuparse los dedos y ponerse las botas. Encima, nos reímos mucho contando anécdotas, historias, mías de cuando era más pequeño, del abuelo cuando era joven y de la abuela en las mismas. No nos olvidamos de papá, de sus trastadas, más gamberradas incluso que las mías. En ningún momento planeó sobre nosotros la sensación de infortunio por el hecho de que él estuviese lejos o la de dolor porque el abuelo estuviese enfermo.

En realidad, no estaba enfermo, sólo tenía un cáncer.

De próstata.

Al acabar la cena jugamos al Monopoly. Nada de televisión ni videojuegos, de entrada porque en casa de los abuelos de esto último no había. El Monopoly resultó ser apasionante. Se compraban propiedades, se vendían... Una pasada. Acabamos llorando de tanto reírnos y ganó la abuela.

—Siempre gana ella —me dijo el abuelo—. Nunca he podido superarla. Creía que tú serías más listo o tendrías más suerte, pero ya veo que no. Bienvenido al club.

Pese a que al día siguiente era domingo y no había que madrugar, no me dejaron acostarme tarde. Ellos estaban ya en pie a las nueve de la mañana, como mucho.

—A las nueve en marcha, a las nueve y cinco ducha, a las nueve y quince desayuno, a las diez menos cuarto inicio de la sesión —se puso en plan sargento mayor.

—¡Señor, sí, señor! —le dije yo.

Me soltó un capón.

Cuando me acosté pensé que me costaría conciliar el sueño, porque andaba yo un poco revolucionado por la fiesta. Sin embargo, debí dormirme en poco menos de un par de minutos. Recuerdo que miraba la oscuridad, porque la negrura puede verse igual que la luz, imaginando a mi padre allí con mi edad, y, de pronto... , nada.

A las tres de la mañana, el dolor de estómago me hizo abrir los ojos.

El chocolate, la limonada...

—Maldita sea... —rezongué.

No quería despertar a la abuela, preocuparla, hacerla sentir mal por mi dolor de estómago, robarle horas de sueño siendo ya tan mayor. Así que me levanté y, tanteando las paredes, sin hacer el menor ruido, salí de la habitación y me metí en el cuarto de baño. No me costó vaciar, porque lo hice más o menos líquido, pero no me levanté hasta

que la sensación de malestar hubo desaparecido. Entonces salí del cuarto de baño y me dispuse a regresar a la cama.

Me sentía desvelado.

El estudio del abuelo quedaba allí mismo.

Tres pasos, colarme dentro, cerrar la puerta.

Aquella carpeta con los papeles del médico.

Una voz me exigía no hacer el indio y meterme en la cama. Otra me alentaba a continuar, investigar, resistirme a mi condición de «niño», es decir, de elemento «al que proteger de todo mal». De las dos voces ganó la segunda. La primera se rindió sin mayor resistencia. Alcancé mi destino, crucé el umbral, cerré la puerta a cámara superlenta y abrí la luz.

El silencio era espectral.

Encontré la carpeta sin problemas, pero en ella no había nada nuevo, ningún papel, ningún indicio de que en aquellos días se hubieran producido novedades. Pensé que eso era bueno, la dejé en su sitio y me dispuse a salir.

No sé por qué abrí el cajón.

No, no lo sé.

Pero lo hice y la carta estaba allí.

Carta de papá.

Me quedé asombrado al verla. Después de todo era normal, lógico, que escribiera a los abuelos, pero aun así no me resistí al asombro, vencido por la sorpresa.

Era una carta privada.

Confidencial.

De un hijo a sus padres.

Pero también era una carta de papá. De MI padre.

¿Por qué los abuelos no me habían hablado de ella?

La tomé con mano trémula, vacilante. Miré la fecha del matasellos. Dos días antes. Dejé de ser yo para convertirme en un robot que seguía un impulso. Me senté en la silla, apoyé los brazos en la mesa, volví a respirar y saqué la cuartilla del interior del sobre. Ahora el mayor peso era el del silencio. Como en la primera carta que recibimos en casa, leí sin absorber, a la carrera, así que me vi en la necesidad de volver atrás y empezar de nuevo, más despacio, palabra por palabra.

Y a medida que lo hacía...

«Queridos papás:

»Sé que esperáis que os hable de mí, del trabajo que hago, de cómo están las cosas. Sé que esperáis ánimos, esperanza, mi natural energía. Sé que la distancia lo hace todo más extraño. Pero la noticia de lo del cáncer me ha dejado conmocionado. Una conmoción de la que todavía no he salido. No sé muy bien qué decir, salvo que lamento mucho, muchísimo, no estar con vosotros para daros mi apoyo a los dos, porque un

cáncer lo tiene uno pero lo padece también el otro. Un cáncer es una tela de araña en la que caen todos los que lo envuelven.

»En primer lugar, gracias por compartir la noticia, por no callar, por contarme algo que, en otras circunstancias, tal vez hubierais guardado para vosotros infantilmente, olvidando que todos somos uno y que la familia debe estar unida en lo bueno y lo malo. Puede que mis ideas parezcan anticuadas, ¿verdad, papá? Sin embargo, son las mías y no renuncio a ellas. No os habría perdonado el silencio, a la espera de mi regreso, porque lo que necesitamos ahora es compartir y estar más cerca los unos de los otros.

»He hablado con nuestro médico acerca del tema, y me ha dicho lo que yo ya sé: que hoy en día los cánceres ya no son mortales en su totalidad, que si se cogen a tiempo, como es el caso, las probabilidades son mucho mayores, que el de próstata es el más común en los hombres y que muchos mueren con uno pero no de uno. También me ha dicho que la mayor prevención, como es tu caso, reside en la extracción de la próstata, a la que debe seguir un control semestral. Otras alternativas no son tan efectivas (implantación de semillas, radiación...). Si las pruebas son correctas y está dentro, no ha salido, tienes los huesos limpios y encima no es agresivo (los cánceres de próstata son lentos en la mayoría de los casos), lo más lógico es realizar esa intervención quirúrgica y listos. Y sí, ya sé que es fácil decirlo, que las consecuencias son una mayor limitación de la libertad física y un largo etcétera, pero... Hoy en día vivimos ochenta, noventa, cien años, y pretender alcanzar esas edades sin nada aún es, de momento, una quimera. Todos vamos a tener algo al llegar a viejos. Y sé que tú no lo eres, papá, porque nunca te has sentido ni siquiera mayor. En esa fortaleza, en tu empeño, tu resistencia, tu propia rabia frente a la vida, reside lo mejor de la lucha que estás emprendiendo. Me consta que ni te has sentido decaído más allá de los primeros momentos, cuando uno se replantea muchas cosas antes de llegar a la conclusión de que vivir es un día a día, no una esperanza de futuro.

»Contadme paso a paso el protocolo que hay que seguir, y muy especialmente cuándo será la operación, dónde, cuándo, si es que los médicos se inclinan por ella. Ojalá, si llega ese momento, yo ya esté de vuelta, aunque ésa es otra historia, porque, aquí, las cosas, no quiero engañaros, no están lo que se dice bien.

»Papá, mamá, no quiero insistiros en lo necesarios que éramos aquí, en esta parte del mundo tan desolada y al mismo tiempo tan especial. Nosotros o cualquier otro contingente de tropas, da lo mismo. Sin alguien que garantice una paz, la guerra es lo que queda cuando prevalece la locura. Esto no es lo mismo que inventarse unas armas de destrucción masiva y atacar un país prescindiendo de un mandato de la ONU. Esto es el mundo real: unas gentes que sólo quieren vivir, unos grupos radicales, terroristas, que se lo impiden y quieren implantar su Dios único y sangriento, sus leyes decimonónicas y bárbaras a la fuerza, eliminando la libertad. No hay más. Es así de simple. Pero también es así de duro, amargo. Ver a niños sin esperanza, que crecen en el odio hacia uno u otro lado, sin libros, sin escuelas, con armas en las manos y un futuro inexistente; ver a

mujeres sin rostro, sometidas a la esclavitud del silencio, que no existen salvo para procrear y mantener el hogar sin abrir la boca, carne de repudio, palizas o muerte con sólo que un padre, un hermano o un marido lo dictamine a cuenta del presunto honor de la familia; ver tanta ignorancia religiosa, social, como si el mundo no hubiera avanzado...

»Tratamos de ser árbitros o, mejor, vigías, espectadores de excepción, sin intervenir salvo en caso de ser atacados o tener que defender a la población civil, y es duro, es difícil, y a veces es casi imposible. No somos sordos, ni estamos ciegos, ni podemos ser mudos y callar. Somos soldados, pero también seres humanos. Todos tenemos familias, formamos parte de algo. Muchos de mis hombres son de origen colombiano, ecuatoriano, peruano, y a veces también pienso en ellos como víctimas, porque están defendiendo una bandera que no es la suya y sirviendo en nuestro ejército por necesidad cuando en sus países tienen esposas e hijos, madres y hermanas que no ven desde mucho más tiempo del que yo no os veo a vosotros. Hace un par de días sorprendí a un soldado llorando mientras miraba el desierto haciendo guardia. No lo reprendí, no le hablé de orgullo, de dignidad ni de espíritu castrense (ya sé que aborreces esa palabra, papá, y te diré que a veces yo tampoco la comparto en su estricto sentido militar). Le pregunté qué le sucedía, si tenía que ver con el miedo, la fatiga, el estrés... , y me respondió que recordaba su casa, porque el desierto era parecido al de su tierra. El de aquí es rojizo, el suyo más opaco, marrón y polvoriento. Sin embargo, se sentía como si, echando a andar, detrás de la primera loma fuera a toparse de brúces con los suyos.

»Aquí vivimos con una misión, pero el corazón y, a veces, la cabeza están en otra parte, sobre todo cuando el corazón te lo rompen algunas escenas de las que somos testigos y la cabeza se niega a aceptar hechos contra los que nos rebelamos.

»Papá, soy militar, no te gusta, lo sé y lo siento, pero si no fuera la persona que me enseñaste a ser, ni tuviera los principios que me inculcaste, no soportaría estar aquí.

»Vamos a luchar contigo contra ese cáncer, ¿de acuerdo? Todos. Pero, conociéndote, sé que el pobre está perdido y que vas a expulsarlo de ti con la misma convicción y fuerza con la que defiendes tus ideas contra viento y marea.

»Mamá, te quiero. Pienso mucho en ti viendo a las madres de este país roto y desangrado que luchan con las manos vacías contra el odio de unos y la ignorancia de otros.

»Cuidaos los dos.

»Vuestro hijo Alfredo.»

Cuando terminé de leer la carta me di cuenta de que tenía los ojos húmedos, una bola en la garganta, el corazón acelerado y las manos temblorosas.

Diablos, no era una carta era... ¿Una confesión?

Las cartas que nos enviaba a mamá y a mí eran distintas. Tanto que se me ocurrió pensar en que a lo mejor mandaba dos, una para que la pudiera leer yo y otra más privada para mamá. También es cierto que la de los abuelos estaba presidida por la noticia del dichoso cáncer que nos había sacudido a todos. Pero por debajo de eso existía

un sustrato muy personal, íntimo. La revelación de un padre que de pronto se me aparecía como alguien distinto. Tanta emoción incontenible, el angustioso desgarro del pesimismo al hablar de la tierra que defendía de la barbarie, porque era el entorno en el que andaba metido lo que le hacía hablar de aquella forma.

No quise arriesgarme más. Si la abuela se levantaba y me sorprendía me sería muy difícil justificar mi curiosidad, más bien chafardería. Y si el que lo hacía era él... A lo peor el abuelo perdía su confianza en mí.

Guardé la carta en el sobre, el sobre en el mismo lugar del cajón en el que lo acababa de encontrar, lo cerré y regresé a la habitación.

Todo estaba en calma.

Pensé que me habría desvelado, que ya no podría dormir, que vería a papá en aquel desierto, o patrullando con sus hombres, o disparando a unos insurgentes... , pero, como tantas otras veces, en algún momento de aquella confusión mental, debí de cerrar los ojos y quedarme profundamente dormido.

Soñé que era día de Reyes y estábamos todos juntos abriendo regalos.

## «La famosa Guerra de la Independencia...»

Por la mañana intenté parecer de lo más normal. Cuando me levanté, tarde, el abuelo ya estaba en pie desde hacía rato, aguardando mi presencia para empezar la sesión. La abuela me hizo ducharme y desayunar, esto último como si llevara una eternidad sin comer nada. El abuelo lo aprovechó para ir a por el periódico. Cuando regresó yo ya estaba listo, aunque antes le había preguntado si había alguna noticia del lugar en el que estaba papá.

Me dijo que no.

Dejó el periódico sobre una butaca de la sala y pensé que ya lo hojearía antes de comer. Mamá llegaría un poco antes, para ayudar a la abuela. Por la tarde teníamos pensado ir al cine los dos.

Ir al cine con mamá después de haberlo hecho con Carla ya no era lo mismo.

—¿Por dónde empezamos?

—Nos quedamos en la Guerra de la Independencia —el abuelo plegó los labios.

—¿Y? —repuse al ver que vacilaba.

—Hay muchas formas de entrarle al tema.

—Y a ti que te gusta hacerte el interesante —bromeé.

—A que te doy...

Lo mejor era relajarnos. La carta estaba allí, tan cerca, en el cajón...

—Supongo que en el momento en que Napoleón pensó en invadirnos era porque estábamos tan mal que parecíamos una presa fácil.

—¿Fácil? ¡Regalada! No teníamos nada, estábamos exhaustos, sin ingresos, sin apenas comercio con América, con una carencia de alimentos notable. Una crisis financiera, política y social de primer orden. Había que reorganizar el pago de impuestos, y empezar por darles caña a los de la aristocracia, como siempre. Todo lo hecho por Carlos III, su reforma, se había desvanecido de un plumazo. Era empezar de cero otra vez. Pero, como siempre, existían dos bandos, y los que estaban en contra del rey y de Godoy lo primero que intentaron fue quitárselos de en medio. Eso favoreció la Conjura de El Escorial de la que te hablé ayer, ¿recuerdas?

—Cuando Fernando intentó cargarse a su padre.

—Cargárselo políticamente, que quede claro —me recordó—. Aquella fue un fracaso y el motín de Aranjuez una consecuencia posterior. Ahí, como te dije, Fernando sí logró que su padre abdicara y que Godoy fuera depuesto. Era el 19 de marzo de 1808. Entonces vino el «todos firmes» de Napoleón en Bayona. El 23 de marzo, el general Murat,

lugariente de Napoleón, llegaba a Madrid con sus tropas. Mientras en España el pueblo se alzaba en armas el día dos, en Bayona y durante diez humillantes días sucedió lo de las coronas, yo te la paso a ti, tú me la pasas a mí. Una vergüenza. Napoleón culminó el exabrupto ofreciéndosela a su hermano Luis, que, por el motivo que sea, aunque probablemente fuese porque el tema era una patata caliente, dijo nones. Entonces, el emperador se la colocó al primogénito de los Bonaparte, José, mal que le pesara también a él, y quedó proclamado rey de España el 6 de junio, un mes y cuatro días después del alzamiento del pueblo de Madrid.

—Pero no llegó a serlo.

—Claro que lo fue. La guerra duró seis años, pero, mientras, aquí tuvimos un Gobierno francés.

—¿Qué desató el levantamiento del pueblo?

—Pues ya ves, un hecho aislado. La gente tenía la mosca detrás de la oreja, porque tanto soldado francés no era de recibo; sin embargo, no parecía haber capacidad de reacción. Y sí, la hubo. Al igual que sucedió con el estallido de la Revolución francesa, bastó una chispa. Aquel 2 de mayo, los gabachos se llevaban al infante Francisco de Paula y la gente, al grito de «¡Que se lo llevan!», se arremolinaron para impedirlo. Fue como derribar una ficha de dominó que hizo caer a las otras. Una resistencia en regla que fue expandiéndose por todo el país. De dominar el mundo estábamos a punto de ser dominados nosotros. Lo mismo que los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial se ensayaron en Guernica durante nuestra Guerra Civil, España fue un poco la pionera de la resistencia contra una nación invasora en la guerra de guerrillas moderna, los maquis, las emboscadas, la desigual lucha de unos pocos contra unos soldados bien armados.

—Pero el pueblo no luchó solo. He leído que el 2 de mayo había soldados españoles en el levantamiento.

—Es que el ejército estaba ahí, y se organizó como pudo. Daoíz y Velarde fueron dos capitanes de artillería que se pusieron al frente de algunos destacamentos del ejército español. Son dos de los nombres propios de aquella jornada tan decisiva.

—Dices que las guerras son absurdas, un fracaso del ser humano, pero si no nos hubiéramos alzado en armas entonces, hoy seríamos franceses. Tuvimos que defendernos.

—¿Y quién te dice que hoy no estaríamos mejor, o tal vez peor? Eso es imposible saberlo. Sucedió, es historia, y ya no hay quien lo cambie. No vale la pena pensar cómo habría sido España de otra forma. De una manera u otra, en doscientos años habrían seguido sucediendo cosas. Para España es una fecha de significado orgullo, sobre todo en Madrid. Defendimos nuestra dignidad como pueblo. Otra cosa es pensar que todo el país, como suele suceder, estuviese de acuerdo. Muchos pensaron que aquello podía abrirnos las puertas de la modernidad, salir de monarquías, iglesias, las cadenas del pasado... En una palabra: modernizarnos y entrar en el futuro —el abuelo hizo un gesto impreciso—. Sin embargo, está claro que esa guerra es nuestro primer referente histórico

nacional y la puerta de la España contemporánea. Hubo momentos heroicos en todas partes, el Tambor del Bruch, Agustina de Aragón... , pero lo de Madrid fue especial. Goya lo pintó casi todo y nos ha legado su testimonio, como el de los fusilamientos de la Moncloa.

—He visto una imagen del cuadro en un libro del cole.

—Bien.

—Si los reyes estaban prisioneros de Napoleón, ¿quién mandaba en España?

—José I, el hermano de Napoleón.

—Me refiero a español.

—Nadie. ¿Quién iba a hacerlo? Carlos IV había abdicado en Fernando VII, pero éste, tras cederle la corona a Napoleón, vivía en el castillo de Valençay apartado de todo, con su hermano, su tío y su pequeña corte. El tío, por cierto, controlaba que no leyera libros «que le abrieran la mente». El que luego sería rey de España se alegraba de las victorias de las tropas francesas en suelo patrio y alababa a Napoleón por ellas de una manera servil, mostrando todo su amor por el emperador. Hacía banquetes, celebraba misas, todo por Napoleón.

—Un poco asqueroso, ¿no?

—Del todo, Diego. Pero siempre hay quien dice aquello de «ande yo caliente, ríase la gente».

—¿Por qué luego lo admitieron como rey?

—Porque no se supo, claro. Napoleón se arrepintió siempre de no haberlo dejado en libertad y así exponerlo a la luz pública. Se hubiera retratado a sí mismo. Fernando VII se comportó como el más servil, adulando a Napoleón y viviendo a cuerpo de rey, nunca mejor dicho, para luego aparecer como todo un personaje dispuesto a devolver la soberanía al pueblo de España. Una joya. Otra más. Pero el hecho de estar prisionero hizo que la gente pensara que todo aquello lo había hecho bajo presión, le consideraron una víctima y acabó teniendo un curioso apodo: el Deseado. Ya ves. Incluso las Cortes de Cádiz, al redactar la Constitución, lo reconocieron como legítimo rey y heredero de la Corona de España.

—¿Qué pasó en esos seis años de guerra?

—De todo. Militarmente empezamos bien, venciendo a los franceses en Bailén el 19 de julio. Fue la primera derrota del potentísimo ejército gallo en su historia. Eso hizo ver a Napoleón que la cosa no estaba tan chupada como parecía. Aunque siempre hay contradicciones con los números, parece ser que el general Castaños dirigió a veinticuatro mil hombres y el general Dupont a veintiún mil. Uno de los soldados españoles fue José de San Martín, años después el libertador de Perú, Chile y Argentina. Pero tras esa isla victoriosa todo fueron reveses, de ahí que al final acabáramos luchando en guerrillas, picoteando sin descanso al enemigo. Napoleón pagó caro su deseo de conquistar España. Su ejército se dividió: en el este, Rusia, en el oeste, España. En Rusia el invierno le mató

a medio millón de hombres. En España, simplemente, no pudo estar tranquilo. Fuimos su mosca cojonera.

—¿Y lo de Waterloo?

—Míralo a éste, ¿qué sabes tú de Waterloo?

—Lo vi en...

—Una película, vale. Bueno, al menos viendo cine te culturizas.

Preferí no decirle que no, que lo había visto en un disco antiguo.

—Eso vino después, en 1815, y no nos toca —lo remató él—. Antes hay mucha tela que cortar.

—¿Por qué no nos toca?

—Porque fue donde el inglés Wellington zurró a Napoleón y marcó el inicio del fin.

—¡Ah!

—Volvamos a España. Como te he dicho, militarmente empezamos bien, pero tuvimos que terminar echándoles piedras. Al menos, les dábamos. Otra cosa es en lo político. A ver si consigo exponértelo bien —se inclinó hacia delante y extendió los dedos de su mano izquierda, mientras con la derecha iba tocándolos a medida que ordenaba sus ideas—. Por un lado, estaban los que, ya entonces, pensaban que Francia nos llevaría a la modernidad, así que no veían mal la ocupación; por otro lado, estaba la Iglesia, tan decididamente al lado del pueblo que la cosa, por patriota, olía fatal; y, por otro, las Cortes de Cádiz, que redactaron la Constitución de 1812, todo un logro, la auténtica puerta abierta a la libertad, el progreso y el futuro. Hay que especificar, pues, el papel de cada una de esas partes en el conflicto.

—¿Hubo gente española que estaba de acuerdo en que fuéramos franceses? —empecé por la primera.

—Les llamaron «los afrancesados». Eran hijos de la Ilustración, liberales y adictos a la Revolución francesa. Ellos comprendían que con reyes como Carlos IV o su retoño Fernando VII no se iba a ninguna parte. Simplemente vieron una oportunidad para dar un salto cualitativo que, de otra forma, a la española, era imposible. Tenían sus razones. Y buenas eran. Pero la manera solapada con que Napoleón se había colado en el país merecía una respuesta: que se le pararan los pies. La revolución teníamos que haberla hecho nosotros mismos, no esperar a que llegaran los gabachos para dictarla.

—¿Y lo de la Iglesia? ¿Por qué has dicho que fueron tan patrioteros que la cosa olía fatal?

—Porque una vez más se dieron cuenta de que cambio significaba «vosotros vais a dejar de tener tantos privilegios», ¡lo de siempre! ¿Revolución francesa? ¡No! ¿Ideas liberales y progresistas? ¡Ni hablar! Napoleón y los suyos eran el diablo. La Iglesia defendió sus intereses, mirando para sí misma como siempre, y ello facilitó que desde los púlpitos lideraran una parte de la rebelión contra el invasor gabacho, que encarnaba el mal. Un pueblo como el español, tan cristiano, apostólico y romano, hizo causa común

con el clero. Ese mismo pueblo habría tenido que entender que lo que se hizo en Cádiz sí pudo marcar nuestro futuro hacia la modernidad.

—¿Y lo que se hizo fue esa Constitución?

—Ni más ni menos —asintió—. José I era un tipo cargado de buenas intenciones, que trató de gobernar desde una óptica prudente y mesurada. Por supuesto, no pudo. Le llamaron Pepe Botella porque decían que era un borracho, ¡pero el tipo no bebía! Mientras tanto, en Cádiz, último bastión español que debido a su condición geográfica era un puerto prácticamente inconquistable, España reunió un Parlamento de emergencia.

—¿Quién lo mandaba?

—¡Ahí está la cosa, Diego! ¡Por primera vez en muchos años no había un rey, ni un heredero, ni una maldita sucesión que llevase a una guerra! ¡No había nadie! Bueno, sí —se puso serio—: el pueblo, la gente, representada en unos señores que dependían de sí mismos, no de ningún fantoche real. Y ellos fueron los que para tener un ámbito de gobernabilidad crearon aquella famosa e histórica Constitución, liberal, progresista, hija de la Revolución francesa. Una Constitución que limitaba el poder del rey y le daba al Estado y al Parlamento la representatividad del pueblo, sin privilegios para la Iglesia o la nobleza, desde siempre las lacras de la España decimonónica y ancestral. ¡Era una liquidación del antiguo régimen en toda regla! ¡Fuera privilegios! ¡Bienvenida la justicia social!

—Y cuando se ganó la guerra y los franceses se fueron, ¿por qué no se mantuvo?

—¿Crees que estábamos maduros para tanto? La Constitución se hizo en tiempo de emergencia, de guerra. Cuando acabó ésta, volvió el reaccionarismo, y peor que antes, ¡peor! —lo enfatizó—. Dimos un paso atrás que volvió a situarnos en el furgón de cola de la evolución europea. El pueblo vio un árbol que le tapó la visión del bosque. Vitoreó a un rey traidor que volvió en olor de multitud y que fue nefasto, ¡qué digo nefasto: funesto, horrible, espantoso, vil!, pero es que seguíamos siendo lo que éramos, tontos del culo, presas fáciles de curas y monarquías. En fin..., no adelantemos acontecimientos, que siempre me tiras de la lengua.

—¿Yo? Pero si eres tú el que se exalta.

—Es que hay cosas que claman al cielo y me hacen hervir la sangre.

—Pues vaya —sonréí con ironía.

—La guerra duró, como ya te dije, seis años, desde el ocho al catorce. Toda la península menos Cádiz era francesa. Había situaciones paradójicas, mientras los campesinos luchaban «por Dios, la Patria y el Rey», por un lado, por el otro se negaban a pagar las rentas y derechos a sus señores españoles. En 1811 se abolió el régimen señorial y el día de san José de 1812 se proclamó la Constitución, de ahí que se la llamara la Pepa. Pero en paralelo, aprovechando que aquí andábamos a la greña y bastante teníamos con lo nuestro, se inició el desmembramiento de los restos del Imperio. Venezuela fue el primer país que proclamó la independencia de España, en 1811. Lo que siguió fue ya imparable. En 1826, el conjunto de naciones americanas

constituidas al margen del reino era una realidad. El despotismo ilustrado, la monarquía ilustrada, todo eso cambió con la Guerra de la Independencia. Un montón de naciones irrumpían en la geografía social, política y económica del siglo XIX, liquidando el Viejo Mundo a golpe de libertad.

—¿Lo perdimos todo?

—Conservamos Cuba, las Filipinas y Puerto Rico por razones de supervivencia en aquellos días. Migajas de lo que fue el imperio colonial hispano. El Estado se descompuso como tal por las dificultades de renovación del conjunto de planos en que se movía, sobre todo el económico y el social unido al anquilosamiento político. Pocos supieron entender en España la necesidad de una regeneración con vistas a la adecuación de los nuevos tiempos. El choque con lo que sucedía en el exterior fue tremendo. Viejas estructuras contra nuevas ideas. Un cabronazo como Fernando VII contra el aperturismo europeo. Napoleón descerebró el país de Borbones, aceleró la independencia de las colonias americanas al vernos obligados a pelear aquí para no dejar de ser independientes nosotros, y el despotismo ilustrado ya no pudo hacer nada para mantener las riendas; por eso, una de las primeras cosas que hizo Fernando VII fue rescatar la Inquisición más pura y dura, como veremos después. Todo era contradictorio. Es evidente que la monarquía ilustrada y soberana del Estado Transoceánico murió con la guerra. Los últimos ramalazos de la crisis se vieron entre 1826 y 1834.

—Pero las colonias se habrían independizado igualmente, ¿no?

—Sí, aunque no en ese momento, y eso habría dado tiempo a una posible recuperación, de entrada económica, más tarde quizás extensiva a otros ámbitos. Inglaterra bien que mantuvo las suyas hasta el siglo XX. El contexto internacional siempre es algo más amplio, y todo depende de la mentalidad de cada momento. Se estaba produciendo un choque de galaxias, de civilizaciones, el mundo antiguo caía exhausto y florecía uno diferente. ¿Y cuáles eran esos choques? Pues la noción del poder absoluto y las libertades políticas, las religiones, el orden teológico, la ciencia, la razón, la propiedad de mercado, el capital...

—Y lo que conservamos ¿por qué era importante?

—Sobre todo Cuba, que lo era como plaza, como puerto marítimo, por su azúcar... Tuvo que ser dominada con mano de hierro, por si las moscas, y así nos fue luego. Hubo guerras entre 1868 y 1878, y entre 1895 y 1898, cuando la perdimos.

—Total que si Fernando VII hubiera sido inteligente...

—Cuando eres un patán egoísta, tanto da que lleves corona. Los errores serán más gordos, eso es todo. Aquella hermosa Constitución, en plena guerra, fue un espejismo.

—¿Cómo se derrotó a Francia?

—En julio de 1812, el famoso Wellington inglés, comandando un ejército hispano y británico, derrotó a los galos en Arapiles y los echó de Andalucía. Como en Rusia Napoleón las pasaba ya canutas al empezar 1813, no pudo replicar como lo hubiera hecho en otras condiciones. Dejó España a su suerte y José Bonaparte se largó lo más

rápido que pudo de Madrid. Tras las derrotas de San Marcial y Vitoria ya no hubo vuelta atrás. En diciembre de 1813, Fernando VII recuperó la corona. En cuanto la contienda terminó, los franceses se fueron y regresó el rey... Adiós, apaga y vámonos. Fue una reacción impulsada por palacio, la Iglesia y... de nuevo el pueblo engañado y estúpido. Una reacción absolutista y excluyente que apagó la llama del cambio. Lo único bueno es que sí sirvió de modelo para futuras constituciones. España fue uno de los primeros países en servirse de una Carta Magna así sobre la soberanía nacional, los derechos de las personas y la división de poderes. Para una vez que nos adelantábamos a nuestro tiempo... Cuesta mucho en este país dar un paso en firme, Diego. Por ejemplo, en Cataluña hubo leyes vanguardistas y casi del siglo XXI en los años treinta del siglo XX, pero la Guerra Civil dio al traste con ese espejismo. Y siempre que se da ese paso atrás, cuesta mucho detenerse y volver a darlo hacia delante. Los reaccionarios siempre ponen palos a las ruedas, siempre, siempre, siempre.

A veces se ponía triste con lo que decía. Ésta fue una de ellas.

Su corazón revolucionario se resentía.

Y notaba en él, sin embargo, el orgullo de la casta. En el fondo no se quejaba tanto como se lamentaba, y hoy sé que cuando uno aprieta los puños y critica lo que ama, no lo hace por nada que no sea el dolor. Los políticos que dicen que o se está con ellos o contra ellos se equivocan. Sólo de la crítica constante se aprende y se comprenden los defectos que han de ser subsanados. De nada sirve la autocomplacencia. Hay cosas que duelen, el amor, tu país, los iluminados que hacen guerras asegurando que hablan con Dios, ver desperdiciar la energía, la posibilidad de hacer cosas, crear, existir con dignidad y siempre, siempre, llevando la libertad al límite, porque es la única forma de mantenerla a salvo de todo mal o de los ataques de los reaccionarios y los inmovilistas.

A fin de cuentas es imposible detener el mundo.

Sus flujos, sus corrientes, sus cambios constantes.

Creo que por eso quería tanto al abuelo. Me enseñó siempre a pensar.

Por mí mismo.

—Abuelo, si eres republicano, ¿por qué hablas bien de la Corona en la actualidad?

—Porque por lo menos un Borbón sacó lo que había que sacar un 23 de febrero de 1981 y paró otra involución, otro golpe más contra la democracia en España. Eso sólo ya reivindicó su presencia aquí, sin olvidar que no es lo mismo una monarquía parlamentaria que los mangoneos de sus antecesores.

—Bueno, ya me has dicho por activa y por pasiva que Fernando VII era un impresentable.

—Por activa y por pasiva —se echó a reír—. A veces pareces un listillo.

Yo me puse rojo.

—Pero ¡sí...!

—Anda, cállate, ¡cállate! —hizo un amago de ir a saltar sobre mí—. Aún voy a hablar yo peor que tú, con lo liberador que es un taco de vez en cuando, coño.

Bajó la voz por si la abuela estaba cerca.

—¿Quieres que diga tacos?

—¿Quieres que tu madre me mate? —abrió unos ojos como platos.

—Venga, sigamos con Fernando VII —me dispuse a seguir escuchándolo en aquella fantástica mañana libre de todo mal.

## «Así se las ponían a Fernando VII...»

Las cenizas volvieron a ensombrecerle.

—Fernando VII regresó a España en 1814 para ocupar el trono que tan gratuitamente le había entregado a Napoleón seis años antes. Lo que son las cosas. Y la gente, que creía haber ganado la guerra contra el invasor, salió a la calle como hoy se sale cuando un equipo gana la Liga de Campeones, feliz, cantando y celebrándolo. Dicen las crónicas que las iglesias hacían repicar sus campanas, las marchas triunfales atronaban en todas partes y la fiesta reinaba en casas y posadas. Pero una cosa es ver acabada una guerra y otra, que no se dieran cuenta de que el que volvía, El Deseado, no era sino más de lo mismo, como su padre.

—¿Tan rápido fue?

—¿Rápido? Todavía no estaba en su muy real butaca cuando ya arrasaba. No dejó titíere con cabeza. ¡Busca en internet el retrato que le hizo Goya antes de exiliarse y verás la cara que tiene! ¡Qué bien le pilló el tío! Apoyado en los dos pilares del Estado, nuevamente incombustibles, la Iglesia y los mandamases reaccionarios de turno, se dedicó a «limpiar» el país de liberales, progresistas, vanguardistas o como quieras llamarlos. Fue una debacle. Una dictadura en toda regla, de las que estamos tan acostumbrados aquí a la que nos descuidamos. Lo primero, cargarse la Constitución, como si nunca hubiera existido. Un general llamado Elío le dijo al rey que ponía el ejército a su servicio. Es el primer pronunciamiento de nuestra historia. El 4 de mayo promulgó un decreto que restablecía la monarquía absoluta y se acabó lo que se daba. Lo segundo, amordazar a la prensa y prohibir la libertad de expresión. Lo tercero, devolver a la Iglesia sus bienes, para ganarse su beneplácito humano y, de paso, el cielo. Lo cuarto, eliminar la cultura, porque ya se sabe que es mucho más fácil de gobernar un pueblo burro que un pueblo pensante. Por eso es tan importante...

—Leer libros.

—Eso es. Y no pongas esa cara de fastidio.

—¿Cómo se elimina la cultura?

—Cerró las universidades. ¿Te parece poco?

—¿Eso hizo?

—No contento con ello, y para depurar aún más cualquier intento desestabilizador o progresista, reverdeció a la Inquisición dotándola de pleno poder para pasar por la piedra al más pintado. Lo último fue cargarse el Consejo de Estado. ¿Para qué lo quería, si el muy dictador iba a mandar él solito? Los que le rodeaban eran del mismo palo. Unos

impresentables. Por ejemplo, antes de regresar a España, pactó que los «afrancesados» no serían represaliados, pero en cuanto se vio seguro la arremetió contra ellos de mala manera y tuvieron que exiliarse. Y más, mucho más. ¿Has oído la frase «Así se las ponían a Fernando VII»?

—No.

—Pues es un dicho muy español. Jugaba al billar y los rivales siempre le daban a las bolas de manera que se quedaban, que en argot significa que fallaban y dejaban las tres bolas en posición de que el rival hiciera caramolas fáciles. El tipo mostró su mezquindad en grado sumo cuando su padre, que le perdonó una vez y abdicó en él en dos ocasiones, le pidió permiso para regresar a España y morir aquí y no se lo concedió. El catálogo de sus iniquidades no se queda ahí, alcanza un sinfín de hechos, materias, personajes... El mismo Goya tuvo que poner pies en polvorosa por si acaso, ya que acabó en la lista negra. ¡Nuestro pintor más famoso, junto con Diego Velázquez y Pablo Picasso, murió exiliado en Burdeos!

—¿No hizo nada bien?

—Hijo, poner una vela a un santo mientras te acuestas con el diablo no es una excepción, sino una confirmación. Y no es que el muy lerdo tuviera migas con el averno. Otra vez, un iluminado en escena. ¿Algo bien? No sé, ni idea. Años después juró la Constitución, sí, pero fue porque tuvo el culo muy apretado cuando una parte del ejército se levantó en armas contra él.

—¿Hubo un golpe de Estado?

—Un intento semifallido en 1819, porque, pese a todo, los liberales que quedaban, aunque escasos, no se resignaban a tanta oscuridad. En un desesperado esfuerzo por recuperar las colonias de América, Fernando organizó un ejército. Justo antes de que embarcaran en Andalucía, su general, Rafael del Riego, pensó que mejor que ir a morir con sus tropas al otro lado del Atlántico, arreglaba las cosas aquí. El tipo quería que Fernando VII jurase la Constitución, así que intentó buscar adeptos para su causa por tierras andaluzas, pero pocos lo secundaron. El horno ya no estaba para bollos, y tenía miedo de la Inquisición. El pronunciamiento no fue sofocado, pero se quedó huérfano y los soldados acabaron dispersándose. Por fortuna, en Galicia hubo otro levantamiento en pro de la Constitución y el resto de España acabó sumándose a ello. Una muchedumbre de esas que impresionan rodeó el Palacio Real de Madrid el 7 de marzo de 1820. El general Ballesteros le dijo al rey que podía reprimir fácilmente al populacho..., pero que no sabía el grado de lealtad del ejército, que fácilmente podía sumarse a los sublevados. Ante la coyuntura, Fernando se metió el rabo entre las piernas. Dijo que él «se plegaría siempre a la voluntad del pueblo», el muy cínico. Así que juró la Constitución tres días después. ¿Y qué? Tras un período de transición, el llamado Trienio Liberal, volvió a las andadas.

—¿Qué es eso del Trienio Liberal?

—Hubo un Gobierno liberal-progresista pese a todo, entre 1820 y 1823. Y en ese

período, ¡oh, fantasía!, se suprimió la Inquisición, hubo medidas contra el absolutismo... Pura fachada. Fernando no estaba dispuesto a ceder. Como buen cínico, fingía respeto y conspiraba como lo que era, un soberano traidor. El general Riego fue elevado a la categoría de mariscal de campo y luego a la de capitán general de Galicia, aunque lo destituyeron antes de que llegara a tomar el mando acusado falsamente de ser republicano. Su vida estuvo llena de vaivenes, pero su popularidad fue en aumento, aderezada por una especie de leyenda personal que lo convirtió en héroe a ojos de la gente. Pese al traspie de Galicia, acabó siendo capitán general de Aragón, y, destituido tras un complot republicano en Cugnet de Montarlet, recaló en Lleida, luego en Castelló de Farfaña y terminó de diputado en Asturias. En Madrid, su retrato es adorado. De diputado pasó a presidente de las Cortes Generales. Un carrerón. Los adictos al viejo régimen le montaron un sinfín de pollos y en 1822, cuando empezaron las revueltas por las reformas, un batallón de la milicia nacional cargó contra sus seguidores. Lo llamaron la Batalla de las Platerías. Luego hubo una segunda revuelta con mucha violencia en Cataluña y Navarra. El barón de Eroles se apoderó de la Seu d'Urgell y proclamó una regencia absolutista contra los liberales. La cosa ya se había vuelto a disparar y Fernando VII lo aprovechó todo para arrimar el ascua a su sardina.

—¿Qué hizo?

—Reclamó ayuda al extranjero para asentar de nuevo el absolutismo. ¿Dónde? En el Congreso de Verona de diciembre de 1822, la Santa Alianza, algo así como una OTAN facha, decidió que una España liberal era un riesgo para Europa. El Congreso puso a Francia de gendarme y los franceses mandaron un ejército a España en ayuda de Fernando VII. Fue el 7 de abril de 1823 y se les conoce como los Cien Mil Hijos de San Luis, que no eran cien mil, pero la cifra quedó muy bien para la historia. Imagínate: echamos a los franceses a patadas en 1814 y en nueve años volvían a estar aquí, ahora para defender la monarquía. De locos. Ahí se acabó el Trienio Liberal. Riego intentó organizar la resistencia y probar la incapacidad del rey en las Cortes. En vano. El 15 de septiembre fue engañado y traicionado por sus propios hombres, detenido y condenado por alta traición. Fue ejecutado en la plaza de la Cebada de Madrid... vituperado por los que poco antes lo habían exaltado. Ahora pregúntame por qué te he hablado de este caballero.

—¿Por qué me has hablado de este caballero?

—Buena pregunta. Porque Rafael del Riego es un claro exponente de hombre íntegro, por lo menos en la época que le tocó vivir, defensor de las libertades civiles y luchador por la democracia. Fue el primer mártir de la represión política moderna. Y también te he hablado de él porque en su honor se hizo el Himno de Riego, que de marcha militar pasó a ser himno liberal y republicano, y finalmente se convirtió en el himno oficial de España en bastantes ocasiones, la última de ellas durante la Segunda República. Por eso, cuando algunos quieren jorobar al personal lo tocan, lo cantan...

—¿Te lo sabes?

—Pues claro.

—¡Cántalo!

—¡Anda ya!

—¡Va, abuelo!

Se hizo el remolón, pero lo tenía pillado. Puso cara de circunstancias y, de pronto, con voz de tenor, aunque sin gritar, empezó a cantar:

Serenos y alegres  
valientes y osados  
cantemos soldados  
el himno a la lid.  
De nuestros acentos  
el orbe se admire  
y en nosotros mire  
los hijos del Cid.

Soldados la patria  
nos llama a la lid,  
juremos por ella  
vencer, vencer o morir.

El mundo vio nunca  
más noble osadía,  
ni vio nunca un día  
más grande el valor,  
que aquel que, inflamados,  
nos vimos del fuego  
excitar a Riego  
de Patria el amor.

Soldados la patria  
nos llama a la lid,  
juremos por ella  
vencer, vencer o morir.

La trompa guerrera  
sus ecos da al viento,  
horror al sediento,  
ya ruge el cañón  
a Marte, sañudo,  
la audacia provoca  
y el ingenio invoca  
de nuestra nación.

Soldados la patria  
nos llama a la lid,  
juremos por ella  
vencer, vencer o morir.

—Caramba —suspiré.

—Ha habido otras versiones, una alternativa que se cantaba en México, una moderada con un párrafo nuevo que se introdujo en 1836 y, por supuesto, no han faltado las satíricas.

—Dime una.

—Es un poco irreverente.

—Venga, hombre.

—Nada de cantarla por ahí, ¿eh?

—No.

De nuevo se puso en plan tenor y soltó:

Si los curas y frailes supieran  
la paliza que les van a dar,  
subirían al coro cantando:  
«¡Libertad, libertad, libertad!».

Si los Reyes de España supieran  
lo poco que van a durar,  
a la calle saldrían gritando:  
«¡Libertad, libertad, libertad!».

—Son divertidas —dije riéndome.

—Por lo menos otra cosa no sé, pero sacarle punta a todo... , eso sí lo hacemos.

—Y en cuanto acabó el Trienio Liberal, el rey volvió a las andadas —retomé la historia.

—Si sólo hubiera vuelto a las andadas sería casi un santo —rezongó el abuelo—. A la década siguiente, de 1823 a 1833, se la llama la Década Ominosa.

—¿*Omi* qué?

—Ominosa. Significa abominable —me lo aclaró—. Menos la Inquisición, que ya habría sido demasiado, Fernando VII recuperó lo más negativo y oscuro del pasado, los privilegios de los señoríos, los mayorazgos, el cierre de periódicos, de universidades... Una represión en toda regla, mezquina y retrógrada, porque el caballero además era rencoroso y de los que no olvidaba una affrenta. El clero instigó lo suyo, y también los seguidores del infante Carlos María Isidro, el hermano de Fernando, otro meapilas integral, que en apariencia iba a ser su sucesor.

—¿No tuvo hijos?

—¿Te has dado cuenta de que en otros casos siempre empezaba hablándote de las bodas, amoríos y descendientes de cada rey? Pues en éste lo he dejado para el final, porque es la clave de las guerras que iban a seguir, ya para acabar de decorar el pastel. Antes déjame decirte que fue en esta década cuando se consumó la pérdida de nuestro imperio colonial. Un desastre, Diego, un desastre.

—Esas guerras fueron las carlistas y vinieron por lo de la Pragmática Sanción, ¿no?

—Vayamos por partes. Bodas y descendencias. Fernando VII se casó nada menos que

cuatro veces. La primera cuando tenía dieciocho años con María Antonia de las Dos Sicilias, por supuesto prima suya. Murió de tuberculosis tres años después tras dos abortos. La viudedad en el exilio francés hizo que ansiara por encima de todo casarse con una de las sobrinas de Napoleón, para emparentar con él. Pero el emperador lo veía venir desde hacía tiempo y se hizo el sordo. Pese al «mucho amor» que el infame Fernando le profesaba, se quedó compuesto. La siguiente esposa fue Isabel de Braganza, de la que era su tío, porque la infanta portuguesa era hija de la hermana de Fernando, Carlota Joaquina. Fernando le llevaba diez años, y en la Corte corrieron no pocos chistes a causa de su obesidad y rostro poco agraciado, por decirlo de manera elegante. Quedó embarazada la joven y en el momento de parir le hicieron una chapuza de cesárea que le costó la vida a ella y a la niña que habría sido la primera hija del rey. Total, dos años de matrimonio y a por la tercera, rápidamente, que se le pasaba el arroz. En menos de un año ya tuvo candidata, que resultó ser María Josefa de Sajonia, otra Borbón-Parma, emparentada doblemente con él porque era a la vez prima segunda y sobrina segunda. Era una niña de dieciséis años. Una niña para un sátrapa como él. Se dice que la noche de bodas se hizo pipí y caca en la cama, porque no tenía ni idea de qué iba eso del matrimonio, la consumación y los misterios del sexo. Durante los días siguientes vivió en un estado de choque y pánico tal que se tuvo que recurrir al Papa.

—¿En serio? —aluciné.

—Y tanto.

—Pero ¿qué sabía el Papa de sexo?

—Hombre, no lo hizo en persona, supongo, pero lo cierto es que una vez instruida la moza regresó al tálamo, de donde no saltaron chispas nunca. La prueba es que no se quedó embarazada ni una sola vez. Tanto sacrificio para morir a los veinticinco años a causa de unas fiebres. Y a reina muerta, reina puesta. La cosa de la descendencia ya urgía. Le tocó el turno a María Cristina de las Dos Sicilias, que, como puedes imaginarte por el nombre, también era sobrina suya, hija de su hermana menor María Isabel de Borbón. Esta vez supongo que la buscaron sana y paridora, italiana fogosa, con veintitrés años de edad, y llegaron los hijos. Mejor dicho, las hijas. Dos: Isabel y Luisa Fernanda, la primera nacida en 1830 y la segunda en 1832, tras lo cual al rey se le agotaron las municiones.

—Así que volvió el lío por culpa de eso.

—Y qué lío, Diego, ¡qué lío! Fernando VII, que, como ya te he dicho, era un tipo astuto para sus intereses, en cuanto vio a su cuarta esposa embarazada, empezó a darle vueltas al asunto por si lo que llegaba era niña y ya no podía tener más descendencia. La Pragmática Sanción dictada por Carlos IV en 1789 no se había hecho efectiva. Decía que si el rey no tenía hijo varón, el trono pasaría a la hija mayor. Y Fernando VII la rescató para implantarla y evitar que su hermano heredara la corona. Ni más ni menos. Eran unas familias que daban gusto, se querían todos un montón... , pero muertos. Esta decisión no gustó nada a los partidarios de Carlos, los carlistas, que viendo ya mayor a

Fernando esperaban la llegada del hermano a la máxima jefatura para satisfacción de sus intereses.

—Y se zurraron.

—Espera, espera, que la cosa se complicó aún más. ¿Qué diferencias había entre Carlos y la posible niña que naciera? Pues que Carlos era un continuista, otro meapilas retrógrado y absolutista, mientras que la posible niña, puesto que aún no podría reinar si su padre moría antes, como parecía por su salud, esperaría la mayoría de edad bajo una regencia de la reina madre, María Cristina, que se confiaba en que, llegado el momento y dada su juventud, fuese más liberal que su marido el rey y, por supuesto, que preservara el trono para su hija. ¿Qué mejor que una madre amantísima para pelear por su camada? O sea, que la lucha, aparte del tema dinástico, en el fondo y como siempre en España, era entre el cambio y el inmovilismo, el progreso y los carcas. Al nacer una niña, la futura reina Isabel II, la Pragmática Sanción cobró carta de naturaleza. Entonces se produjo uno de esos esperpentos tan españoles, que no sé si nos los tenemos ganados, los merecemos, los buscamos o nos caen encima por gracia divina: el rey ya se estaba muriendo.

—¿Eso es un esperpento?

—No, lo fue lo que pasó a continuación —me calmó el abuelo—. Parecía que iba a estirar la pata, y nunca mejor dicho porque lo que le sobrevino fue un ataque de gota. Así que estaba el tipo medio muerto y sus confesores, celosos, por supuesto, del bien de España, le pusieron por delante un documento que revocaba la Pragmática Sanción para que lo firmara. Y Fernando lo firmó. Adiós a Isabel II. El nuevo rey sería Carlos merced a la vieja Ley Sálica de Felipe V destinada a evitar que la corona cayese en manos extranjeras, básicamente los Habsburgo, ya que él era el primer Borbón, por vía matrimonial. Pero, jah, milagro o pacto con el diablo! Va Fernando VII y se recupera. Cuando vio lo que le habían hecho firmar aprovechándose de su incapacidad empezó a cortar cabezas. Todos los partidarios de su hermano Carlos a galeras.

—¿Había galeras?

—Es un decir, hombre, una frase hecha —me lo aclaró—. El resultado fue que Fernando hizo una purga de carlistas y que el propio Carlos tuvo que poner pies en polvorosa y refugiarse en Portugal. La línea sucesoria, merced a la Pragmática Sanción, pasaba pues por la infanta Isabel, que rápidamente fue proclamada princesa de Asturias como mandan los cánones. ¿Todo quedaba sellado? Qué va. Lo que quedaba era justo para que volviéramos a zurrarnos de lo lindo con la más salvaje de las guerras: la civil, que siempre enfrenta a hermanos con hermanos. Y hubo nada menos que tres Guerras Carlistas, tres. Una salvajada tras otra.

—Y todo porque unos se empeñaban en mandar y otros también, siempre anteponiendo intereses e ideas propias sin respetar las de los demás.

—Dicen que la democracia no es perfecta, pero es el menos malo de todos los sistemas, hijo. Cosas así lo demuestran.

—¿Cuándo murió Fernando VII?

—En 1833. Isabel tenía tres añitos, así que le tocó hacer de regente a la reina María Cristina, su muy real madre —el abuelo dejó de hablar, aguzó el oído y atendió al timbre de la puerta, que sonaba en ese momento. Así que cambió el tono y agregó—: Hablando de madres... , creo que llega la tuya.

## «Y entonces... las crueles Guerras Carlistas»

Era mamá. Llegaba más temprano de lo previsto. Tuvimos que dejarlo para salir a recibirla. La abuela ya había abierto la puerta. Nada más verla, cuando salía del ascensor, en la penumbra del rellano, me pareció más guapa que nunca, porque cuando se arreglaba parecía una de esas mujeres que salían en los programas de la alta sociedad en la televisión. Yo fui el primero en saltar para abrazarla y darle un beso. Luego lo hicieron ellos.

—¿Qué tal se ha portado?

—Un santo —manifestó la abuela.

—¿Qué esperabas, que rompiera algo? —me alucinó la pregunta—. Ni que fuera un crío.

—Perdone usted —inclinó ella la cabeza.

Nos dirigimos en bloque a la sala. Apenas si hubo mucha conversación, porque en estos casos siempre resulta ser de lo más trivial. Mamá se puso cómoda, hizo dos o tres preguntas más, la abuela le pasó el parte y luego se fueron a terminar de preparar la comida. La mañana estaba pasando como en un soplo, así que no quedaba ya mucho antes de sentarnos a la mesa. El abuelo y yo retornamos a nuestro refugio.

Lo de las Guerras Carlistas prometía.

Aunque tanto hablar de guerras, de dolor y muerte, de un pasado tan duro y también cercano en el tiempo y en un país que era el mío, a veces me producía un mal sabor de boca. Se trataba de nuestros antepasados. Quizás yo fuera descendiente directo de uno de los que echaron a los judíos, o pelearon contra los franceses, o lo hicieron con los carlistas. ¿Por qué nadie se preocupa de llevar un registro de los árboles genealógicos de cada familia? Me encantaría saber de dónde vengo.

—El tema de las Guerras Carlistas es bastante extenso —me anunció el abuelo.

—A la hora de comer, paramos.

—Nunca habría imaginado que aguantaras tanto.

—Pues vaya confianza tienes en mí. ¿No te dije el primer día que, si empezábamos, seguiríamos?

—Ya, pero a tu edad...

—¿Qué le pasa a mi edad?

Me miró con una de esas miradas especiales, dulce, nostálgica, cariñosa, cansada, feliz...

—Nada —suspiró—. Que ojalá la pillara, pero sabiendo lo que sé ahora.

—Claro, porque, si no, tendrías que volver a estudiarlo todo.

—Si sólo fuera eso...

Me guiñó el ojo y ya no dijo nada más.

No supe si su misterio tenía que ver con lo del cáncer, y no quise meterme en terreno peligroso y pisar minas.

Ya estábamos sentados.

—Las Guerras Carlistas fueron tres: la primera, de 1833 a 1840; la segunda, entre 1846 y 1849; y la tercera, de 1872 a 1876.

—Siete años una, tres otra y cuatro la última, menuda cantidad de tiempo.

—Tiempo, muertos, economías fallidas... y el fantasma de las dos Españas que siempre reaparece, como si estuviéramos malditos por la historia. Aquello le costó al país nada menos que trescientos mil cadáveres.

—¿Quién inició la guerra? Supongo que los carlistas.

—Carlos habría seguido la línea dura de su hermano Fernando, pero en esto pudo más la sangre y la ansiedad por ver a un hijo propio en el trono, que fue lo que le pasó a Fernando VII. Antes de su muerte, los moderados ya hicieron una política denominada «reformismo fernandiano», pero nada liberal, que conste. Digamos que existía un proceso de transición forzada y pactada porque el absolutismo se desmoronaba y había necesidad de progreso. Ahora veamos cómo te cuento yo... —el abuelo se rascó la cabeza—. Es que si voy por orden nos haremos un lío.

—¿Por qué?

—Porque por un lado están las guerras, por el otro Isabel II, y no nos olvidemos de su madre, la regente, que también tiene su historia y es de toma pan y moja.

—Me dijiste que renunció por amor, ya que se casó con un militar.

—Buena memoria —ponderó—. Y es cierto. La reina se enamoró perdidamente del soldado y se casó con él en el mismo año de la muerte de Fernando VII, sin guardarle el debido luto. Lo hizo en secreto, pero como se puso a tener hijos rápidamente... Vamos, que difícilmente pudo ocultarlo. Y fueron ocho, siete de ellos vivieron más allá de la infancia. Esa boda secreta le granjeó, años después, las antipatías tanto de su hija como de Alfonso XII, su nieto, tanto por ser secreta como por haberla contraído con un tipo sin sangre real en sus venas —hizo un gesto de «qué vamos a hacerle» con las dos manos mientras se encogía de hombros—. Dejó la regencia en 1840 en manos del general Espartero, al que nos encontraremos dentro de poco cuando hablemos de la guerra. Naturalmente, en 1840 su hija Isabel seguía teniendo diez años y era menor de edad. Sin embargo, parece ser que la verdadera preferencia de María Cristina era que la reina fuese su segunda hija, Luisa Fernanda, cosa que no pudo ser. Ahora pasemos al comienzo de la contienda —se concentró, pareció hacer memoria y comenzó su relato—: Nada más certificarse el legado de Fernando VII con respecto a su hija Isabel, los carlistas se echaron a las calles sublevándose por todos lados. Por suerte, el ejército era fiel a la Casa Real, cosa lógica, pues los generales más afines habían sido debidamente colocados en los puestos de relevancia. El primer jefe de Gobierno fue un liberal tan blanco que sólo

tenía de liberal el bigote, si es que llevaba bigote. Se llamaba Martínez de la Rosa. El tipo reformó la Constitución, pero dejándola a años luz de la de Cádiz. Un gesto, por lo tanto, insuficiente.

—¿Qué parte del país se puso del lado de cada cual?

—Los carlistas estaban implantados en los medios rurales del País Vasco y Navarra, pero Cataluña y Aragón optaron también por Carlos, viendo una oportunidad de recuperar lo perdido anteriormente. Los partidarios de la reina contaban en las ciudades importantes, amén de sumar el apoyo de algunas de las principales naciones de Europa: Francia, Inglaterra y Portugal. Apoyo no sólo moral, sino material. Dieron créditos y aportaron fuerzas militares. Los ingleses, por ejemplo, mandaron la Legión Británica, y la marina hizo un bloqueo naval. Los franceses enviaron a la Legión Extranjera y controlaron las fronteras. Los portugueses aportaron una división. Eso sí, mientras los carlistas eran un solo núcleo, en el lado de la reina hubo dos facciones, la oficial, de tendencia más que moderada, y la progresista, la liberal por autonomas. Así que se pelearon entre sí tanto o más que contra los carlistas. Todas las reformas fueron tímidas, así que los liberales se sublevaron y obligaron al Gobierno a reconocer de nuevo la Constitución de 1812... , aunque «retocada». O sea, de nuevo un asco —hizo una pausa breve—. El caso es que los carlistas contaban con menos medios y acabaron quedándose sin recursos humanos para hacer frente a sus rivales, así que en muchos casos pasaron a las guerrillas.

—No consiguieron nada.

—Apenas, sólo dilatar la guerra. Hubo varios frentes, sobre todo en el norte y en el este. Fueron años de constante confusión, se tomaba una ciudad, caía un pueblo, había una batalla... Y no digamos generales entrando y saliendo de escena, lo cual fue importante porque por primera vez los militares le tomaron el gusto al poder. No voy a entrar en detalles, sería largo. En el frente norte los carlistas llegaron a tener un ejército de treinta y seis mil hombres, pero en 1839 el general Maroto, carlista, harto de los absolutistas que rodeaban al pretendiente Carlos, y el general Espartero, cristino, que es como se llamaban los afines a María Cristina, sellaron la paz con el Convenio de Oñate, más conocido como «el abrazo de Vergara». En el este, todo acabó con el final de la contienda en el norte. El general Espartero pudo presentarse con un ejército de cuarenta y cuatro mil hombres, demasiado para los carlistas, aunque muchos de los derrotados del norte se fueron al este para seguir la guerra allí. En verano de 1840, todo quedó zanjado... , de momento —hizo una pausa—. Te diré una cosa: si de la Guerra Civil española, de 1936 a 1939, se han escrito miles de libros, de los carlistas podría hacerse otro tanto.

—Ese general Espartero es el que tomó el poder al renunciar la regente.

—Sí. María Cristina se fue de España en octubre de 1840; en Roma el Papa bendijo su matrimonio morganático, haciéndolo legal a ojos cristianos y dinásticos, y ya en París asistió a la caída de Espartero y a la proclama de su hija Isabel como reina, que todavía

era menor de edad. Para acabar con ella, cabe decir que vivió una vejez muy acomodada aunque no tranquila, porque regresó a España en 1844 y metió las narices en todos los negocios habidos y por haber, que no en vano tenía siete hijos que alimentar. Eso le supuso la impopularidad y que la expulsaran del país, por lo que ya no pudo volver a España hasta que reinó su nieto Alfonso XII... , si bien como «visitante», no como residente. Su fortuna la invirtió en Cuba y llegó a ser la mayor propietaria de esclavos de la isla. En fin, Carlos IV, Fernando VII, ella... Toda una familia. Aunque está enterrada en El Escorial, murió en el exilio.

—Volvamos a lo del general Espartero.

—Volvamos —asintió el abuelo—. Aquí tenemos a un tipo hecho a sí mismo, predestinado, según él, a gobernar España, algo curioso si tenemos en cuenta que su padre le preparó para ser cura. Pero la Guerra de la Independencia le llamó, y ya no paró en su carrera militar. Era un duro de los de antes, tipo general Patton...

—¿Quién era ése?

—Perdona, un estadounidense de la Segunda Guerra Mundial. Un día abofeteó a un soldado porque para eso están los generales, para dar de hostias, con perdón, a los soldados que, según ellos, lloran como maricas.

Pensé en la carta de papá, el soldado peruano...

—Baldomero Espartero también era duro, durísimo. Se pasó bastante con su «disciplina militar». Pero fue herido ocho veces y llegó a ser por dos veces presidente del Consejo de Ministros y jefe del Estado en calidad de regente. El único militar español que ha sido tratado como Alteza Real. Ni Franco. Pero rechazó la corona y no complicó más las cosas. Luchó contra los franceses, en la guerra colonial de Perú y de nuevo aquí, siempre ascendiendo meteóricamente en el escalafón por méritos propios. En la Primera Guerra Carlista sufrió derrotas, pero también ganó las batallas que cimentaron su leyenda. Terminada la guerra, lideró el Partido Progresista, tuvo sus más y sus menos con la reina regente y la cosa acabó en una revuelta contra ella en Barcelona, Madrid, Zaragoza... La reina hizo las maletas y se largó, pero dejando a Isabel II en Madrid para proteger sus derechos, ya que si se la llevaba temía que ya no podría regresar nunca. Así que Espartero se convirtió en regente único tras superar una votación en las Cortes contra sus rivales, que preferían una regencia compartida por tres personas.

—¿Y cuánto duró?

—Fue bastante dictador, porque utilizó los mismos baremos militares. Hubo un levantamiento en 1841 que acabó con el fusilamiento de los descontentos, y otro en Barcelona en 1842 que acabó con el cañoneo de la ciudad. Más tarde, el general Prim se sublevó en Barcelona y eso prendió la mecha en Granada y en Madrid, arrastrando a otras ciudades con ellas. En 1843, disolvió las Cortes y se marchó al exilio antes de que lo mataran. Hubo una dictadura con el general Narváez, un pronunciamiento con el general O'Donnell... Nada, poca cosa. El país no ganaba para sobresaltos. ¡Ah, y teníamos guerras en África y el Pacífico! Un puro tiovivo. Años después de irse, cuando

ya gobernaba Isabel II y para aprovechar el tirón que todavía tenía con la gente del pueblo, porque las cosas estaban fatal, hubo una reconciliación instigada por la propia María Cristina. Espartero regresó como senador y acabó como presidente del Gobierno en el llamado Bienio Progresista, entre 1854 y 1856, al lado de O'Donnell. En 1868, hubo una revolución, Isabel II fue destronada y se le ofreció a él ni más ni menos que la Corona de España, como te he dicho antes, algo que no aceptó. Ya tenía ochenta años el hombre.

—Y, entre tanto, otras dos Guerras Carlistas.

—Sí, no corramos tanto —se centró para regresar al pasado—. Estábamos en el intervalo entre la Primera y la Segunda Guerra Carlista.

—¿Cómo empezó la segunda?

—Isabel II seguía siendo una cría, pero la necesidad de colocarla en el trono cuanto antes iba unida a una necesidad aún mayor: que tuviera un hijo, a poder ser varón, para quitarle toda posibilidad a su tío Carlos. ¿Qué hicieron? Pues lo habitual, casarla. ¿Con quién? Con su primo Francisco de Asís, también descendiente de Felipe V. ¿Cuándo? Ahí estuvo el quid de la cuestión. La pobrecilla tenía dieciséis años.

—¿Dieciséis?

—Ya hemos visto casos parecidos, pero siempre era «la otra», es decir, la esposa de algún rey. Aquí no. Aquí era la reina. La elección de consorte no pudo resultar peor y más desacertada. Por dos motivos. Uno, que el mozo, ocho años mayor, era bisexual.

—¿Bi... ?

—Le gustaban tanto los chicos como las chicas, aunque creo que más lo primero.

—No dije nada.

—El segundo motivo era que rechazaron a su tío Carlos.

—¿Cómo, el mismo hermano de Fernando VII, o sea, su tío carnal?

—Pues sí. Hubo intentos de casarlos y amén. De esta forma se zanjaron los problemas, pensaron. Y lo único que se consiguió fue agravarlos y volver a poner la palabra guerra en nuestra historia. A la Segunda Guerra Carlista la llamaron Guerra de los *Matiners*, es decir, Guerra de los Madrugadores. Eso era porque los guerrilleros asaltaban siempre a las tropas al amanecer, ya ves tú.

—Vamos, que fue una guerra catalana.

—Pues sí. Otros dos años y medio, de septiembre de 1846 a mayo de 1849. Muchos historiadores dicen que no fue una guerra como tal, sino un levantamiento popular catalán, pero si miras cualquier libro te la coloca como la Segunda Guerra Carlista. Al término de la primera guerra quedaron muchos grupos irredentos, y la crisis agraria, unida a reformas siempre en contra de la gente, acabó por exaltar los ánimos. Y es que, manda quien mande, nadie parece tener en cuenta la idiosincrasia catalana, el hecho diferencial marcado, de entrada, por una lengua propia. Siempre es mejor la ceguera y el enfrentamiento, el sometimiento absurdo. Nunca ha habido un respeto en este sentido. Entre las reformas más impopulares cabe destacar la de los impuestos de consumo y la

introducción de un sistema de propiedad liberal directamente opuesto a los usos comunales de la tierra. Y la del sistema de reclutamiento de quintas, que se llevaba a los mozos por Real Decreto y dejaba a las familias sin hijos y sin mano de obra. Demencial. Cataluña pasaba hambre. Era el motor de la nueva España, locomotora de la Revolución industrial, pero la crisis europea incidió duramente en la región desde 1850, al término de la Segunda Guerra Carlista. El hambre no se paliaba con las ayudas económicas enviadas desde Madrid. Así que empezaron los hostigamientos, los ataques guerrilleros, siempre contra unidades militares y funcionarios públicos. El primer jefe nato fue un cura, Benet Tristany. Lo fusilaron en 1847 tras capturarlo. Poco a poco, la revuelta aumentó de tono y llegaron a ser cuatro mil hombres armados... frente a los cuarenta mil del ejército. Pero no pudieron con ellos, pues eran buenos conocedores de la montañosa geografía catalana. La revuelta se extendió tímidamente a Castilla y Extremadura, pero no prosperó. También hubo sublevaciones en Aragón, Navarra, Guipúzcoa, el Maestrazgo y Burgos, todas fracasadas. Finalmente, los carlistas fueron expulsados a Francia.

—La tercera...

—Pasaron veintitrés años entre el término de la segunda y el comienzo de la tercera.

—Mucho tiempo, ¿no?

—¿Qué te crees, que la Guerra Civil española, la de Franco, fue un hecho aislado en 1936? En el fondo siguió siendo una guerra carlista, hijo, aunque con otro nombre. Y ya ves, de 1876, cuando terminó una, hasta 1936, inicio del maldito alzamiento, pasaron sesenta años.

—No entiendo.

—Paso a paso. Nos quedamos con Isabel II casada con un primo llamado Francisco de Asís, bisexual según todos los indicios y homosexual según inclinaciones y preferencias.

—No tuvieron hijos, claro.

—Doce, aunque sólo cinco sobrevivieron.

—Pues vaya con el bisexual tirando a homosexual.

—¿Y quién te dice a ti que eran tuyos?

—¡Ah!, ¿no lo eran?

—Para eso está la historia, los retratos, las crónicas de palacio y de la Corte, las partidas de nacimiento y el «qué dirán», los chismorreos, los análisis médicos y el dictamen de los expertos, ¿no te parece? Ricardo de la Cierva, un gran historiador, determinó con precisión cómo había ido el tema.

—¿Quién era el padre?

—Los padres —quiso dejarlo bien claro—. Y es que la niña, claro, casada y mujercita a los dieciséis años..., le cogió gusto a la cosa, y con semejante marido... Los expertos aseguran que los cinco hijos que nacieron muertos o a los pocos días de hacerlo, salvo una que llegó a los veintiún meses, eran justamente los que pudo haber tenido con su primo. Ricardo de la Cierva es más preciso. Hubo un chico muerto en el parto cuyo padre era el marqués de Bedmar y los otros constan, según él, como de «padre no

determinado» o «desconocido», salvo la que llegó a los veintiún meses que, de nuevo según don Ricardo, sí era del tal Francisco de Asís. Los otros cinco, los sanos, pertenecían a sus amantes. A su primera hija la tuvo de un militar llamado José Ruiz de Arana. Al primer niño, de otro llamado Enrique Puig Moltó, aunque no faltan voces que dicen que era del general Serrano. Luego llegaron tres niñas consecutivas de su secretario particular, Miguel Tenorio...

—Espera, espera, entonces el rey de España...

—Fue el niño, su segundo hijo vivo, el de Enrique Puig Moltó, o sea Alfonso XII.

—Sopla.

—Bien que soplaba la reina.

—¿Y en los libros de historia... ?

—¿Tú crees que eso sale en los libros de historia? Vamos, hombre. Alfonso XII es el bisabuelo de Juan Carlos I y tatarabuelo del príncipe Felipe, que ya nos estamos acercando al presente.

No podía creerlo.

—En España regía una ley heredada del código napolitano que decía que todo hijo, nacido en el seno de un matrimonio, tenía como padre al esposo de la madre. Por lo tanto... ¿a qué preocuparse? Era una ley que protegía a las damas, ya ves tú. Así sus deslices quedaban en nada. Como los hombres engendraban bastardos con damas con las que no estaban casados, eso no regía para ellos.

—Qué gente.

—¡Hum! Puede que en el siglo XXII se rían de nuestras actuales leyes, muchas tan retrógradas como éas.

—¿Como cuáles?

—Diego, no me tires de la lengua. Ya hablaremos de eso otro día, no sea que me acusen de ejercer malas influencias sobre ti.

—Vale —alargué la «a» arrastrándola lo que pude.

—¿Qué quieres, salir de aquí doctorado ya cum laude y con tres carreras? Deja algo para tus profes y para tus estudios futuros.

—Yo sólo pregunto.

—Crece un poco, mira a tu alrededor, no seas un retrógrado y verás la verdad. Pero como buen chico de izquierdas, cuestionate las cosas siempre, que en eso sí nos diferenciamos de la derecha, aunque así nos va. Ellos son monolíticos y cerrados. Siempre tienen razón. Nosotros, como nos da por cuestionarlo todo, discutir y bla bla bla, siempre acabamos perdiendo.

Se exaltaba cuando le salía su vertiente guerrera.

Todo un trozo de pan, pero, como solía decir, el fútbol y la política siempre logran sacar lo peor de la gente.

En su caso, sus creencias, forjadas a lo largo de una vida de lucha contra la dictadura y de resistencia frente al inmovilismo.

Mi abuelo Nicolás.

—No creas que ya toca la Tercera Guerra Carlista. Seguimos con Isabel II, para que entiendas qué pasaba en el país y de qué manera y por qué sucedían las cosas. No sirve de nada hablar de una guerra sin saber qué nos lleva a ella.

De pronto escuchamos un estropicio.

Algo que se había roto.

Y la voz de la abuela, gritando:

—¡Leo, ven, corre!

## «Los muertos de la misión humanitaria...»

El abuelo y yo salimos del estudio a la carrera. Mamá ya lo estaba haciendo desde la cocina. La abuela se encontraba en el comedor, delante de la tele. Lo que se le había caído de las manos era la bandeja con los vasos y las copas. Los restos de los cristales se esparcían a sus pies.

Pero nadie le prestó atención a eso.

En la pantalla del televisor se veía una tierra rojiza, un desierto, restos de dos coches calcinados y un pequeño enjambre de personas observando la escena. La cámara se movía con nervio mientras una voz en *off* narraba lo sucedido.

«... entre la confusión. Por lo menos los soldados del contingente español muertos son cinco, todos los ocupantes del transporte alcanzado por la explosión del coche bomba, y hay otros tres heridos al intentar rescatar a sus compañeros que...»

—¡Oh, Dios! —mamá se llevó una mano a la boca.

Entonces se dio cuenta de que yo estaba allí.

—Diego, vete.

No me moví.

Yo también estaba paralizado por el horror.

Sentí las manos del abuelo sujetándome por detrás, o quizás se apoyase en mí, porque temblaban. La abuela era la única que, de momento, lloraba.

El corresponsal continuó hablando unos segundos más.

Nosotros oíamos su voz como en un sueño cargado de dolor.

«... por lo que se desconoce la identidad de los agresores, aunque todo hace pensar que se trate del Frente Unido para la Liberación...»

—Hemos de ir a casa —dijo mamá reaccionando—. Si llaman del ministerio lo harán allí.

—Tienes el móvil —le recordó el abuelo.

—Ya, pero...

—Cálmate —insistió él—. Hoy es domingo. En el ministerio...

—¿Han dicho cuándo ha sucedido? —mamá se dirigió a la abuela.

Ella no le respondió. Seguía paralizada, contemplando aquellas imágenes de desolación y muerte, los restos informes de los dos coches ennegrecidos. Tenía las dos manos apretadas a la altura del pecho, con los nudillos blancos.

—¿Nora?

—No... , no sé... —logró balbucear la abuela.

—Los coches no humean —dije yo.

Me miraron como si fuera un marciano.

—¿Y eso qué...?

—El atentado ha sucedido hace horas, quizás ayer. El ministerio ya habrá llamado a las familias de los soldados muertos.

No sé por qué pude pensar con lógica.

Ni de dónde saqué aquella frialdad.

Mi padre estaba allí.

Una locutora sentada en el estudio tomó el relevo de las imágenes de la matanza. Su rostro era grave. Yo estaba enamorado de ella porque era guapísima.

Ese día se me antojó espantosa.

«Un portavoz del Ministerio de Defensa ha confirmado que los cinco miembros de las tropas españolas muertos son el soldado Benito Díaz Zambrano...»

Los nombres.

Las manos del abuelo se aferraron a mí como garfios.

La abuela tuvo que apoyarse en la mesa.

Mamá permaneció en pie, rígida.

Yo dejé de respirar, sentía un enorme vacío en la cabeza, se me doblaban las rodillas.

«... el soldado Manuel Becerra Campos, el soldado Cosme Fernández Diego, el sargento Leónidas Pérez Cifuentes y el capitán...»

Un capitán.

Papá era capitán.

Sabíamos que no era él. Lo sabíamos, porque no lo dirían nunca por la televisión si antes los familiares no conocían la noticia. Pero aun así las sensaciones se multiplicaron por mil.

«... Bernardino Soler Mesa.»

Nos relajamos.

Soltamos todo el aire retenido en los pulmones.

«Los tres heridos, que se recuperan de sus quemaduras y probablemente sean repatriados junto a los cuerpos de los caídos, son los soldados Carlos Enrique Doblas y Miguel Rufino Andrade, así como el teniente César Peralta Litera...»

Dejamos de ver y oír.

La abuela se volvió y abrazó a mamá antes de echarse a llorar con todo su sentimiento. El abuelo me empujó hacia ellas y yo me refugié en mamá mientras él nos abrazaba a todos. Fueron unos segundos muy intensos, que nunca olvidaré. Los segundos en los que fuimos una familia, incluido papá, porque en el fondo él estaba allí, en el centro de aquel profundo abrazo.

—Hay que recoger este estropicio —suspiró la abuela al separarnos todos mucho después.

—Yo lo hago, Nora —se ofreció mamá.

Ella me dio el último abrazo, y me besó en la frente.

—Tranquilo, ¿eh? —me dijo.

—Ya lo estoy —le aseguré—. Sabía que no estaba ahí, en esos coches.

—Bien —volvió a besarme.

Fueron las dos a la cocina a por los trastos de la limpieza para retirar los cristales rotos. El abuelo se agachó para recoger las copas más enteras y dejarlas sobre la mesa. Yo intenté ayudarle pero no me dejó.

—No te cortes —me previno.

En la televisión hacían un recuento de todos los soldados españoles muertos en misiones humanitarias a lo largo de los últimos años. Un reportaje cargado de simbolismos, con imágenes incluidas. Yo me pregunté cuánta gente estaría comiendo tan campante viendo aquello, y cuánta pasando de ello.

¿Podía culparles?

No, porque así era la vida.

Así es la vida.

¿Qué eran cinco soldados españoles muertos frente a los miles de civiles de los que daban cuenta cada día los telediarios, víctimas de hambres, matanzas, genocidios, represiones, terremotos, accidentes, *tsunamis*... ?

Aquella comida fue bastante horrible.

El uno por el otro, fingimos que todo volvía a estar bien, en orden, que no pasaba nada. El uno por el otro y los tres por mí, siempre el más débil, el «protegido». Nadie tenía hambre, se nos había quitado de golpe, pero hicimos un esfuerzo y comimos, tragamos, fingimos. Lo que ya fue imposible fue bromear. Cinco muertos pesaban. Quizás estuviéramos con ellos el día en que papá se fue. Posiblemente él los conociera. La lotería del terrorismo ciego les había tocado. No importaba a quién se mataba, sino matar, y que llevase un uniforme.

En este momento comprendí el alcance de lo que me estaba contando el abuelo a lo largo de aquellos días, lo que significaban las guerras, las cifras. Decir «murieron trescientas mil personas en las Guerras Carlistas» equivalía a la desaparición de trescientos mil seres humanos con sus sueños rotos, sus esperanzas truncadas, sus ilusiones desvanecidas. Guerras que segaban futuro. ¿Por qué tenían que afectar más cinco que trescientos mil? ¿Matar a un ser humano es un asesinato, pero matar a trescientos mil es una estadística, una cita para la historia?

El horror de la guerra era el peor.

Tan nauseabundo.

Al terminar la comida nos marchamos a casa. No estábamos de humor para ir al cine como habíamos planeado. Nos despedimos de los abuelos, les prometimos llamarles si sabíamos algo y eso fue todo. El abuelo y yo ni siquiera quedamos para continuar. Bastaba con avisarle. Fue una vuelta sombría, llena de frases hechas. Al llegar a casa, sin embargo, mamá me abrazó y me habló con su habitual ternura, relajada.

—No le pasará nada.

—Ya lo sé.

—Bien.

—Lo sé, de verdad.

—Te creo.

—Papá es listo.

—Eso no hace falta que me lo jures —esbozó una sonrisa—. Tú has salido a él.

Me dio otro beso. Otro más. Cuando me apretaba contra sí me sentía extraño. Esta vez no fue distinto. Quedé aplastado segundo a segundo hasta que sonó su móvil.

Uno, dos, tres tonos.

—¿No contestas?

Lo hizo.

Primero la vi mirar la pantalla y ponerse pálida. Después abrió la línea y se quedó en suspense. Yo estaba pendiente de su cara.

—¿Alfredo? —musitó de manera entrecortada antes de gritarme—: ¡Es papá, Diego! ¡Es papá!

## «Medallas para los caídos...»

El lunes, en la escuela, hasta el más indiferente me miraba con expectación. Era como si la noticia de los cinco muertos hubiera llegado a todos los rincones. A los más cercanos tuve que decirles que no pasaba nada, que papá estaba bien. Pero no les dije que nos había llamado por teléfono. Eso era cosa mía.

Por la tarde me encontré a Carla.

O quizás ella me encontrase a mí.

—¿Estás bien? —me soltó casi a bocajarro.

A ella sí se lo conté.

—Ayer hablé con él por teléfono.

—¿Ah, sí? —se extrañó.

—Nos llamó desde la base.

—¿Puede hacerlo?

—Bueno, no puede llevar encima un móvil, como cualquiera, porque si está de patrulla y suena... Además, en una película vi que los satélites artificiales eran capaces de detectar las señales de los móviles, y con eso se establecía un blanco para misiles y cosas así. Pero en la base hay teléfono.

—Ya, pero si quieren llamar todos...

—Mi padre es capitán. Algun privilegio tendrá. Y ayer fue un día especial. Ojalá pudiera telefonear siempre.

—¿Qué te contó?

—Poca cosa. Tampoco puede decir nada relativo al trabajo o la misión, por si los escuchan. Nos dijo que estaba bien, que nos echaba de menos, cosas así.

—¿Y de lo sucedido?

Bajé la cabeza.

—Los conocía —manifesté—. De uno de ellos había hablado en una carta que le mandó a mi abuelo, un peruano. No pude comentar nada porque él no sabe que yo la leí.

—¿Cómo fue eso?

—Mi abuelo tiene cáncer. Digamos que... le espío un poco, porque a mí no me cuentan nada.

—¿Se va a morir? —abrió los ojos.

—No lo sé. Dicen que no.

Carla me puso la mano en el brazo. Un contacto lleno de calor y ánimo.

—Necesitas distraerte —proclamó convencida—. ¿Quieres que volvamos al cine el sábado

o el domingo?

Me encantaba la idea, pero refrené mi entusiasmo, por si acaso.

—Bien.

—No, si no quieres...

—Claro que sí —me rendí—. Fue estupendo.

—Sí, ¿verdad? —se le iluminó la cara—. También quería preguntarte algo.

—¿Qué?

—¿Eres bueno en matemáticas?

—No.

—Vaya.

—¿Por qué?

—Pues porque yo ando fatal, y pensaba que podías echarme una mano.

—Quizás pueda. Dos cabezas piensan más que una.

—Un día a la semana podríamos estudiar juntos, o repasar después de ir al cine el sábado o el domingo.

O las cosas iban muy rápidas o el mundo me compensaba por lo de papá y el abuelo, la guerra y el cáncer.

—Me parece bien.

—Vale —me envolvió con su sonrisa y eso puso punto final a la conversación—. Hasta luego.

—Adiós.

El periódico del señor Venancio iba lleno de lo del ataque y los cinco muertos. El titular precisamente hacía referencia a eso, con letras muy negras, de caracteres gruesos, encima de la fotografía del vehículo calcinado. Tanto si habían muerto por la explosión como si lo habían hecho a causa del fuego, la muerte tuvo que haber sido horrible. Imaginarme a papá así, calcinado, me hizo estremecer. El señor Venancio me lo entregó muy serio. Su cara era la de «tu madre me mata si sabe esto». Pero como no esperé a la tarde y fui a mediodía, con la panadería llena de gente, no me dijo nada. Lo leí antes de subir a casa. No decía nada que no hubieran dicho en la tele a mediodía o por la noche el día anterior, salvo algunos detalles más. Por ejemplo, dos de los soldados muertos no eran españoles y aparecían sus datos. Uno había nacido en Colombia y el otro en Perú. El peruano de las lágrimas en el desierto. Traté de imaginarme lo que sentía papá y no pude. Además, dado que él lo mencionaba en la carta dirigida al abuelo, no podía preguntarle. Oficialmente, yo no sabía nada de eso. Quizás algún día. Luego el periódico analizaba la situación tras el atentado, a nivel político, social, humano... Parecía representar el posible inicio de una escalada bélica que haría de la misión humanitaria algo nada humanitario. La guerra era la guerra, y ellos llevaban uniformes. Uniformes extranjeros en una tierra azotada por el desastre, víctima de sus atrasos, el peso del fanatismo, las religiones totalitarias.

Cuando hube acabado de leer el periódico, lo tiré y subí a casa. Entre Carla y la

lectura ya era muy tarde. Mamá estaba inquieta.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Carla me ha entretenido —le dije—. Anda mal en «mates» y me ha pedido que la ayude un día a la semana.

—Mira el lumbreras que saca matrículas en todo —se burló.

—¿Qué querías, que le dijera que no, que soy un burro?

—¿Cuándo volvéis a ir al cine?

—No lo sé —me puse rojo.

—¿Por qué siempre lo saben TODO antes?

—Y al abuelo, ¿cuándo lo verás?

—He de llamarle. Supongo que quedaremos mañana.

—¿Por dónde vais?

—Isabel II y luego la Tercera Guerra Carlista.

—Eso fue en el siglo pasado.

—En el XIX, mamá, en el XIX.

—Dios, es verdad. A veces me olvido de que ya llevamos una buena tanda del XXI y todavía pienso que estoy en el XX.

Comí, llamé al abuelo, quedamos y regresé al colegio por la tarde. Era un día apacible, de esos en los que todo parece funcionar. Pasé por delante de los multicines para ver qué películas ponían, pero luego recordé que los viernes estrenaban, así que era absurdo pensar ya en qué ver con Carla. Tampoco importaba mucho.

Todos los chicos suelen tener un «mejor amigo».

Yo iba a tener una «mejor amiga».

Algo diferente.

Por la noche escribí a papá. Había hablado con él el día anterior, cierto, pero apenas si fueron unas palabras mitad emocionadas, mitad nerviosas, con el inevitable nudo en la garganta y el peso de la noticia del atentado. No estaba muy seguro de lo que iba a decirle, porque a veces me quedaba cortado, sin palabras, o sin saber de qué forma expresar mis emociones y mis pensamientos, pero luego me di cuenta de que era una carta muy chula. El párrafo que más me gustaba era el que decía:

«He leído en el periódico que a los cinco soldados que murieron en el atentado van a condecorarles. Eso no lo entiendo. ¿Para qué darles medallas a los muertos? ¿Es para que los familiares se sientan mejor? En las guerras se daban medallas a los que habían hecho algo heroico, pero morir por morir, en un atentado suicida, es más triste que nada. Ni siquiera les han dejado pegar unos tiros, defenderse. Las medallas deberían dárselas por el simple hecho de ir a la guerra, y así, si alguien muere, ya la tiene. El premio antes, no después, cuando no te enteras. Ya sé que no te pasará nada, pero si te pasara y me dieran una medalla no la querría. No porque no te la hubieses ganado, sino porque me daría rabia que no estuvieses orgulloso de ella. Yo no querría un pedazo de hierro con un lacito en tu lugar, papá.»

Luego le solté un par de burradas de las mías, no fuera a pensar que estaba muy serio o que me acababa de dar un ataque de responsabilidad, que los mayores se preocupan enseguida si ven que te vuelves listo de golpe, o te haces mayor, o que te pones trascendente. Si te ven como a un niño están mucho más tranquilos. Entonces pueden seguir haciendo de padre o de madre sin sentirse agobiados por hacerse mayores ellos o ver de qué manera pasa el tiempo.

Bueno, de eso yo no me entero mucho, pero ellos dicen que sí, que pasa muy rápido, tanto que a veces ni se enteran.

Ser mayor es toda una carga.

Le di la carta a mamá. Sabía que la leería antes de meterla en un sobre, pero no me importaba. Dormí toda la noche y al día siguiente me dispuse a volver a casa del abuelo, para que me siguiera contando la historia de las «otras guerras».

¿Algún abuelo, en la época de la Tercera Guerra Carlista, le contaría a su nieto lo que pasó en la segunda, y en la primera, y antes?

## «Isabel II, puta, pero piadosa...»

Llegué muy temprano, así pude merendar a todo tren y hacer feliz a la abuela. Todavía estaba con el bocata en la mano, y el plato de piñones a un lado, esperando, cuando el abuelo empezó a hablar, repantigado en la silla. El estudio seguía pareciendo una isla, lejos de todo.

—Estábamos con Isabel II, camino de la Tercera Guerra Carlista.

—Sí —farfullé de manera que sonó más bien algo así como «pfi».

—A mitad de siglo, te recuerdo que estamos en el XIX, las posturas entre liberales y absolutistas seguían básicamente inamovibles, pero... el progreso era inevitable, y los cambios, para no quedarnos aún más atrás, también. La política de la regente María Cristina primero, y la de su hija Isabel II después, era balbuciente y, en el caso de la segunda, ya consolidada como soberana, tan errática como su vida sentimental aderezada de amantes. Hubo alternativas entre liberales y absolutistas primero, y entre progresistas y moderados más tarde. La Constitución de 1845 no dejaba de ser restrictiva en comparación con la Pepa de 1812. Durante un tiempo todo fueron soluciones de urgencia, más aún, de emergencia, a causa de la guerra. Entonces empezó a cuajar el moderantismo, buscando la articulación del Estado en torno a unas reformas necesarias para tirar del carro. El Estado liberal fue asentándose en ese moderantismo para evolucionar a lo largo de la segunda mitad del siglo. Teníamos una sociedad civil frágil y una pirámide estatal articulándola. Uno tras otro, hubo varios pronunciamientos militares que buscaban siempre una estabilidad que ellos mismos se encargaban de quebrar con el siguiente golpe.

—¿Pronunciamiento es igual que golpe de Estado?

—Un golpe de Estado derroca al gobierno legítimo y pone en su lugar una dictadura. Un pronunciamiento es casi lo mismo, pero, por ejemplo, se cambiaba el gobierno pero no se tocaba a la reina.

—¿No dijiste que ella también había tenido que exiliarse?

—Falta un poco para eso. En 1854, moderados y progresistas estaban mucho más cerca de lo que nunca lo habían estado. De hecho, todos comprendían que se estaba gestando la España del futuro y su entronque en la nueva Europa. Pero algunos seguían ciegos. Volviendo a 1854, un año muy importante, los progresistas querían que hubiese juicios con jurados, democratizaciones en los régimenes locales, libertad de prensa e imprenta, un sistema de sufragio que alcanzara a todos y, muy importante, centralizar la administración. ¿Por qué? Porque fueron años de despegue industrial y el Estado quería

controlarlo todo, omnívoro como siempre: acerías en el País Vasco, tejido industrial en Sevilla y Málaga por el sur, Valladolid en el centro, Alcoy en el este, industrias textiles en Cataluña, modernización de la Armada, la aparición de la primera línea de tren, Barcelona-Mataró en 1848, y con ella la visión de que el ferrocarril abriría fronteras y acercaría el mundo... Pero hubo enormes meteduras de pata. Por ejemplo, no adoptamos la línea férrea europea, y aún hoy pagamos ese error que nos aisló más del resto de Europa. ¡Éramos diferentes!

—¿El centralismo es bueno o es malo?

—Menuda pregunta me haces, hijo. Cualquier gobierno te dirá que es bueno, porque así se controla todo desde un único lugar, pero todos los demás te dirán que es malo, porque cada zona ha de saber autogobernarse y administrarse por sí misma, sin necesidad de pasar por el centro, llámesel Madrid o Gobierno del Estado. Además, las élites estaban cerca de la Corte. Un dato importantísimo fue la aparición de los grandes bancos y los especuladores, como el marqués de Salamanca, una buena pieza que se hizo rico como hoy se hacen ricos los que recalifican una zona verde y construyen en ella una ciudad entera en medio de la nada. Con la connivencia de la Corona y el Parlamento, el tal Salamanca se hizo con las principales concesiones del país, en dos años recibió ciento veintinueve millones en subvenciones y fue capaz de vender la línea férrea Madrid-Aranjuez por sesenta millones. Luego el Gobierno se la arrendó por la cara, sin concurso público, previo pago de un millón y medio que nunca pagó. Un jeta, un especulador padre de los de ahora. Y es que había mucho por donde meter la mano en aquellos días.

—Antes has dicho que 1854 fue un año muy importante.

—Hubo de todo, alzamientos populares, barricadas, y se llegó a la Constitución jamás nacida de 1856. Un preámbulo de la conflictiva década siguiente. Fracasó una Unión Liberal entre 1858 y 1863, el régimen político se hizo más y más restringido y se aisló, y por eso en 1868 la reina salió escaldada del país, tras la subsiguiente revolución. Y me dirás pesado, pero a pesar de que el debate intelectual subía de tono, la falta de cultura seguía siendo la gran lacra nacional. Dicen las estadísticas que en España, en 1855, había unos seis mil pueblos sin escuelas, y que en 1858 sólo teníamos cincuenta y tres institutos de segunda enseñanza con unos diez mil estudiantes, ¡la quinta parte de los que había en Francia con el doble de población!, y que en las diez universidades españolas estaban matriculados seis mil ciento cuatro alumnos, de los cuales más de la mitad estudiaban derecho, como si no hubiera nada más. ¿Sabes cuántas bibliotecas había? —no esperó mi respuesta porque no la necesitaba—: Cincuenta y seis, que se abrieron en 1859. Entre la de Bilbao, con ochocientos cincuenta y cuatro libros, y la de Huelva, con sesenta, se abría un abanico espectral. Hubo una tendencia llamada krausismo que no fue tolerada, claro, y para postre una reacción neocatólica nacida de la encíclica *Syllabus* de Pío IX significó que se pusieran trabas a la libertad de cátedra y se expulsaran a profesores de universidad. Para partirse de risa si no fuera algo tan deprimente.

—¿Qué tendencia era esa del krau... ?

—Krausismo —lo repitió—. Bueno, fue una ideología que puso en marcha el alemán Karl Friedrich Krause y que encontró en España a sus máximos valedores: Julián Sanz del Río y Francisco Giner de los Ríos, al frente de la Institución Libre de Enseñanza. Venía a decir que Dios, sin ser de este mundo ni estar fuera de él, lo contiene en sí y de él trasciende.

—¿Y eso es importante?

—Todo lo que afectaba a la religión, a la naturaleza de Dios, al pensamiento, era importante. Si en algo se ha caracterizado la Iglesia ha sido siempre por ser monolítica. Todo signo de pensamiento libre es peligroso para ellos. El krausismo, en aquellos días, obligaba a replantear cosas, y eso no les gustaba.

No me gustaba mucho la historia que hasta el momento me estaba contando el abuelo aquella tarde. Demasiadas palabras que no entendía. Y de la Tercera Guerra Carlista, nada. Pero me sabía mal apremiarle, o decirle que fuera al grano. Después de todo, él lo hacía con buen fin, intentó que entendiera el porqué de las cosas. Cada guerra tiene su origen, y con su desenlace se establecen los puentes para los tiempos de paz y los siguientes conflictos.

—¿Te aburres? —me lo notó en la cara.

—No, no.

—Date cuenta de la importancia de estos años, los previos al siglo XX, ya que con él llegaremos a las puertas del presente. Durante muchos años, hasta 1939, España vivió guerras y más guerras, hijo.

—Lo entiendo, sí.

—Isabel II manejó el cotarro en una etapa de transición esencial. Su reinado es un fracaso en lo que respecta a la lucha por las libertades. El Parlamento tuvo más poder, sí, pero no hubo forma de que la ciudadanía fuera escuchada. Hubo mucha corrupción electoral y se falsearon las instituciones. A cada pronunciamiento seguía un cambio de gobierno que apenas si hacía nada, porque le seguía otro pronunciamiento. Como reina católica, tuvo una influencia nada deseada por parte de su confesor, el padre Claret, y una loca llamada Sor Patrocinio. Lo que faltaba para dar un toque surrealista al asunto. Hay una anécdota papal que prueba cómo era la dama. El Papa no quiso bautizar a su hijo Alfonso, futuro rey, por no ser hijo del marido de la reina, cosa sabida. Pero cuando Isabel escoró la monarquía hacia postulados conservadores, poniendo a España, como siempre, en plan defensora de la cristiandad, la condecoró con la más alta distinción vaticana, la Rosa de Oro. Un cardenal, al saberlo, le gritó: «Eminencia, que es una puta». Y el Papa respondió: «Sí, puta, pero piadosa».

Me eché a reír.

—Oye, que es verdad punto por punto, ¿eh? —me lo dejó bien claro él.

—Estaban todos locos.

—Más o menos como ahora —alzó las dos cejas—. La propia Isabel quiso ser presidenta del Gobierno además de reina. Claro que el pueblo se cansó de ella. El 10 de abril de

1865 hubo unas manifestaciones estudiantiles en defensa de unos profesores dimitidos y la Guardia Civil mató a once personas e hirió a otras ciento noventa y tres, la mayoría mujeres y niños. Lo de 1868 fue casi inevitable.

—Fuera de España ya no teníamos nada, ¿verdad? Quiero decir que salvo Cuba, las Filipinas...

—Ahí te equivocas. En el período de la Unión Liberal, España se anexionó territorios marroquíes en el Sahara e Ifni. También se nos reconoció la posesión de Guinea Ecuatorial, reconquistamos brevemente Santo Domingo e hicimos expediciones a México, Perú... Además, conquistamos Saigón (la actual Ciudad Ho Chi Minh), en Vietnam.

—¿Vietnam? —no pude creerlo—. ¿El lugar ese de la guerra que perdieron los americanos?

—Sí, el mismo.

—¿Qué hacíamos allí?

—El indio —espetó—. Se la llamó la Guerra de la Cochinchina y fuimos allí como aliados de Francia, pero con soldados filipinos. Indochina, Vietnam, fue francés antes de que los expulsaran los vietnamitas. Ante el riesgo de que el comunismo se adueñara del país, fue cuando los estadounidenses intervinieron en los años sesenta del siglo pasado.

—¿Y nos lo quedamos?

—Qué va. Fue para los franceses. Y mejor, o aún habríamos tenido que luchar allí. Esa gente no ha perdido ninguna de sus guerras en más de doscientos años. Francia se quedó las tres provincias indochinas y España, que buscaba un puerto para su comercio, se quedó con un palmo de narices. En la Guerra de África sí ganamos, por eso nos quedamos Ifni y el Sahara, pero al precio de perder ocho mil soldados, cinco mil de ellos a causa del cólera y otras enfermedades, porque les enviaron comida en mal estado y porque tenían de soldado lo que yo de bombero, los infelices, y también por culpa de cometer errores tremendos, como atacar en plena estación de lluvias y viento, con las condiciones más adversas. ¡Un diez para nuestros generales!

Recordé lo que pensé el día anterior en relación con los muertos de las guerras. Ocho mil más. Y el abuelo los mencionaba como si tal cosa. Miles, millones de personas. Imposible contarlos. De los cinco del lugar en el que estaba papá, más los terroristas que se suicidaron con el coche bomba, quizás nadie se acordase en cien o doscientos años, cuando otro abuelo contase la historia a su nieto.

—En 1868, se acabó todo —recuperó su tono más calmado—. El giro autoritario de Isabel acabó de hinchar los bemoles a los progresistas y el general Prim, junto al general Serrano y Domínguez, se pronunció con una parte del ejército. Pronunciamiento, alzamiento, golpe de Estado, llámalo como quieras. Fue precisamente Serrano, uno de los que había pasado por la cama de la reina, el que derrotó a las tropas leales a la dama en la Batalla del Puente de Alcolea. Eso le pilló a Isabel en San Sebastián, a un paso de la frontera francesa, así que no perdió mucho tiempo en preguntar qué pasaba y se largó.

—¿Quién mandó entonces?

—Ya te dije que los militares le tomaron gusto al poder, y que siempre había uno que creía tener la «solución», la «llave» del cambio. Eso y «salvarnos», por supuesto, porque los militares siempre te están salvando, de tus ideas, del diablo, de males que sólo ellos, en su suprema inteligencia, pueden conocer...

—Papá salva vidas.

—No hablo de tu padre y de lo que está haciendo. Hablo de los que aquí, en España, han utilizado su uniforme y las armas para fastidiar a sus coetáneos.

—¿Qué son los coetáneos?

—Son los que viven contigo en la misma época.

—Tú y yo somos coetáneos. Nosotros y... Napoleón, por ejemplo, no.

—Exacto. Ya procuraré hablar menos florido.

—No, no, si está bien.

—La huida de Isabel II dio paso a varias juntas militares que trataron de poner orden sin conseguirlo. Demasiados gallos en el corral. España quedó bastante fragmentada y en cada zona mandaba alguien, es decir, que el descontrol presidía al conjunto nacional. Como siempre habíamos tenido rey, y el pueblo estaba habituado a ellos, decidieron que lo mejor era establecer una monarquía parlamentaria. Lo cual estaba bien. Es lo que tenemos ahora. Pero, claro, ahora estamos en el siglo XXI, y antes, cuando se promulgó, en el último tercio del siglo XX. Allí seguían en el XIX. La clase de monarquía que buscaban era una en la que ellos pudieran seguir mandando, pero que pareciera que había alguien por encima que lo hiciera.

—O sea, un títere.

—Por ahí van los tiros —convino—. Se hizo una nueva Constitución, la de 1869, y se buscó un rey.

—¿Era una buena Constitución?

—Libertad religiosa, libertad de prensa, libertad de reunión y asociación, inviolabilidad del domicilio y de la correspondencia, sufragio universal, libertad de enseñanza... Un caramelo. Sobre todo en lo que hacía referencia a que nadie podía abrirte cartas o entrar en tu casa a darte de palos, y aún más en lo de la libertad de culto. Pero en la letra pequeña se decía que el Estado se comprometía a mantener la fe católica. Habría sido estupenda si no fuera porque en la calle seguía dándose de palos a los progres y a los que pedían una república de una maldita vez, hartos de reyes. Pero ¿qué podía esperarse de las Cortes emanadas de las elecciones del 15 de enero? —miró una libreta que tenía sobre la mesa con unos datos—: Progresistas, ciento sesenta escaños; Unión Liberal, ochenta; Demócratas, cuarenta; Republicanos, ochenta; Carlistas, treinta y seis. Dominaban los liberales y los monárquicos. Así que el general Serrano fue proclamado regente y Prim se dedicó a buscar un rey que encajase.

—¿Así de fácil, se busca rey para país necesitado?

—Así de patético. Y no era fácil. En primer lugar, había de ser un rey constitucional. En

segundo lugar, no tenía que ser alguien enemistado con las potencias europeas, no sea que nos viéramos metidos en otra guerra. En tercer lugar, debía ser manejable. En cuarto lugar, era obligatorio que fuese católico y, si además era demócrata, mejor. En quinto y último lugar, que satisficiera al pueblo español, aunque eso en el fondo era lo de menos.

—¿A quién le tocó?

—Amadeo I de Saboya, duque de Aosta. Era el segundo hijo de Víctor Manuel II, rey de Saboya-Piamonte, y de María Adelaida de Austria, bisnieta de Carlos III y, por lo tanto, con gotas de sangre borbónica. El tipo ya vino casado así que, encima, no había que buscarle esposa. Una ganga. Que hablara italiano era lo de menos. Total... ¡Ah, un detalle: era masón! Pero para esto estaba el Papa, faltaría más. Un poco de manga ancha por aquí, una vista gorda por allá, y, por supuesto, una licencia papal, secreta, secretísima, autorizándole a compaginar religión y masonería.

—Eso de los masones...

—Largo, muy largo de contar. Nos apartaría del tema. Podemos quedar para una segunda tanda de la historia.

—¿Duró mucho? —continué con lo del nuevo rey.

—Dos años. Se lo merendaron enseguida, al pobre. Nada más llegar, el primer día, mataron al general Prim, que lo había escogido. Aun así, se puso manos a la obra, y qué obra. Pero antes déjame que te diga que antes de su venida pasó por el refrendo de las Cortes. Es el primer rey español elegido por un Parlamento, lo cual, históricamente, a los monárquicos de toda la vida les sentó como una patada en donde más duele —por segunda vez en la mañana, miró la libreta de anotaciones—. En 1870, la votación fue de ciento noventa y un votos para él, sesenta en pro de una república federal, veintisiete por un candidato llamado duque de Montpensier, ocho por el general Espartero, del cual ya te hablé y que estaba en las últimas, dos por la República Unitaria, dos por Alfonso de Borbón, uno por la duquesa de Montpensier, la infanta María Luisa Fernanda, hermana de Isabel II, y otro más para una república indefinida, con diecinueve papeletas en blanco.

—¿Y?

—Era extranjero, así que a la aristocracia le cayó mal. Apoyó las desamortizaciones, así que a la Iglesia le cayó mal. Era italiano, no había forma de que dijera tres palabras seguidas en español, así que al pueblo, muy suyo, le cayó mal. Y, por supuesto, les caía mal a los carlistas, a los republicanos y a los que se oponían ya a todo por sistema. La oposición se le puso de uñas. Lo intentó todo, pero sin éxito. Su reinado duró dos años, tuvo seis ministerios, intentaron matarle en el verano de 1872... Demasiado para lo bien y tranquilo que vivía antes. Dimitió. No tuvieron que echarle ni abdicó: dimitió directamente. «¡Ahí os quedáis!», debió de pensar. «¿Para eso vinisteis a buscarme?» Y es que España ya era ingobernable y caminaba directa al abismo.

—¿Otra guerra?

—Por supuesto, pero antes asistimos a la ceremonia de la confusión. El mismo día en

que pronunció su discurso de despedida, se proclamó la Primera República.

—Vaya, los tuyos.

—No te chotees. Para lo que duró y sirvió... ¿Quieres saber qué dijo el hombre en su discurso? Es bueno, porque lo mismo podría decirse de otras épocas de la vida española —ahora alargó la mano y se apoderó de la libreta para leer—: «Dos años largos ha que ciñó la corona de España, y la España vive en constante lucha, viendo cada día más lejana la era de paz y de ventura que tan ardientemente anhelo. Si fueran extranjeros los enemigos de su dicha, entonces, al frente de estos soldados tan valientes como sufridos, sería el primero en combatirlos; pero todos los que con la espada, con la pluma, con la palabra agravan y perpetúan los males de la nación son españoles; todos invocan el dulce nombre de la patria; todos pelean y se agitan por su bien, y entre el fragor del combate, entre el confuso, atronador y contradictorio clamor de los partidos, entre tantas y tan opuestas manifestaciones de la opinión pública, es imposible afirmar cuál es la verdadera, y más imposible todavía hallar remedio para tamaños males. Los he buscado ávidamente dentro de la ley y no lo he hallado. Fuera de la ley no ha de buscarlo quien ha prometido observarla».

—Supongo que tenía razón.

—La tenía. Pero aquí, a lo nuestro. ¡Golpe de garrote! —alzó las dos manos después de arrojar la libreta sobre la mesa—. Fuimos republicanos apenas dos años, desde el 11 de febrero de 1873 hasta el 29 de diciembre de 1874.

—¿Y la Tercera Guerra Carlista? ¿No empezó en 1872?

—No me he olvidado de ella, pero es que a veces la historia se solapa. Comenzó en 1872, cierto, y duró hasta 1876. Andábamos cambiando de gobierno y de rey y, mientras, nos matábamos en otra contienda por la sucesión no resuelta de Carlos, el hermano de Fernando VII y tío de Isabel II. La Primera República tuvo lugar en medio de la contienda.

—Menudo lío.

—La Tercera Guerra Carlista enfrentó, por un lado, a los carlistas, obviamente, y, alternativamente, a los gobiernos de Amadeo I, de la República y del siguiente rey, Alfonso XII. El pretendiente, Carlos VII, que seguía empecinado en reinar, quiso aprovecharse de la debilidad del Estado en aquellos días, así que volvió a las andadas. Tras preparar la insurrección durante meses, se lió la manta a la cabeza y la desató el 21 de abril de 1872. Por lo menos, el campo de batalla fue más limitado: Navarra y el País Vasco se llevaron la peor parte, y luego, cómo no, Cataluña, Aragón y Valencia. En Andalucía apenas si hubo partidas significativas. Los carlistas tuvieron suerte porque, al proclamarse la República, muchos monárquicos se pasaron a su bando. El país se fragmentó por entonces en cantones, parte de un Estado federal. Un desbarajuste. El más increíble fue el de Cartagena, que aún hoy está orgullosa de su pasado cantonal y su breve independencia. Cartagena también se libró de la ocupación francesa, por cierto. Los cartageneros se declararon independientes del Gobierno central por las bravas. La

sublevación duró ciento ochenta y cinco días y acabó a tiros y cañonazos. Una revolución tan romántica como utópica, y es que, entre otras cosas, ellos también estaban hartos de que se enviara a los jóvenes a guerras lejanas, como la que España mantenía y mantuvo en Cuba durante diez años. La plaza se rindió el 12 de enero de 1874 y sus líderes acabaron ajusticiados o exiliados en Argelia. Otro detalle curioso: llegaron a fabricar su propia moneda. Se lo tomaron muy en serio.

—Así que España estuvo a punto de romperse en pedacitos.

—Minúsculos —el abuelo se echó a reír, así que no sé si lo dijo en serio o no—. Como en las dos anteriores Guerras Carlistas, hubo batallas, guerrillas, asaltos, tomas y retomas de ciudades, y muchos muertos inútiles por un rey que habría sido tan malo como todos, por mucho que sus derechos dinásticos fueran reales y hubieran sido alterados por las malditas Pragmáticas Sanciones. En Cataluña, la contienda acabó en noviembre de 1875; en el norte, en febrero de 1876. El que habría reinado con el título de Carlos VII cruzó la frontera el mismo día en que Alfonso XII llegaba a Pamplona.

—¿Y no volvió a las andadas?

—No. El carlismo siguió vivo, y aún lo está hoy en algunas partes, pero tres guerras fueron suficientes. El pretendiente vivió en Francia, Inglaterra, Estados Unidos, México, de nuevo Francia... España continuó con la descendencia de Isabel II y él murió en 1909.

—Vale —me estiré un poco, para desentumecer los músculos—. Cuéntame qué le pasó a la Primera República.

## «Del sueño o pesadilla de la Primera República a Alfonso XII»

—La Primera República fue un sueño, o una pesadilla, vete tú a saber —reflexionó despacio con la mirada extraviada en algún lugar de mi cara—. ¿Qué se puede hacer en menos de dos años, con la inestabilidad política habitual, violencia a diestro y siniestro, cuatro presidentes que se sucedieron en la Jefatura del Estado pegando gritos en las Cortes con los militares a la puerta, tres guerras civiles al mismo tiempo, dos aquí, la carlista y las sublevaciones cantonales, y otra allende los mares, la de los Diez Años, en Cuba? A los once meses de proclamarse hubo ya un golpe de Estado a cargo del general Pavía, que instauró una variante, una República Unitaria, bajo el poder inicial del duque de Toro y otra serie de gobiernos provisionales después. Pero no había forma de ponerse de acuerdo. A la segunda, con el ya habitual pronunciamiento militar, qué palabra más siniestra, el general Martínez Campos impulsó la vuelta a la monarquía, y restauró a los Borbones. Puede decirse que lo de la Primera República sólo existió sobre el papel, porque mandaron los militares y ésos no gobiernan nunca: ordenan.

—Entonces, ¿por qué quisieron que volviera un rey?

—¿No hizo Franco lo mismo? Dijo que lo dejaba todo atado y bien atado. Se murió y le salió rana. El país estaba harto, quería democracia, y puede decirse que tuvimos suerte, o es que ya no queríamos volver a las andadas pese a cuatro imbéciles de la derecha y de la izquierda más ultra. Devolvió el trono, hizo candidato a Juan Carlos I al título de rey..., y luego nos las arreglamos para tirar del carro hacia delante. Entre todos. Con el último golpe de Estado de aquella República, el de Martínez Campos, muchos militares ya eran partidarios de lo que se llamó la Restauración. A ello contribuyó algo esencial: que Isabel II abdicara en favor de su hijo Alfonso XII. Los burgueses apoyaron esa vuelta y hasta la financiaron.

—¿Vuelta?

—Bueno, Alfonso XII había vivido en España hasta los trece años. Llevaba cinco en el exilio con su madre. Tenía dieciocho cuando regresó como rey.

—Solo.

—Ya te dije que a su madre no querían verla ni en pintura. Fue el propio Alfonso el que se negó a que lo acompañara, haciéndose eco del sentir político, para empezar de cero y sin ataduras.

—¿Y ése qué tal?

—Huy, un primor.

—¿Cómo dices?

—Se le recuerda por su gran amor y por morir joven, así que no tuvo mucho tiempo de hacerse notar en lo demás o fastidiarla. Poco más de diez años de rey, sin embargo, le sirvieron para que le llamaran «el Pacificador».

—Entonces sí hizo algo.

—Bueno, vale —pareció concedérmelo en plan favor—. Pero con tantos siglos de reyes... Teníamos ya todos los vicios del mundo. ¿Por qué los Estados Unidos, en sólo doscientos años y pico, han llegado tan alto? Porque forman un país joven. Supieron cortar con Inglaterra, establecer su propio sistema de gobierno, integrar un país con un montón de Estados distintos que se respetan unos a otros pese a que algunos proceden de fuentes diferentes. No diré que hoy sean un modelo o un ejemplo, sobre todo cuando tienen presidentes republicanos, todos locos y belicistas, pero se lo supieron montar. ¡Ellos y su Constitución de las narices son la leche! Aquí nos pesa el pasado, por eso cometemos siempre los mismos errores y acabamos siempre a la greña, enfrentados.

—Te noto picajoso —le dije.

—¿Picajoso yo? —abrió los ojos como platos—. Te digo lo que hay. Mira, Diego —suspiró antes de seguir—. Los que se creen elegidos, el ombligo del mundo y cosas así, piensan que si se les ataca es porque los demás están majaras. No entienden las críticas. Ellos tienen razón y tú no. «O conmigo o contra mí». Y hay que ser crítico siempre, porque todo, todo, es mejorable. La autocomplacencia no sirve de nada, únicamente para que te amuermes. Si bajas la guardia un día, un solo día, estás listo. A mí me importa mi país, lo quiero, por eso lo critico. Se critica lo que se ama, porque, si no me importara, pasaría. No lo hago por gusto. Decir la verdad, contrastar opiniones, poner dedos en las llagas, es parte de la cultura social de una nación. En esto no quiero ser como los yanquis, que sí son más nacionalistas que nadie. Una cantante se mete con el presidente y aparece en las listas de éxitos. Un actor se manifiesta contra la guerra y lo incluyen en una secreta lista negra en Hollywood. Y, pese a todo, sobreviven. Yo me exalto a veces, muchas veces, sí, pero es porque no puedo ni quiero callar. Y si a alguien le estorbo y me insulta o me amenaza es porque su único argumento es la fuerza con la que espera hacerme callar.

Nos habíamos apartado mucho de la historia.

Aunque me gustaba oírlo. Ver su agitación. Sentir su pasión.

Ojalá un día fuese apasionado como él.

—¿Por qué le llamaron «el Pacificador»? —trató de reconducir sus explicaciones.

—Gran parte de «culpa» de que regresara Alfonso XII es de Antonio Cánovas del Castillo, un político hábil, pragmático y de intelecto muy superior a sus coetáneos. Una rara avis. No te he comentado que a los años previos les llamaron el Sexenio Democrático, pero también el Sexenio Revolucionario, es decir, a la etapa que va de 1868 hasta 1874, que fue movidísima. Con la llegada de Alfonso XII, cambió todo y se llegó a un raro período de paz, porque mira que fue convulso el XIX. En enero de 1875,

el jefe del Gobierno provisional era Práxedes Mateo Sagasta y Escolar, una persona con enormes dotes retóricas que llegó a ser presidente siete veces entre 1870 y 1902, toma ya. Se alternaron él, Cánovas, Francisco Silvela y otros. ¿Te imaginas que hoy en día alguien pueda ser elegido siete veces más o menos alternas? Lo peor para él, ya lo veremos, es que era el presidente cuando la famosa Guerra de Cuba, en 1898, año de triste recuerdo porque supuso la pérdida de las últimas colonias en América: Cuba y Puerto Rico, además de Filipinas. Bien –reordenó sus ideas, porque al llegar al presente cada vez se iba más de un tema a otro–. En enero de 1875 ya tenemos rey, *again and again*, y en 1876 se hizo una nueva Constitución, *again and again*. Precisamente, al redactarla surgió por primera vez, que yo recuerde, el tema de qué era «ser español». Ya andábamos a la greña con eso. ¿Y sabes lo que dijo Cánovas? Pues, muy serio, pronunció una frase que hoy convendría recordar. Dijo: «Español es todo aquel que no pueda ser otra cosa». Genial. Brillante –el abuelo se puso a aplaudir–. Total que con Alfonso de rey y Cánovas y Sagasta intercambiándose la presidencia del Gobierno, por fin tuvimos más de diez años seguidos de paz con los que reflotar la economía, aunque, todo hay que decirlo, la economía española estaba en crisis perpetua. Vivíamos un atraso del que ya no nos libraremos. Aun así, visto lo anterior, todo habría sido perfecto de no suceder lo de Cuba, que hundió al país en una crisis galopante, sobre todo a nivel anímico.

–¿Y de matrimonios y herederos?

–Ahí voy. Alfonso XII se casó...

–¡Con una sobrina, prima...! –salté al ver que se detenía.

–¡Exacto, con una prima! Pero hubo una sustancial diferencia con relación a todos los demás. ¿Y sabes cuál era?

–No.

–Que estaba enamorado de ella.

–¿En serio?

–Hasta la médula. Enamorado enamorado por no decir loco perdido. Un caso único. La chica se llamaba María de las Mercedes de Orleans y Borbón. Tenía diecisiete años cuando contrajo matrimonio, y todavía no había cumplido los dieciocho cuando murió de fiebres tifoideas por beber aguas contaminadas en la casa familiar de los Montpensier.

–Para uno que se casa feliz...

–Una putada –asintió el abuelo sin cortarse–. Para él fue un palo. Por eso te decía antes que la historia de Alfonso XII tiene un halo romántico de aquí te espero. Se hicieron canciones populares y hasta se rodó una famosa, lacrimógena y horrenda película a mitad del siglo XX más o menos, *¿Dónde vas Alfonso XII?* Creo que era de 1958. Fue tal su éxito que se hizo una segunda parte, *¿Dónde vas triste de ti?*, título que demuestra la extraordinaria imaginación del cine de ese tiempo.

–No pudo darle un hijo, claro.

–Precisamente. Volvía a quedar en el aire la cuestión sucesoria, y le buscaron una

alternativa más rápido de lo que cuesta decirlo. Siguiendo la estela de sus predecesores, le tocó callar y obedecer, por rey que fuera, aceptando a la candidata, que fue María Cristina de Habsburgo-Lorena, austriaca, tataranieta de Carlos III de España. La chica no tenía nada que ver con María de las Mercedes. El principal problema con el que se encontró la dama es que era germánica. Una bávara en la España castiza, panderetera y ¡olé! Pero de lo que se trataba era de parir un heredero y lo parió, sí señor, aunque a la tercera y con un impedimento añadido: que el mozo nació después de que su padre muriera.

—Pobre tipo.

—Oh, sí. Alfonso XII encarna las desgracias españolas más que ningún otro. Para uno que sale medianamente bueno y gobierna en paz, se casa enamorado y todo ese rollo, va y se muere diez años después, en 1885. Lo cual no quiere decir que en vida no dejara de ser un Borbón, como sus antecesores, o sea...

—¿También tuvo amantes?

—Antes de casarse, por supuesto. Era soltero. Cuando se casó con María de las Mercedes no, porque tampoco tuvo tiempo y estaba colado. Pero luego... Su gran amor fue una artista, una belleza tremenda llamada Elena Sanz, que le dio dos hijos varones, dos: Alfonso y Fernando, nacidos respectivamente en 1880 y 1881. A todo esto, la austriaca estaba más que enterada, pero era la reina y mantuvo el tipo. Ella le dio dos hijas, María de las Mercedes en 1880, que murió con veinticuatro años, y María Teresa en 1882, que murió a los treinta. El niño fue Alfonso XIII, nacido en 1886, como ya te he dicho, una vez muerto el rey a causa de tuberculosis a los veintiocho años.

—¿Le tocó hacer de regente a María Cristina o hubo lío?

—Fue regente. Imagínate: una austriaca en el trono español. De entrada, hizo una purga absoluta con todos los que habían mangoneado con su marido y sabían de la existencia de la amante. Le quitó hasta la pensión que Alfonso le había dejado a la chica. Ella tenía dos hijos y cartas, así que usó las segundas pensando en los primeros y siguió cobrando, con redobladas creces, porque se las pagaron a muy buen precio. Pero dejemos los líos de alcoba, no me seas hortera.

—¡Que yo no he dicho nada!

—Hablamos de guerras, no de estupideces rosas —insistió él.

—Pero bueno...

—¿Sabes cuánto tiempo fue regente la reina?

—Supongo que la tira, porque si Alfonso XIII nació al poco de morir su padre...

—Ni más ni menos. Fue regente diecisiete años, hasta que Alfonso XIII cumplió la mayoría de edad. Eso es mucho tiempo, como puedes imaginarte, y aunque había presidentes de Gobierno, no es menos cierto que volvieron a ser tiempos confusos, en los que tenemos la enorme, enormísima llaga de la Guerra de Cuba. Pero nadie le quita que fuese inteligente. Creó el Pacto de El Pardo, mediante el cual Cánovas y Sagasta se alternarían en la presidencia pacíficamente, y eso nos evitó conflictos, porque así los

liberales y los conservadores tenían su oportunidad cuando les tocaba mandar. ¿Te imaginas a PSOE y PP haciendo esto hoy? De esta forma se consolidó la Restauración hasta comienzos de siglo XX. Pero, por supuesto, eso no era democrático, algo que al pueblo, habiendo paz, dejó de importarle. La gente estaba cansada de guerras, llámense carlistas o de lo que sea.

—Pero, en esto de la dualidad, ¿la reina por quién se inclinaba?

—Más por Sagasta, que llegó a ser buen amigo.

—¿Y el buen rollo se fue al garete con lo de Cuba y Filipinas?

—En este tiempo creció con fuerza el catalanismo político, ya imparable, hubo problemas en Marruecos, que ya no dejarían de pasarnos factura dentro y fuera del país, y con la desaparición de Cánovas y Sagasta se volvió a las andadas, porque nada dura eternamente. Pero sí, fueron Cuba y Filipinas las que sumieron a España en una depresión de la que no salimos.

—¿Cuándo fue rey Alfonso XIII?

—En 1902.

—Antes están las guerras de 1898.

—Antes está hablar de la situación interna, que no era fácil porque, como te acabo de decir, el atraso económico era consustancial al atraso en otros frentes. No había excedentes con los que comerciar, la productividad era baja —hizo un gesto de pesar—.

—¿Te suena eso? Es la misma canción de siempre, de ahora mismo. La renta se distribuía mal, la red bancaria era deficiente y la industria frágil. Cataluña era la locomotora, una vez más, y el puerto de Barcelona el más importante. Había en la región un sólido entramado humano, comercial y tecnológico en diversas industrias, como la lanera, avanzado dentro de lo que era el conjunto de España. Pero faltaban infraestructuras para los nuevos tiempos, más trenes, más iniciativas. Los recursos básicos estaban controlados por capital foráneo. Íbamos a llegar al siglo XX, el de los nacionalismos, porque la idea de España como unidad administrativa no surge hasta el siglo XVIII, por mucho que desde los Reyes Católicos se hable de «país», y la idea de «nación» como entelequia intelectual no aparece con fuerza y peso hasta el XIX. Cuando definimos que todos somos una nación es cuando los nacionalismos defienden su parcela.

—Pero ése es un tema espinoso.

—Y tanto, el que más ampollas levanta, todo depende de dónde hayas nacido. Hasta en eso creo que nos organizamos mal. Los historiadores, filósofos o artistas italianos o alemanes dictaron sus discursos nacionalistas apoyándose en lenguas u orígenes étnicos propios para alcanzar el diseño de sus Estados. En España primero se tiende al Estado mediante la unidad del territorio a nivel geográfico, legislativo, político... y religioso.

No me enteraba de nada.

Intenté parecer interesado. Podía comprender lo de A lucha contra B porque C quiere tal o lo de una guerra de éste contra el otro porque cada cual apoya un rey, pero cuando

se ponía a reflexionar en voz alta, o a contarme cosas ambiguas... me perdía. Los temas económicos, tanto como los de la situación del país, me abrumaban.

—Ya sé que esto es un rollo, Diego —lo comprendió él.

—No, si es interesante —quise que se sintiera cómodo—. Lo que pasa es que me resulta complicado verlo en mi mente, situarme en esos años. Si ya no me entero ahora de esas cosas, imagínate de las que sucedieron hace más de cien años.

—Es el tiempo que llevamos discutiendo sobre si este país es único, si es un conjunto de Estados federales, si es blanco, negro o a cuadros... Y nos ha costado la Guerra Civil de 1936. Por eso es tan importante hablar de ello. Si estas cuestiones hubieran quedado resueltas hace cien años, quizás hoy no volverían a ponerse sobre el tapete, provocando tantas discusiones y problemas. Un ejemplo: la Ley Moyano de 1857 reiteró el monopolio del castellano en las escuelas del país, en detrimento de las otras lenguas. Y sin respeto por la cultura, propia y ajena, todo acaba convirtiéndose en un arma arrojadiza con el tiempo. Todo lo que se impone y excluye es malo. El fracaso de la política educativa del siglo XIX fue una rémora esencial. Había doce millones de analfabetos integrales, hijo: ¡doce! Las tres zonas con una lengua propia, Cataluña, Galicia y el País Vasco, fueron las primeras en recuperar sus propios pasados históricos a nivel cultural, lingüístico, institucional... La *Oda a la Patria* de Bonaventura Carles Aribau, en Cataluña, en 1833, es todo un ejemplo de recuperación de la memoria histórica y de reconocimiento propio. Y éhos son ejemplos que no podemos olvidar ni dejar de lado. Hoy siguen levantando ampollas porque en el pasado no supieron resolverse adecuadamente.

—¿Y tú de qué lado estás?

—Yo, de la justicia, del respeto y de la cultura, ya te lo he dicho.

—¿Y contra quién luchamos por Cuba, contra los cubanos que querían la independencia?

—No, contra los todopoderosos yanquis.

—¿Ah, sí?

—Y así nos fue, Diego. Y así nos fue.

## «Y más, y más, y más se perdió en Cuba...»

Lo de Cuba prometía. Lo malo es que ya era bastante tarde.

—Venga, no te pares ahora —le alenté al ver que miraba el reloj.

—Ya sabes que no me gusta dejar los temas a medias, y éste es largo y me gustaría contártelo bien. No sólo es Cuba. También está lo de Filipinas, lo de Marruecos, el cambio de siglo...

—No me voy a ir ahora a casa.

—Podríamos jugar al ajedrez, que hace mucho que no practicamos.

—Vamos, hombre —puse cara de dolor de estómago.

—Creí que te gustaba el ajedrez.

—No está mal —reconocí—. Pero las partidas también son largas.

—Ahí me has pillado —reconocí—. De acuerdo. Vamos con lo primero, que no es precisamente Cuba —ordenó sus ideas, como si fuera un programa que necesitase cargarse—. Te daré algunos datos curiosos: en 1887, se redacta en España la Ley de Asociaciones, lo cual permite crear los primeros sindicatos obreros. Al año siguiente ya están en danza la Unión General de Trabajadores (UGT) y el Partido Socialista Obrero Español (PSOE). El sufragio universal se restaura en 1890, y los marroquíes, a los que antes se llamaba moros, se sublevan en el norte de África. Esas guerras africanas serían otro pozo de conflictos, como verás por la Semana Trágica de Barcelona. Era el cuento de nunca acabar, los españoles explotando recursos, las tribus soliviantándose periódicamente, el ejército defendiendo los intereses de los oligarcas, y vuelta a empezar. De vez en cuando se firmaba una breve paz, como la de 1894 en la llamada Guerra de Melilla. Todo esto, más que una guerra en sí, fue un conflicto prolongado año tras año. Y finalmente, antes de lo de Cuba, hay que anotar dos hechos importantes que te demuestran cómo estaba el país: en 1893, los atentados anarquistas de Barcelona son el pan nuestro de cada día, una bomba estalla en el Gran Teatro del Liceo, y en 1897 los mismos anarquistas asesinan a Cánovas, aunque en este caso la mano final fuese la de un italiano, Michele Angiolillo, que dijo haberlo hecho como venganza por las muertes de los anarquistas detenidos en Barcelona tras otro atentado famoso: el de la procesión del Corpus de 1896.

—¿El anarquismo es querer que no mande nadie?

—El anarquismo es una filosofía, una ideología y un movimiento político, todo en uno.

—¿Qué pretende? Pues la igualdad de cada ser humano mediante la oposición a cualquier

forma de dominación, bien sea por cadena de mando, bien por autoridad. Los anarquistas abominan del poder de unas personas sobre otras.

—Pero si nadie manda...

—Ellos creen que si se emplean sistemas coherentes de distribución de funciones, empresas autogestionadas, autogobierno, es posible la convivencia de todos con todos en paz y libertad. De todas maneras, hay muchas formas de entender la anarquía, y no pocas definiciones. El movimiento *punk*, a mitad de los años setenta del siglo pasado, fue un movimiento musical basado en la anarquía. Te lo digo a modo de ejemplo. Lo básico es lo que te he dicho, que cada persona debe regir su propia vida sin que nadie la domine, pero puede interpretarse de bastantes formas.

—Vale, entonces antes de la Guerra de Cuba se mató al Cánovas ese.

—Al Cánovas ese, al Cánovas ese. ¡Un respeto! —chasqueó la lengua—. Venga, vamos a Cuba, el fin del Imperio español y el comienzo del Imperio estadounidense.

—¿Por qué dices «Imperio estadounidense»?

—Porque los yanquis no tenían más tierra que la suya, de costa a costa, del Atlántico al Pacífico, y con Cuba y Filipinas se convirtieron en potencia colonial.

—¿Por eso querían Cuba?

—Sí —se mordió el labio inferior y unió las dos manos entrelazadas sobre el abdomen—. Las Trece Colonias iniciales que se habían separado de Inglaterra ya eran bastante más. Estados Unidos creció hacia el oeste, hasta llegar a California, y hacia el sur, anexionándose tierras mexicanas, como Texas. En los años noventa del siglo XIX, pusieron sus ojos en la rica Cuba. Tampoco querían tener enemigos a un palmo de sus costas. Haciendo lo que mejor saben: tocar los huevos de manera que encima te parezca que te da gusto —se puso irónico—, y mucho antes de que existieran la CIA o el FBI o ninguna agencia gubernamental de espionaje, comenzaron a agitar a los cubanos en contra de España, incitando a la revolución. En Cuba ya se había producido una guerra de diez años, de 1868 a 1878. Se firmó una paz muy breve, que resultó ser más bien una tregua, y en 1880 estalló la llamada Guerra Chiquita. ¡Ya ves tú cómo las bautizaban! Y no es que los cubanos no tuvieran razón, que la tenían. Un ejemplo: un capitán general llamado Weyler, español pese al nombre, concentró a los campesinos en reservas vigiladas, para tenerlos controlados y evitar que se sumaran a los rebeldes o les dieran alimentos. A causa de estas «reconcentraciones», así las llamaron, se calcula que murieron doscientos mil cubanos. Has oído bien —me lo repitió al ver mi cara de asombro—: Doscientos mil. Con los años, los estadounidenses se beneficiaron de todo ello, les pusieron la zanahoria de que «serían independientes» y de que «con ellos de aliados estarían mejor», y luego agitaron el palo contra España.

—Se aprovecharon.

—Y tanto.

—Esto es una cerdada, ¿no?

—Más cerdada fue lo que hicieron para empezar la guerra. Primero ofrecieron comprar

la isla. Hasta cuatro presidentes lo intentaron. España dijo que no. Cuba era la última joya y La Habana un puerto de la misma categoría que el de Barcelona, clave para el comercio antillano. Entonces, y con la rebelión, o la sublevación, como quieras llamarlo, ya en marcha, sobrevino un incidente que los muy... —se contuvo— utilizaron para sus intereses. Fue el hundimiento del *Maine*.

—¿Un barco?

—Con la excusa de proteger sus intereses y cuidar de los ciudadanos estadounidenses que vivían en la isla, el *Maine* llegó hasta el puerto de La Habana y fondeó en él. Era un crucero de guerra. Presencia tan amenazadora como cuando ahora se te ponen a hacer maniobras a un palmo de un país al que tienen en el punto de mira. Así que el *Maine* estaba allí, como si nada, y un buen día explotó, saltó por los aires.

—¿Así, por las buenas?

—La primera teoría, que ellos mismos lo hundieron, es poco creíble, porque murieron doscientos cincuenta y cuatro marinos y dos oficiales. El resto de los oficiales estaba en tierra, en un baile ofrecido en su honor por... las autoridades españolas. La de que España lo había hundido es aún más insólita, porque no teníamos ninguna posibilidad en el caso de enfrentarnos a ellos en una guerra y era absurdo volarlo. No estábamos tan locos. La tercera, la que casi cien años después y tras desempolvarse documentos de la época guardados bajo siete llaves en los archivos del Congreso de Estados Unidos, cuando ya todo había pasado y tanto daba, fue la real. El *Maine* sufrió un accidente lamentable: le explotó la santabárbara, que es el lugar en el que se guardan las municiones. Pero ellos no podían admitir un accidente, al contrario, vieron el cielo abierto y emplearon aquella frase que dice «de lo perdido, saca lo que puedas». Así que se aferraron a la segunda posibilidad: había sido la pérvida España. Ya tenían la excusa para declarar la guerra.

—¿Y esto se supo casi cien años después?

—Sí. Creo que incluso nos pidieron perdón. Y por debajo riéndose, claro.

—O sea, que la Guerra de Cuba fue contra ellos y no contra los cubanos sublevados por la independencia.

—Esta guerra ha tenido muchos nombres. Para los yanquis es la Spanish-American War, es decir, la Guerra Hispano-Americana. Para nosotros fue la Guerra de Cuba, y también, muy español y enfático, el «Desastre del 98». Duró menos de cuatro meses en la isla caribeña y se extendió a las Filipinas, puesto que, como ya estaban en guerra los dos países, ¿por qué no ir a por todas? Filipinas era en Asia lo que Cuba en el Caribe. España se hartó de proclamar su inocencia, pero ni caso. La Armada americana pilló en bragas a la española en el puerto de Manila y la hundió por completo. Sin los barcos de allende los mares, Cuba sólo contaba con la flota del Atlántico, y a los dos meses de lo de Manila le tocó el turno a ella en Santiago de Cuba y todos a pique. La suerte estaba echada. Los españoles se defendieron como jabatos, eso sí, tanto en un lado como en el otro, pero fue inútil. Yanquilandia ya iba a por todas. De un plumazo perdimos cuanto

poseíamos a excepción de las inestables colonias africanas. Moralmente, estábamos tocados. Cuba se declaró independiente y España cedió Puerto Rico, Guam y las Filipinas a Estados Unidos a cambio de veinte millones de dólares.

—¿Nos pagaron?

—Sí, pero al menos les pasamos el muerto a ellos, porque entonces los filipinos se sublevaron contra los yanquis y tuvieron su propia guerra de independencia. La perdieron, se convirtieron en una colonia, y no fueron independientes hasta 1946, tras la Segunda Guerra Mundial. Ni que decir tiene que Estados Unidos les impuso su cultura y su lengua. Por mucho que ellos lucharan en su tierra contra un ejército invasor, no pudieron hacer nada. Estados Unidos hizo lo que siempre haría en el siglo XX y este XXI: poner toda la carne en el asador. Los filipinos tenían unos ochenta mil hombres, los americanos ciento veintiséis mil. Los invasores tuvieron poco más de cuatro mil muertos, los filipinos diecisésis mil soldados caídos... , y entre cien mil y doscientos cincuenta mil civiles. Ahí es nada cómo se las gastaron. ¡Ah!, un detalle: como no teníamos barcos, también vendimos el resto del lote, las Marianas, Palaos y las Carolinas, a Alemania en 1899 por veinticinco millones de pesetas.

—Jopé, genial.

—Los mercados interiores estaban saturados. Había que buscar los exteriores, y mano de obra barata, y asegurar vías comerciales...

—O sea, que Europa explotó a un sinfín de colonias, y luego Estados Unidos hizo lo mismo.

—Mira, Diego... La historia es cruel, pero es historia, no puede ocultarse por mucho que algunos la ignoren o digan que eso «es cosa del pasado», de «cuando éramos unos bestias». Es mentira. Cada equis años miramos hacia atrás y nos avergonzamos del pasado diciendo «pero ¿cómo pudo suceder algo así?». Hitler mató a seis millones de judíos, parecía que eso ya era irrepetible, en los años sesenta murieron un millón de indígenas en Biafra, en los setenta fueron de uno a tres millones de camboyanos bajo el régimen de los jemeres rojos, y en los noventa los serbios masacraron a los bosnios en las narices de la moderna y civilizada Europa mientras que en África tutsis y hutus también llegaban al millón de muertos por su rivalidad tribal, impuesta por Bélgica. El mundo siempre se lo han repartido los poderosos, en todas las épocas. Dentro de cien años, China o la India harán lo mismo, cuando les toque dominar el planeta. ¿Te cuento algo?

—Sí.

—En 1884, se celebró una conferencia en Berlín. Las potencias europeas decidieron repartirse África según sus influencias en cada zona. ¿Y por qué un reparto? Pues para no andar luego con guerras. Mejor hablarlo antes. «Esto es tuyo, esto es mío», y todos contentos. Como aquello funcionó, luego se hizo lo mismo con Asia. El plan era, incluso, desmembrar China, porque al ser tan grande era mejor repartirla. Los chinos, por supuesto, dijeron nanay. Pero su suerte fue que hubiera dos guerras mundiales en el siglo

XX. Las dos cambiaron el mundo y, con la primera, los chinos se escaparon de su destino. Los europeos no se pelearon en África..., sino en la propia Europa. A todo esto de los repartos, los «pobres» estadounidenses llegaron tarde, porque bastante tenían con expandirse ellos de costa a costa, así que, al ver que se quedaban sin trozo de tarta, se trazaron su propio mapa del mundo y pusieron sus ojos en otros bocados, los que finalmente consiguieron de España, por ejemplo.

A veces la crueldad humana me descolocaba, y el cinismo me hacía hervir la sangre.

Ver en el telediario las hambrunas africanas después de conocer todo lo que me estaba contando el abuelo ya no sería lo mismo. Las cosas nunca sucedían porque sí. Incluso los desastres naturales tenían que ver con cómo actuaba el ser humano en cada lugar.

Pensé una vez más en papá y en los países en los que crecía el terrorismo como nueva forma de guerra.

Viejas heridas, nuevas cicatrices.

—Total que empezamos el siglo XX a cuadros.

—Blancos y negros. Sin más color.

—¿Y cuándo llegó a rey Alfonso XIII... ?

—Eso será otro día.

—¡Abuelo!

—¿Has visto la hora que es?

—Pero ¡si ya estamos en el siglo XX! Deben de quedar cuatro cosas.

—¿Cuatro cosas? —puso cara de estupefacción absoluta—. ¡Te voy a dar yo a ti cuatro cosas! ¡Anda que no queda tela por cortar, Diego!

Tenía razón. Me quedaban menos de diez minutos para irme y llegar a casa a la hora pactada con mamá. No quería que anduviera solo por la calle pasadas las ocho. Y siempre me hacía jurar que no hablaría con nadie, que no me detendría, que haría el mismo camino, que no aceptaría regalos, que...

Por lo menos y desde hacía poco ya iba solo.

Como lo del cine con Carla.

El abuelo se levantó y se desperezó.

—Hoy hemos dado un buen salto —dijo.

Eso fue todo. Sabía que lo de la Guerra de Cuba iba a darme que pensar. Lo del *Maine* me había soliviantado.

De camino a casa comprendí que me estaba dando algo de conciencia política, o quizás social, que no entendía muy bien qué era, pero me sonaba.

La historia estaba llena de memeces y asquerosidades.

—¿Cómo hemos logrado llegar hasta aquí? —dije en voz alta en un semáforo.

—Andando, hijo. Andando —me respondió una oronda señora a mi lado con cara de agotamiento.



## «La calma tensa...»

El resto de la semana se complicó.

Al día siguiente, miércoles, llegaron a España los féretros de los muertos en el atentado suicida. Yo creo que tardaron tanto porque tuvieron que reconstruirlos o algo así, y también saber quién era cada cual, no los confundieran, como una vez que se cayó un avión, un Yak-42, y por las prisas se metieron los sesenta y dos cuerpos en el primer ataúd que se les pasó por las narices, que eso lo leí y papá lo comentó mucho. Una chapuza. Mamá no quiso ver la tele, pero es que el tema estaba en todas partes, en los periódicos, la radio... Yendo al cole, en una tienda de televisores, lo vi multiplicado por veinte. No hacía falta escuchar nada. El rey con uniforme militar, serio, la reina llorando, el príncipe hierático, la princesa lo mismo que la reina..., y así todos. Cuando empezaron a poner medallas me fui.

Llegué tarde igualmente.

El miércoles también había quedado con Carla pero al final ella estaba enferma, con algo de fiebre, y lo dejamos para el jueves. Ese día quería volver a casa del abuelo pero me supo mal decirle a Carla que no nos veríamos, y el viernes el que no estaba era el abuelo.

Le pregunté a mamá:

—¿Está bien?

—Sí, ¿por qué?

—Me extraña que no esté y tenga algo que hacer. A él le gusta contarme cosas.

—Le gusta, pero también tienen su vida, los dos, que ser mayor no significa apartarse de la circulación. Y desde luego no se trata de médicos, tranquilo. Los médicos visitan por la mañana o a primera hora de la tarde. Ya te dije que te mantendría informado.

Total que sólo quedaba el fin de semana, y el sábado iba al cine con Carla. Lo decidimos el jueves.

Vino a repasar a mi casa.

Y mamá estuvo bastante pesada, sonriente y cariñosa, que si «qué mona estás», que si «has crecido mucho», que si «¿quieres una naranjada?», que si «bueno, os dejo solos». Pasó de mí y de mis miradas de absoluto horror. No era el momento. Encima, cuando nos quedamos en mi habitación, libros y libretas en mano, mi invitada me dijo:

—Tu madre es genial, ¿verdad?

Me sentí como el jamón apretado por las dos rebanadas de pan de bocata.

—No le hagas caso —me encogí de hombros.

—¿Por qué?

—Echa de menos a mi padre y está en fase de que todo esté en calma y en orden por aquí.

—Eres injusto.

Encima.

—¿Has venido a repasar o qué?

Me miró con una cara indefinida. No sabía si sería o expectante, enfadada o sorprendida. Pero no se la jugó. Yo tampoco. Abrió su libro, lo colocó sobre la mesa y señaló un tema.

—¿Tú sabes algo de esto? —me preguntó.

Mamá llevaba razón: las matemáticas no eran lo mío. Pero ese día descubrimos que dos cabezas piensan más y mejor que una. Entre los dos resolvimos no pocas dudas, y hasta un par de problemas que luego, de puro lógicos, nos parecieron chupados. Nos olvidamos del preámbulo, de su llegada, de mi madre, del conato de discusión y lo pasamos bastante bien reforzando nuestra delicada moral de estudiantes mediocres. Las dos horas fueron un soplo, y a la salida mamá no se mostró tan pesada, aunque soltó un «¿Qué, ya habéis arreglado el mundo?», que sobró. Carla la besó en la mejilla, le agradeció su amabilidad —no sé a qué «amabilidad» se refería porque no quiso la naranjada— y ya en la puerta se volvió y, llena de un renovado encanto, con sonrisa y mirada dulce incluidas, me preguntó:

—¿El sábado a las cuatro menos cuarto en los multicines?

Intenté que mi respuesta no fuera precipitada, ni tardía, ni entusiasta, ni fría, ni rendida, ni nada.

—Sí.

No sé cómo sonó, pero ella acentuó su sonrisa.

—¡Hasta el sábado!

Regresé a la protección del hogar y me encontré con mi madre en el pasillo.

De casualidad, nada.

—Es una buena chica, ¿verdad?

—No se me ocurriría definirla así en la vida —me sentí peleón.

—¿Qué quieres decir, que es mala?

—No, mamá. Ni mala ni buena. Normal. Carla es normal, como la mayoría. Bueno —rectifiqué—, la mayoría son intratables, y al menos ella sí entra dentro de la categoría de normal-normal.

Mamá parpadeó.

—¿Te pasa algo?

—A mí no. La que se ha pasado has sido tú al llegar ella. Parecía que fueras a adoptarla.

Me miró con la barbilla bajada, los ojos en alto y las cejas subidas, como si llevase gafas.

—Soy educada —pronunció las cinco sílabas con insistencia—. Y tú no te sientas tan agitado porque una chica suba aquí. No pasa nada.

—¿Que yo... ?

Me dio la espalda y me dejó con la palabra en la boca, señal inequívoca de que no quería seguir hablando-discutiendo. Yo, rojo como un tomate, me metí en mi habitación.

El aroma de Carla seguía en ella.

Lo cierto es que estaba irascible.

Tanto como feliz.

A la hora de la cena firmamos una tregua tácita y silenciosa. No sacamos el tema, ni ella ni yo. Trivialidades. Sólo eso. Esperábamos carta de papá y comentamos lo que dijeron en el informativo de la tele, que fue más bien poco. Lo definieron como «calma tensa». Decir eso y augurar malos presagios es lo mismo. Después de cenar llamé al abuelo y quedé con él el domingo por la mañana en su casa. Mamá había quedado con una amiga y quería que la acompañase, así que sólo sería charlar un poco, nada de comer juntos. El abuelo me preguntó:

—¿Qué tal con tu amiga?

Conté hasta tres.

—Nada, hemos estudiado, ¿por qué?

—Por nada, hombre, por nada.

Eso fue todo.

Tuvimos carta de papá el viernes. Fue la más sencilla. Nada del ataque. Decía que todo estaba en relativo sosiego. No era cierto. De «sosiego», palabra muy bonita, nada. A mediodía, el informativo dijo que la zona seguía en el punto de mira y que la insurrección y grupos de radicales se habían enfrentado a otras tropas de las Naciones Unidas a menos de quinientos kilómetros de donde se encontraban ellos. Habían muerto dos italianos. Después de los primeros caídos españoles, cada día flotaba la incertidumbre de cuáles serían los siguientes. Papá ni siquiera hablaba del soldado peruano. Debió de pensar que era un tema demasiado crudo para tratarlo por carta. A mamá le decía que la echaba mucho de menos. A mí que estudiara, que no hiciera el burro, que ojalá nunca tuviera que ver lo que veía él, aunque, lo repitió, se alegraba de estar allí, haciendo algo. Yo a papá a veces no sabía si admirarle por valiente o considerarle un iluso. Los muertos que, con cada guerra, me iba desgranando el abuelo se amontonaban en mi memoria. Ahora me daba por pensar en los pobres que habrían pringado en Cuba.

No tenía ganas ni de jugar.

Leía.

Era lo único que me aislabía del mundo, que me hacía olvidar, meterme en otra historia, dejar de ser yo.

El sábado repetí la experiencia de ir al cine con Carla. Mamá no se pasó un pelo. Me dio el dinero de la entrada, el de las palomitas, y un poco más por si quería «invitarla a

algo». Se ve que cuando era joven los chicos las invitaban, nada de pagar cada uno lo suyo. Pobres chicos del pasado. Y qué bien se lo montaban ellas. Por supuesto que no la invitó. Elegimos la película democráticamente, como la primera vez, y en esta ocasión el que desempató entre las dos finalistas fui yo.

Carla insistió:

—No, no, escoge tú, a mí me da igual, en serio.

A mí también me daba igual, pero una parecía un poco mejor...

—Ésta.

—Vale —asintió ella sin decir ni mu.

Una vez en el cine me olvidé de todo. Qué caramba, la película era muy emocionante, mitad fantástica, mitad real. Carla y yo hablamos, bromeamos, reímos, nos rozamos con los brazos y hasta hubo un momento, en una fase de miedo, en que ella me agarró de la mano. Fueron apenas diez segundos, hasta que se soltó.

Me pareció maravilloso.

No puedo decir mucho más, pero lo que sentía era inquietante.

Por eso tardé en dormirme y el domingo se me pegaron las sábanas. Mamá, encima, «me dejó dormir». Cuando vi la hora y salté de la cama lo hice a gritos. Me pidió que bajara el tono y seguí gritando en otro. Al final decidí que si perdía más tiempo no nos iba a quedar nada para charlar y me fui a escape. Mamá me recordó que pasaría a buscarme con el coche para ir a su aburrida comida. No podía negarme y opté por no complicar las cosas.

Cuando llegué a casa de los abuelos, jadeando, la abuela me dijo que acababa de telefonear para saber si me había pasado algo. Luego me dijo que el abuelo acababa de irse a dar una vuelta, que me esperaba en el jardincito de la esquina, que no llegaba a parque porque sólo era eso, una esquina arbolada con dos columpios, un poco de arena, un tobogán y algunos bancos.

El abuelo estaba sentado solo, a la sombra, en el banco más alejado del jardín. El resto se apretaba al sol, pero él prefería la soledad al mogollón. Había madres con niños, abuelos con niños más pequeños que yo, niños mayores...

Lo vi de lejos.

Tan quieto.

Silencioso.

Y entonces, de pronto, comprendí algo.

## «Amaneciendo el siglo XX...»

Me acerqué a él dejando que la idea penetrara en mi mente y decidí fiarme de mi instinto. Todos me lo decían, papá, mamá, el abuelo... «Fíate de tu instinto.»

Era lo que iba a hacer.

Al detenerme a su lado volvió la cabeza.

Una sonrisa.

—Llegas tarde.

—Ya lo sé. Lo siento.

Alargó el brazo, dejé que me rodeara con él por encima de los hombros y me apretó contra sí. Su beso se estampilló en mi cabeza. Me retuvo dos, tres segundos.

—No importa —suspiró—. ¿Vamos a casa o quieres quedarte aquí?

—Podemos quedarnos si quieres.

—De acuerdo —paseó la mirada alrededor mientras yo me sentaba a su lado.

Yo no quise esperar más, o sabía que al final me daría el no sé qué.

—Abuelo.

—Sí?

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, ¿por qué?

Tragué saliva.

—La operación...

—¿Qué sabes tú de eso? —su voz no mostró ninguna alteración. Fluyó apacible y serena, sin cambiar el tono.

—Lo sé.

—¿Te lo ha dicho tu madre?

—No.

—Entonces...

—Lo sé, ya está.

—¿Eres brujo o un chico listo?

—¿Vas a contestarme?

—¿Qué quieras saber?

—Si es como dicen todos.

—¿Y qué dicen todos?

—Que de eso ya no se muere tanta gente y que si se coge a tiempo las probabilidades son mayores.

—Pues es verdad. Y a mí me lo han pillado a tiempo, porque soy cuidadoso y paso chequeos médicos desde que cumplí los cincuenta.

—Ya.

—Diego.

—¿Qué?

—Estoy bien. Te lo prometo.

—¿No te duele ni nada?

—No es un tumor que duela, por eso los que no se cuidan pueden darse cuenta cuando ya es demasiado tarde. No es mi caso.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Para qué preocuparte?

—Pero somos una familia, ¿no?

—Llegada la operación, sí, yo mismo habría hablado contigo. Siento que te hayas hecho una película rara.

—Le pregunté a mamá y me tranquilizó.

—Pues sigue tranquilo.

—¿Cómo es un cáncer?

—Las células se multiplican de manera anormal.

—¿Es algo negro y asqueroso?

—¿De dónde has sacado eso?

—Una vez, en el colegio, nos enseñaron cómo era el pulmón de un fumador por dentro y ponía los pelos de punta. Parecía una esponja seca y negra.

—Porque un fumador se mete mucha mierda en los pulmones, pero un cáncer es distinto.

—¿Cuándo van a operarte?

—Dentro de un mes.

—¿Qué te harán?

—Quitarme la próstata.

—¿Y eso lo arregla todo?

—Después habrá que controlar cada seis meses, por si reapareciera. Pero con esto van pasando los años, y mejoran las técnicas, los sistemas... Puedo vivir la tira, incluso con un cáncer de próstata, y no morirme de eso.

—Eso también me lo dijo mamá.

—¿Vas a decirme cómo lo sabes?

—No —me daba vergüenza confesarle que había husmeado en sus cosas.

—Bueno, algo oirías, es evidente —me pasó por segunda vez el brazo por encima de los hombros y me atrajo contra sí.

Nos quedamos quietos.

Yo me sentía mejor.

Estuvimos así un minuto, puede que más. Mirábamos el panorama, los juegos de los

niños, la preocupación de las madres cuando hacían algo peligroso, su sonrisa babeante cuando no, su orgullo desmedido, el esfuerzo de los padres por colaborar, la lejanía de los ancianos, aislados, cápsulas de tiempo apretadas en sus cuerpos. Unos discutían, otros se dejaban llevar. La mañana era agradable, un domingo de paz como otro cualquiera en un lugar equidistante de nuestros corazones y nuestras mentes.

—¿Vamos a pasarnos la mañana hablando de enfermedades, como dos viejos? —rezongó al final el abuelo.

—No.

—¿Dónde estábamos?

Él ya lo sabía, pero no me importó decírselo.

—Nos la dieron en Cuba y entonces llegó la mayoría de edad de Alfonso XIII.

—Alfonso XIII, sí —asintió—. Veamos, veamos...

Yo me senté en el banco, en cuclillas, de cara a él.

—El desastre del 98 obligó a la reflexión —ahondó en sus recuerdos por primera vez en la mañana—. Los intelectuales tocaron a rebato. Se habló claramente de «los males de la patria». Aparecieron los regeneracionistas. No hay nada peor que sentirse humillado, y si se trata de una nación entera... Un país herido se vuelve rabioso. Había que partir de cero según muchas voces influyentes, dar puerta a los políticos profesionales, implantar la democracia auténtica, no la que se podía comprar con dinero, acabar con el caciquismo, potenciar lo que éramos y olvidar lo que habíamos dejado de ser. Todo de golpe. Los puntos básicos eran tres: asentar una clase media que garantizase la democracia, que la política respondiese a la opinión pública y que la economía se estabilizase con la industrialización siendo competitivos. Otros lo resumían en dos palabras: pan y escuelas. Pero ¿cómo se hacía esto con tantos millones de analfabetos que ni siquiera sabían entender un mapa y menos leer o escribir? ¿A ellos qué más les daba Cuba o África? Más aún, ¿cómo pacificar una España sacudida por nuevos e implacables vientos, la anarquía, el proletariado revolucionario que no tenía nada que perder salvo la vida, los republicanos aferrados a su ideal de nación sin lastre de reyes, los nacionalismos que predicaban la necesaria descentralización del Estado? Al pobre Alfonso le cayó un buen marrón encima, aunque, como todos sus antepasados, no es que lo pasara mal en cuestión de faldas para arreglar un poco la cosa, al menos en sus años mozos.

—¿También tuvo una vida...?

—Disoluta —pronunció la palabra sabiendo que yo intentaría memorizarla—. ¿Su padre había tenido amores con una artista?, pues él con más, que los récords están para superarse. El hombre estuvo muy apgado a su madre, tanto en su etapa de regente como después, cuando ya era rey. Como afortunado tipo rico, se benefició de los avances del cambio de siglo. Coches, películas pornográficas rodadas para su exclusivo deleite, deportes de caballeros... Pura alta sociedad. Y como además de rey no era mal parecido, pues nada, las mujeres se le ponían a tiro o las cazaba, que en eso también fue

experto. Entre las artistas que pasaron por sus manos destaca una francesa a la que puso un pisito en Madrid. Se llamaba Mélanie de Gaufridy de Dortan y le dio un hijo, Roger, antes de que se casara. Luego, la famosa actriz Carmen Ruiz Moragas, con la que hizo otro tanto, pero en plan más lujoso, porque la instaló en un chalé, y la aún más famosa Celia Gámez, con la que, por lo menos, tuvo una aventura loca que se sepa. La Carmen fue la que mejor se lo montó, o peor, según se mire. Le dio dos hijos ilegítimos, Leandro Alfonso y Ana María Teresa, los dos nacidos cuando Alfonso XIII ya estaba bastante apagado.

—¿Qué es una película pornográfica?

—¿No lo sabes?

—No —me puse rojo, porque algo sí había oído.

—Pues una película en la que los actores van todos desnudos y se quieren mucho.

Volví al seno de lo correcto.

—¿También se casó con una pariente?

—No, la elegida fue una inglesa, Victoria Eugenia de Battenberg, a la que hubo que ascender de rango antes de la boda para que el matrimonio no resultara morganático. La chica era princesa, hija de princesa, sobrina de Eduardo VII y nieta de la reina Victoria de Inglaterra, pero hubo que proclamarla Alteza Real por si las moscas. Tuvieron siete hijos, una buena camada, Alfonso, Jaime, Beatriz, Fernando, Cristina, Juan y Gonzalo, aunque Fernando nació ya muerto. Por desgracia, con los hijos aparecería una de las terribles tragedias de la vida de Alfonso XIII.

—¿Qué pasó? —no acerté a comprender qué desgracia podía afectarles a todos, como creía intuir por sus palabras.

—La inglesa era transmisora de una enfermedad: la hemofilia.

—¿Y eso qué es?

—La sangre no se coagula. Si eres hemofílico y te cortas un dedo, puedes morir desangrado como no haya un médico o un hospital cerca.

—Ahí va.

—El primogénito, Alfonso, era hemofílico. Lo descubrieron cuando el niño tenía tres años. Renunció a sus derechos en 1933, aunque fue por amor. Ya te hablé de él hace días. Se enamoró de una cubana. De todas formas, un rey hemofílico no aseguraba una descendencia sana, por lo tanto... El segundo, Jaime, se quedó sordomudo a causa de una operación de infancia. Y el último, Gonzalo, también era hemofílico. El único varón sano y, por lo tanto, heredero fue Juan, el conde de Barcelona, futuro padre del rey Juan Carlos I y abuelo del príncipe Felipe. Pero Juan, a causa de la proclamación de la República y el estallido de la Guerra Civil, sería el primer Borbón sin corona.

—¿Y Alfonso XIII acabó su reinado?

—No. Su madre murió en 1929 y él arrojó la toalla en 1931.

—O sea, que también le tocó vivir una época convulsa.

—Sin olvidar que era depresivo —quiso puntualizar—. Ni los coches, ni sus pasiones

deportivas, la caza o las películas pornográficas mitigaron su hundimiento personal. Y no creas que lo del cine era una guasa. Nuestro Alfonso era un fanático del erotismo, y en los años veinte, con el conde de Romanones de intermediario, produjo él mismo una buena serie de películas en Barcelona. Fue todo un impulsor del género –se detuvo para preguntar–: ¿Sabes lo que es el erotismo? –y continuó sin esperar a que le dijera sí o no–. Dejó una serie de cortometrajes importantes, por la época y por la historia que había detrás. En fin, eso es sólo para adornar al personaje. Vayamos a lo que cuenta. Por ejemplo, su buena estrella y lo que sí hizo de bueno.

–Vayamos.

–Fue un rey viajero, aprovechó las ventajas de las nuevas comunicaciones de la época. En consecuencia, también se expuso a más riesgos y, como la moda de la época era liarla a bombazos, escapó más de una vez de morir a causa de uno.

–¿Atentaron contra él?

–Un par de veces. En París se salvó de un atentado mientras acompañaba al presidente de la República. En Madrid, y tras la boda con Victoria Eugenia, un anarquista les lanzó un ramo de flores con una bomba dentro. Murieron muchas personas, pero no ellos. Son sus sombras. Las luces brillan más. Fue un rey solidario que salvó muchas vidas humanas.

–¿Cómo?

–En 1914 estalló la Primera Guerra Mundial. Entonces, como no sabían que iba a haber otra años después, aún no las numeraban y la llamaron la Gran Guerra. Alfonso XIII tuvo la santa, santísima, buena, buenísima intuición de no meter al país en más problemas de los que ya tenía. Debió de pensar que saldría escaldado ganara quien ganara. Así que España, por una vez, fue neutral. Sin embargo, puso en marcha iniciativas muy importantes: la Oficina Pro Cautivos fue la mejor. Gracias a ella podían ponerse en contacto prisioneros de guerra de ambos bandos con sus familias. Intervino en favor de ciento treinta y seis mil prisioneros de guerra y se dice que salvó la vida a setenta mil civiles y a veintiún mil soldados. Ahí es nada. Él mismo visitó muchos campos de prisioneros interesándose por su estado.

–¿No le dieron el Premio Nobel de la Paz?

–Pues no, ya ves tú.

–Dices que la guerra mundial fue en 1914.

–Duró cuatro años, hasta 1918, sí. Y te he dicho que España fue neutral, pero la gente, inevitablemente, tomó partido. Unos del lado alemán y otros del lado aliado.

–¿Qué hizo desde que fue rey hasta que lo dejó?

–Intentar lidiar con el toro español, hijo, que no es poco –hizo un gesto de pesar–. Alfonso XIII ascendió al trono en 1902, a los dieciséis años. En 1906, ya estaba casado y había tenido su primer hijo ilegítimo. Pero ser rey justo en el momento en que el país está desplomado, sin moral... Ya me dirás. El cambio de siglo trajo consigo un nuevo poder hasta entonces inexistente: el de los obreros. Habían sido siempre carne de cañón,

y, con la aparición de los primeros sindicatos, la cosa cambió muy rápido. En 1904, se decretó lo impensable: que los obreros tenían derecho a descansar un día a la semana, los domingos.

—¿Antes no descansaban? —aluciné.

—No —fue categórico—. Por eso hubo una lucha feroz entre los caciques, sobre todo los de la España profunda, y los movimientos obreros emergentes. Esto se producía en la calle, pero luego surgieron un sinfín de focos de tensión: el nacionalismo vasco y el catalán, el movimiento anarquista que la emprendía a bombazo limpio contra todo, los nuevos partidos políticos, cada cual en busca de su espacio. Un cóctel molotov. Y había mucha gente dispuesta a prender la mecha. ¿Sabes cuántos gobiernos hubo en dos décadas en España? —no esperó mi respuesta y me lo soltó—: Treinta y dos. ¿Cómo se gobierna un país así?

—Y tuvimos una guerra.

—La de Marruecos. El norte de África era todo lo que nos quedaba, y se había invertido mucho capital en las minas del Rif. En 1909, los moros se hartaron de nosotros y atacaron Melilla. El presidente Maura, conservador, montó en cólera y mandó nada menos que a cuarenta mil hombres allí. ¿Soldados? No, reservistas. Pura carne de cañón. ¿Y de dónde los sacaban? De las clases más desfavorecidas y obreras. Tipos casados y con cuatro o cinco hijos se veían obligados a dejar a sus familias, sin nada, porque el sueldo era miserable, y marcharse al África a pegar tiros sin saber si volverían. ¿Por qué no iban los hijos de los ricos? Pues porque, si se pagaba un dinero, se ahorraban el servicio. ¿Y quién tenía dinero para ahorrárselo? Evidentemente sus padres ricos. Seis mil reales era lo que costaba librarse de ir a Marruecos. La Semana Trágica fue uno de los grandes hitos de la España de comienzos del siglo XX —la voz del abuelo se hizo lúgubre—. En Marruecos, los militares españoles buscaron una victoria que hiciera recuperar la moral después del fracaso de Cuba. Pensaron que cuatro moros descalzos iban a ser presa fácil. Pero ellos estaban en su terreno, los pobres obreros que iban a enfrentarse con ellos, no. Por si eso fuera poco, la población no quería saber nada de guerras. Estaban hartos. Aquel julio de 1909, el puerto de Barcelona despedía a un contingente de hombres que iban a embarcarse rumbo a África. Las noticias de lo sucedido días antes en un lugar llamado el Barranco del Lobo eran deprimentes: los moros nos habían dado para el pelo. Miles de personas airadas se congregaban en el puerto, y los militares, tachín tachín, con sus marchas y sus banderas y sus oficiales llenos de marcialidad y la boca llena de frases patrióticas y belicistas. Los soldados iban a subir a los barcos, en medio de las lágrimas de las mujeres que les despedían, cuando apareció la España santísima: un montón de enlutadas damas de la alta sociedad llegaron para repartir medallas de la virgen y escapularios.

—¿Qué es un escapulario?

—Una estampita de tela que se llevaba colgada del cuello, debajo de la ropa.

—¿Y eso fue lo que les dieron?

—Imagínate. Iban al matadero, la tensión era evidente, y las señoras dando medallitas con toda su inocencia. Demencial, Diego, demencial.

—Así que se armó.

—Tú dirás. La revuelta fue de aquí te espero. Los soldados echaron las medallas y los escapularios al mar, otros los pisaron, los oficiales nerviosos, la gente sublevada... La ciudad se levantó en armas, se hicieron barricadas en las calles, se quemaron templos e iglesias, la policía no pudo parar el desmadre. Fue un «ya está bien» y «hasta aquí hemos llegado». Cuando llegó el ejército, la gente recibió a los soldados con entusiasmo y gritos de «¡Viva el ejército!», porque a fin de cuentas se habían sublevado por ellos, para que no fueran a una guerra que era impopular y sólo beneficiaba a los oligarcas de siempre. Una situación extraordinaria.

—¿Por qué la revuelta no se extendió a todo el país?

—Hubo cierre absoluto, se aisló Barcelona, Cataluña... , se amordazó a la prensa.... El Gobierno, como además era de derechas, hizo lo habitual en estos casos: mentir. En el resto de España se dijo que la insurrección era separatista. Con esto sabían que la «España unida jamás será vencida» se pondría de parte del Gobierno y en contra de Cataluña. Pero, pasada la Semana Trágica, que incluyó una represión brutal y feroz, y calmados los ánimos, cuando la verdad floreció, todos los partidos de izquierda cercaron al rey y éste se asustó porque la cosa pudo haber sido peor, así que cambió al conservador Maura por un liberal: Canalejas... , que murió tres años después a causa del disparo de otro anarquista en pleno centro de Madrid. Los ecos de la Semana Trágica llegaron a toda Europa, que conste, y los fusilamientos de su epílogo motivaron asaltos a embajadas y protestas de todos los gobiernos. En total se quemaron ochenta conventos o iglesias, y se detuvo a miles de personas, se clausuraron los sindicatos y las escuelas laicas. Pero las consecuencias fueron más allá. El potencial catalán, la fuerza del sindicalismo, los anarquistas... En 1911, apareció la Confederación Nacional del Trabajo, la CNT, claros competidores de la UGT, la Unión General de Trabajadores. Los dos fueron clave en la vida española hasta la Guerra Civil. Dos años antes de la Semana Trágica, los partidos políticos catalanistas desbancaron en Cataluña a los habituales, los dinásticos. El asesinato de Canalejas en 1911 dejó inconclusa su labor, pero no impidió que se desarrollaran muchas cosas de ella. Las relaciones Iglesia-Estado, porque había un sinfín de órdenes religiosas; la relación capital-trabajo; y la necesaria reordenación del Estado. En este sentido, en 1914 se aprobó la Mancomunidad Catalana, de signo conservador, con Prat de la Riba como presidente de las cuatro diputaciones provinciales.

—¿Y la Guerra de Marruecos?

—Pues, de hecho, fue muy larga, porque duró hasta mediados de la década de los años veinte, pero de manera intermitente. De vez en cuando los moros se alzaban, los españoles luchaban, y vuelta a la calma. España logró el protectorado de Marruecos en 1912. Lo peor llegó en 1920, cuando el cabecilla Abd el-Krim unificó a las cabilas y

hostigó los intereses españoles a base de guerrillas. Entonces se produjo otra página negra, negrísima de nuestros anales: el desastre de Annual, en 1921.

—¿Qué pasó en ese desastre?

—Un general llamado Fernández Silvestre pensó que era el Elegido. Pasando de órdenes, se fue a por Abd el-Krim y a la conquista de Alhucemas, así, con un par... , ya me entiendes. Y el moro lo aniquiló. Murieron trece mil hombres y se perdió todo su arsenal bélico.

—¿Trece mil... ?

—Marea, ¿verdad? Fue una de las matanzas más apocalípticas de nuestra historia. Otra vez con el rabo entre las piernas. Otra vez marcados. Otra vez militarmente deshechos mientras la gente pedía paz, algo difícil cuando las huelgas se sucedían, los pistoleros campaban a sus anchas, los anarquistas ponían bombas y más bombas y los partidos políticos y los sindicatos andaban a la greña. España era una jaula de grillos. Ningún gobierno conseguía frenar el deterioro social. Con la Gran Guerra europea, de 1914 a 1918 hubo un respiro económico, porque al ser neutrales vendimos de todo a los dos bandos, pero también se acusó en otros sectores el cierre de fronteras. Lamentablemente la huelga general de 1917 fue traumática. Y en 1923... dictadura.

—Tal y como lo cuentas es como si cada día fuese un infierno, y hablamos de una huelga en 1917, de una dictadura seis años después... Eso significa que, entre medias, la gente iba a lo suyo, ¿no?

—Hombre, claro, pero tranquilidad, lo que se dice tranquilidad, no había. Se vivía en un perpetuo ay y en una incertidumbre que no hacían presagiar nada bueno, al contrario. La Gran Guerra europea no fue el único hecho destacable de este tiempo. En 1917, se produjo la revolución que marcó gran parte del siglo XX: la rusa. Palabras como bolcheviques, comunismo, marxismo, serían ya habituales, y esas doctrinas calarían de forma muy profunda en los más desfavorecidos, los obreros, que ya formaban auténticas masas de descontentos. «Proletarios del mundo, uníos», era el lema. La corriente comunista se extendió como una mancha de aceite, llegó a Estados Unidos, a España...

—¿La Revolución rusa fue como la francesa?

—Sí, porque se cargaron a los zares y se impuso un gobierno popular, pero salvo eso... En fin, que ésa es otra historia. Por cierto: Alfonso XIII intentó salvar a la familia real rusa y llevársela a España, pero ahí ya no pudo hacer nada. Los asesinaron a todos.

El abuelo se estremeció levemente.

Pensé que era por su relato, pero no. Se había puesto repentinamente nublado y hacía algo de fresco.

—¿Vamos a casa? —le propuse.

—De acuerdo —se incorporó.

## «Fin de la monarquía, dictaduras, Segunda República... La España del caos»

Recuperó sus explicaciones a los pocos pasos.

—La Revolución rusa fue un golpe muy fuerte, porque, lo mismo que con la francesa, todos los gobiernos se pusieron a temblar. ¿Y si las masas obreras se echaban a la calle? Por suerte para Rusia, allí había líderes como Lenin y, por desgracia para otros países, nadie que pudiera subir a un estrado y levantar a la gente. Y viceversa. El pánico cesó lo justo, pero no la prevención. Como en España, año tras año, la cosa seguía igual, sin visos de cambio, y tras la Primera Guerra Mundial, entonces llamada la Gran Guerra, hubo un nuevo reparto del mundo que nos pilló fuera de juego, se hizo lo que los militares suelen hacer en estos casos: dar un golpe de Estado. Eso fue en 1923 y lo promovió el general Primo de Rivera.

—¿Antes no has dicho que el rey se fue en 1931?

—Es que el golpe contó con el rey.

—¿Ah, sí?

—Sí. No fue para cargarse a la Casa Real, sino para implantar un gobierno con aire militar, de ordeno y mando. Como luego haría Franco, como siempre hacen los generales, lo dio para «salvar al país», en este caso de los «profesionales de la política». La Iglesia y la burguesía se pusieron inmediatamente de su lado, y el rey lo aplaudió.

—¿Implantó el orden?

—Sabes que a mí cualquier acto de fuerza me repugna, así que no puedo aplaudir un golpe de Estado, jamás. Pero si hablamos de historia, el tal Primo de Rivera hizo algunas cosas buenas. De entrada, le dio un buen repaso a la Guerra de Marruecos. En 1925, desembarcó en Alhucemas y en combinación con Francia acabó con el cabecilla Abd el-Krim. Pacificado el sur, o sea, el norte africano, se dedicó a hacer lo mismo con España. A Primo de Rivera se le deben cosas como el nacimiento de Telefónica, Tabacalera o Campsa. Lo que le importaba era que España estuviese unida, ideario compartido por todos los militares habidos y por haber, sin atender a más razones, y que se pudiera caminar por la calle sin que te soltaran una bomba. Deseos loables, pero con el paso de los años se revelaron inútiles. En cuanto aflojó la cuerda, o sin aflojarla, sólo porque la evolución del país era la que era, se volvió a las andadas. Las masas obreras seguían con su descontento y los intelectuales arreciaban en sus críticas. En seis años hubo algún que otro intento de golpe de Estado. En 1929, se produjo el llamado crack en Estados Unidos. La bolsa se desplomó y la recesión fue espantosa. Miles de millones de dólares

se evaporaron en unos segundos, y la crisis financiera alcanzó a todo el mundo, primera señal de globalización de la historia. Pocos meses después, en enero de 1930, un agotado Primo de Rivera hacía las maletas y se iba de España para morir a los pocos días en París.

—¿Qué pasó entonces?

—Que a su dictadura le sucedió una «dictablanda» de otro general, Dámaso Berenguer. Se llama así porque era eso, blandita, aunque la verdad es que se mató a más gente que con la dura. A Berenguer le sucedió otro, un tal Juan Bautista Aznar, almirante, con el mismo resultado, si bien quien mandaba en la sombra era el conde de Romanones. La Corona tocaba a su fin. Alfonso XIII se sostenía con alfileres. Los republicanos ya eran mayoría. Un primer intento de derribo de la monarquía fracasó y se fusiló a sus instigadores, dos tenientes llamados Ángel García Hernández y Fermín Galán. Otro fue abortado en Cuatro Vientos, Madrid. Pero la cosa resultaba imparable. Grandes figuras de nuestra intelectualidad se hacían oír con fuerza. ¿Has oído hablar de Ortega y Gasset, López de Ayala, Marañón...?

—No.

—Pues ya lo harás, cuando estudies. Gente como ellos creó una asociación en pro de la república, ya inevitable. Hubo grandes e ilustres nombres en este tiempo, Unamuno, Valle-Inclán, García Lorca, Alberti, Menéndez Pidal, Ramón y Cajal. De especial relieve es la Generación del 27, que aglutina a muchos de ellos. Un pequeño momento dorado de nuestra cultura. Pero en lo político, el fracaso monárquico era evidente. Así llegamos a las elecciones de 12 de abril de 1931. En cuanto se supo que el voto de las grandes ciudades era republicano, la gente se echó a la calle. Alfonso XIII, por si las moscas, no perdió ni un minuto, no fuera que le cortaran la cabeza como a los zares.

Habíamos llegado a casa de los abuelos. Dejamos de hablar porque coincidimos en el ascensor con una señora que iba más arriba. Odio las charlas de ascensor, forzadas y estúpidas. La señora se empeñó en tocarme la cabeza y decirle al abuelo que estaba muy guapo y muy crecido. Luego me preguntó si estudiaba mucho y si era bueno. La fulminé con una mirada que hubiera derribado a un elefante, pero ella ni se inmutó. El abuelo se puso socarrón y le dijo que quería ser veterinario. Se lo agradecí. Le dije a la señora que sí, que me gustaban mucho los animales porque eran mejores que las personas. Para entonces ya estábamos en nuestro piso y nos bajamos. Ella aún insistió pidiéndome que le diera un beso a mamá. La repera. Cuando entramos en casa nos echamos a reír. La abuela salió de inmediato para recibirnos.

—Ya veo que venís de buen humor.

—Pues sí —el abuelo le dio un beso en la mejilla.

—¿Seguís charlando en el estudio?

—Sí —dijo yo.

—¿Os preparo algo?

—Una sin alcohol... —puso cara de duda él.

—Yo una limonada.

—Venid a por ello a la cocina.

La seguimos, nos dio lo que habíamos pedido y nos fuimos al estudio. Mamá no tardaría mucho en presentarse. Me daba cuenta de que ya estábamos en las vísperas de la tan mentada Guerra Civil española, y que tras ella terminarían las charlas con el abuelo. Eso me producía una extraña sensación en el estómago.

Sí, ya sé que no era como para estar siempre hablando de guerras, pero me gustaba escucharle. En sus labios todo parecía comprensible, sencillo. Y quizás su punto de vista fuese radical, escorado hacia sus tendencias, pero me daba cuenta de que yo las compartía. A veces me dolía cuando denostaba a los militares, porque papá lo era. Pero entendía también que papá era un militar democrata y que el abuelo aborrecía a los que, escudándose en su uniforme y su fuerza, se pasaban esa democracia por el forro.

Diferencias sustanciales.

Dejé la limonada a medias con dos largos sorbos y ocupé mi sitio. El abuelo hizo lo propio.

—Nos habíamos quedado con Alfonso XIII cuando se marchaba de España rumbo al exilio.

—Sí.

—Fin de la monarquía y llegada de la Segunda República.

—Pero hoy tenemos monarquía.

—De 1931 a 1975 no la hubo. El período más largo sin ella en España.

—¿Qué le pasó al rey?

—Tenía a donde ir, desde luego. Se apoyan entre sí, son personajes famosos. Ningún problema —se encogió de hombros—. Pero debo decirte que el tío no abdicó, sólo se marchó. Salió tan campante de Madrid la noche del 14 al 15 de abril, al volante de su lujoso Duesenberg, llegó a Cartagena y embarcó rumbo a Marsella en un barco de la Armada. Su familia lo hizo en tren. Llegaron a París, luego vivieron en Roma... Hambre no pasaron, pero tampoco fueron felices. La reina se divorció porque ya nada la unía a su marido, a los veinte años murió el pequeño de la familia, Gonzalo, a causa de un accidente de coche, y el presunto heredero, Alfonso, se casó con su cubana, luego con otra y, como era hemofílico, acabó desangrado tras un accidente de coche. Nos queda el hijo sordo, Jaime, que tuvo dos bodas infortunadas y una descendencia llena de mal fario. Su hijo mayor, Alfonso, se casó con la nieta de Franco y se mató en otro accidente. Puros culebrones. Y, mientras, aunque no había reino en el que reinar, los herederos discutían sobre la sucesión, no sólo la española, sino también la francesa. Otro culebrón de aquí te espero. Que si el pretendiente carlista, que si el legítimo... En lo que respecta al heredero directo de la Corona española, tras despejar el camino con la renuncia de sus hermanos, a la muerte de Alfonso XIII en 1941, su hijo Juan, el conde de Barcelona, fue el sucesor en el exilio. Don Juan renunció a sus derechos en 1977 en favor de su hijo Juan Carlos, nombrado rey en 1975 a la muerte de Franco. El

«Generalísimo» –lo pronunció con sorna– estableció la Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado, con la que le señalaba con el dedo y eso fue todo.

–¿Por qué se saltó a Juan de Borbón?

–Una larga historia de desacuerdos. Franco pensó que lo dejaría todo atado y bien atado con el joven Juan Carlos. Era un lince. La cagó de todas todas. Lo de «atado y bien atado» se deshizo con la misma facilidad con la que se tira de un cordel para deshacer el nudo más sencillo. Y aunque hubiera sido un nudo gordiano...

–¿Qué es eso?

–Un nudo imposible de deshacer. Dice la leyenda que existía en Gordión, la actual Anatolia turca, y que quien consiguiera desatarlo conquistaría Oriente. Llegó Alejandro Magno y lo consiguió. ¿Sabes cómo?

–No.

–Le arreó un espadazo de aquí te espero, sin más complicaciones. Problema resuelto.

–Bueno –suspiré–. Ya hemos llegado a la Segunda República.

–Sí, señor –plegó los labios dejándolos en una línea recta–. ¿Sabes cuál fue la primera ciudad que izó la bandera republicana, que es roja, amarilla y morada?

–¿Madrid? ¿Barcelona?

–Éibar.

Me sorprendía la de detalles que se sabía de memoria.

–Debió de ir mal si en cinco años estalló la Guerra Civil.

–Por mal que fuese, era una democracia, y nadie tenía derecho a alzarse contra ella, y menos por las armas, y menos para llevar al país al horror de una contienda fraternal –su rostro se llenó de cenizas–. Pero los militares ya se habían acostumbrado a dar golpes, a «pronunciarse», a meterse en política en lugar de subordinarse a ella y al Estado de Derecho. De nuevo, nuestra historia podía resumirse en cuatro palabras –las pronunció una a una marcando cada sílaba–: No hemos aprendido nada. Eso al margen, sí, fueron cinco años convulsos y terribles. Bueno, cinco hasta el golpe de Franco, porque, de hecho, la República duró hasta el 1 de abril de 1939, con su derrota en la guerra. Técnicamente, pues, fueron ocho años, los tres últimos de conflicto armado.

–¿Quién mandó en ese tiempo?

–Niceto Alcalá-Zamora fue presidente al frente de un Gobierno de coalición en el que se intentó que estuvieran todas las fuerzas políticas. Pero resultó débil para lo que tenía que pelar. La idea era fortalecer la democracia, dar alas y satisfacer a los regionalismos, y mantener a la Iglesia apartada mediante la defensa de un Estado laico. Muy bonito. En cuanto hubo nuevas elecciones, a los seis meses, el pueblo se lanzó a la izquierda. Tanto los católicos como los moderados quedaron en minoría frente a los socialistas y los republicanos de izquierdas. Un hito importante, trascendente, fue la elaboración de una nueva Constitución, la de 1931. Con ella se pretendía reforzar la soberanía popular, la democracia. Algunos de sus principales artículos promulgaban la igualdad entre los españoles, la defensa de la República como nación de trabajadores de todas las clases, la

laicidad mediante la eliminación de la religión en la vida política, la elección de todos los cargos, desde la Jefatura del Estado hasta el último mono, la posibilidad de nacionalizar servicios públicos en bien general o la de expropiar mediante indemnización, derechos y libertades, voto universal desde los veintitrés años, incluyendo a las mujeres, matrimonio civil, divorcio... ¡Y el himno nacional, el de Riego!

—¿Todo esto en 1931?

—Lo mismo que tanto nos costó recuperar en los años de la Transición, sí, porque el divorcio... hasta los ochenta no reapareció en este país. Y aún andamos a la greña en otras muchas cuestiones.

—¿Y la Iglesia no dijo nada?

—¡Claro que dijo! Seguíamos siendo católicos, apostólicos... Desde los púlpitos, una vez más, se declaró una guerra en defensa de sus intereses. Por eso la izquierda radical se pasó con sus ataques haciendo lo que mejor sabía: quemar iglesias y conventos, que no es una solución, sino echar más leña al fuego y desencadenar la barbarie. El 11 de mayo de 1931 fue una jornada triste en este sentido. Pero el Gobierno mantuvo su firmeza, disturbios aparte. En junio de ese año desterró al cardenal primado Segura por sus críticas y arengas y por no reconocer la República. Su sucesor dialogó con el Gobierno. Otro obispo, el de Vitoria, también fue desterrado. Un toma y daca. Los ataques a la Iglesia eran tales desde el Gobierno que el propio Alcalá-Zamora dimitió como presidente por la persecución anticatólica. Hubo otras lacras, como la Ley de Defensa de la República, que instauró la censura de la prensa. Es normal que la Iglesia defendiera sus privilegios, ¿quién no lo haría? Pero si la separación Iglesia-Estado se hubiera acometido muchos años antes, y si cada parte hubiera respetado a la otra, quizás no habría pasado nada de lo que pasó. Por desgracia, al contrario de otros gobiernos y Estados, cargábamos con esto desde tiempos inmemoriales. Un problema aplazado es un problema que siempre reaparece, y para mal, con nuevos argumentos y fuerzas. La propia Iglesia se mostraba dividida, unos acatando los nuevos rumbos y otros negándose a aceptarlos. Los conservadores decían que «la Iglesia es eterna y los gobiernos temporales». El Gobierno contraatacaba anulando las ayudas públicas a las instituciones religiosas y prohibiendo que ejercieran trabajos de educación. Con la Ley de Congregaciones todos los bienes de la Iglesia se convirtieron en propiedades públicas. La Compañía de Jesús fue disuelta y sus bienes confiscados. La lucha se enconó más y más, y la del Gobierno tenía muchos frentes. Por ejemplo, se cerraron algunas academias militares, por miedo a futuros golpes. El nuevo estatuto vasco se rechazó por sobrepasar los límites constitucionales. El catalán se aprobaba pese a ser muy controvertido. España vivía en una coctelera perpetua movida desde todos los lados. ¿Te hago un resumen?

—Bueno.

—Imagínate: en estos años pasaron tantas cosas que han dado para cientos de libros, y yo trato de explicártelo todo en apenas quince minutos. Puede que para ti sea confuso.

—Pero a grandes rasgos entiendo la situación.

—Ya hemos quedado en que la Segunda República se declaró en abril de 1931. Manuel Azaña, el jefe del Gobierno, trató por todos los medios de que el país fuera por el camino de la democracia moderna, a la europea, pero como las izquierdas no estaban habituadas a mandar y las derechas nunca ceden un palmo, los primeros acabaron por quemar sus posibilidades y los segundos se aprovecharon de ello. Siempre con la Iglesia en el centro de todo. La República quiso poner la directa y por las bravas, algo imposible e impensable cuando el catolicismo estaba tan arraigado en España. Los dos bandos se atrincheraron más y radicalizaron sus posiciones, camino del desastre. Un país pobre económica y culturalmente, dos bandos ya imposibles de entenderse, uno nuevo y otro anclado en dos mil años de historia inamovible, una sociedad enferma... Los ricos y burgueses temerosos de perder su poder, los obreros y trabajadores cansados de ser pisoteados... Cuantos más votos de izquierda había en el conjunto del Estado, más se aglutinaba la derecha en torno a su ideario. En agosto de 1932 ya se produjo el primer susto, un intento de golpe de Estado dado por el general Sanjurjo en Sevilla. Fracasó, el Gobierno logró sofocarlo, pero fue un aviso. Ese año se aprobó la autonomía de Cataluña. La guinda de lo que se estaba cociendo llegó en 1933, cuando aparece el fascismo en España al fundarse la Falange Española, con José Antonio Primo de Rivera de adalid.

—¿Qué es exactamente el fascismo?

—Un movimiento político e ideológico de signo totalitario que apareció después de la Primera Guerra Mundial. Se oponía a la democracia, al anarquismo, al comunismo, a los movimientos obreros... Porque el miedo a la revolución obrera era muy, muy fuerte. O sea: mano dura y a callar. El pueblo es tonto y no ha de pensar, que para eso están los que mandan. Lo que importaba era la nación por encima de las personas, y para eso se necesitaba un partido único y centralista bajo el mando de un líder fuerte y carismático. Con la hegemonía de las élites a las que debían seguir las masas mansamente, se utilizaba la bandera de la violencia contra «el enemigo». ¿Y cuál era o es el enemigo? Todo aquel que no esté de acuerdo con ellos. Por eso, el fascismo es también militarista al máximo y conlleva las lacras habituales al uso: la represión, la utilización del miedo y la frustración... Adolf Hitler y Benito Mussolini fueron sus cabezas más visibles. Hitler quiso hacer pagar la derrota de Alemania en la guerra y conquistar Europa. Dijo que el Tercer Reich duraría mil años. No llegó más que a doce, pero sembró el mundo de muertos. ¿Sabes que los nazis mataron a seis millones de judíos en los campos de exterminio de la Segunda Guerra Mundial?

—Sí.

—Pues ya me dirás —suspiró—. En España primero apareció la Falange, y en 1934 se fusionaron con las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS). A eso hemos de añadir la no menos fascista Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), aparecida en 1932. Cada grupo ya montaba su propia barricada.

—¿Y hubo disturbios previos?

—En enero de 1933, se produjo una matanza en Casas Viejas, Cádiz. Un grupo de anarquistas de la CNT quiso implantar el comunismo libertario en su pueblo, así, por las bravas, hartos de la miseria. Una revolución disparatada pero fruto de la desesperación y la pobreza. Tomaron la casa cuartel de la Guardia Civil y el Gobierno envió a la Guardia de Asalto y a efectivos de la Guardia Civil que entraron a tiros en el pueblo. Además de esa matanza, se fusiló a cualquier sospechoso. Este incidente fue muy famoso en la época y le costó el puesto de presidente a Azaña, aunque volvería a serlo en 1936. Despues de la victoria de la derecha en las elecciones de 1933, los movimientos revolucionarios de Cataluña y Asturias de 1934 también fueron decisivos.

—¿La derecha volvió a ganar?

—El país estaba sometido a un vaivén político. Hitler y Mussolini eran las estrellas de una Europa en decadencia, temerosa del poder de los fascismos emergentes. Que en España apareciera uno de ese tipo era cuestión de tiempo. De momento sí, la izquierda tuvo problemas de cohesión, como siempre, y la derecha ganó las elecciones de 1933 gracias al sistema electoral mayoritario, que primaba a los partidos más votados. Todo lo que la República había logrado estaba en un tris de irse al garete. Así que comenzaron las huelgas promovidas por la CNT, la UGT... La huelga revolucionaria de octubre de 1934 fue ya el disparadero final. Curiosamente, esa revolución fracasó en Madrid y en Barcelona, pero triunfó en Asturias. La Alianza Obrera ocupó el Principado y proclamó una república socialista. El ejército, al mando de un general llamado... Franco, futuro dictador, tuvo que intervenir. Hubo tres mil muertos, tres mil —lo repitió—, más la consabida represión posterior. El caos avanzó un poco más cuando Lluís Companys, presidente de Cataluña, por miedo a que lo de Asturias pasara factura a Cataluña, proclamó la República catalana o, mejor dicho, un Estado catalán dentro de la República Federal Española, o sea, un Estado dentro de un Estado: un adelanto del federalismo que nunca ha llegado a ser realidad en este país. El estatuto vasco se aprobó ya en plena Guerra Civil, y el gallego ni siquiera llegó a las Cortes. Pero ya hemos visto la historia: cuando catalanes, vascos, gallegos, asturianos..., quienes sean, tiran de la manta, el resto de España dice que tiene frío. Companys fue detenido y sólo el comienzo de la guerra lo devolvió a su puesto. Todo estaba a punto para que apareciera «el salvador» de turno.

—Y apareció.

—Franco —envolvió su nombre con un visible desaliento.

—¿Cuál fue el último paso?

—Dado que la izquierda había perdido las anteriores elecciones por desunión frente al bloque de la derecha, en 1936 se unieron en el llamado Frente Popular, todos juntos. Y así ganaron las elecciones, aunque por estrecho margen. Lejos de actuar con juicio, se fueron al extremo más potencialmente peligroso para la estabilidad del país. Se exigió la dictadura del proletariado y se tomó la Revolución rusa como modelo. Aquello tan temido se hacía realidad. El Partido Comunista emergía como nuevo estandarte. Al otro lado, la Iglesia temblaba y la derecha formaba el Frente Nacional y pedía a los militares

que actuaron contra la República. Así que a éstos sólo les faltaba una excusa, una chispa, y ésta llegó con el asesinato del jefe de la derecha parlamentaria, Calvo Sotelo. Las dos Españas, cada una defendiendo lo que creía justo, por historia o por convicciones, se disponían a matarse entre sí. Y se mataron.

Me quedé impresionado por la cara del abuelo.

Serio.

Triste.

Sabía que su vida, sobre todo su juventud, había estado marcada por la posguerra en la que nació y creció, y por la herencia de lo sucedido antes, en ella, con su padre y su propio abuelo, aquel humilde maestro de geografía del que me hablaba a veces, pero jamás he visto en su rostro tantos sentimientos, tantas luces oscuras ni tanto dolor como en ese momento. Era... como si aquello acabase de suceder hacía apenas unos días y el recuerdo le pesara.

Y le pesara mucho.

—¿Abuelo?

—Sí, sí, perdona —reaccionó.

—Todo eso fue hace mucho tiempo.

—No tanto, Diego —manifestó envuelto en su dolor—. Para ti lo sucedido antes de que nacieras es la prehistoria, pero para los que tenemos una edad los recuerdos forman a veces un todo sin dimensión. Y te aseguro una cosa: aquello que te sucede en la infancia y en la adolescencia te marca. Muchas veces sin darte cuenta. Son los años de formación, cuando las verdades y las mentiras actúan como cuñas en tu cerebro, adquieres conciencia de las cosas, tomas partido, te rebelas o te acomodas, inicias la lucha o pasas de ella. Y yo todavía sigo luchando, hijo. Nunca hay que dejar de hacerlo.

—Entonces...

No pude seguir hablando.

El timbre de la puerta me hizo ver que era la hora y que mamá ya estaba allí para recogerme.

La cara del abuelo se me quedó grabada aquel día.

Y al otro.

Aquel lunes.

## «Una llamada del Ministerio de Defensa...»

El domingo por la noche, cuando regresábamos a casa después de haberme aburrido soberanamente en la comida de marras a la que me había obligado a ir, le dije a mamá:

—He hablado con el abuelo.

—¿A qué te refieres?

—A lo de su cáncer.

Me miró con cierta expectación.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que no es nada, que no se va a morir, que le operarán, le quitarán la próstata y ya está, aunque tendrá que cuidarse para que no le vuelva a aparecer.

—Está tranquilo, ¿verdad?

—Sí, mucho.

Esperó unos segundos antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Quién ha sacado el tema, tú o él?

—Yo.

—¿Por qué?

—Quería que lo compartiera conmigo, que no me dejara al margen.

—¿Te ha preguntado cómo lo sabías?

—Sí, y no se lo he dicho. Sólo que lo sabía y que no me lo habías contado tú.

—Se habrá quedado bastante sorprendido.

Me encogí de hombros.

—Hoy hemos llegado casi al final.

—¿Casi?

—La Guerra Civil española.

—¡Huy! —hizo un gesto expectante—. Su talón de Aquiles.

—La historia de España es bastante tremenda, ¿sabes?

—Una historia de guerras, fanatismos, pobreza cultural, miserias... sí, lo sé —asintió ella.

—Es bastante duro, ¿no te parece?

—Quizás algún día una nueva generación aprenda de los errores del pasado —convino—.

Por ejemplo, la tuya.

—¿Así de fácil?

—Está en vuestras manos. Siempre está en manos de los jóvenes.

—Pero tantos ideales tienen unos como otros —reflexioné.

—Eso es muy cierto. Cada cual cree estar en posesión de la Verdad Única. El problema

es que nadie escucha al otro. Y lo peor es cuando los ideales tratan de imponerse, a la fuerza, y se llega al extremismo para conseguirlo. A nosotros suele perdernos el carácter latino.

Sentía como que en el transcurso de aquellos días yo había cambiado.

Sin papá.

Con el abuelo contándome cuanto sabía.

—Ven aquí.

Fui.

Sabía que me abrazaría, me besaría, me estrujaría entre sus brazos, me revolvería el pelo y todo eso. Gajes de ser hijo. Y además pequeño. Con diecisiete o dieciocho años confiaba en que no lo hiciera. Pero los ataques de amor de las madres suelen ser así, no se puede luchar contra ellos, es mejor dejarse llevar porque, si encima te quejas, las hieres, se hacen las ofendidas y te sueltan eso de «¡Ay, hijo!» o «¡Antes sólo querías estar en mis brazos!», sin especificar si ese «antes» era recién nacido o qué.

No me dijo nada, ni yo a ella, pero el abrazo fue de órdago.

La sentí la mar de sola.

Cuando me soltó no supe qué hacer, porque si me apartaba rápido quedaba mal.

Y en el fondo me había gustado su abrazo.

—¿Qué quieres para cenar? —me preguntó volviendo a la realidad.

—¿Pedimos una *pizza*?

—Pero sin picante, que luego...

—Vale.

Pedimos una *pizza* gigante para los dos y nos vimos una película en el Canal Plus. De humor. No nos reímos mucho pero era de humor. Cuando me acosté pensé en las dos caras, la del abuelo al llegar a la Guerra Civil y la de mamá durante su abrazo.

No sé por qué al día siguiente, pese a ser lunes, la vida me pareció hermosa.

Agradable.

A mediodía intenté ver a Carla pero no lo conseguí.

No importó. El sábado volveríamos a ir al cine.

Uno podía acostumbrarse a eso.

Por la noche iba a llamar al abuelo y quedar. Ya sólo faltaba la parte final de su historia, la peor, la suya, la de su padre, la de su abuelo, pero sabía que si no cerraba hasta la última página iba a faltar algo,ería igual que leer una novela y prescindir del capítulo final, o el epílogo. La fascinación que sentía por su relato sólo podía compararse a la fascinación que me producía escuchárselo decir a él, en sus palabras, con su apasionamiento.

Sí, iba a llamarlo.

Y no pude.

No me dio tiempo.

El teléfono sonó a las siete y cincuenta y dos minutos exactamente. Lo sé porque miré

el reloj sin saber por qué. Dado que yo estaba al lado, fui el que descolgó.

—¿Sí? —pregunté.

Una voz muy seria, muy grave, muy militar, preguntó por mamá.

—¿De parte de quién?

Creo que se me doblaron las rodillas. No puedo jurarlo. Creo que se me hizo el vacío en el estómago. No puedo jurarlo. Creo que me asaltó un súbito dolor de cabeza, un zumbido ensordecedor. No puedo jurarlo. Creo que la sangre se aceleró tanto en mis venas que me mareé. No puedo jurarlo.

Pero sí juro que con todas esas reacciones de mi cuerpo supe que algo iba a suceder.

O, mejor dicho, que algo había sucedido.

—Del Ministerio de Defensa —respondió la voz.

Mamá estaba en el quicio de la puerta, a la espera.

—Es para ti —le tendí el teléfono.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —se extrañó al ver mi inmovilidad.

—Del Ministerio...

No acabé la frase. Mamá se abalanzó sobre el inalámbrico, me lo arrebató de la mano y se agarró a él como si fuera algo sólido. La vi temblar. Me pareció frágil, muy frágil, desaparecida toda su entereza. Su voz se revistió de ansiedades mal controladas mientras su cuerpo buscaba la forma de mostrarse entero, erguido, probablemente debido a mi presencia a su lado, mudo testigo de su desasosiego.

Miró una fotografía de papá.

—Sí, ¿dígame? ¿Con quién hablo?

Fueron los segundos más largos de toda mi vida.

## «El fin de la misión humanitaria... al menos para papá»

Aquel vértigo...

Las escasas palabras de mamá, cortadas, seguidas de pausas eternas aunque en realidad no lo fueran ni mucho menos.

—¿Es... ?

Silencio.

—Pero él está bien?

Silencio.

—Entiendo.

Silencio.

—Mañana...

Silencio.

—Comprendo, comprendo, sí... claro...

Silencio.

—Mamá...

Alzó su mano libre y me rodeó con ella. De pronto se sentó en la butaca. O, mejor dicho, se dejó caer en ella. Los ojos vidriosos se abocaban al abismo, pero no lloraba. Su pecho subía y bajaba muy rápido. Me miró.

—Está bien, tranquilo —me dijo—. Está bien —y dirigiéndose al hombre que le hablaba desde el otro lado de la línea le explicó—: Es mi hijo, está aquí a mi lado.

Otro silencio. El último.

—Muy bien, de acuerdo. Gracias. Mañana, sí. Se lo agradezco.

Colgó.

Yo esperaba que me dijera que...

Bueno, no sé.

—Papá está bien —me lo dijo despacio, tanto para creérselo ella como para informarme a mí—. Le han herido, pero está bien y fuera de peligro. Y no es ninguna mentira porque, si le hubiese pasado algo más grave, como que sus heridas fueran peores de lo que han dicho, no me habrían llamado por teléfono, sino que habrían venido en persona.

No sentía nada.

Salvo aquel dolor que iba en aumento.

Me cayeron dos lágrimas.

Entonces mamá me abrazó, a lo bestia.

—Está vivo, Diego. Vivo, ¿de acuerdo? Han tenido que avisar porque es posible que esta noche digan algo en los informativos. Por favor, créeme. No te miento. Mírame.

La miré.

Sonreía.

—Va a volver a casa —suspiró en un arrebato de alivio y esperanza.

—¿Cuándo?

—En cuanto puedan repatriarle y sus heridas se lo permitan. Para él se acabó.

Papá regresaba de su «misión humanitaria».

—¿Dónde le han herido?

—En una pierna y en el hombro. Ninguna de las balas le ha afectado órganos vitales.

—Pero debe de doler mucho.

—Es fuerte. Y es un soldado —me recordó.

Una pierna. Podía ser arriba o abajo, y sabía que por allí pasaba una vena que, si se rompía, uno se moría desangrado. Lo había visto en una película, aunque al abuelo le pesara que le dijera esas cosas en lugar de haberlas leído en un libro. Y en el hombro, que está cerca del corazón. Así que también había sido cuestión de suerte, de unos centímetros.

—¿Sólo le han dado a él?

La respuesta tardó un poco más en llegar. Ahora la humedad pobló los ojos de mamá igual que acababa de hacerlo con los míos.

—No —musitó.

—¿Hay... muertos?

—Sí, Diego. Confirmados siete, y tres heridos, uno de ellos tu padre.

Siete muertos.

Eran muchos muertos.

Un montón para tratarse de una «misión humanitaria».

—¿Ha sido un combate, un atentado terrorista... ?

—Diego, por favor —pareció súbitamente cansada.

—Es que si por lo menos han peleado...

—¡Diego! —me cortó con angustia.

Nos quedamos como tontos, sin saber qué hacer, naufragos de nuestro desconcierto y nuestro desconsuelo. Fueron unos segundos especiales, hasta que mamá volvió a abrazarme y me besó.

—Vuelve a casa —suspiró en un hilo de voz—. Vuelve a casa y ahora es lo único que importa. Vamos, vistete.

—¿Adónde vamos?

—A casa de los abuelos, naturalmente. No van a estar solos cuando escuchen la noticia en la televisión, si es que la dan, y aunque no vean la tele, alguien que sí lo hará les llamará, seguro. Es mejor que se lo digamos en persona y estemos allí, con ellos, para que nos vean tranquilos y no piensen que les engañamos.

—Vale.

Me saqué la ropa de estar por casa en cinco segundos y me vestí en otros siete. Un récord mundial. Tuve que esperar a mamá, que se movía nerviosa de un lado a otro. Y, encima, cuando estábamos listos, la llamaron por teléfono otra vez. Se abalanzó sobre el inalámbrico como una posesa, pero no era del Ministerio de Defensa.

Era otra de las mujeres cuyo marido estaba allí.

Hablaron más de siete minutos. Yo le hacía señas a mamá, para que supiera que, a este paso, íbamos a llegar cuando los informativos ya hubieran dado la noticia.

—No, no me han dicho quiénes son los muertos... —pausa—. Ni los heridos... —pausa—. Ya, ya, pobres... A mí es que...

Me sentí irritado.

—¡Mamá!

Comprendió que no era el momento de liarse a hablar, y menos con otra de las esposas resignadas a la espera. El Ministerio informaba rápido, primero a las familias de los afectados, después a las demás. En algunos casos se lograba mantener en secreto la noticia unas horas, o unos días, pero en el tiempo de la rapidez informativa era lógico imaginar que la «exclusiva» ya estuviera en las redacciones del mundo entero, dispuesta a saltar al aire o a publicarse en internet y en los periódicos.

Llegamos a casa de los abuelos en doce minutos. El primer informativo, el comunitario, comenzaba a las ocho y treinta, el nacional a las nueve. Mamá tomó aire antes de llamar a la puerta y en cuanto abrió la abuela y nos vio todo fue muy rápido.

La abuela se llevó una mano a la boca.

—No pasa nada, tranquila —la calmó mamá de inmediato—. Hemos venido para que veáis que todo está bien.

—Pero...

—Le han herido —mamá sujetó a la abuela por los hombros, mirándola fijamente—. No es grave, y estará de vuelta en cuanto pueda viajar, quizás en unos días.

—¡Oh, Dios!

La abuela no pudo evitarlo. Lloró igualmente. Para ella una herida era casi tan malo como si se lo hubieran matado. Casi, por supuesto. Mientras se derrumbaba en brazos de mamá apareció el abuelo, a la carrera. Por lo menos no hubo que repetirlo.

—¿Dónde le han herido?

—En un hombro y en una pierna. Nada que afecte a órganos vitales.

—¿Cómo te has enterado?

—Me han llamado del Ministerio de Defensa. He venido corriendo, por si lo daban por la televisión.

La abuela seguía llorando. Entre el abuelo y mamá la llevaron a la sala, porque seguimos en la puerta de entrada. Cuando se derrumbó en el sofá, el abuelo puso la tele e hizo un barrido por todos los canales.

Todavía nada.

—¿Te han contado cómo ha sido?

—No, ¿qué más da? —arrugó la cara mamá—. Sólo que se ha producido un ataque. Eso puede significar cualquier cosa, desde un atentado suicida hasta una emboscada.

—¿Cuántos... ?

El abuelo detuvo la pregunta demasiado tarde, y mamá le hizo un gesto demasiado ostensible. La abuela los miró a ambos.

—¿Ha habido... muertos? —balbució.

Hubo que decirle la verdad.

—Siete. Y tres heridos. Alfredo y dos más.

—Pobres mujeres... —derramó más lágrimas la abuela.

Aún hoy no sé si lo dijo por las madres de los caídos o si era por sus mujeres o novias. Quizás fuera por todas.

Y por los hijos.

Yo estaba muy callado. Más bien no estaba. Era un bulto en medio de todos ellos. Hasta que la abuela extendió sus manos hacia mí y tuve una segunda sesión de abrazos fuertes y besos precipitados.

Preferí no protestar y aguantar.

Mamá le preparó una infusión a la abuela y esperamos a los informativos. En el de las ocho y media ya salió la noticia al aire, vaya que sí. Y con un tono y un aire tan dramáticos que más bien parecía que hubiéramos perdido una guerra. Se nos puso un nudo en la garganta a todos.

También hubo imágenes.

Había sido otro coche bomba, lanzado contra los dos primeros vehículos que abrían una columna de cinco blindados, y con eso no quiero decir que fueran tanques, sino cinco transportes de combate. El coche bomba había destrozado al primero y causado daños al segundo. Tras las explosiones, los integrantes de los otros tres transportes habían repelido el ataque de los radicales, integristas o terroristas, aún se desconocía qué rama reivindicaría los hechos. Puesto que las heridas de papá eran de bala dedujimos que él no iba en los dos vehículos que sufrieron el atentado, sino que estaba en alguno de los otros, y que fue alcanzado en la refriega subsiguiente. Las imágenes de los dos transportes afectados, uno ennegrecido y con apenas restos identificables y el otro volcado y parcialmente destruido, me recordaron las del primer día, con el otro coche bomba.

Siete muertos.

¿Cuánto costaba ser «humanitario»?

Entonces odié aquel país que se desangraba, toda aquella parte del mundo envuelta en un conflicto que parecía eterno, fuera de quien fuera la culpa, y odié a quienes mataban por dioses que, si existían, debían predicar el amor y la paz, no la guerra. Odié a los que no merecían las muertes de personas que ni tan sólo sabían muy bien por qué estaban allí, aunque ése no fuese el caso de papá, que para algo era oficial, y listo.

Odié como nunca había odiado nada o a nadie.

Luego me arrepentí.

Porque odiar es lo peor que puede hacer una persona.

El odio es la base de todas las guerras.

Pero fue mucho después, no esa noche, en casa de los abuelos, viendo aquellas imágenes y oyendo a los locutores mientras hablaban y hablaban, y daban datos y más datos acerca del conflicto.

Sí, dejé de odiar tres días después, cuando fuimos al aeropuerto a buscar a papá.

Era un día radiante.

## «El camino del regreso»

Recogimos a los abuelos a primera hora de la mañana. La escena me recordó la del día en que papá se había ido. Estábamos tan serios como entonces, aunque las circunstancias fuesen distintas. Ya habíamos hablado con papá, por teléfono, y sabíamos por su propia voz que estaba bien, que las heridas eran limpias. Ni él ni mamá utilizaron la palabra «suerte». Porque, a ver, ¿existe realmente la suerte o se trata del destino? ¿Hay una ley de compensación? ¿La suerte de papá fue la mala suerte de los que murieron aquel día? Creo que se dice que la suerte de un soldado es su inteligencia.

No sé, son cosas que dan que pensar y no las tengo nada claras.

Cuando llegamos al aeropuerto militar nos recibieron los primeros mandos y autoridades. Todo muy solemne. Y es que, junto a los tres heridos, viajaban los siete muertos. Se esperaba la llegada del rey, el presidente del Gobierno, algunos ministros... Recordé las imágenes de la televisión de la vez anterior, música, sacerdotes, medallas, banderas...

Y se me revolvió el estómago.

Miré al abuelo.

Luchador, rebelde, un hombre que no creía en nada de todo aquello, ni banderas ni uniformes. Un hombre al que, cuanto le rodeaba o veía, debía de pesarle mucho.

Estaba muy serio.

Ausente.

Lo único importante para él era que su hijo volvía a casa.

Lo admiré y lo respeté.

Porque tenía convicciones, pero también rebosaba paz y honestidad.

Habíamos llegado muy temprano y el avión, encima, llevaba una hora de retraso por problemas de última hora en el aeropuerto de salida. Tuvimos que esperar. Lo hicimos en una sala aparte, habilitada en un inmenso hangar. Las familias de los muertos merecían mucha más atención que las familias de los heridos, y era comprensible. La mayoría de altos mandos, generales y todo eso, estaban con ellos. Mamá y la abuela se fueron a conversar con otras mujeres, madres, esposas o novias de los otros dos heridos, incapaces de quedarse sentadas sin más. El abuelo y yo nos quedamos en un rincón, discretos, muy discretos.

—Tranquilo —le dije para animarle.

—Lo estoy —respondió él.

—¿Seguro?

—Una vez, siendo joven, a finales de los años sesenta, tuve que ir a buscar a tu abuela a la escuela de arte en la que estudiaba. Eran tiempos de disturbios estudiantiles y la policía empleaba mano dura para que la cosa no se desmandara. La escuela estaba rodeada, así que le cogí prestado el coche a mi padre y fui a buscarla, en plan héroe. Detuve el coche en la puerta y tu abuela corrió hacia mí. Entonces apareció uno de ellos, los llamábamos «grises» porque iban de gris. Levantó su porra para golpear el coche, o a mí, o tal vez a tu abuela. Yo lo miré y... no sé exactamente qué sucedió. Recuerdo que de pronto dejé de tener miedo, ¿y sabes por qué? Pues porque ninguna porra puede matarte la libertad ni arrancarte las convicciones. Un golpe sólo te produce dolor físico. Es mucho peor el del alma, el dolor invisible. Ése sí penetra y te hiela, te comprime los huesos. La abuela subió al coche o, más bien, se metió en él de cabeza, y nos largamos zumbando. No sé si fuimos más rápidos o si el «gris» no llegó a tiempo o si nos perdonó el golpe, que es lo más impensable. Yo llevaba el pelo largo, así que por mi apariencia era uno de ellos, de los «progres» de la época, izquierdistas y tal. En realidad, éramos resistentes, antifranquistas, luchábamos contra la dictadura. Nada más. Y nada menos. Tu abuela era una chica preciosa, con un cuerpo esbelto, y llevaba una minifalda... —sonrió—. Así que también puede que el «gris» se quedara un instante obnubilado por ella. Corría como una hermosa gacela, con su largo cabello al viento —bajó la cabeza, se miró las manos y luego se giró hacia mí—. Aún me incomodan los uniformes, pero ya no les tengo miedo. La última vez que sentí algo parecido fue aquel 23 de febrero de 1981, cuando un grupo de guardias civiles entró en el Parlamento pegando tiros, buscando otra involución, tratando de meternos de nuevo a todos en el túnel del tiempo. Después de aquello supe que, al menos por un largo período, este país por fin iba a caminar, a pesar de los pesares, de sus lacras, del peso de la historia, porque la historia pesa, Diego. ¡Pesa mucho!

—Mamá me contó otra anécdota tuya.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Esa del TOP.

—¿El Tribunal de Orden Público? Vaya, vaya.

—Dijo que escribías en una revista clandestina y que te detuvieron.

—En primer lugar, la revista «clandestina» era un folletín impreso con ciclostil, que era un sistema de la época. Escribías en un papel especial, lo montabas sobre un cilindro, ponías tinta y le dabas a una manivela. Así salían las hojas «impresas», una a una. ¿Querías «editar» cien ejemplares? Pues imprimías cien hojas con la portadilla, cien con la página uno, cien con la dos... Luego se juntaban todas y se grapaban. Era un trabajo lento y arduo. Las hojas se escribían a máquina, y no podías equivocarte, porque no había modo de repararlo. O salía con un error o un tachón. Más cutre imposible.

—Pero era clandestina —insistí yo remarcando la palabra.

—Muy clandestina —el abuelo también remarcó las suyas—. El simple hecho de no tener permisos ya la hacía así. Y como todo tenía que pasar por la censura... Un día llegaron

los grises, echaron la impresora de ciclostil por la ventana, y todos a comisaría. Nos pusieron una porra por ahí atrás –se tocó el trasero– y nos dijeron que como nos moviéramos nos iba a doler. Y claro, no nos movimos. En ese tiempo la policía te daba una santa leche y punto. Nada de protestar por malos tratos. Finalmente, metieron al director, o sea, al responsable, en la cárcel, y el resto quedó fichado. Ésta es mi triste historia de «activista político» –se encogió de hombros y agregó–: Yo era un pardillo, ¿sabes? Y con mi padre protegiéndome, lleno de miedo...

–Pero te fichó el TOP.

–¿Y qué? ¿Crees que eso ya te da un pedigrí de luchador antifranquista?

–Luego no quisiste hacer el servicio militar.

–Ahí sí me la jugué, y bien jugada. Yo, pacifista, hippy, odiando los uniformes, aborreciendo las armas... ¿qué habría hecho de soldado? Me querían mandar al África, a Sidi Ifni. Pedí varias prórrogas por estudios y luego, ante lo irremediable, soborné a un comandante que me hizo pasar por enfermo. Yo quería que me declararan inútil, pero me declararon útil... sin necesidad de hacer el servicio activo. O sea, que al cabo de un año y pico me firmaron «la verde», la cartilla militar, y si había una guerra yo no iría al frente a pegar tiros, pero sí acabaría en una oficina apuntando cosas. A mí me daba igual. Lo único importante es que me libré de aquella pesadilla.

–Anda que lo tuy... .

–¿Qué? –puso cara de escéptico.

Pensé en lo de siempre: que eso de que le saliera un hijo militar...

El destino tiene burlas crueles.

–¿Me contarás tu vida uno de estos días?

–Uno de estos días.

–¡En serio!

–Muy curioso estás tú.

–Un escritor que vino a mi colegio nos dijo que los mayores eran enciclopedias con patas, que cuando se moría un anciano se moría una parte irrepetible de la historia y que siempre echábamos de menos a los abuelos cuando ya era imposible hablar con ellos.

–Yo no soy un anciano –quiso dejarlo claro–. Todavía.

–Pero mejor me lo cuentas ya, ¿no?

–¡Mira que eres curioso!, ¿vale?

–Sí –me eché a reír.

Mamá caminó hacia nosotros.

–Ven, Diego. Quiero presentarte a alguien.

La miré con cara de resignación y ella pasó muy olímpicamente de mi gesto. No quería dejar solo al abuelo. Me cogió de la mano y me dispuse para el sacrificio. Y lo fue. De pronto me vi en medio de un grupo de personas mayores. Típicamente mayores.

–¿Es que no se dan cuenta?

–¡Qué guapo!

—¡Se parece a usted!

—¿Qué edad tiene?

—¿Ya estudias mucho, chaval?

—Estarás orgulloso de tu padre, ¿verdad?

—¡La ilusión que te hará la medalla, más a ti que a él, seguro!

La cosa duró aproximadamente cinco minutos que se me hicieron cinco horas. Cuando acabó el peloteo, el besuqueo, el estrechamiento de manos y los golpecitos en la espalda, saqué un poco el genio y le anuncié a mamá:

—Me voy con el abuelo que está solo.

—¡Qué buen nieto! —proclamó una señora mirando a la abuela.

—¡Cuida mucho de tus abuelitos, que ya son ancianos! —me alentó otra.

—Todo un hombrecito —le lanzó una sonrisa en plan anuncio de pasta de dientes una tercera a mamá.

El «hombrecito» se alejó lo más rápido que pudo.

El abuelo continuaba igual, sentado, lejos del mundo.

—Vaya paliza, ¿eh?

Era el único que me comprendía.

## «Y entonces... la Guerra Civil española, la locura, el espanto...»

Todavía faltaba mucho, y no quería estar callado, ni ser blanco de una nueva andanada de afecto gratuito por parte de aquellas personas que, cada vez en mayor número, iban llegado al lugar en que nos encontrábamos.

—¿Crees que puedes contarme el final de lo que pasó antes de que llegue el avión?

—Bueno, tampoco queda mucho.

—La Guerra Civil.

—La Guerra Civil —lo repitió aplastado por esas tres palabras.

—¿Tan duro fue?

Se mordió el labio inferior y volvió a hundir sus ojos en el suelo.

Pienso que lloraba por dentro.

—¿Crees que es el momento?

—Sí, lo es.

Quizás no lo fuera. Tenía algo de contrasentido. Rodeados de uniformes...

El abuelo, allí, era un marciano.

—Se volvieron locos —suspiró—. Todos. Unos por querer ir hacia la utopía de un sueño imposible, al menos en un país como éste, y otros por querer imponer sus ideas y su fe a la fuerza, mediante las armas. Fue tan doloroso, Diego, tanto.

—¿Cómo empezó?

—Lo llamaron «alzamiento» —hizo una mueca—. Fue una rebelión militar, un golpe de Estado. El pronunciamiento del general Sanjurjo había fallado, pero éste se montó bien, con calma, con dinero de banqueros cómplices y con militares que sabían muy bien lo que se hacían. Verás, el ejército español era a comienzos de los años treinta muy malo, inoperante y anticuado. Los mandos eran tan arcaicos como el material o la ideología que se gastaban, y lo peor era el distanciamiento de la sociedad civil. Es lógico: los militares de carrera al menos tenían estudios, y el pueblo llano estaba formado por una masa de obreros que, encima, se escoraban hacia la izquierda radical. La base de esos mandos era corporativa, nacionalista, de casta y autoritaria. No todos eran así, los había leales a la República, pero eran los menos. El presidente Azaña intentó modernizar el ejército, cosa que también se hizo, y mejor, en tiempos de la Transición democrática tras la muerte de Franco. Sin embargo, la palabra «modernizar» entraña peligros. Para los conservadores siempre es un problema, piensan que «modernizar» significa quitarles lo suyo. Los militares se tomaron esa modernización como un ataque a sus privilegios. Azaña quiso

reducir el número de oficiales, dotar de mejores medios a las tropas, reformar las enseñanzas y el credo, meter en la cabeza a todos que ellos estaban para defender al poder gubernamental y al pueblo, no para imponer nada. Y no hubo forma. Se promulgó una ley de retiro en 1932 que soliviantó a los uniformados. Lo contrario de lo que se pretendía. Así que, al llegar 1936, ellos seguían siendo los jueces, y como tales tomaron partido.

—Dijiste que la muerte del líder de la derecha marcó el inicio de la revuelta.

—A lo largo de 1935 muchos veían irremediable la guerra, pero puede que nadie creyera que fuéramos tan locos y no se lograse arreglar antes el tema en el Parlamento. El presidente de la República, Alcalá-Zamora, buscaba la manera de crear un partido de centro que aglutinara lo mejor de ambos bandos. Pero, en febrero de 1936, la victoria del Frente Popular hizo inviable esa alternativa. Hubo una cadena seguida de hechos tras ello. Para la izquierda, se recuperaban las ideas reformistas, pero en unos pocos años el mundo había cambiado, el fascismo alemán e italiano era muy fuerte, lo mismo que el comunismo extendiéndose entre las masas obreras. Manuel Azaña formó gobierno con los partidos republicanos, pero los socialistas no quisieron entrar en él y eso debilitó su poder ejecutivo. Un gobierno débil es un gobierno vulnerable. Y tan débil fue que ni siquiera pudo dominar sus propias bases, como lo demuestra el hecho de que se ocuparan numerosas fincas arrebatándoselas a sus dueños. En abril de 1936, el Parlamento destituyó a Alcalá-Zamora y, en mayo, fue el propio jefe del Gobierno, Manuel Azaña, el que se hizo cargo de la presidencia de la República. El candidato mejor colocado para dirigir entonces el Gobierno era el socialista Indalecio Prieto, pero el propio Partido Socialista andaba a la greña y no pudo ser. Largo Caballero se negó y acabó siendo jefe del Gobierno un gris político llamado Casares Quiroga, sin poder para gestionar tanta crisis. Las calles hervían, el Parlamento aullaba, y en los cuarteles se afilaban los sables. Así llegamos al triste julio de 1936.

—Pero si los militares estaban en todas partes, ¿por qué hubo una guerra tan larga y España se partió en dos? ¿Cómo es que no la conquistaron toda de golpe?

—El 17 de julio, el ejército se sublevó en Marruecos. El «alzamiento» llegó a España al día siguiente, el 18 de julio, por eso consta en la historia esa fecha como la inicial, lo que ellos llaman el arranque de «la cruzada», porque se lo tomaron también como una guerra de Dios contra el diablo, el bien y la moral contra el comunismo y las fuerzas «rojas» que lo sustentaban. Lo que sucedió entre ese día y el 20 de julio es que la revuelta fracasó en las grandes ciudades, entre ellas Madrid y Barcelona, pero triunfó en las zonas de la España más conservadora. Y si se frenó el golpe en las capitales fue porque las organizaciones obreras reaccionaron muy rápido y se constituyeron en milicias, no porque el Gobierno hiciera gala de su legítimo poder con una respuesta rápida. Así que en esos días se fragmentó todo el territorio: la España republicana, «roja» para los rebeldes, quedó constituida por Madrid, Cataluña, Levante y el País Vasco; la España

alzada en armas, fascista para los leales a la República, fue la más rural y agrícola, Andalucía, Galicia, Navarra y Castilla.

—¿Y qué pasó entonces?

—Pasaron muchas cosas —hablaba despacio, muy despacio, interiorizando cada palabra—. En el lado rebelde se contó con un general astuto llamado Mola, pero sobre todo se confió la dirección bélica a otro, más joven, llamado Francisco Franco. Ellos dirigieron un verdadero ejército. En el lado republicano se luchó con milicianos, obreros reciclados, restos del ejército leal; el entusiasmo de los primeros días, sobre todo tras frenarse el golpe, pronto dio paso a la realidad. La derecha formaba un único y sólido bloque. La izquierda seguía peleándose entre sí, empleando en ello unas energías y unos recursos que hacían más falta en el campo de batalla. Era imposible que cuatro valientes detuvieran a las tropas regulares. Eso sí, hubo republicanos que quedaron atrapados en la llamada «zona nacional», que nunca he entendido por qué la llamaban así cuando eran los golpistas, y fascistas que quedaron atrapados en la republicana. Algunos pelearon contra sus propias creencias, o contra sus hermanos, sólo porque un bando les puso un fusil en las manos.

—A veces he oído decirte que se pasó mucha hambre.

—Claro —asintió—. ¿Qué tenían vascos y catalanes? Las industrias. ¿Qué tenían andaluces y castellanos? Los campos. La República careció de lo elemental con el paso del tiempo: la comida. Y un ejército bien comido es un ejército más satisfecho. Si a eso unimos que dispusieron de mejores medios gracias al fascismo italiano y al alemán...

—¿Les ayudaron?

—La Guerra Civil española fue un ensayo de la Segunda Guerra Mundial. Incluso el famoso bombardeo de Gernika, a cargo de la Legión Cóndor alemana, fue la antesala de los grandes bombardeos posteriores sobre los países europeos envueltos en la contienda. España, románticamente, se convirtió en un glorioso destino de los que vinieron a pelear aquí, apoyando a uno u otro bando, pero sobre todo defendiendo a la República, porque era el Gobierno legal, el constituido democráticamente y, en este caso, el más débil. A nadie le gustan los que imponen por la fuerza su poder, así que para gran parte del mundo las simpatías estaban del lado republicano. Hubo unas célebres Brigadas Internacionales formadas por hombres de más de cincuenta países de todo el mundo. Eso también representaba una Babel de lenguas, no creas. A lo largo de los tres años de contienda se calcula que pelearon en suelo español casi sesenta mil brigadistas, de los cuales murieron casi diez mil. Hay que decir de todas formas que casi nunca hubo más de veinte mil hombres luchando al mismo tiempo y que el total de militantes fue de unos treinta y cinco mil. Por el lado rebelde se contó con la ayuda de Italia y Alemania, claro. Lo malo es que mientras estas naciones tomaron un partido evidente, las potencias que debían haber ayudado de igual forma a la República, como Francia o Inglaterra, no lo hicieron. En el ínterin, les daba tanto miedo una España comunista como otra fascista, así que optaron por una política de «simpatía» pero de no intervención. Falsa simpatía

porque les vendieron gasolina a los rebeldes –movió la cabeza de lado a lado–. La República estaba sola, y para paliar la situación de precariedad hubo que comprar armas a Rusia. Ahí se gestó la leyenda del oro de Moscú.

–¿Qué leyenda?

–Por miedo de que Madrid cayera al comienzo de la guerra, se trasladaron las reservas del Banco de España a Cartagena. Las guardaron allí y finalmente fueron cargadas en cuatro barcos rusos que partieron del puerto de Cartagena rumbo al de Odesa. Ese oro ya no regresó a España. Los rusos lo consideraron un pago de todo lo suministrado: ni que decir tiene que no iban a devolver el oro a los fascistas victoriosos.

–Así que nos quedamos aún más pobres.

–La guerra agotó al país física y moralmente. Madrid resistió, Barcelona no cayó hasta enero de 1939. Fue muy heroico, pero inútil. Lo más triste se gestó al comienzo y al final. Al comienzo, porque cada bando pasó por la piedra a los derrotados tras el alzamiento. Pueblo a pueblo, ciudad a ciudad, los perdedores fueron fusilados con saña. Y en el lado republicano se hizo lo habitual cuando hay una revuelta cargada de inquina contra lo eterno: quemar iglesias y matar sotanas. Vergüenzas naturales cuando el ser humano pierde el norte. Pero, y sin que sirva de excusa, al comienzo existía un clima bélico, mientras que al final...

–¿Qué? –lo alenté al ver que se detenía.

–La represión de la posguerra fue peor. Ya no hacía falta matar a nadie, pero se mató, y se mató mucho, Diego. Mucho. Con odio. Te diré una cosa: la izquierda siempre ha despreciado a la derecha, pero la derecha siempre ha odiado a la izquierda. Y hablamos de radicalismos, que conste. La palabra desprecio es, con mucho, más asequible a nivel humano que la palabra odio. Estamos en el siglo XXI y todavía hay noventa mil cuerpos enterrados en cunetas, montañas y lugares desperdigados de toda España, sin que nadie los saque de la ignominia de las fosas en las que fueron fusilados o enterrados para que descansen en un cementerio y sus familias puedan llevarles flores. En España aún hay un Valle de los Caídos con el cuerpo del dictador, algo que sería impensable si Hitler hubiera sido enterrado en alguna parte. Tantos años después de la Guerra Civil no se ha hecho una Ley de Memoria Histórica que repare las atrocidades de los dos bandos, pero sobre todo que sea justa con los derrotados, que soportaron humillaciones terribles.

–¿Esto lo dices porque mi tatarabuelo murió haciendo ese monumento?

–Por esto y por otras cosas. Pero seguimos siendo diferentes, únicos. Cuando la izquierda se lanza a fondo, a veces se precipita, y cuando actúa con mesura, se queda corta y la derecha lo aprovecha para hacer tronar sus tambores de guerra. Así arrastramos todavía aquel horror, con personas que mueren sin ver a sus antepasados reivindicados ante la sociedad y ante la historia. Después de los golpes de Estado de Chile en 1973 y Argentina en 1976, los golpistas acabaron siendo desenmascarados, y no hubo ley de silencio o amnistía que los protegiera, porque con los años la verdad floreció. En España hay personas que insisten en que es mejor «olvidar» para no remover el

pasado. Personas que no quieren que se les caiga la cara de vergüenza o que, simplemente, no entienden que la Guerra Civil fue un atentado contra la libertad. Y si lo fue, dicen, hoy en día no sirve ya de nada remover las cosas. Pero ellos vencieron una guerra injusta, y los perdedores continúan machacados por una derrota amarga. ¿Por qué no se deja desenterrar a esas víctimas de la Guerra Civil?

—Mi tatarabuelo...

—Tu tatarabuelo, mi abuelo, murió bajo aquellas piedras. Fue enterrado junto a otros en una fosa común y, como los cargos contra él eran muchos y graves, nadie se dignó avisar a la familia hasta bastante después. Lo hicieron mediante una simple nota. No merecíamos más. Éramos la familia de un «rojo». Mientras tanto, Franco entraba bajo palio en las iglesias.

—¿Qué es eso?

—El palio es un dosel portátil que se usa en procesiones o en la entrada de los reyes en las ciudades, aunque su uso más extendido por parte de la Iglesia es para cubrir la imagen de la Virgen, los santos o la custodia, siempre y cuando lleve en su interior la hostia. Que Franco, un militar, un golpista, un dictador, entrara bajo palio en los templos constituía el máximo de la sumisión eclesiástica. Pero claro, si en las monedas de la nueva España ponía que él era «Caudillo de España por la Gracia de Dios»...

—Volviendo a la guerra, está claro que se perdió por muchos motivos, porque ellos estaban mejor comidos, mejor armados, porque eran un ejército mientras la República no, por las ayudas extranjeras...

—Franco era militar, y como soldado era listo. Cuando vio que Madrid no caía y resistía, no se precipitó. Sabía que el tiempo corría a su favor. Se dedicó al norte, lo conquistó, y lentamente envolvió primero Madrid y luego Barcelona. La famosa Batalla del Ebro, que costó cien mil muertos, dictó el final irremediable. En aquellos casi tres años, la República murió de inanición. Se perdía la guerra y los republicanos aún se estaban peleando sobre quién tenía la culpa. Descorazonador. No estuvieron a la altura. Nadie lo estuvo. Barcelona cayó en enero de 1939, Madrid en marzo. Miles de personas, cuatrocientas mil, con los restos del ejército republicano, se iban al exilio cruzando la frontera francesa sin saber que los franceses los iban a tratar como a perros, internándolos en campos de refugiados, e ignorando que medio año después iba a estallar la Segunda Guerra Mundial, con lo cual acabarían siendo víctimas por partida doble, ya que muchos murieron en los campos de exterminio nazi o tuvieron que volver a tomar las armas. Un desastre, hijo. Un desastre. Se perdió toda la intelectualidad de la época, escritores, pintores, maestros, jueces, nos quedamos huérfanos de pensadores, salvo los de pensamiento único del lado franquista, y el país quedó arrasado. Luego la larga posguerra...

—Ya has dicho que la represión fue feroz.

—La represión duró muchos años, pero luego hubo racionamiento, restricciones de agua y luz, falta de casi todo, mucha misa, mucha palabra gloriosa. La miseria, el

hambre, las epidemias, el aislamiento... , todo se cebó en nosotros y se mantuvo hasta comienzos de los años cincuenta, casi quince años después del fin de la guerra, cuando Estados Unidos nos tendió la mano porque seguíamos siendo anticomunistas a tope y les interesó que un país tan estratégicamente ubicado en el mapa estuviera de su lado. Querían tener bases en nuestro suelo, y las tuvieron. Un presidente americano vino a estrecharle la mano a Franco y en 1955 la ONU nos dejó entrar en ella. Ya fuimos «normales» otra vez. Pero aquí seguíamos pasándolas canutas pese al resurgir económico y social. Tiempos de emigración, de irse a trabajar fuera de España, o del campo a las capitales, días de radio y fútbol. ¡Y la censura! Cuando en el cine iban a besarse el chico y la chica lo cortaban. Resultaba espantoso no poder leer cosas buenas. España era «la reserva espiritual de occidente», la «Unidad de Destino en lo Universal». La única suerte fue que estábamos tan agotados que no entramos en la Segunda Guerra Mundial pese a las simpatías franquistas por alemanes e italianos. Franco se mantuvo neutral, más por necesidad que por otra cosa. Como mucho, mandó a soldados formando una división a combatir contra los rusos. La idea inicial era enviar a unos cuatro mil hombres, pero se presentaron voluntarios a montones y al final fueron dieciocho mil, todos entusiastas, como si no hubieran tenido bastante con lo de aquí. Según dijo el embajador alemán, habrían podido mandarse varias divisiones, no una sola. Estaban seguros de otra victoria, convencidos de que había que acabar con los «rojos», enardecidos —se dio cuenta de que estaba elevando la voz y la bajó haciendo una mueca—. Los masacraron a todos, por supuesto. ¡Qué locura!

—Sabía que te enfadarías mucho al hablar de esto.

—No es que me enfade, es que todavía me duele, y me dolerá siempre. Tú has nacido en un nuevo mundo, pero yo lo hice en uno de viejo, muy viejo. Me robaron la infancia y la juventud, me quitaron media vida, no supe nada del sexo hasta casi después de la adolescencia, nos hacían rezar el rosario cada día en la escuela, y en algunos casos cantar el *Cara al sol*, el himno falangista, ir a misa los domingos, comulgar el primer viernes de cada mes, aceptar toda la mierda que nos echaron encima, ser acusados como descendientes de rojos y comunistas. La historia la escriben los vencedores, y a los perdedores les toca revisarla, si pueden, cuando pueden, como hacemos ahora. Así que en aquella historia, esta historia, nosotros crecimos creyendo que estábamos manchados. Mi padre tenía miedo, siempre lo tuvo, y murió con el corazón roto, sin contarme apenas nada por aquel miedo. ¿Sabes lo que es crecer así? No, no puedes saberlo. Para nuestra máxima vergüenza, tras la Segunda Guerra Mundial, desaparecido el fascismo hitleriano, Franco continuó al mando del país año tras año, hasta morir en la cama. Tuvo tiempo de designar a su sucesor, en 1969, y por lo menos en eso su instinto le jugó una mala pasada, porque le salió rana. Cuando Juan Carlos ocupó el trono a su muerte, el 20 de noviembre de 1975, muchos se apresuraron en darle un sobrenombre al nuevo monarca: «el Breve». Creían que sería como todos, que a las primeras de cambio se iría o que volverían los militares. Y no. De «breve» nada. Aguantó el tipo, y condujo la democracia

hasta hoy, especialmente en la etapa más cruda, la Transición, con los ultraderechistas tratando de impedir los cambios democráticos. Cuando le propusieron tres nombres para escoger al primer jefe de Gobierno después del carpetovetónico Arias Navarro, heredero del franquismo, no se lo pensó dos veces: escogió al que sabía que lideraría el cambio, no a uno que pensara en mantener el inmovilismo o conservar los valores del pasado. Ese hombre fue Adolfo Suárez. Sólo un detalle: tuvo la valentía de legalizar el Partido Comunista en 1977, apenas año y medio después de morir Franco, para garantizar unas elecciones libres con todos los españoles, sin excluir a nadie. Y en 1981, cuando se produjo el asalto al Parlamento, él y Manuel Gutiérrez Mellado, militar y por entonces vicepresidente primero del Gobierno, se enfrentaron a los golpistas con dos narices, puestos de pie y jugándose que les pegaran un tiro. Ese gesto y, como ya te conté, el del rey por la noche dando la cara, nos dijeron a todos que, por fin, España estaba camino de la democracia en su más larga etapa de paz después de muchos siglos.

—¿Nunca más volverá a haber guerras?

El abuelo me miró con unos ojos crepusculares.

Tan cargados de emociones...

—No lo sé, hijo —fue sincero—. ¿Recuerdas el «no aprendemos nunca» que te dije más o menos hace unos días? Pues sigue siendo válido. Todavía tenemos lacras, el terrorismo que no cesa, los nostálgicos que no mueren, los jóvenes que sin cultura son presa fácil de cualquier demagogia... A veces escucho cosas de ciertos políticos que me ponen los pelos de punta. Muchos países han vivido en democracia durante años y años, y tienen asumida su paz y su convivencia. Aquí no. Aquí la democracia empezó tímidamente con una transición, con una nueva Constitución, con unas primeras elecciones libres en cuarenta años... Somos un bebé. Y un bebé ha de crecer, madurar, tener otros bebés, y con el tiempo sustentar el futuro basándose en un presente pacífico y con un pasado libre de heridas, cosa que todavía no hemos conseguido nosotros, con demasiadas cicatrices que nos marcan. Ojalá a lo largo de tu vida nunca tengas que enfrentarte a una guerra, es lo que más deseo, por ti, pero también por este país que amo, pese a que me duela. Y lo mismo les deseo a tus hijos, a tus nietos, a tus bisnietos...

Se quedó callado.

Sentí como cuando en un libro llegas al epílogo.

Fin.

Durante todos aquellos días me había contado la historia de las guerras acaecidas en España a lo largo de sus últimos quinientos años de vida o, lo que era lo mismo y ahora me daba cuenta, la historia de la propia España vista a través de sus ojos de maestro, hombre liberal y crítico.

Un largo camino.

Me sentía muy orgulloso de él, y de mí, y de haber hecho aquello.

Se produjo un movimiento en torno a nosotros, más allá del hangar habilitado en el

que esperábamos. Intuí la llegada de las máximas autoridades, el presidente del Gobierno, los Reyes...

Después de hablar de tantos, iba a conocer al primero.

Qué cosas.

Me puse en pie y abracé al abuelo.

No dijo nada.

Lo entendió todo.

—Te quiero —le susurré al oído.

## «Mi vida, mis días, quizás un futuro sin guerras...»

El avión de la Fuerza Aérea Española, un Hércules C-130 con cuatro turbopropulsores, se aproximó a la pista de aterrizaje con lenta solemnidad. De hecho, parecía no correr mucho, planear despacio, retrasar cada segundo de aquella tensa espera. Todos los rostros lo contemplaban expectantes, mitad llorosos, mitad serios. En su panza viajaban siete ataúdes, tres hombres heridos de distinta consideración y sus acompañantes, médicos y otros militares.

Recordé las cartas de papá.

Recordé aquellas increíbles semanas.

Mamá estaba detrás de mí, con las manos encima de mis hombros. A la derecha, la abuela, a la izquierda el abuelo. Formábamos parte de una elite dolorida, manchada por la sangre y la muerte. Ocupábamos una primera fila en la que los familiares de los muertos destacaban por encima del resto debido a sus lágrimas, acentuadas ahora por la proximidad del avión. En cuanto tomara tierra, comenzarían los actos, la solemnidad de lo que se avecinaba, pero a mí lo único que me importaba era que volvería a tener a mi padre.

Algún día le preguntaría cosas a él.

Como al abuelo.

Sería interesante conocer su punto de vista.

¿Cuántos muertos inútiles en tantas guerras estúpidas se habrían producido en España a lo largo de la historia, o tan sólo desde los Reyes Católicos?

Los siete del avión ni siquiera habían caído en el país, sino en una tierra lejana y extraña.

Tan extraña.

Quizás nuestra casa fuese ya el mundo, global, único, a causa del terrorismo, el odio y la intransigencia de unos pocos, siempre dispuestos a fastidiar a unos muchos.

Quizás.

El avión tocó tierra.

Hubo suspiros.

Mamá me apretó los hombros con sus manos, seguro que sin darse cuenta.

Volvería la calma, papá se recuperaría en casa, nos contaría cosas, el abuelo se operaría de su cáncer y seguiría como siempre, animado y vital, y la abuela y mamá seguirían siendo la abuela y mamá.

Esa clase de seguridad.

Además, yo ahora tenía a Carla.

No estaba mal.

La vida no es complicada, la complicamos nosotros.

El avión pasó por delante de nosotros, rugiendo, hasta detenerse un poco más allá, frenar e iniciar la maniobra de aproximación hacia el lugar en el que esperábamos todos.

A partir de este momento creo que fui de los pocos que no lloró.

Bueno, yo y el abuelo.

## Agradecimientos

Gracias a Michi Strausfeld, que, en la Feria del Libro de Guadalajara (Méjico) de 2006, me incitó a escribir esta obra. La idea, el punto de partida, hablar del absurdo de las guerras, es suya, no mía. Gracias por decirme que «sólo yo podía escribirla» por mi pasado pacifista y mi presente envuelto en el compromiso de contar las historias que más me duelen tanto como las que más me seducen. Gracias también por aceptar mi esquema y mis planteamientos con su entusiasmo y amor.

Y con ella, mi gratitud alcanza a todo el personal de Siruela, por su fe.

Sería muy extenso citar todas las fuentes de información que han nutrido las páginas de esta obra, tanto por los libros de historia consultados como por las páginas web de internet por las que he navegado. En cualquier caso, mi gratitud más cálida y esencial es para Jordi Mata i Viadiu, experto y amigo, que no sólo la leyó el primero, sino que la corrigió, limpiándola de errores y deslices. Sin su análisis y dedicación no me habría sentido lo bastante fuerte como para pretender publicar el resultado final.

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Edición en formato digital: agosto de 2010

© Jordi Sierra i Fabra, 2009

© Ediciones Siruela, S. A., 2009, 2010

c/ Almagro, 25, ppal. dcha. 28010 Madrid.

Diseño de la cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9841-692-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

# Índice

Portadilla	4
1 «El día en que papá se marchó a la guerra...»	9
2 «Misión humanitaria, como decía el abuelo, era un eufemismo»	12
3 «Las guerras de nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros bisabuelos...»	15
4 «Hay muchas formas de pelear...»	19
5 «Aquella España de los Reyes Católicos...»	22
6 «El día en que Colón se encontró con América...»	28
7 «Carta desde un lugar llamado guerra»	35
8 «Noticias de la televisión»	39
9 «La casa de los Austrias era una multinacional extranjera...»	42
10 «Las guerras de Carlos I»	47
11 «Los ladrones de la historia»	55
12 «En máxima alerta...»	60
13 «¡Felipe II sí que era una industria contaminante y un arma de destrucción masiva...!»	64
14 «Rematando a la Armada Invencible...»	72
15 «Felipe III y la manera en que entramos en el siglo XVII...»	77
16 «Felipe IV y el conde-duque de Olivares...»	83
17 «Fotos del pasado»	87
18 «En los campos de refugiados...»	91
19 «La suma de todas las barbaridades y atrocidades consanguíneas de su familia dio como resultado C	95
20 «La primera guerra mundial fue la Guerra de Sucesión española...»	101
21 «Una palabra llamada cáncer...»	109
22 «La misión humanitaria repele un ataque de los rebeldes...»	115
23 «Los libros huelen tan bien...»	120

24 «La feliz España de Carlos III...»	123
25 «Las Pragmáticas Sanciones que cambiaron la historia...»	131
26 «Todo es posible (si tú lo quieres)»	138
27 «Carlos IV, Godoy y la Revolución francesa... ¡Ay!»	144
28 «Trafalgar y el futuro de España...»	150
29 «Los soldados también lloran...»	158
30 «La famosa Guerra de la Independencia...»	163
31 «Así se las ponían a Fernando VII...»	171
32 «Y entonces... las crueles Guerras Carlistas»	179
33 «Los muertos de la misión humanitaria...»	187
34 «Medallas para los caídos...»	191
35 «Isabel II, puta, pero piadosa...»	195
36 «Del sueño o pesadilla de la Primera República a Alfonso XII»	203
37 «Y más, y más, y más se perdió en Cuba...»	209
38 «La calma tensa...»	215
39 «Amaneciendo el siglo XX...»	219
40 «Fin de la monarquía, dictaduras, Segunda República... La España del caos»	227
41 «Una llamada del Ministerio de Defensa...»	235
42 «El fin de la misión humanitaria... al menos para papá»	238
43 «El camino del regreso»	243
44 «Y entonces... la Guerra Civil española, la locura, el espanto...»	247
45 «Mi vida, mis días, quizás un futuro sin guerras...»	255
Agradecimientos	257
Créditos	258